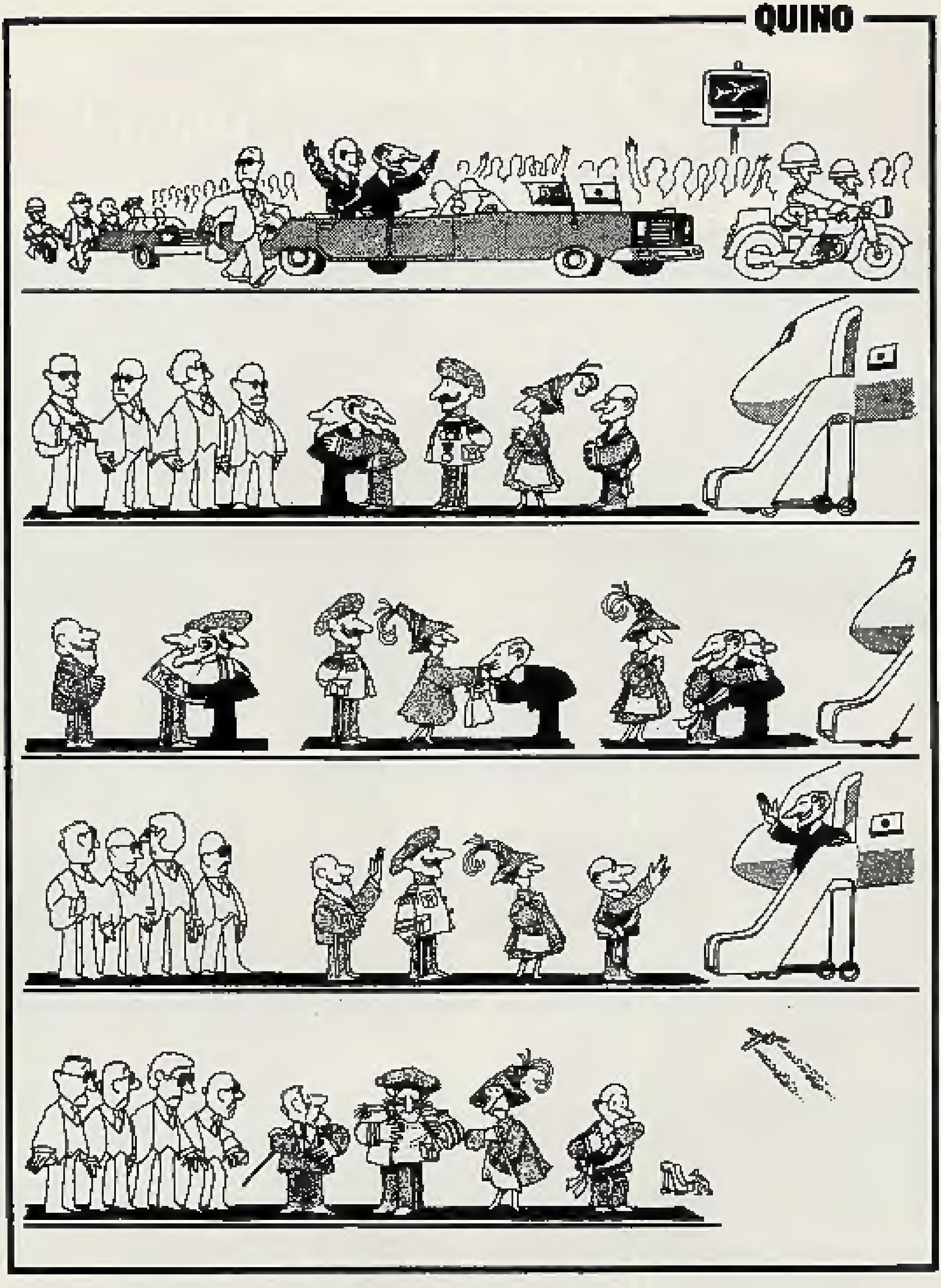
AÑO XXXIV • 6.ª EPOCA • NUMERO 3 • ENERO 1981 • 175 PESETAS.

triunfo MENSUAL

LOS SEDUCTORES


QUINO

triunfo

AÑO XXXIV ★ ENERO 1981 ★ 6.ª EPOCA

PORTADA

La portada de este número es obra de Manuel Alcorlo, pintor nacido en Madrid en 1935. Alcorlo trabaja un mundo estético muy personal, un realismo poético de animales parlantes y desvanes repletos de trastos animados. Estuvo pensionado en Roma. Es un excelente dibujante y grabador. Se trata de un artista completo que exhibe una fascinante facilidad para transformar la realidad en un expresionismo casi lírico.

SUMARIO

2
QUINO

4
LA DIALECTICA MORBOSA DEL SEDUCTOR Y EL SEDUCIDO, Juan Cueto.

9
JEAN BAUDRILLARD Y LAS SEDUCCIONES, Ramón Chao e Ignacio Ramonet.

12
LOS NUEVOS SEDUCTORES DE LA DERECHA PERENNE, Manuel Vicent.

14
BESTIARIO, Manuel Vázquez Montalbán.

17
CRONICA DE GENTES ■ PICASSO A JUAN RAMON PASANDO POR CALDERON, Víctor Márquez Reviriego.

22
II CONGRESO DE UCD LA HEREJIA NACIONALCATOLICA, Fernando López Agudín.

23
RAMON

24
EL DIVORCIO RELIGIOSO, Enrique Miret Magdalena.

26
COLUCHE, O LA QUEMA DE LA POLITICA, Eduardo Haro Tecglen.

32
ROMEU

33
LA CITA CON REAGAN, E.H.T.

34
REAGAN, ESE HOMBRE, Thomas G. Buchanan.

37
FEIFFER

38
CRIMEN Y RESURRECCION ■ LOS INDIOS DE LAS AMERICAS LA CONQUISTA CONTINUA, Eduardo Galeano.

42
LAS TRIBULACIONES ■ MICHAEL FOOT, Felipe Mellizo.

44
QUINO

45
BALADA DEL NO DIVORCIO, Pozuelo.

48
LA ALTERNATIVA SEXUAL (MANERAS DE HACERSELO), Francisco Umbral.

52
CONVERSACION CON ANTONIO DE SENILLOSA LA POSIBILIDAD DE LO IMPREVISTO, Víctor Márquez Reviriego.

58
LA DECADENCIA DE LA PRENSA EN LA CATALUÑA AUTONOMA, Manuel Campo Vidal.

60
LA ULTIMA NOCHE DEL «CAROLINA», Rosa Montero.

63
JUGAR A LA POLITICA, JUGAR A LA GUERRA, Ramiro Cristóbal.

66
FEIFFER.

67
EL REINO MILENARIO DE JERONIMO BOSCO, Ramón Chao.

72
DESOLADOR VIENTO DEL SUR, Antonio Ramos Espejo.

75
AUTOBIOGRAFIA: EL OLVIDO Y LA MEMORIA, Fernando Fernán-Gómez.

82
SEÑAL DE UN TIEMPO PERDIDO EL TEATRO VUELVE AL PASADO, Ignacio de la Vara.

84
MANUAL DE URBANIDAD TU Y USTED, Luis Carandell.

86
ALGUNAS INDAGACIONES SOBRE LAS HISTORIAS DE POLICIAS Y LADRONES EN LA LITERATURA ESPAÑOLA Y COMO TRATAR DE INTERPRETAR SUS HUELLAS, Ricardo Muñoz Suay.

89
DE JHON LENNON A SID VICIOUS, Eugenio Haro.

92
HONORE.

93
EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN.

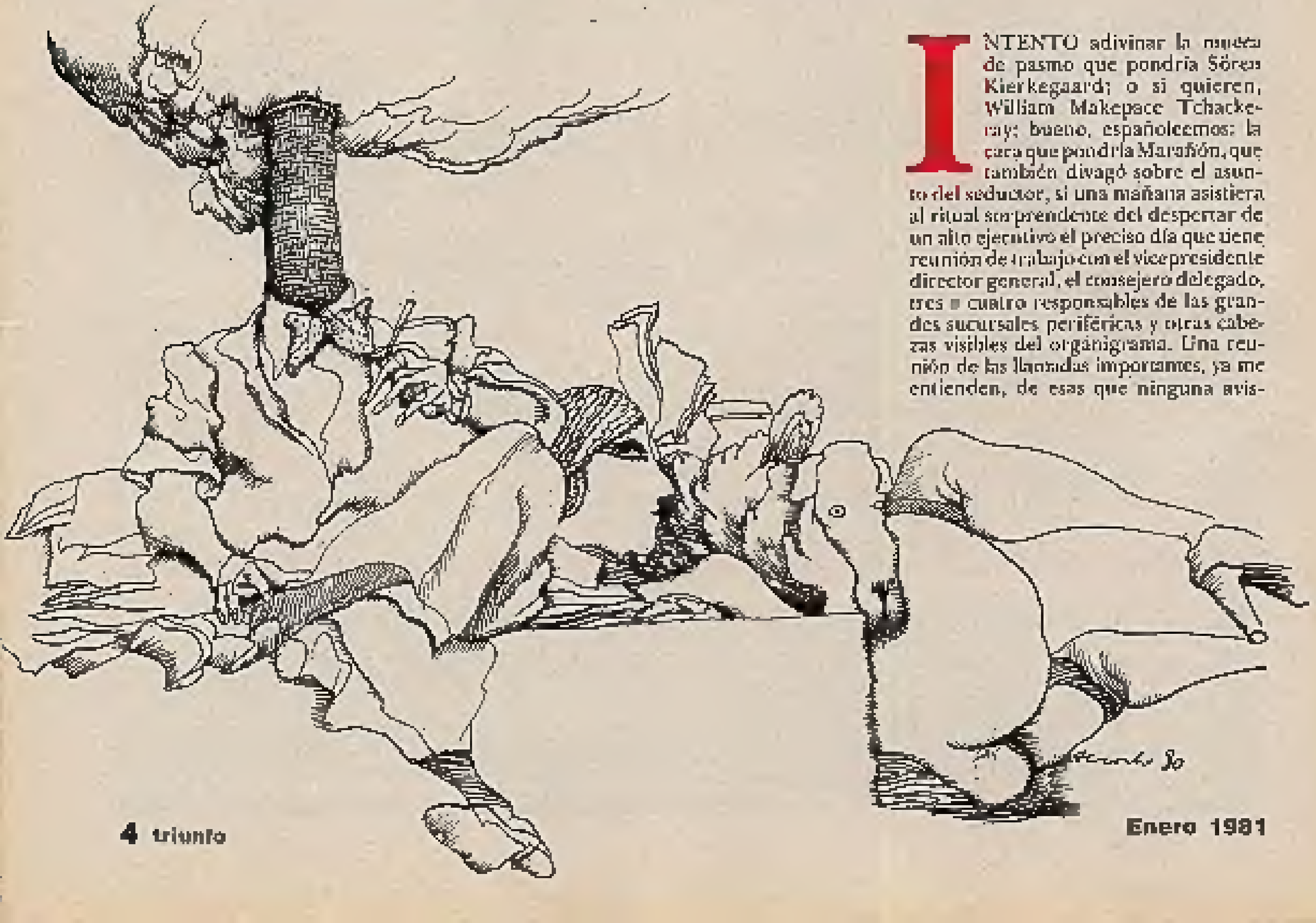
DIRECTOR: José Angel Ezcurra. SUBDIRECTOR: Eduardo Haro Tecglen. JEFE DE REDACCION: Víctor Márquez Reviriego. REDACCION: Carmen Fernández Ruiz, Cristina Rubio. COLABORACION: Juan Aldebarán, Bernardo de Arrizabalaga, Pablo Bastán, Thomas G. Buchanan, Manuel Campo Vidal, José Corredor-Matheos, Ramiro Cristóbal, Juan Cueto, Ramón Chao, Diego Galán, Eduardo Galeano, José Luis García Delgado, Fernando López Agudín, Diego A. Manrique, Felipe Mellizo, Enrique Miret Magdalena, Rosa Montero, Eric Nepomuceno, Pozuelo, Joaquín Rábago, Ignacio Ramonet, Antonio Ramos Espejo, José Ramón Rubio, Robert Silvalli, Francisco Umbral, Ignacio de la Vara, Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent. ILUSTRACIONES: Fuencisla del Amo, Honoré, Ricardo Zamorano. HUMOR: Feiffer, Quino, Ramón, Romeu. DIRECCION TECNICA Y DISEÑO: Antonio Castaño. CONFECCION: Luis M. Tuinea. FOTOGRAFIA: Ramón Rodríguez. ADMINISTRACION: CEMPRO Fuencarral, 86. Teléfono: 221 28 04-06. MADRID-4. SUSCRIPCIONES: Ver pág. 97. PUBLICIDAD: Joaquín Moreno Lago. Rafael Herrera, 3-1.º A. Telfs.: 733 40 44 y 733 21 89. MADRID-16. Emilio Becker. Avda. Príncipe de Asturias, 8. Tels.: 218 42 86 y 218 83 71. BARCELONA-12. IMPRIME: ROTEDIC, S. A. Ctra. de Irún, Km. 12,450. Fuencarral. MADRID-34. Tel.: 734 71 00. Depósito Legal: M-1.272-1958. DISTRIBUCION: Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Ctra. de Irún, Km. 13,350. MADRID-34. EDITA: Prensa Periódica, S.A. Plaza Conde Valle Suchil, 20. MADRID-15. Tel.: 447 27 00. Cables PRENSAPER. Télex: 43940 TAPO E.

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1981. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos ni aun citando su procedencia. TRIUNFO no devolverá los originales que no solicite previamente ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain. Ejemplares atrasados, 175 pesetas. Precio Canarias (Servicio aéreo): 180 pesetas.

LA DIALECTICA MORBOSA DEL SEDUCTOR Y EL SEDUCIDO

JUAN CUETO

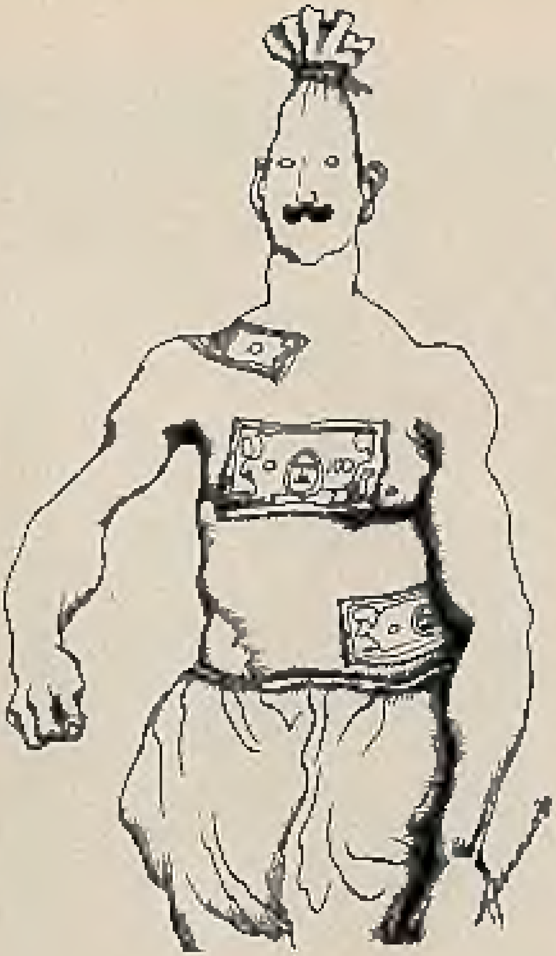
***¿Y** si todo fuera seducción? Es irresistible la tentación de analizar esta sociedad en donde reinan el signo y el instante, el intermediario y el relaciones públicas, desde la dialéctica morbosa del seductor y del seducido. Los líderes ya no intentan convencer a las masas a través del lenguaje político e ideológico: las seducen electrónicamente. La figura del Seductor abandona los tradicionales senderos del sexo para instalarse como protagonista en el escenario de lo cotidiano: la publicidad, la información, la informática, la cultura de masas, los objetos, la escritura en la que nos reconocemos, el sonido y los espacios de moda... Seducimos o somos seducidos porque nuestra sociedad vertiginosa se ha transformado en una inmensa maquinaria de fascinación generalizada, en donde lo importante ya no es la producción de la mercancía, ni siquiera su consumo, sino la capacidad de seducción de la misma. Sociedad del espectáculo en donde las relaciones entre los dioses y el hombre, los divos y las masas se provocan por seducción mutua.*



INTENTO adivinar la mueca de pasmo que pondría Sören Kierkegaard; o si quieren, William Makepace Tchackeray; bueno, españolicemos: la cara que pondría Marañón, que también divagó sobre el asunto del seductor, si una mañana asistiera al ritual sorprendente del despertar de un alto ejecutivo el preciso día que tiene reunión de trabajo con el vicepresidente director general, el consejero delegado, tres o cuatro responsables de las grandes sucursales periféricas y otras cabezas visibles del organigrama. Una reunión de las llamadas importantes, ya me entienden, de esas que ninguna avis-

pada secretaria neumática osa interrumpir excepto –son órdenes bien precisas– que se produzca un mortal accidente en la familia –parentesco en primer grado– o acontezca ese golpe de Estado que la semana anterior se rumoreaba con insistencia, vamos, el cuartelazo famoso que hace tres años tenía fuerte sabor a caballo de Pinochet, cuando la moción de censura se barruntaba de penetrantes tintes argentinos y ahora mismo, por lo visto huele que espanta a turquesa.

Que se levanta del lecho conyugal el ejecutivo agresivo con reunión de las que no se interrumpen y lo primero que hace es cuadrarse ante el primer espejo, el torso desnudo, para iniciar la hipercompleja ceremonia seductiva con una serie de ejercicios vagamente atléticos, evidentemente narcisistas, destinados a poner en forma el cuerpo; combinando movimientos de una gimnasia injustamente llamada «sueca» con la manipulación de ciertos aparatos, eléctricos algunos, que parecen recién plagiados de un centro de rehabilitación de minusválidos.



El héroe ante el espejo

SUDADO, jadeante, acelerado de pulsaciones, se sitúa ahora el héroe de las sociedades anónimas ante un nuevo espejo, el del cuarto de baño. ¡Ahí comienza el gran espectáculo mañanero. Habría que referir la morosa secuencia acicaladora con aceleración de cine mudo: champú anticaspa protector a base de yemas de huevo y esencias exóticas para cabellos semigrasos y frágiles, gel de ducha adelgazante y fascinante, loción revitalizadora del cuero cabelludo –líquido de imprecisa química en cuyo envase atractivo se critica ásperamente la calvicie y sus nefastos efectos sociológicos y sicológicos–, secador eléctrico que garantiza al usuario un hechicero cabello con *cuerpo* y además no arruina el teñido previo de las canas delatoras, espuma de afeitado instantánea que desde las brillantes publicidades numerosas insiste en sus misteriosas propiedades cameladoras con el sexo opuesto, *after shave* que también promete, por idénticos procedimientos, unas mil tres seducciones por kilómetro cuadrado, como el don Juan mozartiano, dentífrico deslumbrante, gárgaras moduladora del requerido tono de voz, desodorante irresistible al paso, inmarcesible, a prueba de consejo de administración o de discoteca movida, colirio que azulea la mirada, colonia que vampiriza las más inexpugnables fortalezas, y los más audaces, ya, leve maquillaje Revlon para recuperar en un santiamén ese cutis bronceado que delata ocios mediterráneos y es imprescindible, a lo que parece, en los negocios mercatarios.

Y el tercer rito ante el tercer espejo, el del vestidor. Juego de colores y de tonalidades socialmente atractivos, combinatoria matemática de la jerga difícil de guardarropía, sugestiva sintaxis textil de los triunfadores de la vida, gramática cotidiana del siempre arduo discurso del endomingamiento; paradoja, por cierto, reveladora: da la casualidad que es el domingo, precisamente, el único día de la semana en que el ejecutivo se permite el lujo de la zafiedad, el descanso del andrajo. Y los chismes complementarios de la seducción: encendedor, cadena, prendedor, gemelos, calculadora de bolsillo, bolígrafo, pulsera... *Gadgets* regidos por las leyes firmes del patrón oro, escasamente dependientes de fluctuaciones, flotaciones, fluideces imprevisibles de la moneda nacional. Signos duros y dorados de una consolidada posición económica por encima de coyunturas y de incertidumbres, conjuradores de cualquier suspense.

El burlador del talego

ALLA va el héroe a la reunión importante hecho un cromo engatusador con los andares sin doble sentido del burlador tradicional y decidido a utilizar a fondo las formas viejas del arte nuevo de la seducción. Como una metáfora filosófica de Kierkegaard dispuesto a conquistar los favores y fervores de la Cordelia de turno; o como un snob de W. M. Tchackeray antes de entrar en el club de moda; o como cualquiera de esos treinta don Juanes, contabilizados por Caro Baroja, en busca de presa. Su ruta por los tres espejos –el del músculo, el del maquillaje y el del ropaje: arte complementario de la dietética, de la cosmética y de la estética– lo ha transformado en un ciudadano con el síndrome del seductor inscrito en el rostro, y con bien visibles titulares.

Nunca hubo caballero de afeites tan bien servido y por esa razón quería imaginar yo, al principio de esto, la cara boquiabierta que esbozarían aquellos grandes teorizadores de la figura del seductor si supieran que todo el alevoso ceremonial preparatorio, altamente sofisticado, apenas descrito a vuelaolivetti, no está destinado a la sociedad mujeril, como cualquier desplazado literato pudiera pensar, sino a la sociedad mercantil.

Y es que el burlador de ahora mismo no anda en pos de la virtud codiciada de doña Inés, sino tras el favor codicioso de don poderoso caballero; sin que este desvío en los fines sexuales tenga que ver con las ingenuas teorías del señor Marañón. Aunque también corra el nuevo seductor prosaico por deseo de sensualidad: razón de talego más que de falda.

Sabe mi agresivo ejecutivo a punto de reunión, acicalado hasta el alma y que tiene in mente las enseñanzas recientes de unos cursos para expresarse en público, varios seminarios de relaciones públicas, dos cursillos de imagen pública, un stage de psicoestética y media docena de sesiones de control mental aplicadas al universo del mercado común; sabe, digo, que esas sociedades firmemente reguladas por el derecho mercantil se han convertido con el paso de las revoluciones u oleadas industriales en sólidas empresas de seducción generalizada; que el objeto producido en serie, desde la mantecada de Astorga hasta el bono bancario, únicamente es apreciado, consumido y utilizado por su dimensión seductiva, al margen de la bondad, maldad o ambigüedad de la mercancía. Sabe muy bien que la publicidad todopoderosa no es más que un acto de seducción descarado y que, a

fin de cuentas, el poder, la madre de ese cordero de las múltiples cabezas, ya no utiliza los lenguajes tradicionales de la política y de las ideologías, de la razón histórica y de la locura consumística para persuadir a las masas, sino el faústico juego donjuanesco con Cordelia. Como en las historias de las antiguas mitologías, la relación de dominio entre los dioses y los hombres no es de fuerza –esa táctica abominable que surgió con el Estado– sino de seducción. Ahora son los trucos viejos del hechizador, la sutil alcahuetería del intermediario, la fría metodología calculadora del sugestionador, el don olímpico de la fascinación. Tiene explicación lógica esta sorprendente vuelta a los orígenes míticos del dominio: bien mirado, también en la era de las divinidades helénicas la sociedad estaba concebida a imagen y semejanza de un *espectáculo*, como ahora mismo, aunque con bastantes menos tinglados seductivos.

Sabe un buen ejecutivo acicalado, masajeado, cursilleado y bombardeado por los spots que emite intermitentemente esta sociedad espectacular circense, que si no todo es seducción en la vida, su vida ejecutiva ya sólo tiene sentido como un permanente y frenético acto de seducción: del jefe, del subordinado, del cliente, del producto, de los inspectores fiscales, del consumidor, del encargado de hacer la publicidad de la mercancía, del responsable de transmitir a través de las ondas, los ciceros y las pantallas el anuncio que le crearon los publicitarios.

Gestión y sugestión

RESULTA que lo habían contratado en la S.A. como *hombre de gestión* y allá va el arquetipo hacia la brillante mesa ovalada de las reuniones siniestras como *hombre de sugestión*. Un simple fallo en su maquillaje, en su tono de voz, en su indumentaria, en su imagen pública, en su retórica empresarial, en su bien trabajado encanto de tocador puede ser catastrófico para la carrera y para la cartera, para el honor y para el humor. En realidad, sólo en el tradicional espacio del sexo podrá nuestro hombre descansar del frenético y agobiante deber de seducir: allí le basta cumplir, repetir, dormir el reposo del guerrero del antifaz seductor.

El consumo, la producción –sobre todo, la reproducción–, la publicidad, el oficio imprescindible de las relaciones públicas, la información, los mass media, la religión, el poder, la gloria, las ideologías, los políticos, las modas, las escrituras en las que periódicamente se reconoce la sociedad, se reconocen las masas, participan sin pudor del juego arcano de la seducción. No es casualidad, por bien evidentes ejemplos, que al frente de esas dos poderosas multinacionales de lo verosímil occidental con sedes en el Vaticano y en la Casa Blanca, hayan elegido como líderes carismáticos a dos notables profesionales de la seducción de masas. Surgen Wojtyla y Reagan de la sociedad del espectáculo –del teatro y del cinematográfico–, y surgen cuando un buen día entendieron en aquellas metrópolis que el futuro del catolicismo y del capitalismo pasaba por el recurso del integrismo; y también, que el truco supremo para vender tan impresentables mensajes no podía ser ya el de los clásicos discursos religiosos o ideológicos, históricamente desvalorizados por la impudicia y la impostura, sino el gran ritual de la seducción según las preceptivas retóricas, todavía no superadas, de los grandes estrenos bullangueros de Broadway y de Hollywood. El ruido ensordecedor de los focos, de las luces de neón, de los cables, de las cámaras, de los flashes, de los oropeles, de las estrellas rutilantes y de los fans rugientes, es ruido que hace algo más que ocultar el mensaje vergonzante: se transforma por arte de *show bussines* en el propio mensaje seductor. Es el preciso escenario que las masas reconocen a primera vista porque justamente de allí nacieron como tales, y ahora se resisten a abandonar, conscientes de que más allá del espectáculo ya nada parece tener sentido.

Que siga la fiesta

LO que las masas gritan al paso del cortejo carnavalero de Wojtyla o Reagan no son oraciones piadosas o sus fanciosos beneficios: sólo exigen que la fiesta continúe, que no se interrumpa. No es pan lo que reclaman –pan eucarístico o pan dietético– sino circo: el mayor espectáculo del mundo.

Lo que ahora interesa no es saber cómo se vende un papa o un presidente, ni siquiera saber cómo se compra. Lo fascinante es conocer con detalle morboso las formas de seducción que emplean los líderes de masas para consolidar su dominio y enmascarar en el jolgorio esos mensajes inadmisibles. Y quien dice papas y presidentes, dice también ejecutivos, escritores de moda, objetos, ideas y creencias al viento.

Porque la seducción tiene una ilustre biografía y en rigor no es lo mismo la aventura del doctor Fausto que vende su alma al diablo para conquistar a Margarita, que la del don Juan diabólico, burlador ilimitado, pero nada anónimo, que el héroe epistolar de Kierkegaard atrapado en las redes de su propio juego. Supongo que existen otros modelos de seducción en el mercado cultural, pero los tres casos citados resumen esta historia con tintes paradigmáticos. La más patética y desmesurada historia es la del doctor Fausto, que vende nada menos que su alma, y al cabo solamente seduce a una joven y encima con problemas; mientras que don Juan, comprometiendo bastante menos su destino, las seduce por centenares. Seducción de élites en el mito recreado por Goethe y de masas en el caso del Burlador de las treinta figuras. La diferencia encantará a los materialistas groseros: la empresa seductora del doctor Fausto se inscribiría dentro del discurso del orden económico feudal y la de don Juan, empedernido acumulador de conquistas, señalaría el paso a una economía capitalista de seducción. Pero es la teoría que se infiere de los escritos de Kierkegaard (especialmente de *Los estadios eróticos inmediatos*) la que mejor territorializa la figura del seductor en el universo de la modernidad. Porque según el jorobado de Copenhague, el erotismo no ha de entenderse como el impulso de la seducción, y así sucede con los casos citados anteriormente. Ocurre al revés: es la compleja trama de la seducción, el propio juego de la seducción, de las tácticas, de las asechanzas y del lenguaje persuasor el que articula el verdadero erotismo, al margen del objetivo puramente sensual. Una empresa seductora, por tanto, basada en la más absoluta infidelidad, indiferenciadora del sujeto seducible, instalada en la más inhóspita inmediatez, desmemoriada, producto de la intriga y de la astucia, hija de la repetición y enemiga de la diferencia, fragmentaria hasta el infinito, manipuladora del lenguaje –de los lenguajes, de los medios– y que se automultiplica incesantemente, sin objetivos, fines, creencias, ideologías; una incesante estrategia de la araña devoradora donde poco a poco el acto de seducir deviene intransitivo y queda el seductor irremediablemente atrapado, consumido eróticamente por sus propios juegos.

Wojtyla y Marilyn

WOJTYLA devorado por su fascinante estrategia: esas masas seducidas que lo aclaman, le exigen cada vez más espectáculo, más seducción, funciones multitudinarias y suicidas para engrasar ese motor de la fe que ya no funciona con dogmas o doctrinas, catecismos o encíclicas, que sólo arranca con la liturgia del *show business*. Wojtyla surcando los espacios aéreos de todos los continentes –se echa en falta el don de la ubicuidad, más útil que el de la infalibilidad– con un frenesí viajero uniformemente acelerado, incapaz de permitirse el lujo del reposo al igual que le ocurría a Marilyn Monroe y a aquellas otras grandes seductoras de la industria fílmica, tragadas por su propio mito, ya incapaz a estas alturas de adoptar el polaco la salvadora táctica de las gafas negras y silenciosas de Greta Garbo. Wojtyla obligado a representar a todo tiempo y lugar el papel de seductor de masas para no defraudar a sus muy mal acostumbrados fans, a riesgo de una catástrofe religiosa sin precedentes en la historia universal si se encierra en Castelgandolfo a meditar y rezar.

Wojtyla, el ejecutivo agresivo, el escritor famoso, el número uno de los cuarenta principales, la estrella del rock o el hombre de moda, todos presos de esas mismas masas que un día lograron seducir, pero cuya seducción permanente es el irremediable problema porque siempre están hambrientas de espectáculo, espléndidamente desmemoriadas, regidas por la lógica inexorable del instante –en donde no existen problemas con los principios de la no contradicción–, enfangadas en la infidelidad, sin objetivos, sin fines, o sea, como esa sociedad espectacular que las ha parido por vomitona electrónica. Masas seducidas, sí, pero jamás abandonadas porque, de la misma manera que don Juan no discriminaba sus conquistas, que lo importante para él era el número, tampoco las masas discriminan a sus seductores: sólo exigen seducción, sin importarles el carnet de identidad.

Masas burladoras que asesinan dialécticamente a sus seductores por el método del agotamiento, por aburrimiento: masas incansables. Masas que mueren de entusiasmo, pero cuyos entusiasmos, Wojtyla, también son mortales. Que pagan a sus seductores con la misma moneda porque saben que siempre hay en el supermercado una víctima de recambio. ■ J. C.

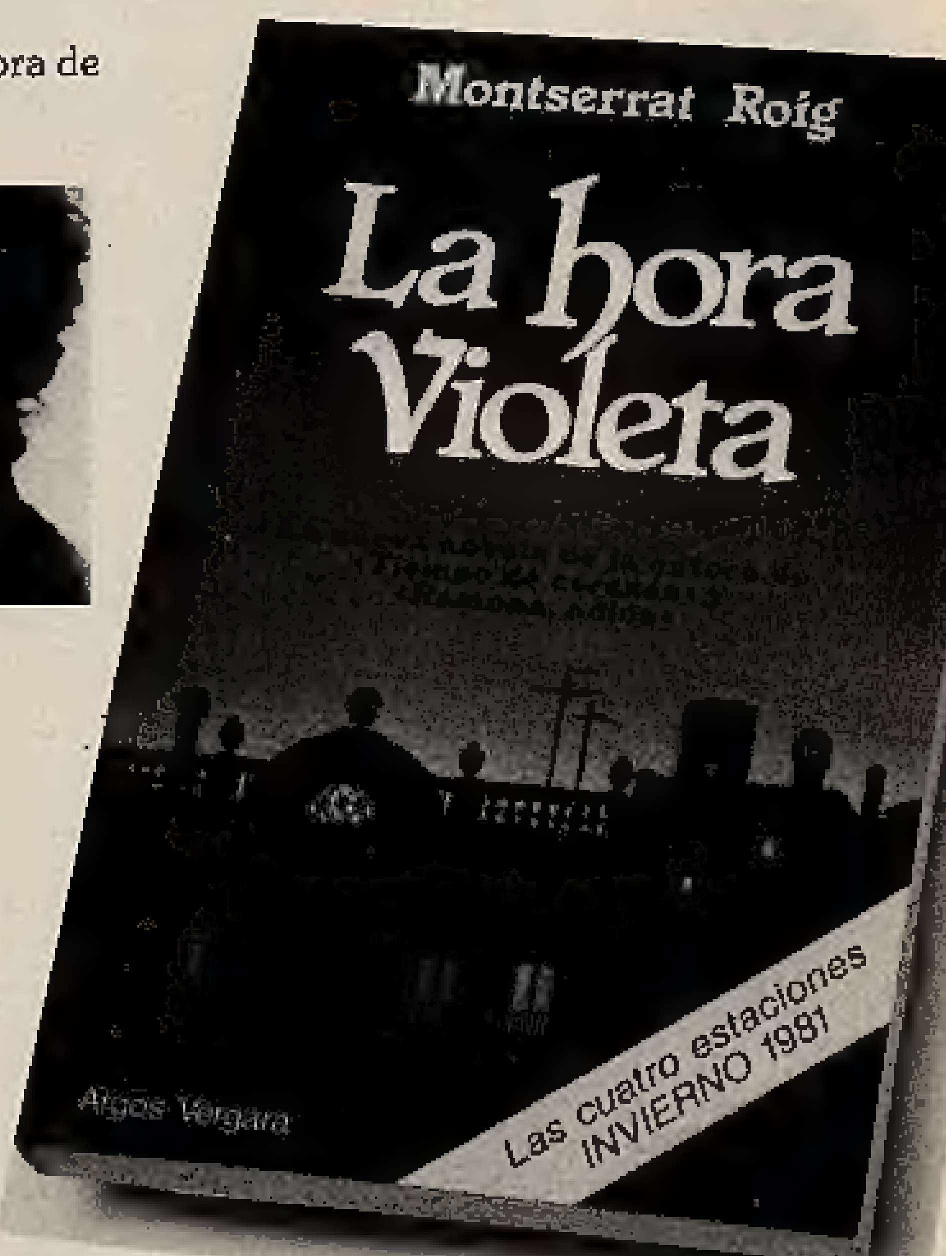
Ilustración de MANUEL ALCORLO

«LAS CUATRO ESTACIONES»
EL LIBRO DE ESTE INVIERNO
ES

La hora Violeta

de Montserrat Roig

La nueva novela de la autora de «Tiempo de cerezas» y de «Ramona adiós».



Precio de venta: 360 ptas.
(sólo hasta el
15 de marzo de 1981)
A partir de esta fecha:
540 ptas.

argos-vergara "libros vivos"

Jean Baudrillard.

JEAN BAUDRILLARD Y LAS SEDUCCIONES

RAMON CHAO – IGNACIO RAMONET

UNO de los lugares misteriosos donde surgen las teorías que destronan las ideas adquiridas se llama Jean Baudrillard.

El desmenuzamiento de *La sociedad de consumo;* la descripción del *PC, o los paraísos artificiales de lo político;* la crítica de *La mayoría silenciosa;* el análisis del *Sistema de los objetos;* la exposición de *La economía silenciosa del signo* son obras y obras de este filósofo apacible, pensador químicamente puro que se mueve por las alturas de los conceptos como un Buendía por su casa de Macondo, encontrando siempre la brecha que dará paso a sus nuevas corrientes de pensamiento. Su más reciente tema de investigación conceptual se sitúa en el terreno *de la seducción,* estrategia desestimada por los filósofos, a pesar de poseer fuerzas capaces de destruir todos los órdenes existentes.

¿Por qué, Jean Baudillard?

—Porque, al introducir la indeterminación, lo aleatorio, lo lúdico, desarticula, transporta las cosas a otro lugar del de su verdad establecida, asignada. Es un gran desafío que desbarata todos los poderes, al rehabilitar la apariencia.

—Sin embargo, cuando se oye hablar de seducción, se piensa en el donjuanismo...

—El juego de la seducción está más allá de la realidad de lo sexual, del goce, del placer. No tiene nada que ver con una realización genital. Es, a la vez, desafío, peligro de muerte, juego, ritual y artificio. La seducción es fulgurante, y no se puede acumular. Se acelera muy pronto, usando sus propias reglas.

—¿Cómo llegó usted, filosóficamente hablando, a la seducción?

—Todas mis investigaciones giran en torno a la simulación. Pensé que, en el fondo, entre la seducción y la simulación, se ventilan los mismos problemas. Lo que me interesó en la seducción, por oposición a todos los demás objetos de análisis, fue encararme con un objeto teórico no identificado ni identificable; algo que me permitiera ir hasta el fondo de una teoría-ficción, ya que no puedo decir de una teoría-verdad.

En realidad, empecé a bucear a partir de la anti-seducción, de una especie de percepción de lo que no es

seducción, como la pornografía o la sexualidad. Para mí, el problema consistía en establecer una crítica frontal, igual que había hecho con la producción.

–No quería volver a hacer un «Espejo del deseo», sino encontrar una forma de darle la vuelta al tema. Y la seducción es precisamente esta reversión.

El otro punto de partida fue el de la oposición entre seducción y producción. Pero eso no actuó como una oposición de análisis productora de sentidos. Era más bien un juego de palabras, a partir del que me planteé preguntas de este orden: siempre nos han dicho que la producción es el motor de todo; pero ¿y si no fuese verdad, si todo funcionase por la seducción?

–Me pareció que era una forma de darle la vuelta a la economía política, a la economía del deseo, y a todas esas disciplinas que no han hecho más que ocultar la seducción; un medio de disolverlas a través de un cambio radical de la perspectiva.

–Los análisis que hizo usted anteriormente, de los objetos y de la sociedad de consumo han sido perfectamente comprendidos, y han dado lugar a nuevos desarrollos. ¿Qué le gustaría que prendiese de esta nueva investigación suya?

–Lo que verdaderamente me interesa son las formas de seducción en que todo el mundo seduce a todo el mundo, el profesor, el alumno; el psiconalista, el psiconalizado; el publicista, los consumidores. La mitología nos muestra la seducción entre los dioses y los hombres. Veamos el caso de don Juan: cuando acumula las conquistas, entra en el terreno de la producción, pero también brujulea entre estrategias sentimentales, en las que se pierde. Eso es lo que me interesa verdaderamente. Cuando don Juan inventa estrategias de ostentación, de parodias, va mucho más allá del cálculo frío.

–Está también muy corrido por el mundo que existe una seducción femenina...

–La seductora falsea el deseo del hombre, juega con él, lo capta y lo decepciona. No le interesa el placer, el goce, sino el juego fulgurante del deseo que surge y desaparece. En realidad, la seducción sólo funciona entre seductores, pues siempre la pseudo víctima reaparece y desvía la seducción. Es como una especie de combate de judo, donde cada uno trata de aprovecharse de la fuerza del otro. Lo interesante no es describir a un seductor que sería sujeto, y un seducido que sería víctima. Si fuese así no habría juego ni envite.

–Existe también una seducción difusa y generalizada, concebida como estrategia social, la de la publicidad, la de los partidos políticos. ¿Qué piensa usted de esto?

–Esa seducción está en el aire, y uno se encuentra siempre con ella, incluso cuando quiere vivir lo contrario. Hay que luchar contra esa coyuntura de substitución política, de substitución de lo real por una especie de manipulación.

–Es lo que usted llama la «seducción blanda».

–Eso es. Yo he tratado de sacar el término de *apariencia* de su acepción clásica, de *opuesto a lo real*, para hacer de la seducción una estrategia de las apariencias, en el sentido fuerte de la palabra. Si analizamos todas las revoluciones, vemos que, en primer lugar, acaban con las apariencias, barren con todos los ritos, ceremoniales, con todas las posibilidades de juego, de desafío. Terminan con todo, en provecho del *sentido*. Y luego, llega otra revolución que suprime también ese sentido para reemplazarlo por simulaciones en todos los terrenos. Yo creo que el sentido es, efectivamente, mortal, y que hoy está moribundo, mientras que las apariencias *siguen* en vigor. Hemos llegado a una situación en la que, al no ser dominante ni hegemónico el sentido, surge otra cosa, hay otras posibilidades, que nacen de la estrategia de las apariencias.

–¿Cómo se debe, o se puede, o no se debe seducir ahora, simuladamente?

–En este sentido, seducir a alguien no consistiría en colocarlo en situación de poderle *tomar* algo, sino, al contrario, situarlo en una condición tal que se le pueda *dar* algo. Existe una petición, una necesidad, y hay que lograr que se acepte, creando estructuras para ello. Por eso se producen las manipulaciones psicológicas de la seducción blanda. Pero esa no es la seducción que me interesa. Para mí, la seducción pertenece sobre todo al orden del desafío, de la relación dual, enigmática, secreta, cuyas reglas son indefinibles, y que seduce, precisamente, porque no puede ser descrita. Si se convierte en principio de realidad, de peticiones y de respuestas más o menos erotizadas, ya no es seducción, sino seducción blanda.

–Una de sus teorías, en este tema global de la seducción, es que las mujeres, los movimientos feministas, rechazan la seducción, sin comprender que representa el dominio del universo simbólico. Por haber dicho eso –y otras cosas más, cierto es– se le han echado encima de mala manera.

–Sí; ahí ha habido un problema, y ha sido muy violento. Si digo que no se trata de hombres y mujeres, sino de masculino y de femenino, no es una forma de escabullirme. Es porque es así. La oposición entre masculino y femenino se debe a una posición ideológica de lo femenino; es decir, la que pueden ocupar las mujeres en tanto que sexo, que ser biológico, orgánico. Para mí, la posición de lo femenino es mucho más *sutil*: es, precisamente lo que *no se opone* a lo masculino, lo que *seduce* a lo masculino.

Para poder seducir al otro, la primera condición es la de no existir. La posición de la seductora, o del seductor, es fuerte, porque no posee una verdad, un lugar, no está plena. Entonces, lo femenino seduce porque no es nada, mientras que lo masculino es vulnerable porque es algo, porque tiene una verdad, un sentido, y porque se le puede atacar desde todas partes, y en particular desde su revés, en el sentido de que el vacío vence siempre a la plenitud. La fortaleza fálica presenta todos los signos de la fortaleza, es decir, de la debilidad. Vive sólo como una muralla defensiva de una sexualidad manifiesta, de una finalidad del sexo que se agota en la (re)producción o en el placer. Mi intención era lograr despsicologizar, desbiologizar, desideologizar lo femenino; es decir, cambiar de plano.

–Es raro que las feministas no lo hayan comprendido...

–Cuando formulo las proposiciones esas, de que la mujer no es nada, que sólo es apariencia, pueden parecer brutales, si se toman al pie de la letra. En realidad, cuando digo que lo femenino es apariencia, señalo que tiene una estrategia de la apariencia, y que en ello reside su fuerza. Y puesto que la feminidad vence en secreto, por eso se le exige que se normalice, es decir, que «se libere», o que encuentre «la verdad de su sexo». Y cuando la mujer se constituye hoy en un ser pleno, en el ejercicio sexual, jurídico, político, histórico, cae en una trampa. Ya sé que eso provoca equívocos. Me dirán, y me dicen: «entonces, ¿las mujeres son todopoderosas, cuando lo han perdido todo?; ¿a qué nos viene este machista con sus teorías?». No se trata de oponerse al proceso por el que las mujeres tratan de vivir, cada vez más, y colectivamente, como sexo. No me opongo al movimiento feminista. Sólo digo que el feminismo, como principio, como forma, como potencia y como soberanía, se encuentra en otra parte, y eso lo ignoran los movimientos feministas.

–Dice usted también que las dos cosas que han seducido a las masas últimamente, en esta sociedad donde se han abolido los sentidos, es el terrorismo y las estrellas, del cine, de la canción.

–Creo que el terrorismo es una de las apariciones más sintomáticas por concentrar toda la situación global en un acto, en su propio *no-sentido*. Es

Dibujo «trompe l'oeil» de Alain Kleinmann publicado en «Le Monde» (1979) ilustrando un trabajo sobre Jean Baudrillard y la seducción.

decir, en un acto que no tiene consecuencias políticas, ni tan siquiera consecuencias de continuidad lógicas, y que traduce un mundo sin consecuencias; un acto cuya teoría, incluso, se aproxima al punto de no tener consecuencias.

Por eso nos hallamos ante una situación nueva, original, que no sabemos a dónde puede llegar. Me parece que el terrorismo es la cristalización (violenta, de acuerdo, se le pueden poner todos los juicios de orden político y moral que se quiera) de una situación; un acontecimiento implosivo que absorbe su propia luz, sus propias consecuencias, del que no se puede sacar nada.

Evidentemente, esa es la objección que hace todo el mundo al terrorismo, aparte de otras, claro está, pero es lo que yo retengo: que es un elemento sin consecuencias; e incluso, retrospectivamente, pienso que lo más fuerte que tenía mayo del 68 era eso: un acontecimiento sin consecuencias. No ha sido posible extraer nada de él. Ha habido las recaídas del maoísmo, y en algún sitio, naturalmente, debió operar una pérdida de finalidades, de las instituciones, etc; pero ha sido un acontecimiento completamente absorbido por sí mismo.

Lo que me interesa es esa especie de mundo transpolítico, de un mundo sin consecuencias, donde puede suceder cualquier cosa, lo que sea: China, Biafra, Camboya, nada nos importa, nada tiene consecuencias. Tal vez sea desesperante, pero ese es el mundo que me interesa. Pues bien, el terrorismo traduce eso, grita eso, chilla eso, aumentándolo todavía más. Entonces yo creo que la única actitud, pues no diré solución, (ya no estamos en un mundo en el que se pueda oponer lo verdadero a lo falso, el bien al mal; eso ya no funciona), es potencializar lo que pertenece al orden de la seducción: hacer más falso que lo falso, el *trompe-l'oeil*, más simulado todavía que la simulación. El terrorismo es un acto *supersimulado*.

Pero digo que las potencializaciones no me parecen ser soluciones. Tampoco son ecuaciones, y no pueden provocar una historia, pero, y el fenómeno de las *stars* son las únicas cosas apasionantes –lo digo para mí, que me parece que es cierto– para lo que llamamos las masas. Por eso hablé de «la luz blanca del cine, y de la luz negra del terrorismo». Los únicos que están fascinados hoy, lo están por los ídolos del cine, y por el terrorismo, cosas por encima de las distinciones de su propia verdad, y de la psicología que se le podría aplicar, y eso a pesar de todo el discurso que les acompaña.

–¿Qué se puede hacer?

–No lo sé, porque es evidente que ahí nos encontramos en lo transpolítico. Tal vez habría que profundizar en la diferencia que existe entre fascinación y seducción. Todavía no lo he hecho, pero me interesa mucho. Así, de forma difusa, diría que si hablamos en términos de desaparición de lo que sea es fascinante. Hay siempre una fascinación que acompaña a toda desaparición. El fascismo era un modo de desaparición violento de lo político, y ha fascinado, más allá de la manipulación económica, porque fue el primer modo de desaparición que surgió en la escena. Entonces, la fascinación estaría ligada más bien a un modo de desaparición. Pero en ninguno de los dos casos al modo de producción. Eso es otra cosa. Y nuestras pasiones son esas hoy, únicamente esas: o la seducción, o la fascinación.

–Pero debe haber una diferencia profunda entre seducción y fascinación.

–En Italia se dio el caso de dos actores de cine y teatro, durante la guerra, muy significativo. Ellos eran seductores, y el fascismo era fascinante. Quisieron jugar con el fascismo como modo de desaparición. Encontraron una posibilidad por medio de las apariencias. Uno se disfrazó de almirante fascista, y otro de general nazi. Eso era en pleno Venecia, cuando la República de Saló. Al final los fusilaron los resistentes italianos; tenían que fusilarlos a la fuerza. Ahí vemos la oposición entre un orden fascinante y un orden de la seducción. Pero los resistentes mezclaron los dos órdenes y los fusilaron. A través de esos dos actores fusilaron la seducción que había ejercido el fascismo, y que no habían logrado elimi-

JEAN BAUDRILLARD

nar, pues aunque el fascismo ya había sido derrotado, esos símbolos, por los cuales el fascismo era más que un orden político, resultaban inaceptables.

—Es el mismo tipo de reacción de los que prohíben la proyección de una película nazi, porque suponen que puede seguir seduciendo todavía.

—Claro. Es algo que no se ha querido tomar en consideración, ya que el orden político no puede hacerlo, porque es muy frágil ante la seducción. Basta con que se inyecte un efecto de seducción —no de manipulación, sino de reversión, de desviación, de desplazamiento de un orden— para que ese orden se desplome. Y sobre todo el orden político. Así que el orden político no puede soportar la seducción; menos aún que la hostilidad declarada. Las relaciones de fuerza se pueden integrar en un orden político, pero no la seducción. La seducción no es una subversión; es una disolución realmente radical, y los fundamentos caen por tierra.

—¿Y la pornografía, por dónde se anda, en este mundo de la seducción?

—Para que haya seducción es indispensable el secreto. La pornografía es todo lo contrario, es la hiperproducción, la «liberación» máxima de los sentidos, de la verdad. Al mostrar los sexos en una especie de obscenidad, es decir, en la promiscuidad «real», en un real más real que la realidad, la pornografía suprime toda posibilidad de *juego*, de imaginario. Aquí se alcanza la forma pura de la producción: producir por producir, para exhibir de forma desorbitada lo real. Nada se desvía, nada es desviable: todo está en su lugar, irreversible; los órganos en su sitio, y por el sexo mostrado y demostrado, la pornografía acaba con la seducción.

Pero no hay que ser tan pesimista. También se puede decir que eso no es posible en definitiva, porque esta orgía de realismo, esta rabia obscena de decirlo todo, de desvelar la realidad, de descubrir todos los secretos, nos da la medida de lo imposible que es obtenerlo. Nunca se destapa un secreto, la verdad es inencontrable y por consiguiente, la seducción está siempre escondida en algún lugar.

En cierto momento, para destruir la ilusión de la escena, algunos directores de teatro decidieron mostrar los dispositivos que estaban detrás de los bastidores, la maquinaria, como diciéndonos: así es como trabajamos, estas son las estructuras de nuestro trabajo real, no os queremos engañar. Pues bien, esta exhibición acabó por convertirse en un engaño más, en un elemento suplementario de la ilusión escénica. ■ R. Ch-I. R.

LOS NUEVOS SEDUCTORES DE LA DERECHA PERENNE

MANUEL VICENT

ES probable que en la intimidad de su corazón llegaran incluso a dudar. Pero no es seguro. Cuando la Revolución del Mayo Francés vino a España después de algunos años, convertida fundamentalmente en material de boutique, vaqueros, zamarras, botas, bufandas, harapos guerreros y sombreros de granja mormona estos jóvenes estaban preparando oposiciones para abogado del Estado. La nueva música, el nuevo sexo, las largas cabelleras se habían afincado en las aceras de Argüelles. Entonces todo el tiempo era primavera, nuestra cultura de segunda mano estaba llena de batallas estudiantiles contra la policía, de persecuciones bajo las acacias. En cambio ellos estudiaban para notarios, registradores de la propiedad, letrados del Consejo de Estado, técnicos fiscales, inspectores del Timbre o catedráticos de Derecho Político, diez horas diarias, con el pescuezo humillado ante un cuestionario de cuatrocientos temas, arrastrando las babuchas por el pasillo, mientras repetían de memoria una retahíla de artículos del código, pruebas orales que a veces les tomaba la novia.

Puede que en algún momento miraran por la ventana o que los domingos al salir a la calle para ir a misa con un devocionario de cantos dorados en la mano vieran pasar las motocicletas de la última seducción con el escape trucado que llevaban a un revolucionario de mayo en el asiento y a una chica recién liberada, espatarrada en el transportín y sintieran la tentación brevemente de ponerse también unos pantalones vaqueros. Pero estos chicos opositores tenían ya las posaderas un poco fondonas, las teulas caídas a los veinticinco años. Es imposible imaginar las caderas de Landelino Lavilla y de Miguel Herrero de Miñón sometidas a la rabiosa pretina de un Levis auténtico. Lo suyo era otra cosa. En su día habían salido fotografiados con carita de [illegible]pollón iluminada con luz cenital en las páginas del diario YA cuando consiguieron el premio extraordinario de la licenciatura, mientras su generación bailaba en JJ con los trallazos de pelvis de las primeras gogo-girls enjauladas. Tomaban café con leche y simpatinas. Nunca descendieron al sótano de una sala de fiestas, puede que fueran puteros de tapadillo, no se sabe, pero no olieron jamás el perfume de aquel hacinamiento de muslos, braguitas perfumadas con Nina

Miguel Herrero de Miñón

Ricci y tetas sin sostén que se extendía en el ámbito de los primeros pubs. Después de mil noches de vigilia sacaron la oposición, apagaron el flexo y pasaron directamente de la mesa de estudio al despacho, al consejo de administración, a las alfombras de las altas secretarías, a las oficinas insonorizadas de la dirección de los bancos, a ese espacio donde nunca se levanta la voz.

Ahora suelen llevar tirantes y tal vez cargan el paquete genital en la parte contraria. Son pálidos, con cinco dioptrías, usan traje gris marengo en invierno y un tergal color crema en verano y tienen la hermosura un poco hagiográfica que gusta mucho a las mujeres de los banqueros. Despiden un erotismo de dictamen, producen una admiración de trabalenguas jurídico, esa facultad de no encasquillarse jamás en medio de un articulado, de sacar matices y encontrar escapatorias entre los apartados de cualquier reglamento. Se les nota esa solidez que se deduce del hecho de asistir a misa y comulgar todos los días y, sobre encima avalados por la banca, de estar en el secreto de la Providencia y de la combinación de la caja fuerte. Eso no es el poder en sí mismo, pero es el reflejo más fiel del poder. Y encima no son unos chorizos, sino gente fina que al besar la mano de una señora sabe detener los labios a la distancia exacta.

Dios y el dinero son entes mucho más densos y duraderos que el antiguo Movimiento Nacional, por eso los políticos democristianos no necesitan sonreír tanto ni dar esos abrazos con ruidosas palmadas en las costillas como lo hacen los falangistas recién convertidos a la democracia. Esa chulería de billarista, el regate corto, el enchufe de amiguete, el telefonazo oportuno, el olfato para la cola, el pelo cortado a navaja todavía, cierta tensión deportista en los músculos y la habilidad para el enredo es cuanto ha quedado de la vieja policía franquista perpetuada en sus alevines. Hubo un momento en que Adolfo Suárez ejerció la seducción del joven gladiador encargado de limpiar los fosos del circo. Mal o bien ya lo ha hecho. Ha dejado los pasillos vacíos y el camino expedito para que entren en escena los verdaderos señores, los servidores incontaminados del capitalismo puro y de los valores dogmáticos del catolicismo. Llegan con la cara lavada con jabón Heno de Pravia, la raya partida

Landelino Lavilla

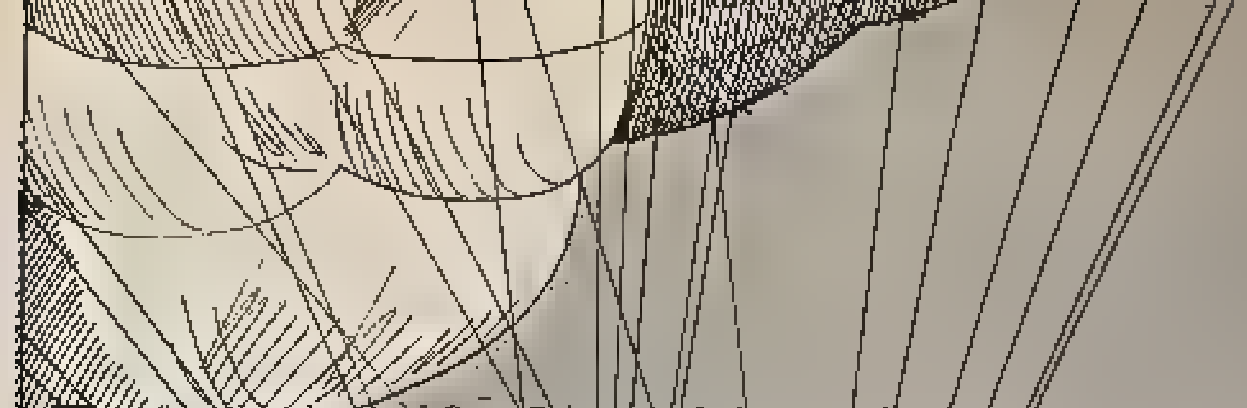
con fijapelo, el guante de terciopelo, los modales de tresillo isabelino y la sonrisa plateada. Son peligrosísimos. Por dentro tienen la dureza de un balance mercantil que debe cuadrar por narices.

Ahora se ha visto que debajo de Adolfo Suárez no había nada, sino las falsas raíces hundidas en un franquismo podrido. Durará el tiempo que la derecha clásica necesite para tener el panorama aclarado y afianzar del todo las palancas. Después la operación de relevo puede consistir en la nimiedad de quitar una trampilla. A Adolfo Suárez sólo le queda el gesto de galán pícaro de película italiana de los años sesenta, una estética pasada, el ademán chulesco de un conquistador de Antonella Lualdi, una imagen que ya no vende ni siquiera compasión ni despierta como antes el afán de protegerlo de los cuatreros.

Los socialistas van a facilitar el relevo. Inundados de moralismo machadiano y de nostalgia por las bellas formas heredadas de Julián Besteiro, los socialistas se matan por tratar directamente con los que ellos creen señores de verdad, gente de buena familia. Les parece humillante tener que pactar o asociarse con chorizos que nunca levantarán un puño de diez mil millones, pero que son capaces de afanar los ceniceros. Lentamente desde la perspectiva económica, política y moral, de la manera como se engendran los movimientos de estética sociológica, todos ayudan a preparar el decorado y los figurines para que se levante el telón y aparezcan en escena los nuevos héroes seductores.

En Norteamérica se está poniendo de moda el amor puro de besos en la frente. El ruidajo, las greñas, los cuerpos sudados, los gestos terribles, las guitarras eléctricas están ya heridos de muerte. Ves ahora un pasota por la calle y te parece que lleva cien años encima. A los colegios mayores acude de nuevo una leva juvenil con corbata y flequillo dispuesta otra vez a preparar notarías o registros. Todo está ya a punto. Si usted ha visitado en algunas ocasiones el alto despacho de un banquero, si ha pisado las alfombras de un consejo de administración de primer orden, si ha olido el perfume de una trastienda de Nunciatura Apostólica o de sacristía cara podrá intuir fácilmente los marbetes, diseños y envases de la nueva seducción política. No vienen con la agresividad tecnocrática de los anteriores ejecutivos. Tienen una pinta más blandorra, levemente clerical, un ademán de cuello blando entre la comprensión y la hipocresía. Su casa está decorada con los muebles oscuros de sus abuelos, jamugas y cornucopias, un cuadro del siglo XIX con olor a alcanfor. Sus despachos son clásicos, sin ficus ni nevera, sin lámparas italianas ni mecheros sorprendentes. Todo es más sólido y raído, con perfil de camafeo, retrato ovalado y consola con un misal y una mantilla traspasada por una aguja de plata.

Ellas se han casado con ellos. Los nuevos políticos seductores son aquellos que en los años sesenta no oyeron a los Beatles ni se han enterado del ruido de los Rolling Stones. Iban a misa, prepararon oposiciones serias, comían pasteles, llevaban a la novia del brazo a una conferencia en el Colegio Mayor San Pablo y la derecha clásica mitad eclesiástica mitad dineraria los fichó a su debido tiempo, los tuvo en hibernación a salvo de lo más gordo del franquismo y ahora los ha sacado, limpios, acicalados, con camisa blanca y tirantes, el paquete genital del otro lado para defender sus valores morales y financieros hasta el último recoveco del más ínfimo de los reglamentos. ■ M. V.



LA noticia de que el Opus Dei preparaba la reconquista de España no sorprendió a Monseñor Tarancón, en parte porque estaba enterado del poder de fondo conservado por la Obra, a pesar de su aparente retirada y en parte también porque conocía el personal eclesiástico regular y sabía de su capacidad de resistencia ante la invasión, incluso de la existencia de una línea Maginot en lo civil diseñada por la Asociación Nacional de Propagandistas y en lo religioso por obispos y arzobispos, sabiamente situados en los mejores miradores del Estado. Lo que sorprendió al monseñor fue la evidencia de que Juan Pablo II se estaba construyendo un refugio antiatómico, evidencia que obraba en poder tanto de la CIA como de la KGB y que la confirmaban los servicios de información de Cristianos para el Socialismo y de Socialistas para el Cristianismo. Desvelado, monseñor Tarancón dudaba entre hacer definitivas llamadas telefónicas o esperar el nuevo día para poner en marcha una lenta, sutil, segura investigación que le llevara a la verdad o la mentira de las nuevas cuevas del Vaticano. Los datos técnicos eran confusos. Trescientos sesenta metros cuadrados. Muy pocos metros para

BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

que el bunker antiatómico cobijara realmente a todos los ciudadanos del Vaticano, sin distinción de sexo o estado, habida cuenta de que unos doscientos metros se destinarían a la piscina olímpica donde Su Santidad combatiría el diablo dircal que llevaba pegado a la columna vertebral desde las matanzas de Katyn.

Conocedor de las correlaciones de fuerzas y debilidades, monseñor concertó una cita con el padre Arrupe, por su doble condición de superviviente vizcaíno de una orden en decadencia y de no menos superviviente de la catástrofe de Hiroshima. Arrupe inolvidaba sus pasados lances con Escrivá de Balaguer y temía que una nueva ofensiva del Opus, respaldada por el atletismo papal, convirtiera en Bancos las capillas prerrománicas y en iglesias cibernéticas las pocas charcuterías en las que aún era posible encontrar Ideazábal curado.

–Hasta el Ideazábal lo fabrican mal y se lo ofrecen siempre tierno.

Comentó el padre Arrupe a Tarancón nada más cruzados los saludos protocolarios.

–Es que tierno pesa más y hacen más negocio.

No planteó [illegible] tema Tarancón de buenas a primeras, sino que llegó a él a través de un suficiente recorrido informativo por las idas y venidas de Arrupe y la expansión de la industria japonesa.

–Sin ir más lejos, no hay botafumeiros hoy día como los japoneses.

El asentimiento cerró los ojillos cansados de Arrupe, pero no tanto como para impedirle seguir observando por dónde iba a venirle Tarancón y sobre todo de dónde venía.

–Su Eminencia Reverendísima no es desconocedor de los rumores que circulan sobre la introducción del dinero del Opus Dei en un buen puñado de industrias japonesas.

–En más de una ocasión me he planteado si el Opus no era en realidad la obra de un japonés, especialmente desde que el óbito del santo Escrivá de Balaguer [illegible] quitado a la obra los acentos joteros que José María sabía transmitirle.

–¿Cómo contemplaría Su Eminencia Reverendísima un retorno del Opus Dei al primer plano de la vida política y espiritual de España?

–Con la misma satisfacción con que Bismarck legalizó al partido socialista alemán y a partir de aquel momento le salieron las cuentas de los socialistas que tenía en las cárceles y de los que quedaban en la calle.

–Comprendo las tribulaciones del Santo Padre ante la cantidad de mies que hay que recoger y en cambio la vejez y debilidad de nuestros pobres brazos para tamaña empresa. Por eso el Santo Padre busca una fuerza de refresco capaz de enfrentarse al desafío de la Historia, sin los prejuicios que la Iglesia tradicional ha acumulado durante siglos.

–En el Opus ingresan hasta los recordmen de triple salto. En cambio en la iglesia regular sólo ingresan los que quieren ir a hacer la revolución a Guatemala o conseguir el retorno de los fueros al País Vasco.

–Cuánta verdad hay en lo que su Eminencia Reverendísima me observa y que yo, en mi pobreza de análisis, no había sabido adivinar. Deduzco de lo dicho por Su Eminencia, que adopta la sabia actitud del espectador ante el protagonismo que sin duda va a asumir el Opus, respaldado el atletismo cristiano puesto en marcha por Su Santidad.

–Como espectador emocionado y dispuesto a, en su día y ante el evidente cansancio que sigue a todo esfuerzo atlético, impedir que ese cansancio se traduzca en inhibición o desarme de la Cristiandad.

–Pero en el terreno de la política concreta.

–Por favor, no hablemos de política.

–Respeto el jesuítico pudor de Su Eminencia, pero nada de lo humano ha sido jamás ajeno a la Compañía.

–¿Me pide usted acaso mi opinión sobre el pleito que enfrenta a Carrillo con Tamames?

–Interesante alternativa a lo que yo pretendía inquirir. Más bien iban mis pobres pasos hacia el tema de cómo contemplaría Su Eminencia la conformación de una Democracia Cristiana española homologable, encabezada por buenos cristianos y en condiciones de dialogar con los hermanos del Opus de tú a tú, sin hacerles el flaco favor de una entrega excesiva, ni la desleal afrenta de una peligrosa oposición.

–Sin carne humana ¿qué son las ofertas ideales? En otras palabras ¿qué son las ideas sin los hombres y sobre todo las buenas ideas sin los buenos hombres?

–Lavilla, Herrero de Miñón, Marcelino Oreja.

–Lavilla, Ruiz Jiménez, Calvo Sotelo.

–Interesante alternativa. ¿Le sugiere algo [illegible] nombre de Alfonso Osorio?

–¿El valiente militar jurídico?

–Más bien diría jurídico-militar.

–El orden de los adjetivos puede adecuarse a la circunstancia histórica. Pero dígame, monseñor ¿qué pondría el Opus [illegible] no pone nombres?

–Pondría el rearme ideológico, una vasta campaña de penetración espiritual en la sociedad española. Según mis noticias, Cataluña se ha convertido en tierra de misión y el viaje de Jordi Pujol a Roma tendría algo que ver con los evidentes signos de rearme cristiano emprendido por el Opus catalán.

–¿Bastará la compensación de las almas?

–Supongo que habrá que pagar algún precio material, pero Su Eminencia ha de entender que el vacío de poder presumible en España antes de que llegue el verano, ha de ser previsto y que [illegible] alternativa socialista es una falsa alternativa porque vendría del brazo de un apoyo comunista.

–Eso significaría un desequilibrio europeo excesivo y acrecentar el peligro de una guerra mundial.

–Peligro para el que se ha bien predispuesto el Vaticano con la construcción de un refugio antiatómico.

–¿Está usted seguro?

–Casi.

–Maldición.

Arrupe se había levantado y paseaba airada y, arcadamente entre fru frús de sotana y crujidos de ancianos huesecillos indignados.

–No me lo creo. Abordé directamente a Su Santidad y le pregunté: en caso de guerra nuclear ¿qué recomendaría Su Santidad? Aguantar la respiración, me contestó; ¿para qué cree que me mantengo en forma? Yo insistí: Imagine Su Santidad una Cristiandad sin cabeza terrenal. Y Su Santidad, ya con una cierta impaciencia, me cortó: Dios proveerá.

–Santa esperanza.

–Pero él se ha hecho un refugio.

–Así se dice.

–Y los demás que se descompongan.

–También Noé tuvo que elegir bestias para la redención. En fin, Padre

Arrupe, ha sido muy interesante la conversación y le propongo contactos regulares para estar al tanto sobre el devenir. ¿Vuelve a Roma?

—Vuelvo a Roma.

El ceño de Arrupe aleteó a Tarancón sobre una oscura obstinación cuyo objetivo presumía. El general de los jesuitas salió del palacio arzobispal con la decisión de llegar a Roma antes de que Wojtyla se recluyera para su cotidiana práctica de karate. Una avioneta gentilmente cedida por las carmelitas descalzas solucionó el problema y Arrupe se pasó el viaje maravillado ante la habilidad demostrada por una joven carmelita que conducía rigurosamente descalza. ¿Por qué a San Ignacio o a cualquiera de sus seguidores no se les ocurrió crear la orden de los jesuitas descalzos?; ¿por qué la Compañía de Jesús había sido siempre tan parca imaginativamente? De la avioneta de las carmelitas descalzas pasó a un Lancia conducido por un joven novicio que compaginaba el noviciado con un curso de adiestramiento en las Brigadas Rojas. Arrupe no lo sabía a ciencia cierta, pero una vez, al abrir el maletero con curiosidad, creyó reconocer al hombre que iba allí dentro atado y amordazado.

—¿Oiga, este no es Aldo...?

—Qué va. Si fuera Aldo lo habría reconocido enseguida. Es el jardinero de los Franciscanos Cansados. Nos va de paso y le llevo atado para que no se canse más.

Había aceptado la explicación del joven novicio no sin reservas que pudo vencer recurriendo al fondo de caridad y comprensión necesario para entenderse con las nuevas generaciones. Además, el neófito era el único jesuita que iba a ordenarse en el presente lustro, convenía que no se enfadara y siguiera en la orden. Era un joven decidido e impresionante y por eso Arrupe le ordenó:

—Ábrame camino hacia Su Santidad.

Bajó el joven del coche y empezó a empujar caras saludadoras y sujetos que tendían hacia Arrupe las listas de inscripción para las audiencias. Ni siquiera la altiva presencia del cardenal camarlengo ante la puerta que abría la cámara papal impresionó al joven. Por el procedimiento de hacerle cosquillas en el costado izquierdo, consiguió que el cardenal camarlengo dejara libre el flanco derecho y por allí entró el delgado Arrupe en los aposentos de Su Santidad, dejando a sus espaldas las explicaciones del joven novicio al cardenal camarlengo, explicaciones que no iban más allá de una jeremíaca confesión de que era huérfano y nadie había velado por su educación.

No pudo retener Arrupe la réplica del congestionado camarlengo, porque ante él tenía a un no menos congestionado Wojtyla, congestionado de indignación por la intrusión y por el esfuerzo de bracear como un karateka y lanzar gritos guturales que desconchaban los frescos del techo, falsamente atribuidos a un Tiépolo en plena decadencia.

—Santo Padre, no me habría atrevido a lo que juzgo con una profanación de no mediar circunstancias perentorias, urgentes avisos que debo daros y no menos urgentes noticias que debo recibir. Ostora necedad fuera que no quimera, devenir presencia ante el nenúfar batiente de vuestros brazos, de ira armados por cotidiana esencia de juventud del alma.

—Arrupe, leéis demasiado a Gracián últimamente. Id al grano.

—Ha llegado a mis oídos un plan de revitalización del Opus Dei para impedir que en España se vote la ley del divorcio y oponer un ejército cristiano al progreso del materialismo ateo. Y por otra parte he sabido que os construís un bunker antiatómico. ¿Acaso Su Santidad teme una guerra mundial?

—Con razón se dice que estáis en decadencia. ¿Es que no leéis los periódicos? El enemigo se infiltra por todas partes. ¿Qué puede oponer la Iglesia? Oración, desde luego, pero también hombres decididos que conozcan el mundo y sus máscaras, hombres que no dejen el rosario para coger la ametralladora en cuanto ven a un niño pobre con sarpullido. Stop. En segundo lugar, si leyerais los periódicos en vez de leer a Gracián, sabríais que la tercera guerra mundial es inevitable. Yo he rezado por la paz hasta haciendo la vertical y como si nada. Rezo hasta cuando nado a la mariposa y cuidado que es difícil. Y nada. Presiento que Dios ha vuelto a dar la espalda al género humano.

—¿Insinúa Su Santidad que Dios nos ha dejado de su mano?

—No lo insinúo, lo veo, lo veo. Y hay que agradecerle que se haya limitado a dejarnos de su mano y no nos haya dado un buen puntapié en las posaderas.

—No puedo creerlo.

—Bien. Sea. Feltrinelli, ven aquí.

—¡Feltrinelli! ¡Esa cara! ¡Esa cara horriblemente deformada! ¿No es el editor que murió en un acto terrorista que él mismo había provocado?

—No murió. Se salvó e ingresó en un convento. Ahora lo tengo como editor de compañía. Es un hombre culto y está muy arrepentido. Tengo que frenarle porque se pasaría el día poniendo bombas a la editorial que había sido suya. No le gusta su política editorial. Feltrinelli, anda majo, ponme el vídeo. La aparición de San Miguel Arcángel del miércoles pasado.

—No es la más bonita.

—Es la que me conviene.

—La del domingo en la piscina es mucho más bonita, especialmente aquel plano en que el arcángel la sobrevuela y Su Santidad nada a la mariposa.

—Bueno, bueno. Vas a conseguir que me ruborice. La verdad es que él con las alas y la sobrenaturalidad que le caracteriza no consiguió alcanzarme. Va. Va. Boberías y malsana inmodestia. El vídeo.

Sobre la pantalla de televisión apareció Juan Pablo II haciendo ejercicios de bíceps y tríceps con dos poderosas pesas. ¿Se puede?, se oye desde el invisible cenit de la estancia. Adelante. Autoriza el Santo Padre con un cierto aire de fastidio. Pasaba por aquí. Bien, bien, sabes que siempre eres bien recibido. Además traía un encargo. Soy todo oídos. Me he enterado de buena fuente de que antes de 1983 habrá una tercera guerra mundial. ¿La carta astral? Eso es. ¿Hecha científicamente? Científicamente. Nos la ha hecho un argentino que se fugó de Argentina cuando ganó Perón en el 45, volvió a fugarse cuando perdió Perón en los años cincuenta, otra vez se exilió cuando volvió Perón y luego se ha marchado, creo que definitivamente, cuando cayó la viuda de Perón. Con tanta huida nunca habrá tenido la posibilidad de volver. Es lo que yo digo. ¿Qué se dice por allí arriba de la carta astral? Cuchicheos, pero nada definitivo. Así que me aconsejas que me construya un bunker antiatómico. Su Santidad puede hacer lo que quiera, pero las circunstancias lo aconsejan.

—Corta, Feltrinelli, corta.

—Asombroso. A mí nunca se me ha aparecido. ¿Ya tenéis arquitecto?

—Sí. Un arquitecto catalán que se llama Ricardo Bofill. Está haciendo maravillas. Todo en moqueta blanca y los techos pintados de amarillo. No hay otro mobiliario que los útiles de gimnasia y las latas de conserva Campbell.

—¿Por qué Campbell?

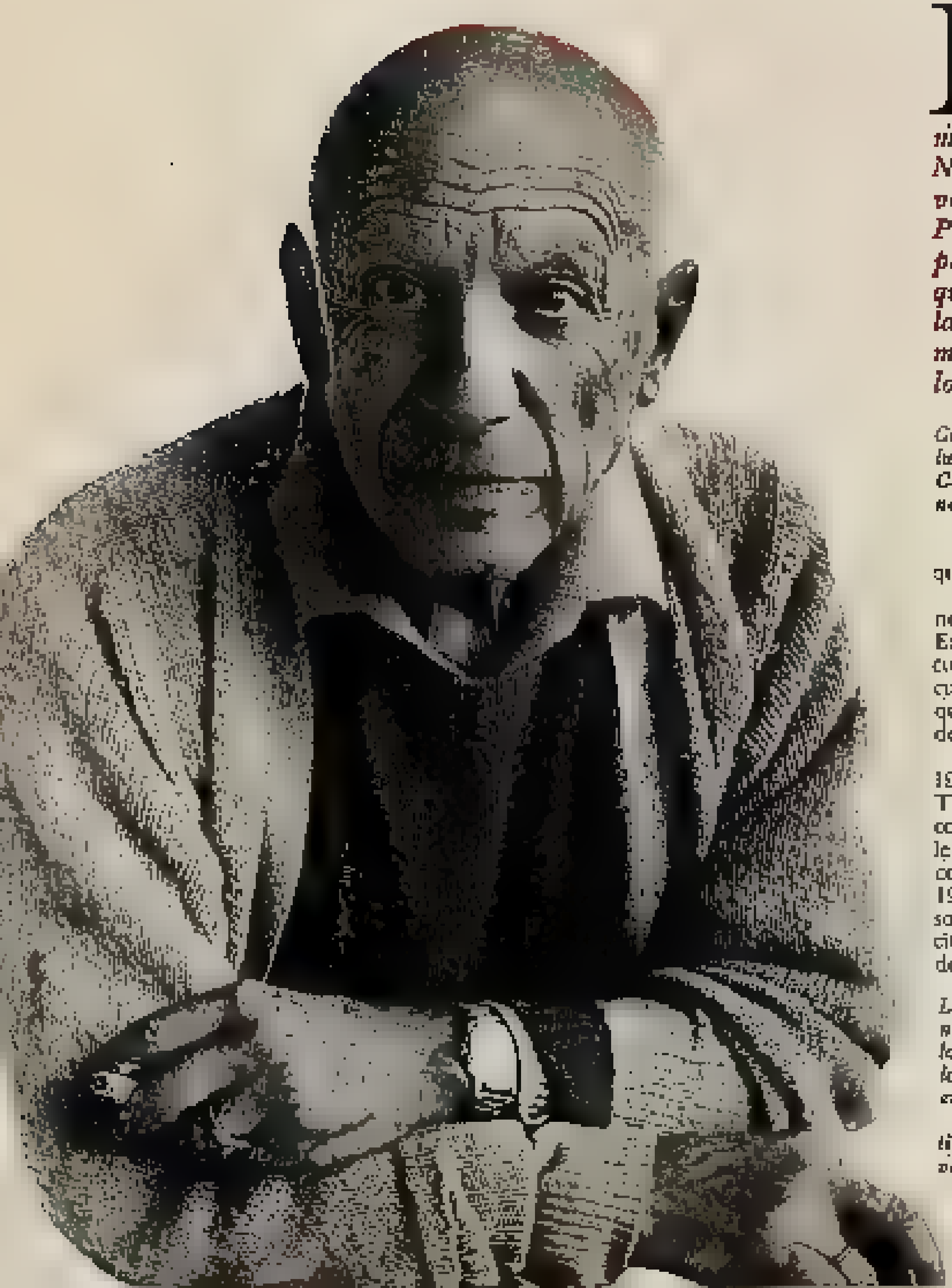
—Porque Ricardo dice que son las latas más bonitas y tiene toda la razón.

—En cuanto a lo del Opus en España...

—Arrupe, sea más jesuita, por favor. Ahora necesitamos a esos benditos paracaidistas de Dios para que desalojen al enemigo. Luego ya les dejaré a ustedes como camilleros, intendentes y cronistas. ■ M. V. M. Dibujo de Guillén.

DE PICASSO A JUAN RAMON PASANDO POR CALDERON

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO



EL año 1981 no es sólo el comienzo real de la década angustiosa, sino también el mojón de muchos centenarios. No se asuste el lector, que no vamos a contarlos todos. Pero de algunos hay que ocuparse: son como una marea que nos anega y llegan como las olas del mar y aún como miasmas sutiles. Y sabido es lo que escribió Echegaray:

Contra las olas del mar,
luchan brazos varoniles.
Contra miasmas sutiles,
no hay manera de luchar.

(Lo dijo en «*El gran galeoto*», obra que este año será centenaria.)

Además de no poder luchar, a veces no hay tampoco motivo para hacerlo. Es bueno recordar a los muertos, cuando no lo están. La nuestra es una cultura con cierto sentido histórico, que es cosa que a lo mejor nos viene del componente judáico.

Dos de los grandes centenarios de 1981 son los de Juan Ramón y Picasso. Tan vivos ellos hoy. Podríamos decirlo con unos versos de José Angel Valente, del que no se cumple ningún centenario puesto que nació no más en 1929, pero que vienen bien, sus versos, para desengrasar de Echegaray, citado así tan de improvisto por aquello de la cronología:

Los que yacen aquí
no yacen, velan;
los que yacen aquí,
los que descansan
en paz bajo su nombre, según [rezan
tiempo y piedra, no duermen,
velan siempre.

CRONICA DE GENTES

(De «El peregrino», recogido en «*Punto Cero*», Poesía 1953-1979, Seix Barral).

El juicio de J.R.J. sobre Picasso

¿Cómo vio Juan Ramón a Picasso? Escribe en «*Españoles de tres mundos*»: «En nadie, después de El Greco y antes de él –ni en Cézanne, ni en Van Gogh, ni en Gauguin, ni en ningún otro de los agudos y altos– llega a esta espiritualidad afilada y aguileña de ellos dos» (se refiere a Picasso y El Greco). Sigue: «Creo que todo el cubismo –El Greco fue el primer cubista– reside en una especie de cuadratura del círculo, desviando ciegamente la idea hacia el arte»...

Angel Crespo en su estudio «*Juan Ramón Jiménez y la pintura*» (Editorial Universitaria, Puerto Rico), señala: «...parece que Juan Ramón no comprendió el cubismo. No queremos decir que no lo admitiera desde el punto de vista de su gusto personal, sino más bien que no debió de preocuparse por obtener una información suficiente sobre sus prespuestos lingüísticos.»

Juan Guerrero –que es a Juan Ramón como Eckermann a Goethe– recoge un comentario del poeta a un artículo de Giménez Caballero en «*la Gaceta Literaria*».

–Fíjese usted que es la primera pedrada que se lanza contra Picasso, y lo bien lanzado que está, pues este es el momento en que va a comenzar su decadencia.

El juicio final es absolutorio y aún favorable: «No sé qué me pasaba con él que, saboreando infinitamente su esquisita y áljida pintura –dibujo, sentimiento, color y humor– fue necesario que un libre determinismo del espíritu suelto en el cuerpo caído, lo elevase al puesto primero.»

La carta de Juan Echevarría

Estos elogios crecen en nuestra estima al ver el tratamiento de Juan Ramón a otros pintores. Hay una carta a Juan Echevarría donde resplandece esa capacidad de herir que tenía Juan Ramón (hemos de llegar a Quevedo o a Alberto Cardín para hallar otra igual).

Echevarría quería terminar un retrato de Juan Ramón. Era, casi, el retratista oficial de su tiempo (aunque uno prefiera a Vázquez Díaz). Hay doce muestras de ello en la amplia iconografía barojiana, donde también Picasso tiene otra: el dibujo que hiciera para la portada del primer número de la revista «*Arte joven*», en 1901, cuando el pintor vivía en Madrid en la calle Zurbano.

Esta es, entera, la terrible carta:

«*Sr. D. Juan Echevarría*

Mi querido amigo:

Le agradezco a usted profundamente su segunda invitación para pintarme mi retrato, y le voy a hablar con mi habitual franqueza.

Por las conversaciones que hemos tenido y por los cuadros que he visto de usted, he comprendido que su espíritu y el mío andan por muy distintos lugares. Mi sombra está tratada con luz. Yo no tengo nada que ver, además, con ese mondongo estético-social-náufrago que llaman jeneración del 98, ni en tiempo... ni en espacio, y los que me colocan en ello, con ese afán de colocación y esa gana de definición tan característica entre españoles, lo hacen burda e inconscientemente.

Un retrato, tanto como el retratado es el que retrata; es como un hijo de un casamiento ideal. Para que una mitad del retrato se sienta a su gusto, es preciso que la otra mitad le sea grata; el mío estará siempre como esos niños en quienes padre y madre se están arañando constantemente como un perro y un gato, con las naturales consecuencias.

Perdóneme, pero creo que debo decirle lo que le he dicho antes de hacer entre su pintura y mi poesía un monstruo duradero.

Suyo siempre,

J.R.J.»

Correggio, en rojo y en negro

Otro centenario (este centenario y medio, ciento cincuenta años): en 1831 Stendhal publica «*Rojo y Negro*». Y parece que fue ayer. Pasarán más de mil libros, muchos más, de los editados ahora y éste no pasará. Ni menos mientras exista Consuelo Berges. Porque hoy hablar de Stendhal en España es hablar con Consuelo Berges, su enamorada traductora.

Al comentar los tres borradores de una carta que Stendhal dirigió a Bal-

Calderón, grabado de la Biblioteca Nacional, un centenario de un hombre de larga vida (81 años). Stendhal, centenario de dos libros seguidos. Sánchez Dragó, más disidente que nadie. Umbral:

Presentación en Madrid del libro «La otra historia de UC», *de Fernando Jáuregui y Manuel Soriano, por Luis Carandell (con ellos el editor Emiliano Escolar). Error de la portada: Landelino aparece riéndose.*

zac (para agradecer un artículo de éste sobre «*La Cartuja de Parma*») cita Consuelo Berges los modelos de estilo que Stendhal proclama en ellos: el Código Civil, el mariscal Saint-Cyr, Ariosto, Fénelon, Montesquieu y Correggio.

Lo de Correggio es «algo más que una ocurrencia de momento». El hombre que exclamó ante un cuadro de Rafael «*¡Yo también soy pintor!*» impregna con su pintura al decir de la Berges, muchos pasajes cartujanos.

Stendhal es también un muerto que está vivo, ahora que tantos vivos parecen estar muertos. Sus obras se reeditan e incluso se leen, como sucede con Flaubert. Ahí están los catálogos de Alianza y Bruguera. Hubo un tiempo en que los enamorados tímidos regalaban «*Del Amor*». Y otro en que un stendhaliano tan ilustre e ilustrado como Ortega lo glosaba.

También se reedita a Calderón en colecciones populares. Así «*La vida es sueño*» y «*El alcalde de Zalamea*», por Emiliano Escolar, editor. Viene el centenario de Calderón, necrológico porque murió en 1681. Su vida, además de sueño, fue larga: nació en 1600.

El enfado de Carrillo

De Calderón habrá teatro oficial este año, digo yo. Y lo vamos a tener de Manuel Puig. El argentino autor de «*La traición de Rita Hayworth*» y «*Pubis Angelical*» publica nuevo libro —«*Maldición eterna a quien lea estas páginas*»— y pasa otro a teatro: «*El beso de la mujer araña*». Pepe Martín y Juan Diego serán (temporalmente, claro está) el homosexual Molinita y el joven revolucionario que comparten la celda.

Otro autor que traslada una novela al teatro es nuestro Vázquez Montalbán, aquí vecino. En diciembre estrenó en Madrid, y ahora lleva a Barcelona y Valencia, «*Solamente una vez*». Es adaptación del Grupo Tábano de «*Cuestiones marxistas*», «novela escrita como una obra de teatro y dedicada a las peripecias en torno a un imposible encuentro entre Groucho, Harpo y Carlos Marx, los únicos hermanos Marx que me interesan».

Quienes saben dicen que Carrillo se ha enfadado mucho con el «Bestiario» de Vázquez sobre su marcopoliano

Rojo y Negro», *Montserrat Roig, libro del invierno de* «*Las cuatro Estaciones*», *de Argos con* «La hora Violeta». *Juan Luis Cebrián:* Teoría de Madrid», *con dibujos de Alfredo (Espasa Calpe).*

viaje a China (TRIUNFO N.º 2).

Quienes saben todavía más que los que más saben dicen que el jefe comunista actualizó así a los hermanos marxistas de Vázquez:

—Groucho es Tamames y Harpo es Ballesteros.

Y entonces preguntó Enrique Curiel, el discípulo amado:

—¿Por ventura soy yo Carlos, maestro?

Respondió Carrillo:

—No, hijo mío. Carlos Marx soy yo.

(Hay otra versión que presenta así la respuesta de Carrillo a Curiel:

—No seas presumido: es Blancanieves.)

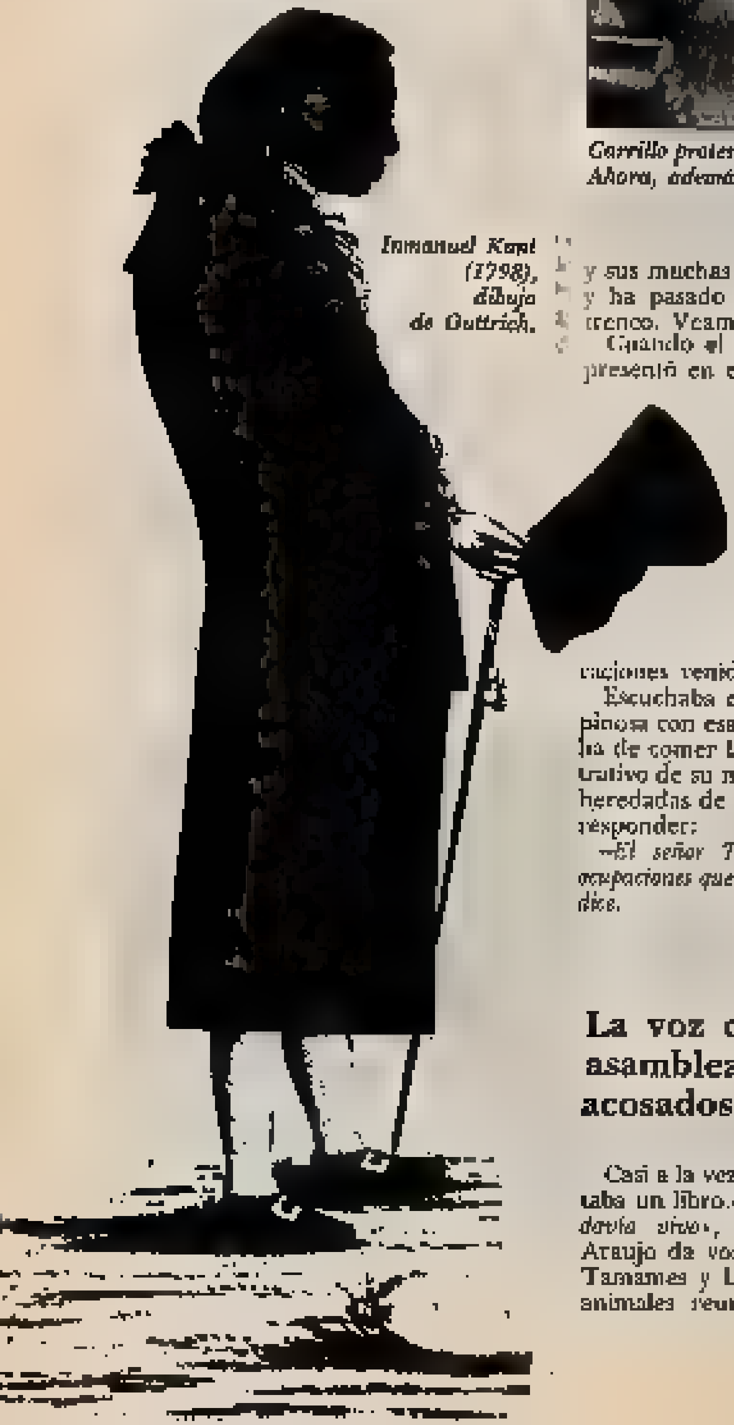
Carrillo es, últimamente, todo un hacedor de frases y un deshacedor de nombres. La lanzada sobre Tamames y sus muchas ocupaciones es histórica y ha pasado ya a ser un bien mostrenco. Veamos una prueba de ello.

Cuando el ministro de Agricultura presentó en el Congreso el «proyecto de ley de creación del parque nacional de Garajonay» (Canarias), Tamames atacó la política ecológica del Gobierno con citas que iban del Plioceno a las últimas teorías del ecodesarrollo. Pedía una «solidaridad diacronica» con las generaciones venideras.

Escuchaba el ministro Lamo de Espinosa con esas orejas de radar que se ha de comer la tierra (objeto administrativo de su ministerio) y que parecen heredadas de Arias Navarro. Y salió a responder:

—El señor Tamames por las muchas ocupaciones que tiene se fija poco en lo que dice.

Carrillo protesta y Tamames lee el periódico, en el tercer plano del congreso (julio 1977). Ahora, además de indiferencia, parece ser que existe agresividad.



Immanuel Kant (1798), dibujo de Outtrich.

La voz de una asamblea de acosados

Casi a la vez, Miguel Delibes presentaba un libro de Joaquín Araujo («*Todavía vivo*», Penthalon Ediciones). Araujo da voz (que el voto lo tienen Tamames y Lamo de Espinosa) a los animales reunidos en «Asamblea de Acosados». Cada uno habla en [illegible] estilo; los reptiles sin signos de puntuación.

Este Miguel Delibes no es el auténtico, sino un renuevo. Es su hijo. Se parece al padre en que le gusta mucho el campo y se distingue en que no [illegible] de caza. Como todo el mundo sabe para Miguel Delibes, padre, lo importante es cazar y lo secundario es escribir.

Vive el renuevo de Delibes en Sevilla y es biólogo, relacionado con la estación de Doñana. Allí, en Doñana, me dice, vivían casi fuera del mundo. Unos colegas suyos tardaron dos días en enterarse de la muerte de Carrero Blanco. «Está la radio», dije. «Sí, pero la sensación de aislamiento puede sobre todo», me responde.

Es verdad. Aquello es un mundo aparte, un mundo otro. Y ahí está «*Ágata, ojo de gato*», la novela de las tierras-aguas de la marisma, que hizo Caballero Bonald.

«Toda la noche oyeron pasar pájaros»

Caballero Bonald es hombre de poca obra, pero todas ella muy premiada. Tiene los dos premios de la Crítica: novela y poesía. Ahora vuelve con nueva novela: «*Toda la noche oyeron pasar pájaros*», título prestado por Cristóbal Colón de su diario. El libro saldrá en Planeta.

Caballero escribe más cosas. Jerezano como es prepara un *«Breviario del vino»*. Este librito abre una nueva colección de un antiguo editor: José Esteban (fundador de «Ciencia Nueva» y «Turner», entre otras aventuras editoriales). Más *«Breviarios»*: la fabada, por Paco Ignacio Taibo; el pescado de la Costa Brava, por Carlos Barral; el whisky, por Angel González; el sancocho canario, por Armas Marcelo; el cocido, por el propio Pepe Esteban...

Y muchos, muchos, más libros. Todas las noches –e incluso algunas mañanas– vieron presentar libros, aseguran los colonos de estas Américas editoriales.

En olor de multitud (bastaba para ello con los numerosos autores), presentaba Salvat sus «temas Clave»: «cien obras para conocer y comprender nuestro mundo». Ambición digna de Fausto y de Kant.

Disidentes todos son

Con Kant volvemos a los centenarios (*«Crítica de la razón pura»*, 1781). Pero antes sigamos con más libros. Dos de Juan Luis Cebrián, el joven director de *«El País»*: *«La Prensa y la calle»*, Nuestra Cultura, y *«La España que bosteza»*, Taurus.

Uno de Leguineche, presentado por Cebrián: *«La tribu»*. Esta tribu es la de los enviados especiales, tribu de periodistas que llega a Guinea Ecuatorial tras la caída de Macías; Leguineche es un vasco gordo, pacífico y pacifista que se pasa la vida de guerra en guerra. *«La tribu»*, es una novela editada por Argos Vergara. Argos, también, hace su autora de invierno en «Las cuatro estaciones» a Montserrat Roig con *«La hora Violeta»*.

Otros catalanes (los de la Caixa) llevan o traen –según desde donde se lea y se mire– las esculturas de Joan Miró. Eso está muy bien. Y asimismo lo está la promesa de ampliar el campo a otros artistas. Porque con Miró hemos pasado de la nada al todo. Ahora cada nuevo ministro de Cultura organiza un homenaje a Miró o algo así.

Para 1982 tendremos los homenajes a Murillo (tercer centenario de su muerte). Entre vírgenes y ángeles se abre paso la nueva imagen de un pintor en alza. Espasa Calpe se adelanta al centenario con un estudio de Diego Angulo, donde se cataloga por vez primera una obra del pintor sevillano: *«San Francisco de Asís en el momento de recibir los estigmas»*.

Otras presentaciones: Luis Carandell hace [illegible] del libro *«La otra historia de UCD»*. Sus autores son Fernando Jáuregui y Manuel Soriano, dos periodistas que hay que darlos con nombre y apellido, porque si no parecen un dúo musical: Soriano y Jáuregui. Son un dúo bien conjuntado. El dibujante Ortuño cometió un grave error, al hacer la portada, según Jáuregui: ha dibujado a Landelino riéndose.

El mexicano Arturo Azuela, nieto del Mariano Azuela de *«Los de abajo»*, trae una publicación importante: *«Revista de la Universidad de México»*, ya podían hacer aquí algo así. Y dos libros: *«Manifestación del silencio»* y *«El tamaño del infierno»*, que al parecer es muy grande. Arturo es matemático, buen oficio para un escritor. Umbral teoriza un Madrid dibujado por Alfredo González.

Es natural y lógico que ante tanto libro salga un suplemento literario nuevo. Lo lleva el polémico y bestsellérico Fernando Sánchez-Dragó en *«Diario 16»*. Se llama el suplemento *«Disidencias»*. Y allí disienten todas las semanas, entre otros, Eduardo Haro Ibars, Jiménez Losantos, Ramón Buenaventura, José María Alvarez, Alberto Cardín, Eduardo Bronchalo, Luis G. Escribano, Manuel Bayo, José Luis Merino, Giménez Caballero, Domingo Ynduráin... Y me acuso de los que no me acuerdo, como igualmente hago con los libros.

Dejaremos a Kant para otra vez y acabe felizmente el lector la penitencia de tan libresca crónica, que si la historia del pensamiento –según Don Inmanuel decía– era un «andar a tientas», ésta ha sido un andar a saltos. Vale. ■ V.M.R.

Juan Ramón por Juan Echevarría. Un retrato inacabado. Basta leer la terrible carta de Juan Ramón al pintor para saber el motivo: «Por las conversaciones que hemos tenido y por los cuadros que he visto de usted, he comprendido que su espíritu y el mío...».

II Congreso de UCD

LA HEREJIA NACIONALCATOLICA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

LAS vísperas del inicio del segundo congreso de Unión de Centro Democrático, convocado para la mitad de enero, más la degradación de la situación políticoeconómica –sin olvidar la intoxicación informativa de rigor que es habitual en nuestro país– están creando en el ambiente político, cada día más desconectado de la realidad, la sensación de que estamos viviendo los últimos momentos del presidente del Gobierno. En cierto sentido este otoño-invierno de 1980 recuerda al verano-otoño de 1976 en el que casi nadie apostaba por el futuro político de Adolfo Suárez. Aunque ya nadie se atreve a escribirlo existe en el mundillo de la política la impresión de que sería «un gran error, un inmenso error» su continuidad en el palacio de la Moncloa.

Y la analogía histórica entre estos períodos es tan similar que, con toda seguridad, esta confusión preludia también otra nueva etapa política del dirigente del partido gubernamental. Para los intereses sociales que representa no es cierto que no gobierne, ahí están un conjunto de leyes y disposiciones gubernamentales de inequívoca orientación, y sí es cierto que el paro y el terrorismo son dos consecuencias de una seria crisis económica que padece todo el sistema socioeconómico en el que estamos insertados. Porque a la hora de hacer un análisis riguroso todos estos sectores procuran dejar en el perchero los clisés o estereotipos que responsabilizan únicamente a un hombre del deterioro del panorama políticoeconómico.

De ahí que la causa de toda esta desorientación, que no hace de una realidad objetiva basada en una contestación global de todos los intereses representados en el partido gubernamental, haya que encontrarla en la realidad subjetiva de la rebelión de los demócratas cristianos de UCD que pretenden de hecho invertir las siglas –UDC por UCD– y agradecer los servicios prestados al actual presidente del Gobierno. Aunque para ser rigurosos habría que hablar con más exactitud de la fronda del nacionalcatolicismo. En efecto, dejando al margen la digna excepción de Fernando Alvarez de Miranda, los rebeldes de Unión de Centro Democrático nada tienen que ver con la CEDA y, por el contrario, sí mucho que ver con el sector de nacionalcatólicos que colaboraron ampliamente con el anterior régimen a lo largo de sus cuarenta años.

Instituciones y leyes orgánicas

Esta tendencia, que es la más fuerte de Unión de Centro Democrático si se exceptúan los independientes agrupados en torno a Rodolfo Martín Villa, centra hoy todos sus objetivos en la dirección de disminuir los poderes del actual presidente del Gobierno en relación con el partido gubernamental y en aumentar gradualmente su control de la organización centrista. Y este ataque, que no busca por ahora sustituir a Adolfo Suárez, no nace únicamente de la proximidad del segundo congreso, sino de su simultaneidad con las discusiones parlamentarias de dos proyectos de ley que afecten esencialmente a la Iglesia en el doble plano ideológico y económico: el divorcio y la enseñanza universitaria.

No se trata de que estas leyes lesionen intereses fundamentales de la jerarquía eclesiástica sino de que, muy limitada y prudentemente, apuntan a recortar mínimamente privilegios de una de las más importantes instituciones de nuestro país. El problema surge, recuerdan los nacionalcatólicos, cuando ninguna de las restantes instituciones han tenido que pagar ningún precio a la izquierda durante la transición política. ¿Por qué ha de ser la Iglesia la que en exclusiva pague un cierto consenso con la izquierda y por qué no distribuir proporcionalmente este pago entre todas las instituciones? O proclaman, más sencillamente, que no es necesario pagar nada a una izquierda en profunda crisis y perpetua división. Si la reivindicación republicana, la amnistía a los oficiales del ejército implicados en la UMD, la segunda parte de los pactos de la Moncloa y la neutralidad de facto ante la OTAN han desaparecido

—conforme a los deseos de estas instituciones— ¿por qué seguir con el divorcio y la hegemonía de la enseñanza pública?

El paralelismo del ataque parlamentario y de la ofensiva partidista interna refleja la conexión entre uno y otro movimiento. A través de esta doble presión, desde arriba y desde abajo, intentan conseguir un doble objetivo: la menor erosión para sus intereses en las leyes a aprobar y una paulatina inversión en la correlación de fuerzas en el partido gubernamental. No van a derribar a Suárez, entre otras razones porque no pueden, sino a cercarle y a avanzar o afianzar sus posiciones en el partido político que representa todos los intereses de la derecha española que se mueve en un marco constitucional y democrático.

El talón de Landelino

Y es que esta ofensiva carece de fuerza más allá de la que reúne en sí misma el nacionalcatolicismo. Al responder muy concretamente a un interés afectado no cuenta con aliados de peso ni con alianzas sustanciales. Al no poder presentar, tampoco, una alternativa socioeconómica diferenciada de la que lleva a cabo el actual Gobierno no puede ni siquiera intentar hacer una seria labor de zapa en el resto de las instituciones y de las fracciones del partido gubernamental. No hay hoy una sola razón para que los nacionalcatólicos puedan desarrollar una eficaz política de alianzas dentro o fuera de su partido.

Para los intereses sociales que defiende Unión de Centro Democrático no hay ni puede haber un programa sustancialmente distinto del elaborado por el actual Gobierno; pero sí puede haber en el futuro, no en estos momentos, una alternativa política que enfocase más rígida y enérgicamente la aplicación del mismo programa económicosocial. Mas en este caso los nacionalcatólicos, en el supuesto de coincidir con ese enfoque, encontrarían muchos más competidores por su derecha. Ese es el talón de Landelino de toda esta ofensiva que busca debilitar a Adolfo Suárez recreando el clima del verano de 1976.

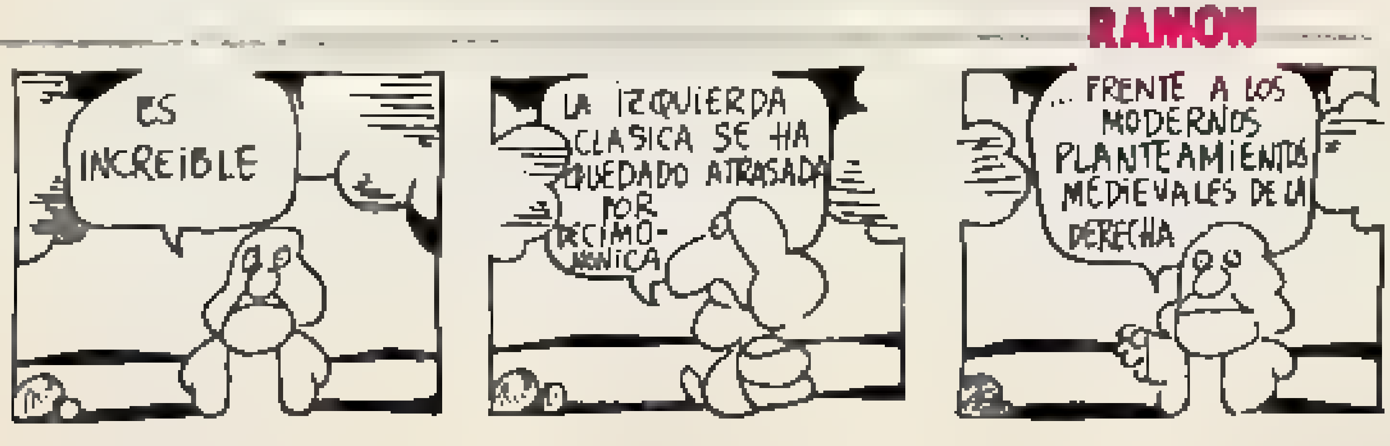
Porque lo contradictorio de esta premisa, si fuese cierta, es que ahora no sería prólogo de un salto democrático hacia delante, sino un decisivo paso atrás en dirección de la más completa involución. En la medida en que se recreara la situación que describen estarían cavando su propia tumba política. En su triunfo cosecharían su propia derrota. Frente al vigente programa económico del Gobierno no pueden presentar una alternativa y frente a su línea política no hay más opción que la rígida existente más allá de los límites del partido gubernamental. Es por lo que, al menos hasta el momento, no le queda más camino que centrar sus reivindicaciones en la necesidad de democratizar el partido. Reivindicación importante, en cualquiera de los partidos que actúen en el arco constitucional, pero que de por sí no es ningún factor movilizador. Son los problemas de fondo, nunca los de forma, los que marcan la agonía de un líder, experiencia o línea.

Un punto de equilibrio

Con lo que, paradójicamente, esta ofensiva no hace más que reforzar a quien intentan devaluar. De hecho este ataque convierte a Adolfo Suárez en un árbitro entre las distintas tendencias e intereses que se dan cita en Unión de Centro Democrático: su caída a manos de los nacionalcatólicos sería considerada como un casus belli por los socialdemócratas y viceversa. Y, al mismo tiempo, su objetivo de consolidar y desarrollar sus posiciones consigue el mismo efecto reforzador al acudir las restantes tendencias al presidente del Gobierno para no ser perjudicadas en el nuevo reparto de poder que pretenden los nacionalcatólicos. Ya que existe el temor, entre los que crearon UCD es el sector que más ha crecido cuantitativa y cualitativamente, de que intentan un compromiso de Yalta interno que distribuya las áreas de poder al 50 por ciento entre ellos y los independientes en detrimento de los otros grupos.

Así, poco a poco, el presidente del Gobierno va transformándose en un punto de equilibrio interno muy semejante al punto de equilibrio externo que es en la actual inestable correlación de fuerzas en la vida política española. Si en el parlamento más allá de Suárez es intolerable para la derecha y menos aún inaceptable para la izquierda, en el partido más a la izquierda que Suárez no es admisible para los nacionalcatólicos y más a la derecha no es de recibo para los socialdemócratas. De esta manera el partido gubernamental, curiosamente, reproduce en su seno este peculiar empate político del que sale favorecido —independientemente de sus intenciones, fallos o aciertos— Adolfo Suárez.

Por ello está asegurado su completo triunfo en el segundo congreso de Unión de Centro Democrático. Por encima del aparato de su propio partido, sin necesidad de recurrir a tácticas de dimisión, tiene ganada esta batalla política. Victoria que obedece muchísimo más al «impasse» de una situación, a la inexistencia de alternativas opuestas a la que encabeza, que a su capacidad política. Su triunfo no nace tanto de lo que hace como de lo que no pueden hacer sus adversarios. Es justamente este carácter de su éxito político, producto de la inercia creciente que es la vida política española, el que hace que no estemos delante de una victoria pírrica. Todo lo contrario. Es un triunfo de largo alcance. De ahí que el nacionalcatolicismo no sea en la actualidad más que una herejía en Unión de Centro Democrático y que este lejos el concilio-congreso que lo convierta en la ortodoxia del principal partido de la derecha. ■ F. L. A.



EL DIVORCIO RELIGIOSO

E. MIRET MAGDALENA

A propósito de la ley civil del divorcio, se ha producido una gran confusión entre los católicos. Y los que no lo son tampoco saben cuál es en definitiva la postura de la Iglesia. Lo único que conocen, unos y otros, es que el actual Papa arremete constantemente contra toda legislación civil de divorcio. Y nuestros obispos, que en 1979 admitieron la posibilidad de esta ley, ahora parecen dimitir porque surgen entre ellos importantes voces negativas, como la del cardenal de Toledo, ayer hombre abierto y hoy metido dentro de sí mismo, cerrándose así en su concha para olvidar el mundo humano que le rodea.

Muchos creen por eso de buena fe que la Iglesia jamás admitió el divorcio, y que siempre mantuvo las cerradas posturas del actual Derecho Canónico aunque sólo en 60 años de vigencia se ha quedado totalmente desfasado porque realmente siempre lo estuvo.

Son también muchos y en número creciente, sin embargo, los que desde dentro de la Iglesia se han lanzado a proclamar la verdad histórica que fue divorcista, desde que en el Concilio Vaticano II se alzó para relatar los hechos auténticos la valiente voz del arzobispo auxiliar del patriarca Máximos IV, monseñor Zoghby.

Pero, aquí en España, el clericalismo sigue en pie y, por un procedimiento u otro, se intenta desacreditar a quienes aireamos la verdad, pese a quien pese.

En los púlpitos, sobre todo, se desata una campaña antidivorcista que esgrime con contundencia, más aparente que real, solamente argumentos oratorios, que cualquier creyente con dos dedos de frente y acostumbrado a analizar lo que se le dice, no puede aceptar.

Se afirma con la mayor tranquilidad que un gobernante católico no puede permitir una ley divorcista a nivel civil, porque el derecho natural prohíbe la disolución del vínculo que humana y religiosamente es sagrado y ningún hombre puede desatar. No es ésta —dicen— una imposición religiosa del catolicismo, sino una exigencia natural para todo ciudadano honrado, porque es la propia naturaleza de este contrato la que exige la indisolubilidad del matrimonio. El matrimonio —afirman— naturalmente no se puede disolver, y nadie puede hacer, según ellos, caso omiso —creyente o no— de esta ley natural que a todos obliga.

Sin embargo, es la propia Iglesia la que, por su jerarquía eclesiástica, da un rotundo mentís en la práctica a esta afirmación tan tajante que ella misma fomenta de palabra.

Uno se pregunta ante esa tajante afirmación, ¿por qué se permite entonces desde hace unos siglos que se realice el divorcio de dos que no están bautizados, si uno de ellos se convierte al catolicismo y se bautiza? Si el vínculo fuera indisoluble por ley natural, lo mismo daría que uno se convirtiese o no a la fe, para impedirle en todo caso que ese lazo se rompiera. Al menos los Papas de los últimos dos siglos suelen enseñar que todo matrimonio civil de dos que no son católicos, es irrompible, aunque desde hace varios cientos de años no se mantiene esto en la práctica ni por el propio Papa.

Y, por si esto fuese poco, ¿cómo es que desde el Papa Pío XI para acá, se ha extendido este privilegio paulino —llamándole entonces privilegio petrino— a aquellos casos en que ni siquiera uno de los dos cónyuges se quiera bautizar, sino sólo por el simple hecho de que uno desee casarse con una persona católica? Los Papas recientes han aceptado romper ese lazo «indisoluble» por conveniencia de la fe religiosa, como señala el especialista católico V. Steininger.

Más preguntas todavía: se afirma que todo matrimonio religioso de un católico no permite el posterior divorcio y nuevo casamiento, por la misma razón alegada en los documentos públicos de la Iglesia católica: o sea por esa pretendida indisolubilidad natural, reforzada por la ceremonia sacramental en que consiste el matrimonio canónico. Y, sin embargo, ese mismo matrimonio que se dice naturalmente atado, aunque no esté consumado, permite la Iglesia que se deshaga si no se ha producido el primer acto sexual pleno entre marido y mujer. Un puro accidente, la consumación física, permite romper lo sustancial del vínculo «indisoluble», que es el consentimiento ante testigos calificados.

Vayamos un poco más adelante en nuestras cuestiones. Si el sacramento no cierra la posibilidad divorcista de dos católicos, porque ahí están para demostrarlo los casos de disolución de matrimonios que no han sido consumados, y —por otro lado— el lazo natural, aun en el caso de haber sido consumado el matrimonio legítimo, puede ser roto por motivos religiosos, nos encontramos con la siguiente inconsecuencia: al no ser el matrimonio sacramental absolutamente indisoluble cuando no se ha consumado, el sacramento no tiene suficiente fuerza para cerrar la vía al posible divorcio; y tampoco la tiene el lazo natural aun consumado, porque los Papas pueden permitir romperlo. Entonces, ¿por qué arte de magia al unir ambas cosas se prohíbe hoy el divorcio de los matrimonios sacramentales y consumados, ya que ninguno de los dos aspectos —el sacramental ni el natural— por sí solos son suficientes para impedirlo? El sentido común responde que esto ocurre, sin duda, porque la jerarquía eclesiástica no quiere hoy dar esta libertad, pero podría hacerlo mañana, ya que no hay nada sustancial que impida el divorcio entre católicos.

Lo primero que se le debe pedir a un católico es que piense, porque las épocas del oscurantismo han pasado y no se nos puede ya hacer comulgar con ruedas de molino a los seglares que todavía creemos en el cristianismo.

Queremos las cosas claras, haciendo honor a la necesidad de ser racionales lo mismo en nuestra conducta que en nuestro pensamiento. No podemos ser por más tiempo ni ovejas mudas, ni autómatas del mando central. Queremos ser creyentes que pensamos, para hacer de nuestra fe un «obsequio racional», como pedía un Papa tan conservador como Pío IX en el siglo pasado.

Termino estas reflexiones independientes haciendo una apelación como católico a la primacía de la conciencia.

Según dice el veterano canonista y ex presidente del Tribunal Eclesiástico de Nueva York, monseñor Kelleher: «la solución de la Buena Conciencia es mucho mejor que la solución del tribunal eclesiástico»; porque en este organismo humano pueden menudear los engaños, subterfugios y maniobras del peor estilo para conseguir la disolución o anulación que uno pretende; y en cambio, la conciencia responde sólo ante Dios y ante el propio honor, y nadie puede engañarla valiéndose del refrendo falseante de una decisión eclesiástica para cubrir simplemente las formas externas.

No queremos ya más hipocresías. Si dos personas casadas, incluso por la Iglesia, llegan a la conclusión de que su matrimonio resulta «irrevocablemente intolerable y existencialmente muerto», tales personas «tienen un evidente derecho a divorciarse, a contraer un segundo matrimonio y a ser recibidas en la comunidad religiosa que escojan», como sigue afirmando monseñor Kelleher.

Esto es lo que hizo, en 1972, para su diócesis el obispo de Baton Rouge, en Luisiana, monseñor Tracy, lo mismo que se aceptó en algunas otras diócesis de Idaho y Oregón, en los Estados Unidos. Y allí donde la jerarquía no lo permitió, «muchos sacerdotes han usado y siguen usando esta práctica» con toda razón.

La conciencia puede decirle a un católico responsable que su matrimonio ha muerto y, en ese caso, con tribunales eclesiásticos o sin ellos, tiene pleno derecho ante Dios de divorciarse y volverse a casar. Y si la Iglesia oficialmente no lo acepta así, está yendo esta última contra un propio fundamento que es la convicción de la conciencia, como recordaba en el pasado siglo el católico convertido por seguir su conciencia, cardenal Newman. Porque si alguien en la Iglesia impide al católico usar de su convicción personal, entonces ese dirigente deja de ser cristiano porque sólo querría que los fieles fuésemos robots en una Iglesia que dice inspirarse en el evangelio de la libertad y de la responsabilidad personal. ■ E.M.M.

Director:
EDUARDO HARO TECGLEN

En su número 74, TIEMPO DE HISTORIA, incluye estos temas:

- EL ANTICLERICALISMO ESPAÑOL, por Pere Solá.
- ¡JACA: MEDIO SIGLO, por Carlos Sampelayo.
- TESTIMONIO: LOS ULTIMOS DIAS DE AZAÑA, por Isabelo Herreros.
- MATAELPINO: LA ULTIMA MORADA DE LOS MACHIS, por Eugenio Suárez-Galbán.
- LA PENA DE MUERTE, LEGAL O NO, por Ricardo Lorenzo Sanz y Héctor Arabidarte Rivas.
- NICOLAS FRANCO, EL GALLO DE VUELO CORTO, por Rafael Abella.
- EN EL NOVENO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE ABELARDO: MEMORIA DEL «INOCENTE DE HELOISA», por Carlos Eugenio López.
- LA INTELIGENCIA DEL NIÑO: JEAN PIAGET O LA PASION DEL CONOCIMIENTO, por Luis Miguel García-Segura.
- ANALISIS DE UNA NOVELA TENDENCIOSA: EL QUINTO JINETE, por Antonio García Aparicio.
- LA RAZON CONTRA EL REINO DEL CRIMEN: CONAN DOYLE, MEDIO SIGLO DESPUES, por Ramiro Cristóbal.
- UN INEDITO DE LENIN: EL DISCURSO FUNEBRE PARA SVERDLOV, presentación de Marcial Suárez.
- UN GENERAL DE LA REPUBLICA: JOAQUIN PEREZ-SALAS, por M.ª Teresa Suero Roca.
- ESPAÑA 1951: Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán.
- UN SIMBOLO: SANCHEZ ALBORNOZ A LA RECONQUISTA DEL ENIGMA HISTORICO DE ESPAÑA, por Sebastiano Moreta.

«Japón construye bicicletas, y nosotros hemos tenido que cerrar Manufrance; Japón hace automóviles y nosotros tendremos que cerrar Renault. Si Japón decide producir queso Camembert y vino, tendremos que cerrar Francia.»

COLUCHE, o la quema de la política

EDUARDO HARO TECGLEN

NO todo es broma en el fantástico, imposible candidato a la presidencia de la República Francesa, Michel Colucci, llamado Coluche en el mundo al que pertenece, el del teatro cómico, el music hall. O [illegible] broma [illegible] ácida, aguda, penetrante para este cuerpo blando de los electores franceses, tan desconcertados y tan cansados. Ya está incluido en las encuestas de opinión pública, y resulta que su porcentaje de admiradores (12,5) le sitúa por encima de Michel Debré, que fue primer ministro con De Gaulle, por encima de Brice Lalonde, que aspira a la presidencia seriamente, en nombre de los ecologistas. Sólo está un poco por debajo del candidato comunista, Marchais (14 %), de Jacques Chirac que representa la pura herencia de De Gaulle (15 %) o del socialista Mitterrand (18 %). No va a prosperar, naturalmente, y probablemente su candidatura no será nunca oficial. Tendría que conseguir para ello 500 firmas de «grandes electores» (personas que ocupan cargos por elección popular); pero hay en Francia 41.455, y puede pensarse que entre ellos pudiera haber quinientos que... De todas formas existe una comisión nacional de Control de la campaña, que puede eliminarle, que incluso ha declarado ya que la forma en que Coluche se está comportando podría eliminarle, e incluso hacerle incurrir en posibilidades. En último caso, está [illegible] mismo, que no piensa llegar demasiado lejos. (Quizá haya llegado ya demasiado lejos). Piensa incluso que podría pasar el primer turno; pero se retiraría antes del segundo. Y no vacila en decir que si llegase a ser elegido «sería una catástrofe para Francia».

Michel Colucci, Coluche, es un actor cómico muy aplaudido; antes ya de esta gran aventura había quien le consideraba el mejor cómico de Francia. Sus gafas, sus «pull-overs» de intelectual, le dan un aspecto respetable, una imagen que prende. Llena todas las noches el teatro Gymnase; hay filas infinitas de gentes que esperan su turno para entrar a ver su última película. Vive en un hotelito particular junto [illegible] Parc Montsouris de París; en su pequeña tertulia se hablaba un día de las elecciones, y sus amigos le preguntaron qué iba a votar. «Voto abstencionista», fue su respuesta: como la de tantos franceses. Pero llevado por fuerza profesional de su verbo, siguió adelante: «Y soy fiel a ese partido: más que Marchais al suyo. Soy el rey, soy el presidente, soy más aún: soy el candidato de los abstencionistas». La broma salió a la calle. Coluche pensó que podía ser algo excelente para su espectáculo, y la noche siguiente salió al escenario con una banda con los colores nacionales —la que tienen derecho a llevar todos los políticos elegidos por el pueblo, a partir del presidente de la República— y dijo unas cuantas bromas. El público se puso en pie y gritó: «¡Coluche presidente!». El popular cómico y sus espectadores de esa noche no sabían lo que habían despertado. Una fiebre. Los periódicos —y los más serios— comenzaron a ocuparse de él. La inmensa broma fue creciente. Coluche tuvo derecho a una portada en «Le Nouvel Observateur», a un artículo en primera página en el «Times» de Londres, a un análisis de Flora Lewis en el «New York Times». A un editorial de Jean Daniel, a artículos en «Le Monde», «Libération» —el diario al que Sartre dio una imagen de radicalismo, de protesta— publica a diario sus opiniones. Y las encuestas mostraron que un elector de cada diez está dispuesto a votar a Coluche. Comenzaron a suceder ya cosas más graves: Coluche recibió amenazas de muerte; y un día su ayudante apareció asesinado. Hay pocas dudas de que fue un delito común; pero el suceso se añade a la leyenda.

Todo esto no sucede por casualidad. Ni siquiera dentro de una tradición francesa de broma con la política. Hubo ya hace años un candidato fantástico, Ferdinand Llop, el «estudiante eterno», que se presentaba a todas las elecciones. Pero el límite de la broma estaba bien establecido. Tiempo después apareció Poujade, con un significado bastante mayor: un pequeño comerciante defendiendo los intereses de los pequeños comerciantes con una demagogia fascistoide, pero que prendió en un país donde esa clase es muy numerosa, y en un momento de gran crisis en el sector amenazado por los grandes almacenes y otras concentraciones comerciales. Poujade llegó lejos, y luego se extinguió. Pero Coluche no tiene hoy inconveniente en decir que [illegible] un «anarco-pujadista». Como en el caso de Poujade, Coluche se beneficia de

un desprecio general por la política, y muy especialmente por los políticos. Y la proximidad de las elecciones presidenciales, el principio de la campaña no oficial, está despertando, otra vez, este desdén popular, que probablemente tuvo su momento más grave en mayo de 1968; se extinguió el espíritu de mayo, lo que podía tener de positivo y de constructivo, pero queda su entropía, como siempre: todo aquello de destructivo, de denuncia, de la clase política.

Las elecciones presidenciales presentan una serie de nombres más bien quemados. Pero no hay otros. En primer lugar, está el presidente actual, Giscard d'Estaing, alcanzado por algunos escándalos –como el del regalo de diamantes del emperador Bokassa– pero, sobre todo, por siete años de gobierno y por la posibilidad de que su mandato se prorrogue por siete años más. Una cifra exagerada, que convierte a un presidente en un rey, pero con muchos poderes. Fue De Gaulle quien modificó la Constitución –antes, la presidencia se ejercía por cuatro años y con poderes reducidos por el parlamento y el gobierno– para hacerla a su medida; pero ni él mismo, con su vocación de vitalicio, pudo resistir el desgaste. No llegó a los siete años; como tampoco llegó –murió– su sucesor, Pompidou. No se consigue la estabilidad prevista; se consigue forzar el tiempo a costa de una inflexión de la presidencia elegida hacia la autocracia. Algunos datos se van añadiendo. Por ejemplo, la persecución judicial contra «Le Monde» en un país donde la libertad de prensa es sagrada, y sobre todo donde «Le Monde» aparece como un templo. O pequeños detalles protocolarios: se acaba de contar en París que en las comidas presidenciales, cuando no está presente Mme. Giscard o un jefe de gobierno extranjero, el puesto situado frente a Giscard ha de dejarse vacío; y los servidores le sirven primero a él y a sus familiares, y luego a sus invitados. Un protocolo real.

Por eso Mitterrand, candidato de la oposición, suele decir que Francia «ya no es exactamente una república». Pero Mitterrand tiene sus quiebras en la opinión. Hay un viejo escándalo, el del atentado de los jardines del Observatorio, en el que Mitterrand salvó

«¿Por qué un comediante no tendría derecho a entrar en la política? Reagan era un comediante, el papa también. La señora Mao, también.»

su vida como por milagro y tuvo [illegible] comportamiento valiente; pero poco después se descubrió que el atentado se [illegible] había preparado [illegible] Para [illegible] larga. [illegible] rrand entró después en el destrozado cuerpo del partido socialista quemado por la guerra fría, y lo reconstruyó, le dio vigor y energía; pero siempre se ha visto que realmente no fue nunca [illegible] libros teóricos— un verdadero socialista. Dentro de su partido se le ha disputado la candidatura, por parte de Michel Rocard. Tampoco le ha favorecido la ruptura de la unión de la izquierda.

Estos son los dos grandes candidatos, los únicos que tienen posibilidades. Por el momento, se inclina la balanza hacia Giscard. Sobre todo, por el reflejo hacia el poder constituido, y por la importancia de los abstencionistas y de lo que aquí llamamos «desencanto».

Chirac, Debré, se disputan la túnica de De Gaulle; no tienen su carisma y se inclinan demasiado a la derecha. [illegible] dado tradicionalmente, para los poli[illegible] capaz de utilizar la constitución hacia la autocracia con mucha más fuerza de lo que lo está haciendo Giscard. Marchais es el secretario general del partido comunista: nunca ha habido posibilidades de que un comunista acceda a la presidencia de la República Francesa, pero hay menos en el caso de Marchais. Su partido, que aún cree estar dentro del eurocomunismo, se ha manifestado excesivamente prosoviético en asuntos para los que la [illegible] pública [illegible] el de Afganistán; incluso ahora, con el [illegible] su opi[illegible] satisfactoria. Se le reprocha también que hiciera imposible la unión de la izquierda. Marchais puede tener los votos de los militantes en el primer turno, para cedérselos a Mitterrand —si hay acuerdo— en el segundo. Pero nada más. El candidato ecologista desp[illegible] simpatía [illegible] medida de lo utópico. Reúne los votos de protesta de la situación actual, pero nada más. Nadie piensa que pueda ser un presidente de la República. Y lo demás no existe.

«Todos tenemos nuestra parte de responsabilidad» dice Jean Daniel cuando habla del «coluchismo». Considera que el país sufre de lo que un psicólogo considera «un conflicto de tendencias que provoca una neurosis» y se extraña no de que este fenómeno esté sucediendo, sino de que no haya sucedido antes.

No es sólo Jean Daniel: hay sociólogos, científicos, psicólogos, que se manifiestan sobre el caso, y lo analizan. Cada uno retuerce sus argumentos para llegar al mismo final: hay una quiebra de la política, hay una quiebra de la moral de las estructuras éticas en Francia (ellos dicen en Francia, porque es el país que observan; están más acentuadas en otros lugares del mundo).

Mientras, Coluche sigue desfilando sus formas de protesta. Parece que los analistas se han inclinado más a estudiar al público, el elector y el adicto, a la contextura de la sociedad, que al propio comediante. Quizá por su misma naturaleza escénica, por su en[illegible] un viej[illegible] retirado de la política por la edad [illegible] las luchas por el poder.

[illegible] luche lleva su grotesca campaña al [illegible] ñable, ni poco inteligente. «Puedo de[illegible]

po de ese tipo de comediantes. Es él quien se presenta ante el público con un lema en [illegible] que las palabras tradicionales «Libertad, igualdad, fraternidad» han sido sustituidas por «obscenidad, debilidad, vulgaridad». Y dice: «Todo esto no es serio; por eso es terriblemente serio». Y él quiere parodia a De Gaulle en su famoso «papel» del 18 de junio, pidiendo la unión de Francia contra el invasor, descalificándolo. No elimina a nadie de su crítica. La policía: «El año pasado, he hecho las cuentas: los policías han matado más personas que los gángsters, pero lo dice». El Estado: «El enemigo no es el patrón, es el Estado. [illegible] montar un negocio, no se puede a causa de los impuestos y todo lo demás. [illegible] tentamos no ser devorados por los impuestos y la seguridad social». Poco a poco, la palabra de Coluche va abandonando el chiste, el humor, la exageración, haciéndose más política.

Todo eso ¿no es fascismo? No lo es en tanto que definición, y que oficialización. En defensa de Coluche aparecen periódicos de la extrema izquierda, pensadores revolucionarios. La derecha le ve con temor: una cosa es atacar a los políticos y otra las instituciones de la autoridad, los límites de los poderes públicos.

Pero el fascismo está ahí. Ya no son sólo las personas de la p[illegible] este ácido corrosivo; son los partidos. Y más allá de los partidos, las ideologías, y el Parlamento, y el Gobierno y la presidencia de la República. Pero la verdad es que no fue Coluche, no fue el payaso, el que despertó todo eso. El payaso de oficio está siempre payaseando la payasada de los demás.

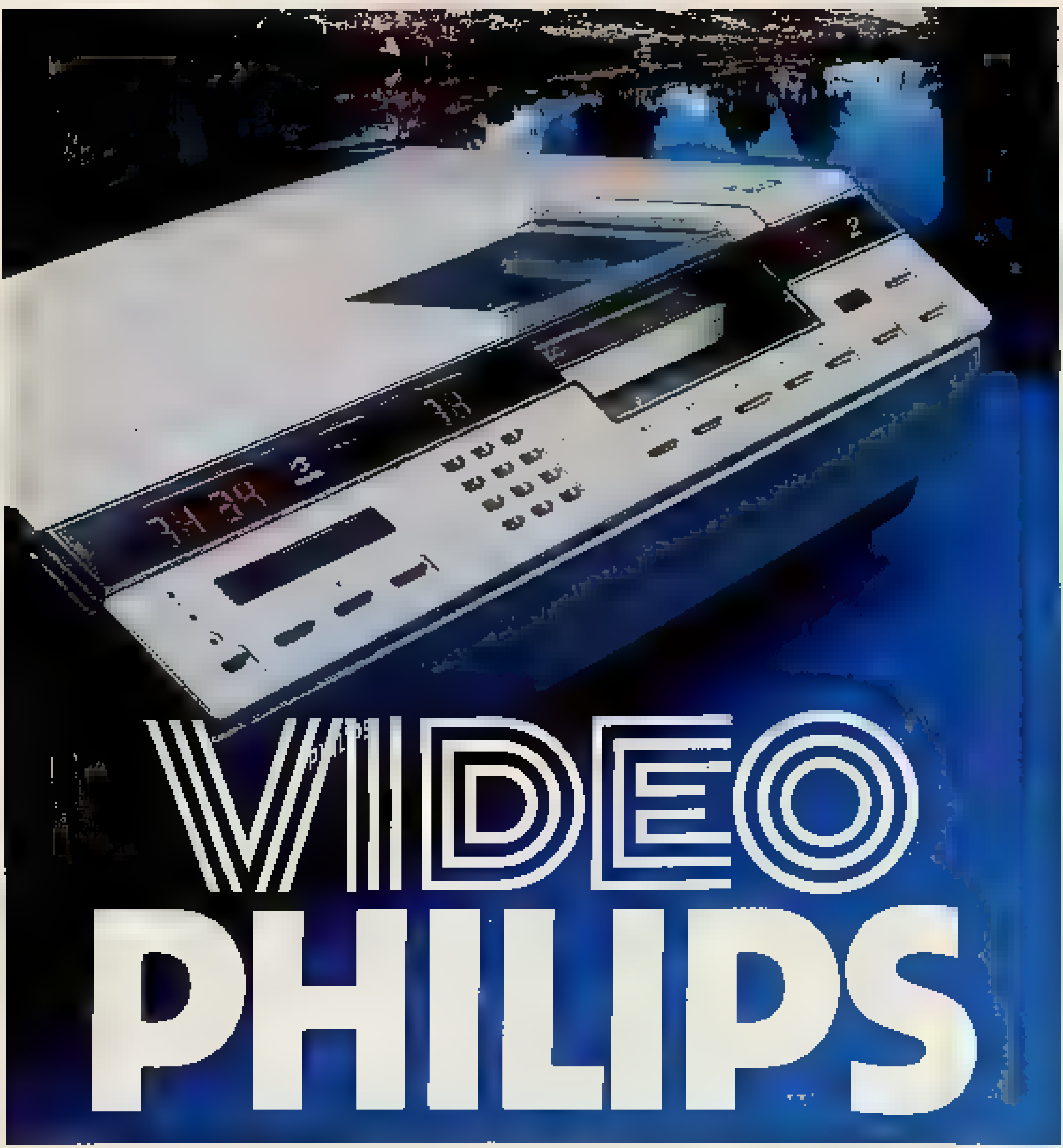
Probablemente el problema es que no va a pasar, lógicamente, nada. Coluche ganará cada vez más dinero y aumentará su popularidad: ha pasado a ser un personaje mundial. Las elecciones tendrán sus dos turnos dentro de la seriedad acostumbrada. Probablemente vencerá Giscard —que todavía no ha anunciado su candidatura, incluso su esposa está diciendo que su mismo deseo es que no siga adelante. «Pero si el pueblo lo pide...»— y se encaminará a cumplir los siete años más que le situarán en catorce de presidencia (tiene ahora 55 años, y goza de una excelente salud). Y hay mucha gente en Francia que piensa que este desnivel, esta desnaturalización de la democracia, esta aproximación a la «dictadura dulce», cada vez más penetrante, es todavía más grave que el hecho de que un «clown» finja ser aspirante a la presidencia de la república y obtenga una considerable adhesión popular e intelectual. ■ E.H.T

«Yo soy el rey, soy el presidente, soy más aún: soy el candidato de los abstencionistas.»

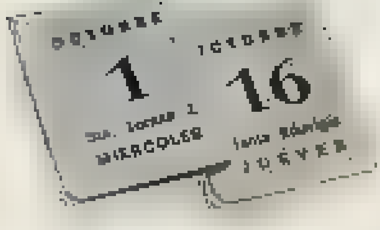
«Si soy elegido Presidente, sería una catástrofe para Francia.»

Philips presenta el aparato que graba y reproduce televisión

Su nombre:



El video Philips le permite programar con antelación la grabación de 5 emisiones distintas de televisión en diferentes días, horas y canales.



Ordenándoselo hasta con 16 dias de antelación.

Una vez programado, el nuevo Video Philips se pondrá en marcha, grabará los programas y se apagará, todo ello automáticamente y en los momentos oportunos, aunque Vd. no esté en casa.

Philips ha dado un salto al futuro en el mundo de la grabación de imágenes a color con dos revolucionarias innovaciones a nivel mundial:

Lanzamiento del primer modelo de esta nueva generación de aparatos: VR2020

Creación de un nuevo y definitivo sistema de grabación: Video 2000

Philips fue en su día la marca que creó e impulsó la grabación de Sonido en cassette. Ahora es también pionera en la investigación de la técnica de grabar y reproducir imágenes a color.
Los muchos años de experiencia y adelanto en este campo han dado como resultado la creación del VIDEO más completo y "futurizado" que sea posible imaginar.
Conozca alguna de sus revolucionarias innovaciones:

Sintonía automática con señal de prueba incorporada
Basta una sola pulsación para sintonizar el aparato ¡Así de sencillo!
La Señal de Prueba incorporada le garantiza además que la sintonía sea perfecta.

Seguimiento dinámico de pista DTF
Que le asegura total precisión en la reproducción, brindándole unas imágenes de mucha mayor calidad

Control por microprocesador
Para un nivel de automatismo que hace el manejo muy sencillo.

Supresión dinámica de ruidos
Para obtener la mejor calidad sonora de todos los sistemas de video-cassettes.

Micromando
Este es el corazón del VIDEO Philips, que controla la velocidad de la cinta para asegurar su exactitud.

Control directo
Que simplifica las funciones de Video, haciendo más cómoda su utilización.

Tecla de Go-To
Pulsando este mando, el aparato buscará automáticamente el punto exacto que Vd. desee ver. Ya no necesitará hacer intentos avanzando y retrocediendo la cinta.

Contador electrónico de cuatro dígitos
Con suficiente capacidad para localizar fácilmente cualquier programa grabado, incluso en las cassettes de larga duración.

Mando a distancia por rayos infrarrojos
(Sin cables ni conexiones) que incluye también la tecla Go-To, para una total comodidad.

PHILIPS

Doble duración por el mismo precio
Hay un límite máximo lógico en la duración de una cinta de grabación. El tratar de alargar la duración fuera de este límite, significa perjudicar la calidad de imagen en la reproducción. Por esta razón, Philips orientó sus esfuerzos en poder DARLE LA VUELTA A LA CINTA como en las cassettes de sonido. ¡Y lo ha logrado!
Hay una gama completa de cassettes VIDEO 2000, con duraciones desde una hora por cada lado (dos horas en total) hasta cuatro horas por cada lado (8 horas en total). 8 horas le permiten grabar 4 PELICULAS DE LARGOMETRAJE COMPLETAS O 4 PARTIDOS DE FUTBOL DIFERENTES Y UN LARGOMETRAJE.
¡EN UNA SOLA CASSETTE!

¡DOBLE DURACION!

Unicamente el Sistema VIDEO 2000 lleva cassettes reversibles.
Una vez terminada la cara 1, basta con darle la vuelta y tendrá el mismo tiempo de grabación en la cara 2.

PHILIPS VR 2020

Video 2000 ¡El sistema!

VCR
ACB

YO. DON NICO, DEMOCRATA (de toda la vida)

ROMEU

El 20 de enero Ronald Reagan entra en la Casa Blanca: entra en la historia. Quizá con la sensación de que la historia es suya. Una sensación que debe perder. Es difícil que los grandes hombres hagan la historia; a veces, eso sí, les queda un poder de deshacer; más generalmente, los deshechos son ellos. Carter sale triturado. Otros han salido peor; incluso vilipendiados (Nixon), incluso muertos (Kennedy). La institución presidencial ha perdido gran parte de su carisma.

LA CITA CON REAGAN

El mundo con que se encuentra Reagan al comenzar su presidencia es especialmente maligno. [illegible] una cierta alegría, un cierto regocijo del [illegible] aberración casi con características de deidad. El mundo tiene en estos momentos [illegible] la esperanza y la desesperanza son difíciles de distinguir. Hay unas civilizaciones en marcha [illegible] primer lugar, la noción de la felicidad [illegible] Reagan toma el poder [illegible] a ese desafío se respondiera con la fuerza [illegible] acerca de las libertades. Pero los últimos [illegible] res militares han terminando mal. Primero [illegible] Holanda...— perdieron sus imperios [illegible] perdido [illegible] Vietnam [illegible] en 1917 [illegible]

[illegible] Europa tratan de evadirse de su hegemonía [illegible] después del gran empuje de la revolución, vino el estancamiento [illegible]

Los grandes modelos están rotos [illegible] mo para que cada uno se olvide de [illegible] dades surgen profetas [illegible] Son insuficientes, y finalmente [illegible] como si se hubiera hecho Papa para que se alzaran los mineros polacos y para estrenar una obra de teatro. Toda la guerra santa de Jomeini se [illegible] conflicto con su vecino el Irak. Y todo el internacionalismo soviético, todo el viejo impulso heroico del «proletarios de todos los países, uníos», en una reyerta con los montañeses del perdido Afganistán, que sirve para que un presidente de los Estados Unidos quiera también ser profeta y lance una cruzada mundial, termine perdiendo ruidosamente las elecciones.

¿Qué va a hacer Reagan con este mundo maligno?; ¿qué va hacer este mundo maligno con Reagan? Todo parece indicar que el hombre elegido en virtud de su fortaleza, de su rudeza, de su vieja condición de guerrero frío, va a conducir la historia hacia un pacto. Ya hay indicios. Ya hay un viaje de un senador reaganista a Moscú, y una rápida reducción de [illegible] de Madrid. El pacto que se ve venir es el de los grandes gigantes, tan fuertes como subnormales, para ofrecer algún punto de apoyo común. No es la primera vez que la URSS y los Estados Unidos intentan un reparto del mundo: lo hicieron en Yalta, y en Potsdam. Pequeños y grandes países tuvieron que comportarse con arreglo a aquel dictado. El tiempo ha ido barajando las circunstancias; parece que ahora se trataría de recomponer, de rehacer esa alianza de grandes enemigos. Un Papa trazó una vez una línea imaginaria en el mundo: de un lado, las conquistas de España; del otro, las de Portugal.

Puede que otro Papa se atreva a trazar [illegible] otro Papa menos profético y más práctico.

Es una esperanza para la paz mundial —no hay indicios de que la paz mundial esté más amenazada ahora que antes—, pero es una desgracia para los países a los que corresponda ser repartidos. Quizá todavía tengan tiempo de reaccionar; es lo más probable. Los gigantes están demasiado atontados por su propio desgaste, y aún se les puede desafiar. ■ E.M.T.

REAGAN ESE HOMBRE

Al igual que Woodrow Wilson hace sesenta años, un presidente demócrata de los Estados Unidos acusado de débil e indeciso –un «idealista» demasiado absorbido por los valores morales para poder defender los intereses de la nación– ha sido repudiado al término de su mandato y reemplazado por un republicano comprometido con una política de pragmatismo, «business-as-usual» y «laissez faire».

THOMAS G. BUCHNAN

LA primera vez no fue un gran éxito.

Woodrow Wilson era un sudeño nacido en Virginia. en 1856, hijo de un pastor presbiteriano. Fue durante catorce años, profesor de economía política en importantes universidades del este antes de ser nombrado presidente de la Universidad de Princeton, uno de los tres centros académicos más importantes de América. Con la excepción de Franklin D. Roosvelt y Adlai Stevenson (que fue derrotado todas las veces que se presentó a las elecciones presidenciales), fue el único intelectual que llegó a jugar un papel importante en la política estadounidense desde principios de siglo. En 1911 fue elegido gobernador de Nueva Jersey y, en 1913, presidente de los Estados Unidos.

Durante los ocho años que Wilson permaneció en la Casa Blanca, su gobierno llevó a cabo un número considerable de reformas democráticas, tales como los cambios constitucionales que permitieron la elección popular del Senado (elegido hasta entonces indirectamente) y el derecho de voto para las mujeres. Wilson incrementó el poder del gobierno federal para que regulase la industria privada y la banca, fortaleció las leyes contra los monopolios, y estableció el primer impuesto progresista sobre la renta, actividades estas que no le granjearon las simpatías de los grandes hombres de negocios del país, quienes consideraban semejantes medidas como «socialistas».

En política exterior, después de un comienzo vacilante marcado por expediciones militares a Haití y Méjico, se fue apartando cada vez más de la política de «mano dura» que los presidentes republicanos habían estado practicando desde la tardía entrada de América, en 1898, en la raza colonial a raíz de la guerra contra España. Se atrajo la enemistad de sus compatriotas adversarios, y de sus aliados extranjeros –Francia e Inglaterra–, por su resistencia a aceptar la intervención en una guerra entre fuerzas imperialistas rivales: la primera Guerra Mundial. Se agravó esta hostilidad cuando en 1918 abogó por adoptar una política de «auto-determinación» que presuponía la consulta con la población nativa para determinar las nuevas fronteras entre vencedores y vencidos, y la creación de una «Liga de Naciones» a la que le sería cedida, al menos eso esperaba, la autoridad para intervenir en futuros conflictos.

Al igual que la lucha de Jimmy Carter por los «Derechos Humanos», los Catorce Puntos «idealistas» de Wilson fueron recibidos con sonrisas condescendientes o declarado desprecio por todos los Henry Kissinger de hace sesenta años. En Estados Unidos, los enemigos domésticos del presidente se encargaron de controlar el Congreso y rehusaron ratificar la adhesión americana a la Liga de Naciones, del mismo modo que este año el Congreso ha rechazado también ratificar el acuerdo Salt II que Jimmy Carter había negociado con los rusos. Los hombres de estado europeos escribieron el Tratado de Versalles, un documento eminentemente «realista» que dos décadas más tarde conduciría a la apoteosis de la «realpolitik» (1): Munich. El fracaso de no tomar en consideración los Catorce Puntos de Wilson llevó a aberraciones tales como el Corredor Polaco y le suministró a Hitler un pretexto para desplegar sus ambiciones territoriales en los años treinta. El «Realismo» al igual que el pacto de Hoare-Laval condujeron a la segunda guerra mundial. Resulta difícil de imaginar que la aplicación de ciertos principios morales a la diplomacia internacional hubiesen podido deparar consecuencias peores.

Insultado y humillado en los últimos meses de su mandato, lo mismo que Carter, la salud de Wilson se resintió y murió poco después, paralizado y con el corazón roto. En las elecciones presidenciales de 1920, los republicanos volvieron a apoderarse de la Casa Blanca. Nacido en el Medio Oeste, como Ronald Reagan, Warren Harding era un brillante orador y miembro del ala derechista de su partido. Basó su campaña en dos slogans: «vuelta a la normalidad» en política interior, y «lo primero es América» en política exterior. Como Ronald Reagan, dijo que había demasiados burócratas del gobierno tratando de regular la industria privada; prometió devolverles a los altos ejecutivos el derecho a hacer lo que les diera la gana. De igual modo, Harding se comprometió a hacer de América un país fuerte e independiente mediante la defensa de los propios intereses exclusivamente nacionales, imponiendo severas restricciones en los derechos de los extranjeros para inmigrar a los Estados Unidos y vender sus productos en el mercado americano.

Puesto que los doce años siguientes constituyeron la Era de Oro del «laissez-faire» americano, época a la que los más allegados consejeros de Reagan se remiten ahora como guía, merece la pena recordar los acontecimientos que tuvieron lugar durante los tres mandatos republicanos que sucedieron a la derrota de Wilson:

–el mayor escándalo político y fi-

---

(1) Realpolitik: en alemán, política realista. Este término designa una política de poder que afirma que, en las relaciones internacionales, los Estados deben buscar el aumento de su propio poder como un fin en sí mismo y que la persecución de tal poder debe basarse en la amenaza y en el uso de las fuerzas militares y la coacción económica.

nanciero de la historia de Estados Unidos antes del Watergate, que implicaba al propio gabinete del presidente: el «Teapot Dome» affair;

–la más severa represión de los «radicales» en la historia de Estados Unidos hasta la época de McCarthy: el caso Sacco-Vanzetti fue sólo uno entre mil;

–una política de altas tarifas protectoras contra las importaciones europeas;

–regulación inadecuada de las imprudencias de la Bolsa y las transacciones financieras, que contribuyeron en gran medida al crack de Wall Street en 1929 y las subsiguientes catástrofes bancarias;

–una creciente desigualdad de ganancias entre ricos y pobres. En la cumbre del periodo de «prosperidad» en 1929, el 59,6 por ciento de las familias americanas tenían unos ingresos inferiores a los 2.000 dólares, el mínimo requerido (de acuerdo con la reconocida Institución Brookings) para cubrir las «necesidades básicas»; inmensas fortunas se estaban amasando en la Bolsa, pero tres décimas partes del uno por ciento de la población recibían el 78 por ciento de esos dividendos; y los quinientos cuatro ciudadanos americanos más ricos ganaron más dinero aquel año que los ingresos juntos del millón trescientos mil de agricultores de trigo y el millón treinta y dos mil de agricultores de algodón que había en el país;

–como resultado de esta desigualdad de ingresos y la consiguiente baja en el consumo de los bienes producidos, los últimos tres años de «laissez-faire» en Washington quedaron marcados por la catástrofe económica más grave que haya sufrido América. El presidente era, por aquel entonces, Herbert Hoover, que tenía una reputación y un perfil bastante similares a los de Raymond Barre cuando tomó posesión del cargo. El señor Hoover había sido secretario de comercio bajo el mandato de Harding, y se le tenía por un experto en economía nacional, pero durante sus cuatro años como presidente se equivocó lamentablemente todas las veces que intentó analizar el pasado y predecir el futuro. Unas pocas semanas antes de la depresión económica más grave de la historia, proclamaba complacido que la economía nacional nunca había sido tan próspera, y durante los tres años siguientes siguió insistiendo en que una economía basada en el mercado se ajustaba automáticamente por sí sola y que, por consiguiente, «la recuperación estaba a la vuelta de la esquina». En el momento en que Franklin D. Roosevelt tomó posesión de la presidencia, el cuatro de marzo de 1933, la producción industrial de la nación se había visto reducida a la mitad, había

catorce millones de parados, los ahorros de los agricultores y de la clase media habían sido liquidados, y todos los bancos de Estados Unidos habían cerrado sus puertas después de una serie de fracasos causados por los cuentacorrentistas de toda la nación al retirar sus fondos.

La «Nueva Política» de Roosvelt supuso una ruptura completa con la filosofía de Adam Smith. Se basaba en las teorías económicas de Maynard Keynes, y conllevaba un aumento de los gastos del gobierno y un descenso en los impuestos cuando la economía nacional decayese, con el fin de estimular el consumo necesario para aumentar la producción y darle trabajo a los parados. Y como colofón, los gastos del gobierno descenderían y los impuestos aumentarían cuando la economía se estuviese expandiendo con excesiva rapidez, con el fin de prevenir los ciclos de alza y bajo que tradicionalmente tenían lugar en las economías capitalistas.

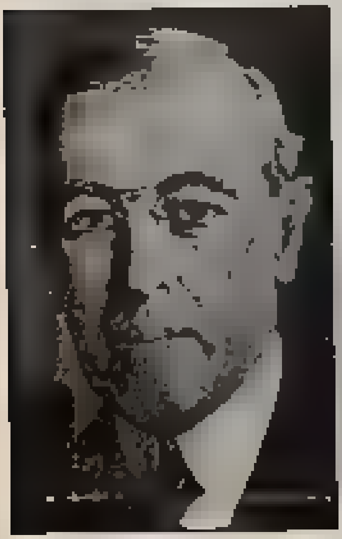
Durante los primeros años de la Nueva Política los desembolsos del gobierno tendieron a concentrarse en ayudas a la industria privada, basándose en [illegible] suposición de que con ello se estimularía la inversión, se crearían puestos de trabajo y de este modo se irían beneficiando poco a poco, de rebote, los grupos con ingresos más bajos. Gradualmente, sin embargo, una interpretación «más izquierdista» de Keynes prevaleció en el grupo de consejeros intelectuales de Roosvelt, y la ayuda gubernamental empezó a concederse directamente al consumidor bajo la forma de seguros de paro, pensiones de vejez, proyectos de obras públicas, y subsidios a los agricultores: medidas que supusieron una redistribución de los ingresos de los ricos, que pagaban impuestos, en favor de los pobres. De este modo se sentaron las bases de una nueva línea política, al reemplazar la barrera pasada de moda que existía entre demócratas y republicanos desde la Guerra Civil por una alianza enteramente nueva de los ricos contra los pobres, y puesto que la gente que quería que el gobierno se gastase el dinero en ayudarlos era más numerosa que aquella cuyos impuestos financiaban el programa de ayuda social, los demócratas se convirtieron en el partido mayoritario durante medio siglo.

El cambio cualitativo que está teniendo lugar en Estados Unidos [illegible] debe al hecho de que el número de votantes que sienten que tienen más que perder (en forma de impuestos) por causa de los gastos del gobierno que lo que reciben en forma de beneficios excede ahora al número de aquellos que se consideran como presuntos beneficiarios.

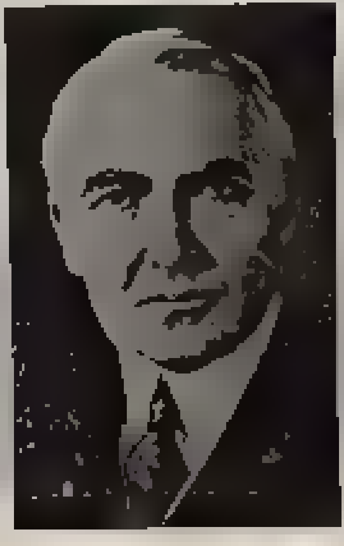
Durante este medio siglo, sin embargo, la distinción entre los beneficiarios de los fondos públicos y los que pagan más de lo que reciben ha sufrido una evolución considerable. El periodo durante el cual el sector más pobre de la población era el principal beneficiario de la ayuda del gobierno duró sólo unos pocos años. Hacia el mes de diciembre de 1936, el programa de ayuda social de la Nueva Política había conducido a una drástica mejoría de la economía nacional, pero no alcanzó nunca una recuperación total. La producción industrial estaba en un 21 por ciento por encima de la media del periodo 1923-1925, pero en cuanto los desembolsos del gobierno sufrieron una brusca restricción a principios de 1937, volvió a decaer una vez más, alcanzando una cota mínima de 77 en 1938. Después de eso empezó una nueva y rápida mejoría, pero esta vez [illegible] debía más a un «boom» de las industrias relacionadas con la guerra que al programa de ayuda social. Una nueva baja comenzó después de la segunda guerra mundial, pero fue abortada por los crecientes contratos del gobierno para defender las industrias durante la guerra fría y más tarde durante los conflictos de Corea y Vietnam. De tal modo que una proporción sin precedentes de la producción nacional empezó a depender de [illegible] concesión de contratos por parte del gobierno para defender las fábricas, y que se concentró principalmente en la parte oeste del país. El fin de la guerra del Vietnam acarreó un serio desbarajuste en las industrias de la mencionada región, y es comprensible que los del oeste se hayan mostrado más receptivos a la llamada que ha hecho Reagan para aumentar ampliamente los presupuestos militares de lo que se mostraron ante los esfuerzos de Carter en pro del desarme.

El problema fundamental estriba, sin embargo, en que Carter ha estado aplicando al pie de la letra las mismas teorías económicas que han dominado durante cincuenta años en el mundo occidental, pero que ahora ya no funciona. Puede que en parte esto se deba al hecho de que las multinacionales que aparecieron en los años sesenta son menos sensibles a la manipulación por parte del gobierno mediante facilidades de crédito, política de impuestos, regulaciones de tarifas o cualquier otro factor económico de lo que lo eran las empresas privadas de los años treinta. La causa inmediata de la actual crisis económica mundial fue la subida brutal del precio del petróleo,

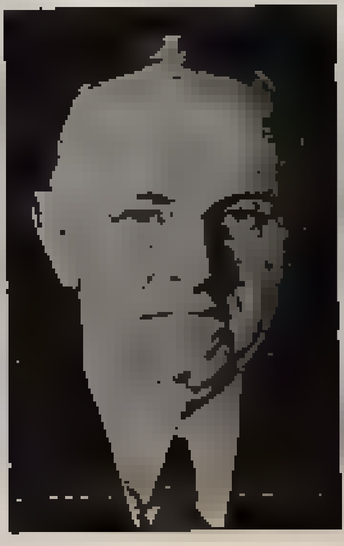
Warren Harding (1921-23).



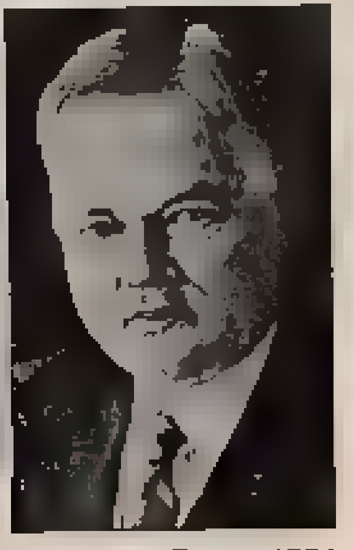
Woodrow Wilson (1913-21).



Calvin Coolidge (1923-29).



Herbert Hoover (1929-33).



del mismo modo que la causa inmediata de la gran depresión del veintinueve fue el crack de la Bolsa de Wall Street, pero en ambos casos el sistema económico había empezado ya a dejar de funcionar adecuadamente. En los años veinte la baja en el consumo fue artificialmente disimulada durante un cierto tiempo por la compra a plazos. En los años sesenta, la creciente escasez de materias primas en general, no sólo el petróleo, fue disimulada por el hecho de que los consumidores occidentales de tales productos tenían todavía suficiente control sobre sus proveedores como para poder mantener los precios artificialmente más bajos de lo que habrían estado en un mercado libre. Cuando se perdió dicho control, las economías occidentales se encontraron cara a cara con una situación con la que Maynard Keynes no había tropezado nunca: producción estancada y paro creciente, acompañados de una subida de precios ocasionada por la escasez y no por la especulación. Cada vez que Carter (o cualquier otro jefe de estado occidental) trataba de poner remedio a algunos de estos males económicos mediante la correspondiente solución keynesiana, sólo lograba agravar la situación de los otros males, ya que Keynes no había previsto que pudieran suceder jamás simultáneamente en la misma fase del ciclo económico. El zigzagueante rumbo que Carter llevó entre el Escila del paro y el Caribdis de la inflación dejó la impresión de un presidente «vacilante, indeciso». Los votantes entregaron su confianza, en contrapartida, a un candidato que, como Harding en 1920, dijo que el mejor chófer era el que menos movía el volante. Con arreglo a esto último podemos predecir de la nueva administración:

—el desmantelamiento del sistema nacional de seguridad social, y una reducción sustancial en los pagos de ayuda social después de haberla descentralizado, sin que importen las consecuencias sociales que a largo plazo esto pueda tener;

—la autorización para incrementar sustancialmente el precio del petróleo en el mercado americano, basándose en la dudosa presunción de que si sus beneficios resultan lo suficientemente elevados la industria petrolífera de Estados Unidos descubrirá nuevas reservas domésticas de petróleo suficientes para resolver la crisis energética americana;

—vuelta a la política tradicional republicana de altas tarifas protectoras;

—rehabilitación de Richard Nixon y sus subordinados que participaron en el soborno y la corrupción de la era Nixon;

—reanudación de la campaña de la era McCarthy en contra de los elementos «subversivos», con aplicación de la pena de muerte por primera vez en la historia de Estados Unidos (excepto en el caso Rosenberg) a crímenes federales que no impliquen actos de violencia, tales como la «traición», como la definieron los senadores Thurmond y Goldwater, quienes encabezan los comités del Congreso que se ocupan de tales asuntos;

—reanudación de relaciones diplomáticas amistosas con el régimen de Sudáfrica, con la facción derechista de los dictadores de Latinoamérica y de todo el mundo, que se suspendieron bajo la administración Carter por ser consideradas violación de los «Derechos Humanos»;

—reanudación de la intervención de la C.I.A. y de otras agencias en los asuntos internos de naciones con regímenes nacionalistas o izquierdistas, tales como la operación que dirigió la C.I.A. al mando de Allen Dulles durante la administración Eisenhower-Nixon desde 1951 a 1953 en Irán, y que consiguió el derrocamiento del régimen de Mohammed Mossadeq y la implantación del Sha. Dicha intervención fue resumida por el comandante general George C. Stewart, director de asistencia militar, en un testimonio ofrecido al Comité del Departamento de Asuntos Extranjeros: «Las armas que llevaban en las manos, los camiones en los que se trasladaban, los tanques que conducían por las calles, y las comunicaciones de radio que permitieron su control, fueron todos ellos proporcionados por el programa de asistencia y defensa militar... Si no hubiera sido por este programa, un gobierno enemigo de los Estados Unidos estaría ahora probablemente en el poder.»

Parece ser una de las ironías de la historia que esos mismos iraníes hayan contribuido, en 1980, en tan gran medida a la derrota del presidente norteamericano menos intervencionista desde Roosevelt... pero tal vez no sea más irónico que el hecho de que una mayoría de trabajadores industriales bien pagados en Estados Unidos hayan decidido que tienen los mismos «intereses de clase» que sus patrones en reducir los beneficios de la seguridad social para los pobres. Fue Jay Gould, uno de los primeros patrones norteamericanos que contrató «ayuda policial» para desarticular organizaciones de asambleas en el siglo diecinueve, quien declaró triunfante: «Puedo alquilar a la mitad de la clase obrera para matar a la otra mitad.» ■ **T. G. B. Traducción: María Sánchez Martín.**

Crimen y resurrección de los indios de las Américas

Durante las sesiones del Cuarto Tribunal Russell, dedicado a los derechos de los indios de las Américas, estuvo vacía la silla del presidente. Mario Juruna, jefe de los indios xavantes «descubiertos» hace veinte años en el Brasil, no había podido viajar a Rotterdam. En el Brasil los indios son, legalmente, menores de edad; y el «tutor» no le daba permiso. En vísperas de la clausura, Mario Juruna, cuerpo inmenso, largo pelo negro, se abrió paso en la sala repleta de público y un trueno de aplausos saludó la victoria de la presión internacional sobre el gobierno brasileño. El «tutor» de Juruna y de todos los indios del Brasil es un organismo llamado FUNAI, teóricamente destinado a la protección de las últimas comunidades indígenas. Lo dirigen dieciséis coroneles y da trabajo a catorce antropólogos.

LA CONQUISTA CONTINUA

EDUARDO GALEANO

1 Por una semana, los jurados asistimos a un incesante desfile de tragedias y maravillas. «Estamos ante un milagro», comentaba Darcy Ribeiro, gran conocedor del tema, y abría grandes sus ojos de diablo. Veíamos y escuchábamos a los sobrevivientes del mayor proceso de aniquilación de la historia humana, que desde el Ártico a la Tierra del Fuego han sido capaces de atravesar sucesivas campañas de exterminio y han perpetuado su identidad y su mensaje. Están vivas sus culturas, que no divorcian al hombre de la naturaleza. Y vivas están sus antiguas prácticas de vida comunitaria, fundadas en la solidaridad y no en la codicia. Feroces métodos han sido utilizados para despojarlos de todo, para borrarles el verdadero rostro y para encerrarlos en cementerios, zoológicos y museos. Este grandioso testimonio vivo pone en cuestión el modelo imperialista de progreso, asesino de la tierra y de la gente. De su grandeza profética, mucho tiene que aprender el mundo entero, y muchos son los que deberían empezar por pedir perdón.

2 ¿Quiénes son los salvajes? Este hombre dice: «La tierra no se vende. La tierra es nuestra madre. No se vende a la madre. ¿Por qué no le ofrecen cien millones de dólares al Papa por el Vaticano?». Él es un indio sioux, uno de aquellos sioux que derrotaron al general Custer en Little Big Horn.

«¿Quiénes son los civilizados? En 1980 la Suprema Corte Federal considera que «las tribus indias no han sido capaces de administrar prudentemente su propiedad comunitaria, y que los Estados Unidos deben asumir esta tarea». Simultáneamente, el FBI y un grupo policial y militar de operaciones especiales atacan el centro espiritual de Wounded Knee. Dos de los sioux murieron. Poco menos de un siglo antes, en 1890, Wounded Knee había sido el escenario de una famosa matanza del Séptimo de Caballería, que se arrojó sobre los indios mientras estaban orando. En aquel entonces, la clave del ataque estaba en el oro de las Black Hills. Ahora está en el uranio.

Diversas corporaciones multinacionales han iniciado la explotación del uranio de las Black Hills, en desaforada violación del tratado que reservaba esas montañas a los sioux y a pesar de que ellos se niegan a venderlas. Ya hay mineros muertos por las radiaciones y niños que han nacido deformes. El uranio está envenenando los ríos.

3 «Quieren deshacerse de nosotros. Han descubierto mucho carbón en Big Mountain. En nuestra lengua no existe una palabra que signifique reubicación. Irse del propio lugar significa desaparecer y no ser visto nunca más». Estas palabras vienen de una vieja del pueblo navajo. La empresa Peabody Coal explota el carbón en Big Mountain, donde están las fuentes sagradas que dan de beber a los navajos y a los hopis. Se repite la historia. Los tratados se hacen humo y el viento se los lleva; se suceden los fraudes y las trampas. Los indios defienden sus tierras y la Suprema Corte convierte su resistencia nacional en un acto criminal.

En 1966, un par de falsos representantes de los indios hopi [illegible] firmaron un contrato con la empresa Peabody autorizándola a explotar la Black Mesa, zona sagrada de sepulcros, tierra que recibe plegarias y brinda agua. El bombeo de las napas profundas, necesario para el transporte del carbón molido, está secando los manantiales.

En 1797, otros dos falsos jefes indios habían vendido el territorio del estado de New York por mil dólares. Según establecía un tratado oficial, la mayor parte de esas tierras pertenecían a la liga de las naciones iroquesas, y los iroqueses continúan reivindicándolas. Según un tratado oficial, la mayor parte de esas tierras pertenecían a la liga de las naciones iroquesas, y los iroqueses continúan reivindicándolas.

4 Un tercio de las reservas de carbón de los Estados Unidos y la mitad de las reservas de uranio están en territorios que los tratados reservaron a los indios. El gobierno borra con el codo lo que con la mano firmó y juró respetar, y las empresas invaden las tierras. Como en toda América, los indios han sido empujados de las tierras fértiles a las tierras áridas, de los valles a las montañas, a lo largo de un incesante proceso de crimen y despojo. Son, ahora, culpables de habitar lugares que contienen petróleo, oro, cobre, uranio, carbón, níquel.

En los Estados Unidos, la población indígena había sido reducida de trece millones a un millón de personas, por obra de las matanzas y las enfermedades desconocidas que vinieron de Europa. Pero en las décadas recientes, los indios estaban creciendo a un ritmo tres veces mayor que el resto de la población estadounidense. Se puso entonces en práctica un programa de esterilización. De cada diez mujeres indias, cuatro han sido esterilizadas. Las amenazan o las engañan; el médico aconseja atar las trompas por razones de salud. A veces, después de la operación se enteran de que ese papel que han firmado deja constancia de su consentimiento en una lengua que no entienden.

5 «Me llamo Pearl Dann. Yo soy una india shoshone del oeste de los Estados Unidos. Los Estados Unidos

están robando las tierras sagradas que pertenecen a mi pueblo. Proyectan instalar un gigantesco sistema de misiles en nuestra tierra...»

Se le quiebra la voz. Se detiene. No llora. Y continúa: tierra alta y difícil, tierra amada. El gobierno ofrece veintisiete millones de dólares. El gobierno no entiende que la tierra, fundamento de la religión, madre de las personas, no tiene precio. Los indios temen que el gobierno compre a uno de ellos para firmar por todos.

El proyecto de misiles excavaría un complejo sistema de túneles en el desierto de Nevada. Una obra mayor, se anuncia, que las pirámides de Egipto y la gran muralla china. Para matar al prójimo.

6 Los indios de la *región huasteca*, de México, cambian continuamente sus jefes, para que no los compren ni los secuestren los poderosos ganaderos que arrebatan las tierras de la comunidad y mandan asesinar a su gente. ¿Quién manda? Todos mandan. Los jefes indios son todos los indios.

Las fronteras de las comunidades indígenas mexicanas se borran a tiros. Cinco comuneros del pueblo *mixe*, en Oaxaca, fueron torturados y asesinados hace un par de años, y los matones a sueldo acribillaron, en la Universidad, al abogado que los defendía. Poco después, cayeron dos comuneros del pueblo *p'urhépecha*, en Santa Fe de la Laguna.

7 Hace años, el gobierno de Colombia dijo a las comunidades indias del *valle del Cauca*: «El subsuelo no es de ustedes. El subsuelo es de la nación colombiana». Y acto seguido entregó el azufre a la Celanese Corporation.

Al cabo de un tiempo, surgió en el Cauca un paisaje de la luna. Mil hectáreas de tierras indias quedaron estériles. La vegetación fue malherida por las nubes de gases sulfurosos, conducidas por el viento y fijadas a la tierra por las continuas lloviznas que vienen del páramo. Se envenenaron las fuentes de los ríos. Frecuentemente estallan incendios apocalípticos que duran tres meses.

En 1974, se declararon en huelga los obreros de la mina, que son indígenas de la comunidad. Los obreros ganaron la huelga. La Celanese se comprometió a indemnizar a la comunidad por las tierras arrasadas. No pagó nada. «Si les damos dinero, comprarán armas para tumbar al gobierno». Y el gobierno violó el acuerdo autorizando la explotación del azufre a cielo abierto, que aumentará la contaminación.

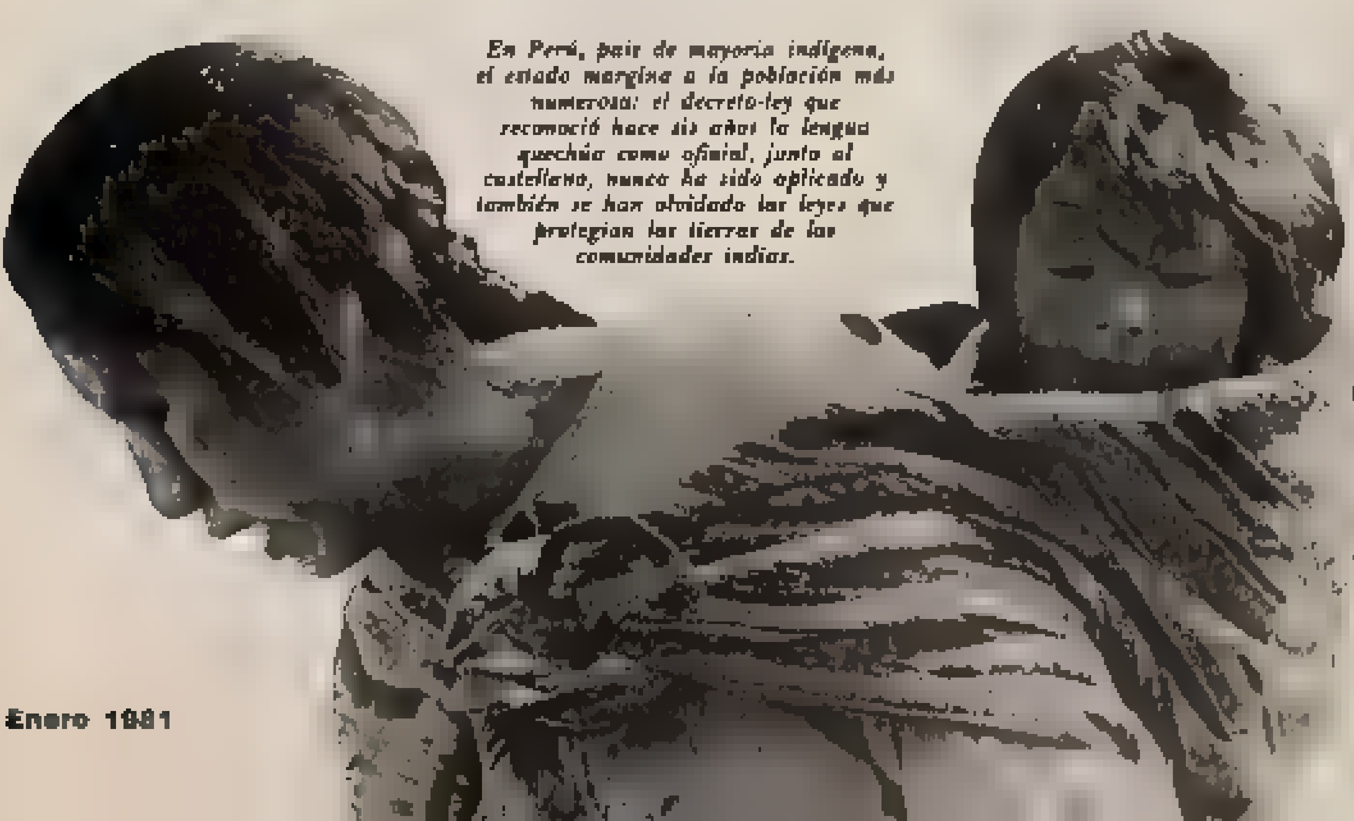
Se desató entonces la persecución contra los militantes del CRIC (Consejo Regional Indígena del Cauca), que luchan «para que aprendamos a no dejarnos joder». Desde el fin de la huelga, cuarenta y cinco asesinatos. Ningún culpable fue castigado. Marzo del 74: Gustavo Mejía, fundador del CRIC, cae acribillado una noche de apagón, cuando sale a ver quién ha golpeado la puerta. Marzo del 79: Marcos Aníbal Avirama, presidente del CRIC, recibe descargas de quinientos voltios en la sala de torturas. Los policías deliran y amenazan: «Te vamos a poner una inyección en las huevas para dejarte estéril y te haremos morder de una culebra que te duerma, y te metemos en un charco de peces para que se destruecen las patas». Se forma Consejo de Guerra contra Marcos Aníbal Avirama y otras víctimas. La alquimia de la justicia oficial convierte a las víctimas en culpables.

8 En la Amazonia, recrudece la guerra contra los indios y los árboles.

En la Amazonia ecuatoriana, el petróleo desaloja a los indios *aucas* de sus territorios históricos. Un helicóptero de la empresa petrolera sobrevuela la selva con un altoparlante que habla a los indios en su lengua: «Ha llegado la hora de partir. Ha llegado la hora de mudarnos a otras tierras». Los indios acatan la voluntad de Dios.

Se están vendiendo en lotes los bosques de los indios *conpa*, el mayor grupo humano de la Amazonia peruana. En la Amazonia brasileña, los inmensos proyectos ganaderos y forestales de las empresas multinacionales están arrasando la selva. La Volkswagen ha comprado medio millón de hectáreas. Una sola empresa norteamericana es dueña de una superficie equivalente a Holanda. El más importante pulmón del mundo está siendo aniquilado, y con él los pueblos indígenas que habitan en este inmenso mundo verde.

Desde Ginebra, en 1979, la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas lanza una advertencia: «A menos que cambien los planes del Gobierno del Brasil, se espera que la más numerosa de las tribus sobrevivientes de América del Sur dejará de existir en veinte años». La Comisión se refiere a los *yanomami*, que habitan la frontera entre Brasil y Venezuela. Se ha descubierto estaño y oro en la sierra de los Surucucus y en el valle de Uraricaá y los indios caen como moscas al contacto de las bacterias desconocidas que los



En Perú, país de mayoría indígena, el estado margina a la población más numerosa: el decreto-ley que reconoció hace dis años la lengua quechúa como oficial, junto al castellano, nunca ha sido aplicado y también se han olvidado las leyes que protegían las tierras de las comunidades indias.

LA CONQUISTA CONTINUA

invasores traen. Las huestes de Cortés y de Pizarro cabalgan todavía.

Había unos quince mil indios nambi- [illegible] «por el deber de compartir la comida». [illegible] «Podrá parecer ridículo que estemos planteando el caso de estos poquitos [illegible] y cazan de arco y flecha». La mayoría ha muerto de gripe y malaria. Varias veces los han echado de sus bosques. [illegible] Dow Chemical: el célebre «agente na- [illegible] deambulan, ciegas, por la floresta. [illegible]

No todos los sacerdotes católicos ac- [illegible] salesianos educan a los indios aruak y [illegible] Llaman superchería a la religión no cristiana de los indios y llaman igno- [illegible] cionales casas multifamiliares. Los símbolos sagrados se convierten en piezas pintorescas en el Museo del Indio, en la [illegible] pícaros, sobreviven en la clandestinidad.

9 [illegible] los indios guaymí y no les paga las tierras que les quita. En Canadá, los turistas son más importantes que los [illegible]

[illegible] ¿Qué fantasmas [illegible] estos pueblos, porfiadamente vivos a pesar de tantas humillaciones y lastimaduras?

A fines del siglo pasado [illegible] ficar el despojo de las Black Hills [illegible] Congreso de los Estados Unidos expresó que «la propiedad comunitaria resulta peligrosa para el desarrollo del sistema de libre empresa». En 1887, el Gobierno de los Estados [illegible] (Allotment Act) contra las tierras comunitarias de los hopi.

En marzo de 1979, la dictadura del general Pinochet aprobó una nueva ley indígena destinada a convertir a los hijos de Caupolicán y Lautaro en minúsculos propietarios enemigos entre sí. ¿Qué fuerza tendría cada dedo desprendido de la mano? «No estamos luchando» dice el representante de los indios mapuches, «por hacernos un lugarcito en la sociedad occidental». La dictadura chilena pretende romper una larga y peleadora tradición de modos colectivos de producción y de vida, para aislar y desamparar a los indios. Antes de cinco años, Pinochet espera «sanear» la propiedad rural mapuche e integrar sus tierras de propiedad común y valor sagrado al sistema de la libre competencia entre el zorro y las gallinas.

10 Como destacó la declaración final del jurado, son los países de mayoría indígena los que mejor delatan el carácter fraudulento de las estructuras de un estado que dice representar a todos mientras niega y margina a la población más numerosa.

En el Perú, un decreto ley reconoció hace seis años a la lengua quechua como lengua oficial, en igualdad de condiciones con el idioma castellano. Nunca se aplicó; y a esta altura el decreto-ley ha muerto de su muerte. También yacen en el cementerio del olvido las leyes que protegían a las tierras de las comunidades.

La reforma agraria peruana de hace diez años había devuelto a los indios algunas tierras usurpadas. La comunidad de Coochapata, por ejemplo, recuperó cuatro predios en la región del Cuzco. Después, los usurpadores invadieron esas tierras y robaron las ovejas. Los comuneros recurrieron a la policía. La policía se cruzó de brazos. Cuando los comuneros intentaron recuperar su ganado, la policía entró a balazos. Hubo muertos y heridos. Los comuneros sobrevivientes serán llevados a Consejo de Guerra, acusados de ataque a las fuerzas armadas y a la tranquilidad pública.

En el Perú también han ocurrido casos de despojo *en nombre de* la reforma agraria. Para imponer por la fuerza criterios tecnocráticos ajenos a la práctica comunitaria, la guardia civil asaltó el pueblo indio de San Juan de Ondores. Hubo dos muertos y varios heridos.

Carlos Tayppe Campos viajó a Rotterdam para denunciar el robo de las tierras de la comunidad de Colcabamba por parte de terratenientes que son, además, jueces, alcaldes y concejales. Pudo tomar el avión, en Lima, gracias a la presión de algunos diputados, pero la policía le arrancó el pasaje de vuelta y lo declaró exiliado. [illegible] dios, los cuelgan de las muñecas, les hacen comer mierda. Los indios se defienden como pueden. Desde lo alto de los desfiladeros, arrojan panales de [illegible]

11 Los indios quichés que acudieron al tribunal desde Guatemala dic- [illegible] Se encapucharon para que no los mataran al regreso. Todos los indios son culpables por el hecho de ser indios; y más culpables son los indios que no se callan. Pero además, esas máscaras de los quichés, herederos de los mayas, resultaban un símbolo perfecto: desde el lejano día en que Pedro de Alvarado irrumpió a caballo en Guatemala, los indios viven obligados a ocultar su verdadero rostro. Está prohibida la identidad cultural de la población más numerosa.

«Nuestros sacerdotes no pueden subir a las montañas para implorar a los dioses del maíz o de la tierra. Los militares sospechan que pedirán por el pueblo», dijeron los representantes de estas atormentadas y dulces gentes. En Guatemala no hay presos. Las cárceles están en los cementerios. Veinte muertos por día. Setenta dirigentes campe- [illegible] nados en 1980. En tierras de los quichés, se ha descubierto el mayor yacimiento de petróleo de América Central. El ejército —jefes mestizos, soldados indios— bombardea aldeas y desaloja comunidades para que exploren y exploten el petróleo la Texaco, la Hispanoil, la Getty Oil y otras empresas. A causa del petróleo, fueron quema- [illegible] dios que habían ocupado la embajada de España. Ellos querían denunciar al mundo lo que ocurre. La Prensa calla: en los últimos meses, trece periodistas han sido secuestrados y asesinados.

El pueblo guatemalteco, de inconfundible perfil indígena, no asiste cruzado de brazos al espectáculo de su propio exterminio. Se multiplican las mil y una formas de la resistencia. Nuevas manos recogen las armas de los caídos. La dictadura no está loca: mata para que el sistema sobreviva.

12 La legendaria Domitila, de las minas de estaño de Bolivia, leyó ante el tribunal un testimonio directo de la reciente matanza en la zona de Caracoles. Cañones, morteros y bombas contra piedras, palos y cartuchos

Un tercio de las reservas de carbón de los Estados Unidos y la mitad de las reservas de uranio están en territorios que los tratados adjudicaron a los indios. El Gobierno borra ahora lo que firmó y las empresas mineras invaden las tierras.

de dinamita. A un minero le ataron la dinamita al cuerpo y lo hicieron volar en plena plaza. A los niños los hicieron comer pólvora y los arrastraron sobre vidrio molido.

La dictadura del general García Meza es la más reciente y cuenta de un infinito rosario de horrores que empezó con la conquista, pasó por el trabajo forzado en el cerro de plata de Potosí, devorador de carne india, y continúa en nuestros días, en las balaceras de las madrugadas en los campos y en el acoso continuo contra las poblaciones mineras. Mujeres y hombres de culturas *quechua*, *aymara* y de otras nacionalidades indias siguen siendo la base sobre la que descansa toda la arquitectura del sistema.

Como en Guatemala, la ferocidad de la represión militar delata en Bolivia la tremenda magnitud de la amenaza popular. El sistema tiene sobrados motivos para sentirse en peligro. Esa inmensa mano de obra baratísima sigue estando a la altura de su bravía tradición.

Mientras la gran mayoría de los bolivianos continúan siendo tratados como extranjeros en el país de sus remotos antepasados, el general Banzer puso en venta las tierras más ricas, para que entraran los colonos racistas de Africa del Sur y Rhodesia. Un poder profundamente infectado de racismo difundió por el mundo avisos que ofrecían tierra boliviana con la imagen de un conquistador español del siglo XVI y con textos que empezaban afirmando: «La conquista no ha terminado...».

13 Durante una semana, desde Rotterdam, los pueblos indígenas han dado al mundo un curso intensivo de dignidad y de vida. De norte a sur, toda América es el escenario de la resistencia y la rebelión de los que han sido tratados, durante siglos, como «ladrillos útiles para construir casas ajenas». Así lo reconoce la declaración final del Tribunal Russell: «Contra la maquinaria universal de explotación económica y castración cultural, los indios de América ofrecen su lastimado, pero invicto mensaje civilizador...» ■ E. G.

LAS TRIBULACIONES DE MICHAEL FOOT

FELIPE MELLIZO

ESCRIBO estas líneas en Londres, ya al borde de la Navidad. Hace frío, los irlandeses siembran de bombas las calles de la ciudad, el destripador de Yorkshire sigue buscando vientres fáciles y el «ala izquierda» del Partido Laborista acaba de perder una batalla parcial: ni Tony Benn, ni Eric Heffer formarán parte del «gabinete fantasma» que va a capitanear, para la sorpresa de los que prefieren la exactitud profética de las encuestas, el inesperado Michael Foot. Pero siempre hay un lugar para la sonrisa y el mero hecho de que este Foot, literato, con aire de «amateur», no de político profesional, culto, irónico, feo, vivo retrato de Paco Umbral cuando sea viejo, sea líder del híspido e híbrido «Labour Party» ayuda a los fieles a recobrar la alegría perdida.

ERA mi intención conversar largamente con Foot acerca de cuestiones que sólo a los fieles nos atañen. Por ejemplo, de Gulliver y sus viajes, un tema en el que es delicado especialista. Pero cuando ustedes lean esto, faltará poco para el 24 de enero, una fecha en la que, sin duda, se juega el destino de Foot como líder del Partido Laborista, como fuerza política más o menos socialista y, en una parte, del pueblo británico en los próximos años. El horno está para pocos bollos y la conversación tiene que esperar a que pase esa fecha.

EL 24 de enero se reunirá una conferencia extraordinaria del «Labour Party», que tiene como objetivo la creación de un vasto «colegio electoral» que, en lo sucesivo, habrá de ser el que elija democráticamente al jefe laborista. Esa conferencia es consecuencia de la victoria, aplastante, de las llamadas «izquierdas» en la conferencia anual de Blackpool, que tuvo lugar el pasado otoño. Como ustedes saben, son por ahora, los parlamentarios laboristas los que eligen al líder absoluto del Partido. Pero la crítica, acerada, que las izquierdas desplegaron durante el congreso fue eficaz y una buena porción de las frustraciones que, a lo largo de más de un siglo, habían macerado los sueños de los socialistas británicos radicales —es decir, «de raíz»—, quedaron machacadas, al menos por algún tiempo. En el futuro, salvo que ocurran cosas extraordinarias el día 24 de enero, el líder laborista dejará de ser una elección de los «appáratchiks». Los sindicatos y la base militante formarán junto a los parlamentarios el colegio electoral, ya veremos cómo, y un principio que hasta ahora parecía inamovible en las democracias parlamentarias —la condena de los procedimientos «directos»— empieza a tambalearse, nada menos que en el Reino Unido.

PERO Callaghan, que fue siempre un hombre honesto, centrista, hábil y sin ideología, dimitió a tiempo. Su sucesor, a pesar de los esfuerzos del ala izquierda por impedirlo, fue elegido por los parlamentarios. El más visible capitán de los izquierdistas, Tony Benn, tuvo que «sostenella sin enmendalla», negándose a concurrir como candidato. Pero, con todo, la sorpresa estaba escondida en la voluntad colectiva del Partido y resultó elegido el menos previsible, al menos para los que miran el problema desde lejos: Michael Foot. Es un hombre de 67 años y nunca consiguió ser ministro, aunque sí otras cosas importantes: Lord Presidente del Consejo y «Leader» de la Cámara de los Comunes. Hijo de un hombre brillante, el liberal Sir Isaac Foot, y hermano de dos hombres difíciles, Sir Dingle Foot, que fuera procurador general, y de Lord Caradon, al que los españoles conocieron cuando se enfrentaba a Piniés en las Naciones Unidas, discutiendo el turbio problema gibraltareño. Ha sido periodista, aunque habría que añadir «en cierto modo», como subdirector y director del semanario socialista «Tribune» —en torno al cual se agruparon y se agrupan los socialistas británicos poco acomodaticios, sin llegar a ser incómodos—. También dirigió, desde un puesto más parecido a lo que aquí llamaríamos la «Jefatura de Redacción» del recientemente muerto vespertino «Evening Standard» y, en ese mismo periódico, se ocupó, brillantemente y hasta hace poco, de la crítica de libros. Que yo sepa, esto es importante: ningún político profesional se ha dedicado jamás, más que como esporádico entretenimiento estético, a esa labor en nuestro país. Si hubiera que comparar a Foot con algún español; tal vez Azaña, un Azaña, ¡fuese el más apropiado: no todos los Azaña que hubo en Azaña. Un intelectual desdeñoso, lúcido, que todavía no ha probado su capacidad para las tareas estrictamente políticas: pactar con dignidad, extraer ventajas de las derrotas, servir lealmente a la ideología propia y a la voluntad popular y, desconfiar firmemente de las victorias. Cualquier británico inteligente diría que Foot parece capaz de esas cosas, aunque no tanto de ejercer la

otra función, sórdida e implacable, de la tarea política: administrar. Pero eso habrá que verlo.

El problema

CUALQUIERA que sea el resultado de la conferencia del 24 de enero, Foot es el primer líder resueltamente radical que tiene el partido desde su fundación. Como he dicho aquí hace algún tiempo, el Partido Laborista no fue jamás un Partido Socialista. Nació como consecuencia de una convicción táctica de las Trades Unions: conseguir voces que representasen los intereses sindicales en el Parlamento. Aunque, como dice Tony Benn en todo cuanto escribe, hubo y hay en las raíces del laborismo una vena marxista y rigurosamente socialista, eran otras las influencias decisivas: la dulce socialdemocracia fabiana, la tradición obrera gremial «verticalista», y la seguridad de que era posible, sin violentar el orden capitalista-parlamentario-liberal, conseguir para la formidable masa obrera británica una parte sustancial del pastel. Un partido, pues, reformista. Y esa condición se fortaleció a raíz de la Primera Guerra Europea que, entre otras cosas, sirvió para probar ■ fuerza de la clase obrera. Entonces tuvo lugar una «reestructuración interna», pero NO para radicalizar las actitudes socialistas, sino para fortalecer las posibilidades políticas netas —es decir, el asalto al Poder— del Partido que, desde entonces y con todos los matices que ustedes quieran, ■ fue transformando en una máquina de gobierno capaz, centrista, populista y, en lo que se refiere a su organización interior, poco democrática. En el fondo y salvando las inmensas distancias de experiencia, capacidad, hombres ■ ideas, que ■ay entre ambas organizaciones, no deja de haber una vaga semejanza entre el problema con que se enfrenta Michael Foot y el de la UCD. Coaliciones inestables, urdidas para finalidades concretas, en su origen. Más tarde, las tendencias varias que se mueven en su barriga entran en colisión y sólo a través de ese conflicto —no hay más remedio que ser, casi siempre, marxista— es posible ver alguna luz.

LO que la izquierda laborista —Tony Benn, Eric Heffer, Frank Allaun, Stuart Holland, Michael Meacher y muchos más—, ha conseguido hasta ahora es importante: proponer una alternativa más socialista desde el punto de vista general y más sincera desde ■ punto de vista interno del Partido. Han polarizado, naturalmente, las actitudes de cada sector y así se sabe ahora muy bien lo que antes no se sabía. Nunca fue socialista, por ejemplo, la notable Shirley Williams; nunca lo fue el mucho menos notable Roy Jenkins o el nada notable David Owen. Nunca lo fue tampoco el ex comunista Denis Healey que, empero, es un político enterizo y ambicioso. Todas esas cosas permanecían ocultas tras una pared de hierro que los izquierdistas han derribado ■ están derribando. No sobrará saberlo, dejando en el cubo de la basura las tradicionales actitudes lacayunas y ciegas con que suelen contemplarse desde aquí las cuestiones británicas.

EN este campo de batalla, Foot desconcierta un poco a todos. Acaba de publicar un libro —Deudas de honor— en el que se trasluce su visión de la cosa pública con bastante gracia. No va a ser nunca un capitán revolucionario, porque su condición de viejo escritor arbitrista, soñador y curioso ■ lo impide. Pero tampoco va a devolver al Partido su comodidad mediocre, salvada en ocasiones por grandes figuras individuales. Sus tribulaciones son las que acosarían a Tierno si se viera al frente del PSOE, con una diferencia angélica. Michael Foot sabe que, en el fondo, está jugando, un juego dramático y complejo, pero un juego. Una larga vida de poemas, reuniones, artículos llameantes y lecturas sosegadas termina premiada con esta partida fascinante. No sabe cómo resolver el lío. Pero, como dijo, precisamente, Harold Wilson, «cualquier idiota sabe dar respuestas; lo difícil es preguntar». ■

BALADA DEL NO DIVORCIO

POZUELO

SALIERON del coche y les dio, de pronto, el manotazo del viento frío, que bajaba de los neveros de la sierra y tomaba velocidad y sesgos de navaja en las esquinas. Diciembre había dado ya su golpe de estado. Se apretaron el uno contra el otro —llevaban años apretándose contra todas las intemperies— y corrieron hacia el portal; cambiaron la mueca del frío por la del pequeño amparo, y el ascensor les llevó a la tibieza del apartamento. Ya el gato lo había oído todo, ya se había encaramado al armario del recibimiento para saltar sobre el hombro de él, convencido de que el gesto cien veces repetido aún debía ser una grata sorpresa; y ellos la fingieron. Sobre todo ella, que la fingió para los dos, para el hombre y el gato. Los dos eran muy susceptibles. Ella les protegía. El fue rápidamente al televisor. Tenía una singular fe en las noticias. Una fe antigua: de cuando esperaba que las noticias pudieran entrar en su vida y cambiarla. Pero sólo le respondió la nieve y el ronquido de la pantalla. Ella fue al cuarto del niño. La canguro dormitaba; se había quitado la falda para no arrugarla y estaban sueltas y tranquilas sus largas piernas. El niño dormía y movía la boca: soñaba con pezón. La canguro se levantó y dio la novedad del sin novedad. Luego se dirigió a él, hacia el hombre que extrañamente siempre esperaba una noticia, y le dijo:

—¡Ah! Que la televisión ha dicho que se ha matado Sa Carneiro en un accidente de aviación. Con su esposa.

Mientras él lanzaba las exclamaciones características y comenzaba a especular sobre el futuro de Portugal, ella contestaba a la canguro:

—No era su esposa.

—Bueno, lo que fuera, qué más da. Ellos han dicho «su esposa».

—Unos miserables, los que hacen eso. No estaban casados y lo explicaban; no disimulaban ni siquiera ante el presidente Carter. Ni ante los obispos que le apoyaban en su carrera política. Nuestra cobardía moral, nuestra hipocresía, no había conseguido saltar esa frontera. Y ahora se lo están robando aquí. Los mismos ladrones de divorcios...

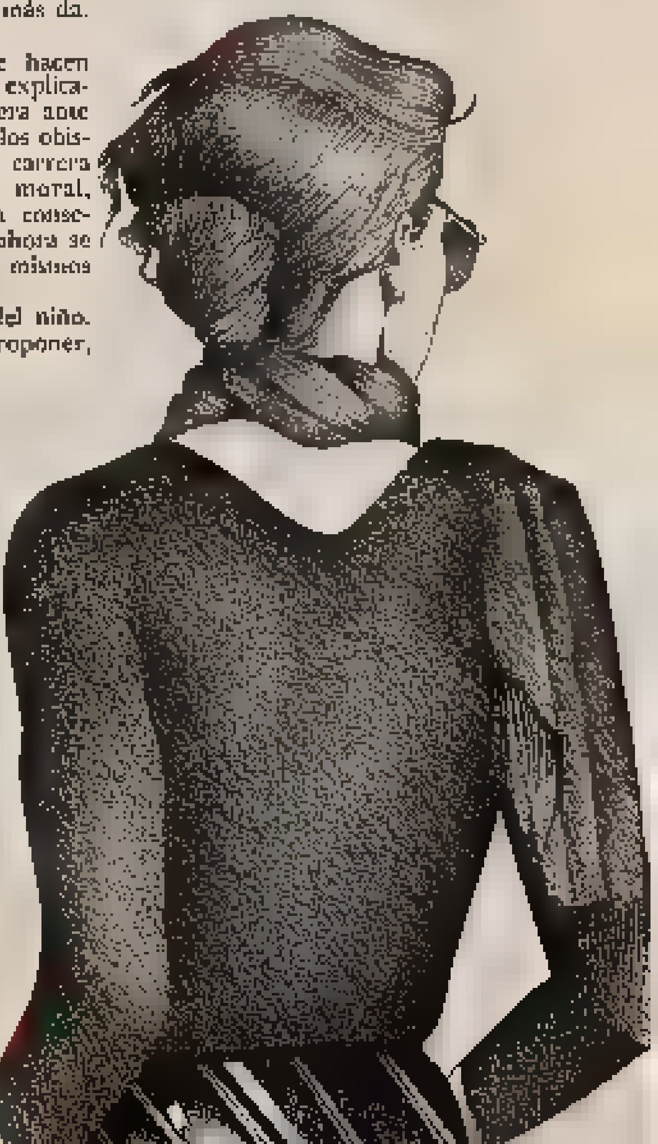
Habían salido del cuarto del niño. La canguro tenía algo que proponer, y lo propuso:

—Que si me puedo quedar a dormir esta noche en el cuarto del niño; es muy tarde, hace frío, y mi novio está en Canadá.

Lo dio por aceptado.

—Que si les preparo algo. Yo me voy a poner un whisky.

Pululaba semidesnuda. Ella dudó de si decirle algo de la falda, pero no creyó que fuera conveniente. Quizá él mirase un poco de reojo; pero la verdad es que tenía el ojo puesto en el televisor apagado, como si aún le pudiera sacar algún partido. Por alguna razón misteriosa seguía preocupado con el futuro de Portugal. Murmuraba algo sobre si Eanes podría ganar ahora, y especulaba con que lo mismo daba que



ganase o que perdiese. Lo cual era inevitablemente falso. Ella le llamó a la realidad.

—¿Te das cuenta de la importancia de la noticia, de la única, de la verdadera importancia? Vivían juntos desde hace dos años; ella estaba casada con otro, con el que tenía tres hijos, él estaba casado con otra y tenía cinco hijos. Pero estaban juntos, trabajaban juntos; no les importaba nada.

Estaban viviendo los días de depresión de las negativas del divorcio, del regateo del divorcio. Habían visto las fotografías de los jóvenes tradicionalistas desfilando por las calles de Madrid y llamando masón a Suárez, ateo a Fernández Ordóñez, rojo a Tarancón. Habían seguido la campaña de Herrero de Miñón para regatear facilidades, para hundir la ley del divorcio. Seguían la mezquindad del papa de Roma.

EMPEZABA, otra vez, la larga conversación de siempre. La iba animando el pequeño trago de whisky.

—Lo del divorcio —decía él, que tenía todavía la idea de que hay que explicar el fondo de las cosas a las mujeres, un educacionalista del hogar— no es más que una parte del todo. El problema está en este regreso en triunfo de las prohibiciones, la lucha contra la libertad. Les han quedado siempre malo para ellos, lo que no quieren es que las libertades sean para todos, aunque no sea una cantidad mensurable o agotable. La necesitan para ser ellos quienes la administren. Como todo, como todo. Se trata de administrar nuestra sociedad y nuestra intimidad, que es parte de esa sociedad.

Ella protestaba.

—Siempre lo generalizas todo. En el fondo, eres un político —le decía con una ligera brizna de desprecio—; el problema de los políticos es que están preocupados con lo abstracto.

—¿Cómo va a ser abstracto el control de la sociedad?

La canguro callaba y seguía. Mordisqueaba un trozo de jamón que había cortado sólo para ella. Bebía sorbitos de whisky, lo mezclaba todo en la boca durante un momento y encontraba un sabor nuevo y grato. Se acariciaba lentamente los muslos desnudos, quizá pensaba en que el novio debía estar ahora helado en Canadá, si es que de verdad estaba en Canadá. Ya volvería. El gato había convertido sus ojos en una fina raya de luz, como la que a veces entra por debajo de las puertas.

—Es igual —dijo ella, después de un rato de silencio—. Sea como sea, no lo van a dar, o lo van a dar en inútiles plácemes. Nos van a arrastrar durante meses por juzgados, meses llenos de escenas violentas, de detalles íntimos, de exhortaciones a que volvamos a aquello de donde salimos. Relatos obscenos... Y, al final, para que al juez no le parezca suficiente. O piense en su conciencia, en vez de en la nuestra.

—Pues no lo hagáis; dejadlo todo —la canguro tenía una voz un poco ronca y hablaba muy despacio. Generalmente no daba opiniones.

—Tú eres una pasota —dijo él.

—No lo sé. Pero sé que hay cosas que me dan un poco de risa y no me atañen en nada. Aunque se quieran dirigir a mí. Hay que hacerse transparente, invisible. Que pasen a través de nosotros. Si nos quieren herir y tienen más armas, lo que hay que conseguir es que no nos sintamos heridos. Podemos ser invulnerables...

—No puede ser —dijo él—. No puede ser, puesto que existen y existimos.

PERO ella se había quedado callada. Siempre guardaba un silencio de reflexión. Tenía detrás un pasado de hija única, de colegio de monjas y de esposa compartida con pequeñas aventuras de siete a nueve. Él, en cambio, era improvisador y terco. Siempre tenía a mano un pensamiento adquirido, una idea recibida, un tópico útil. Sólo rectificaba —y llegaba a veces al punto contrario— con la conversación.

—Tú eres joven —dijo a la canguro de las piernas largas—, y esto no quiere decir que tus ideas no valgan, o que tus verdades no lo sean. Te valen a ti y ahora. No estás metida en toda esta trama, no estás comprometida, sujeta.

—No lo voy a estar nunca, no me voy a dejar.

—Eso dijimos todos una vez.

El gato saltó del sillón, se estiró y se fue. Le molestaba la luz, la pequeñez de los asuntos humanos, la pequeña filosofía de cuando la televisión ya ha terminado.

—¿Por qué no lo seguimos diciendo? —preguntó ella. La canguro la miró con interés, creyó que había conseguido penetrar la capa de la burguesía acumulada en tanta educación bien fabricada—. En realidad, todo depende de una actitud mental...

—No es así. Tenemos otra vida de antes, y esa vida de antes se nos mete aquí dentro, aunque no queramos. Tenemos un hijo. Lleva el apellido de su marido. Es legalmente suyo. Como el imbécil no es mala persona, y como le gusta hacer su vida como quiere no nos hace daño. Pero podría hacérnoslo. La sociedad está montada para una legitimidad de las parejas; y vivimos fuera de esa legalidad, que nos priva de unos derechos que otros tienen.

—Como Sá Carneiro —dijo ella—. Como Sá Carneiro, que podía ser presidente del Consejo.

—Con lo cual había creado su propia legalidad. Era una fuerza, y ellos pactan donde hay una fuerza. Sá Carneiro podía ayudarles a un control de la sociedad. Podía ayudarles a que no se divorciasen los otros, a cambio de dejarle a él vivir como quisiera. Eso ha pasado siempre. Pero nosotros no tenemos esa fuerza. No formamos parte del gran pacto, de la permisividad de los selectos...

—Será porque no queréis —insistió la canguro—. La verdad es que no entiendo nada. No os enteráis de que la fuerza está en vuestras manos. No es normal ver lo que habéis conseguido; formar una pareja lentamente, a fuerza de pequeñas y grandes batallas, que habéis tenido lo fundamental y os preocupa lo secundario. Lo difícil es que dos personas puedan vivir juntas; lo difícil es que estén conformes con tener un niño, y que se encuentren en él. ¿Os puede importar, seriamente, que UCD o quien sea os dé un papel, o que el niño tenga un apellido o tenga otro? ¿Creéis seriamente que a él mismo le va a importar, después? ¿Creéis que después todo esto le va a importar a nadie, creéis siquiera que esto tiene un después?

SE levantó para irse a dormir. Ya desde la puerta advirtió que al día siguiente no les vería, se levantaría antes que ellos para ir a clase.

—¿Y tú vas a clase...? —subrayó él lo que le parecía una incongruencia. Ella hizo un gesto un poco burlón; y un poco arrepentida de haber hablado con los mayores que no eran capaces de entenderla. Pero le inspiraban una cierta ternura, envueltos en sus imposibilidades, incapaces de liberarse por

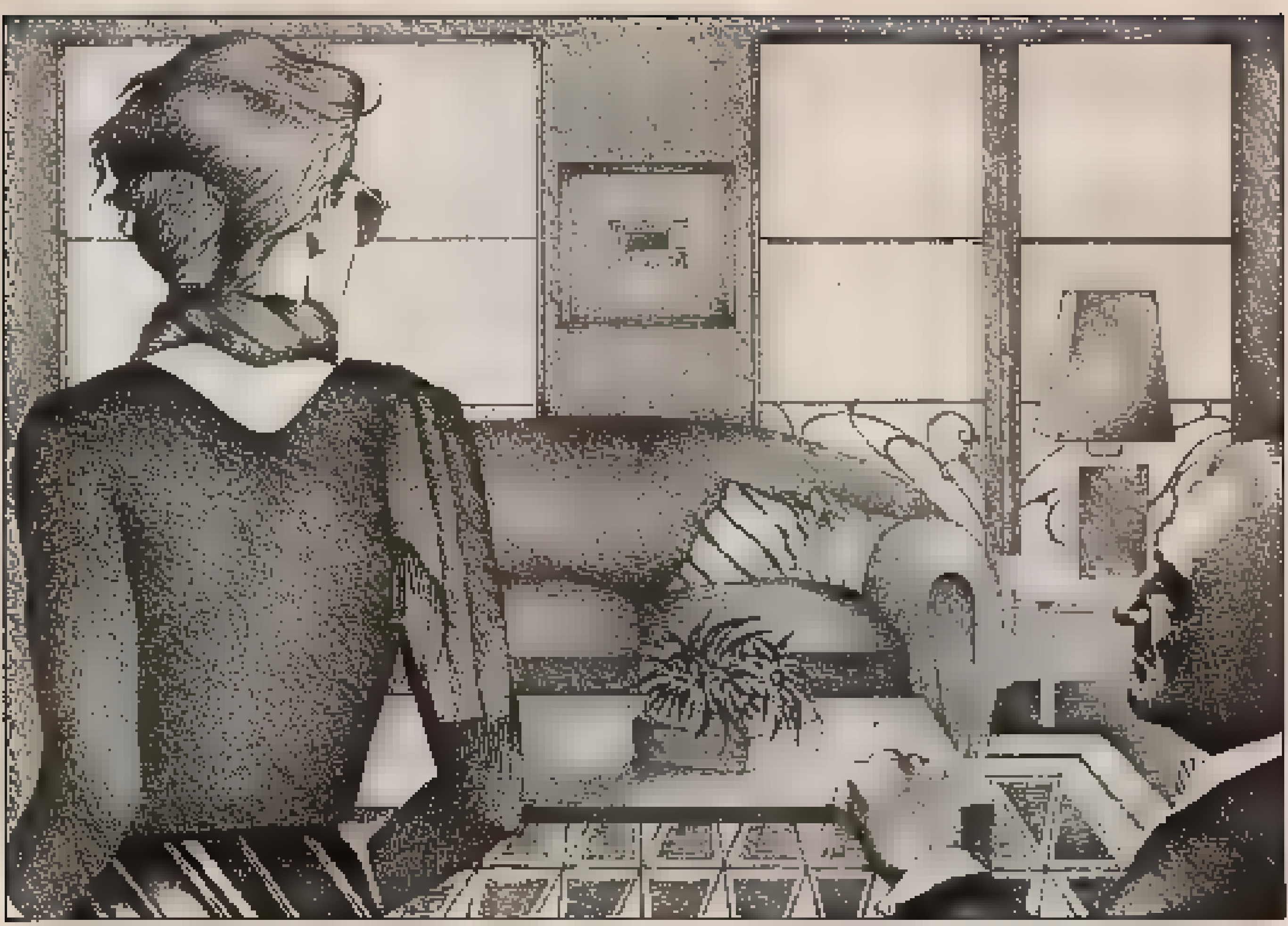


Ilustración de Fuencisla del Amo.

dentro como se habían liberado por fuera. «En el fondo –pensaba mientras se sacaba por la cabeza el grueso jersey, y se tumbaba desnuda en la cama junto a la otra– estamos todos impregnados de la tradición judeo-cristiana-romana. Las leyes las llevamos dentro, somos nuestros propios gendarmes y nuestros propios jueces; nos lo han enseñado. Y mientras no sepamos liberarnos nosotros mismos, mal vamos a conseguir que nos liberen los demás. Precisamente aquellos en quienes más pesa ese viejo juez levítico...» No terminó su frase: se durmió pensando en el improbable Canadá, en la hora que sería allí.

EN el salón se hizo el silencio. La casa se había enfriado con la muerte de la calefacción. Algún chasquido de mueble que volvía a contraer su madera. Una sirena atroz en la calle: cualquier tragedia en cualquier rincón de la ciudad. Y un gemido de las plantas de la terraza, movidas por la mano del viento de los neveros. Apenas había empezado él a pensar que había que evitar la prolongación del silencio y que una pareja puede empezar a morir si deja ganar al silencio en los momentos de tensión (en lo que estaba completamente equivocado) cuando ella lo quebró:

–¡Que se lo guarden! Eso es lo que pienso, y te lo digo: que se guarden su divorcio, su mezquindad, su avaricia para con los demás. Que se guarden sus leyes secas, sus papeles y sus documentos. Nos deberíamos negar a divorciarnos, y a casarnos después tú y yo, aunque fuera la ley más amplia del mundo: debería ser nuestro desprecio, nuestra seguridad. Que hagan lo que quieran, menos ganarnos; menos hacernos dudar de nuestra razón. Lo mismo me da Fernández Ordóñez que Herrero de Miñón, lo mismo Tarancón que don Marcelo. Es su asunto, es su tema. No el nuestro...

SE encaminaron hacia la alcoba, apretados el uno contra el otro: como contra el frío, como contra tantas intemperies en tantos años. Pasaron frente a la habitación del niño, donde dormía, felizmente desnuda, la canguro. Ella tuvo un gesto tierno, pícaro y cómico: le tapó los ojos y susurró: «Tú, no mires...» Y así, apretados, entraron en la alcoba. El gato estaba enroscado en la cama de matrimonio que no era de un matrimonio, sino de una pareja nueva surgida de dos matrimonios imposibles. Les vio llegar con un considerable fastidio. Un fastidio de célibe, de obispo. ■ POZUELO

LA ALTERNATI

FRANCISCO UMBRAL

LA primera inquietud me la sembró (hay gente que siembra inquietudes, como otros siembran lúpulo, si es que el lúpulo se siembra) el maestro Luis Berlanga, maestro, sí, en tantas cosas, y sobre todo en el arte de no ejercer magisterio. Habíamos cenado él y yo, con Angelito Harguindey, en la Casa Gallega (hoy desaparecida), carretera de La Coruña, y donde otras veces he visto cenar a García-Carrés, a Rafael de Penagos y a muy surtido personal. Después de la cena, fuimos los tres a parar, con el coche de Luis, a un bar de Las Rozas a punto de cerrar, cuando los luceros gordos de la noche estival se iban borrando, como culos de vaso, del zinc del mostrador, a medida que el camarero pasaba el trapo. Y, hablando/hablando de mujeres, como siempre, Luis me reprochó, avalado por la autoridad joven y pasota de Harguindey:

—Nada de penetración, Paco, nada de penetración. La penetración es falocracia.

Sexualidad marginal

O sea que, según la autoridad eroerudita de Luis, a una mujer se le puede hacer todo menos el amor. Más adelante, como él leyera mi libro o erotomaquia «Los amores diurnos», que yo creía un desmadre, me dijo Luis, cenando en casa de Sisita Pastegu/Deneuve Miláns del Boch:

—Tu libro no es ereccional.

Me quedé erecto en piedra pómez, salvo la parte ereccional propiamente dicha, que, como la roca de Góngora, ha tantos siglos que se viene abajo. Bueno, luego, estudiando más despacio el asunto, he llegado a la conclusión de que la pornografía es un arte realista y que para mí, por el contrario, la expresión natural de la sexualidad es el lirismo (surrealismo, proustianismo, etc.), o sea que nunca seré un buen pornógrafo. Por otra parte, mi discontinuo contacto con feministas, por un lado, y frígidas por otro (de ninguna manera quiero que se machihembren ambos términos, ni tampoco que se distancien antipodalmente), me ha ratificado en la sentencia veraniega de Luis/Harguindey: la penetración es falocracia, falopolio, falopolis, falopolla. Angelito, lúcido y tan alto (no me molesta que me lleve la cabeza, sino que su cabeza sea mucho más hermosa que la mía), llega aún más lejos:

—La cópula no es sino un tercambio de babas.

Bueno. De babas y de reproches, diría yo. Luis, por su parte, parece que

VA SEXUAL
(MANERAS DE HACERSELO)

ha descubierto, con la ayuda de Sade, la sonrisa vertical. Beatriz de Moura (adorable), la muñeca de la película, Bárbara Rey atada por López-Vázquez a la pata de la cama, el erotismo marginal, que no es sino el catálogo completo o carta de vinos o cordón blue de la masturbación.

Y aquí empiezan mis paseatas por el erotismo marginal.

El lugar del excremento

Amor, amo, amor... en el lugar del excremento.
(No recuerdo si de Keats o de Yeats)

César Santos Fontenla hablaba una vez de cine marginal, no refiriéndose al cine marginado, sino a esas imágenes en movimiento, casi siempre desenfocadas, que rodean en la pantalla a la imagen central, a esos bordes de celuloide por donde ocurren tantas cosas. Me gustó mucho la idea, porque yo —tan mal espectador de cine— siempre me había divertido con lo que hacían el personal y los particulares mientras Clark Gable y Ava Gardner se besaban en la boca.

Es lo que me pasa con la literatura, que me interesan más la ideas menores de los pensadores mayores (Kant, Hegel) y me interesan más las divagaciones adolescentes de Proust que la sucesiva víctima sexual del señor de Charlus. Luego, con el tiempo, literatura marginal y literatura marginada han venido a ser casi la misma cosa, en cuanto que lo marginal ha invadido lo sacral del relato, y entonces el público ha marginado esos libros. Con el cine me parece que ha pasado lo mismo, claro.

Pero la sexualidad marginal es algo que consume y practica mucho la misma basca que consume y practica arte marginal/marginado. O sea, que la penetración es una cosa matrimonial y hortera, tirando a sabatina, y sólo debe recurrirse a ella en último extremo o por hacer una gracia, cuando ya se ha demostrado pericia e imaginación para hacer otras cosas, todo eso que vagamente, sinuosamente, entre Marcuse y Susana Estrada, llamamos erotismo.

Maneras, sí, de hacérselo

El acto de la posesión, en el que, por cierto, nada se posee.
Marcel Proust

Empezaremos por el final: uno de los últimos campos erógeno-magnéticos que hemos explorado es la oreja de la señorita (digo señorita por evitar «la oreja de la pareja», cacofonía que no conviene nada en la cama), pero no la oreja como objeto o fetiche sexual secularmente tratado con los labios, sino directamente con el glande, en un amago de penetración que suele placer o gratificar a la interesada, evitando a la pareja la aberración franquista de la penetración por su sitio.

Esta innovadora manera de hacérselo funciona siempre que la interesada sea de respuesta erótica fácil y generalizada, porque si la interesada no vive el erotismo generalizado —difuso por todo el cuerpo, como el de los niños», que dice Rilke—, ocurre que la situación penetraauricular tiene algo de telefónica y a uno de los componentes de la pareja pueda darle la risa nerviosa, o bien a los dos.

Por otra parte, si él o ella, o ambos, tienen en su trabajo mucho trato con el teléfono (pongamos que la señorita es telefonista de una trilateral, situación muy frecuente entre las señoritas trilaterales de hoy), el amago de introducción auricular no dejará de remitirles a su diaria experiencia laboral, al exilio de la cotidianidad (del cual precisamente se quiere huir mediante las alternativas sexuales), con lo que a la frustración eyaculatoria habrá que añadir el círculo cerrado de la alienación.

De todos modos, y si la señorita es de respuesta sexual generalizada y cutánea, debe usted intentar lo de la oreja, desocupado lector, porque añade transgresión al erotismo, o erotismo a la transgresión. Recordemos que toda oreja sacrificial o sadicoanalizada remite ya a la oreja cortada de Van Gogh y a la glosa inmediata de Artaud:

—Lo que no comprendo es por qué no se ha cortado las dos.

Toda oreja cortada o desvirgada, sangrante de sangre o semen, es ya un fetiche cultural de nuestro tiempo, entre Van Gogh y el surrealismo, un girasol o gigantea que puede alumbrar las tinieblas de una relación oscurantista y con la luz apagada (no por economía, sino por añadir misterio al misterio, tal como lo practican Otero Besteiro y otros erotómanos de abundante bibliografía al respecto).

Enmarcando a Marcuse

El cuerpo debe transformarse de instrumento de trabajo en instrumento de placer.
Herbert Marcuse

Yo leía a Marcuse en Marbella, primeros setenta, en la terraza del Salduba (que hoy es un banco, naturalmente, sin que Marcuse pudiera hacer nada para impedirlo, porque ya está muerto), y se me acercó una underground de pamela y perro, llevándome al interior del pueblo:

—Nosotros no bajamos nunca al mar, qué coñazo, aquí tenemos material y camas.

Se trataba de fumarlo todo, de pincharselo todo y de dejarse transitar por los hombres y mujeres que poblaban aquel piso viejo, exfamiliar, pintado desesperada y alegremente de verde sobre sus ocres burgueses de toda la vida. Una cenefa años veinte, de todos modos, tranquilizaba un poco la conciencia familiar del recién llegado. Miré la cenefa, lloré lágrimas verdes por el hogar que allí había habido, antes de la comuna, por la familia trasladada seguramente a una chabola vertical, y media hora más tarde estaba otra vez en la terraza del Salduba, ni roto ni manchado, como el rayo de sol atravesado por el cristal, o a la inversa, releyendo a Marcuse.

El cuerpo, sí, como herramienta de placer y no como herramienta de trabajo. Marx había querido darle la

vuelta a la moral manchesteriana de la explotación, pero quien vino a hacer que el cuerpo girase totalmente en la parrilla de la Historia, como San Lorenzo, era el filósofo fugaz, fulminante, yanquigermano, alquimia de Karl y Freud: el cuerpo humano, el cuerpo de la raza, de la especie, de la clase, ya ha sido muy tostado por el trabajo de siglos, desde las pirámides al tren de laminado. Dejemos ahora que se tueste por el otro costado, el costado que liga bronce, se lleva de fiesta, el costado que se acuesta con cualquiera, el costado del placer.

Haciendo el amor o sus alternativas, se tenía conciencia inconsciente de estar ejecutando una gimnasia, una rítmica y un ballet liberatorios, no sólo por el placer sexual obtenido, sino porque era una réplica corporal profunda a la gesticulación del trabajo en la gesticulación erótica.

Los pies

Por viste al fondo de la [illegible]

Pablo Neruda

La película *Lolita*, con James Mason y Sue Lyon, [illegible] una larga [illegible] película [illegible] en que Mason/Nabokov le está pintando las uñas de los pies a la niña. Me parece [illegible] Nabokov [illegible] [illegible] pies [illegible] grande [illegible]

Los pies de la mujer [illegible] de lo cotidiano que, inmediatamente, [illegible] a Jean Paul Belmondo, que, según los quioscos del corazón, es quien la distrae. Pero más allá de pintarle los pies [illegible] haciendo el amor.)

Un profesional del [illegible] por muy maniatado que le tenga la cópula, [illegible] español, aunque tenga todas las manos ocupadas en la tarea, siempre debe tener una mano [illegible] para [illegible] ha perdido desde que el ex [illegible] Régimen, dijo que «más deporte y menos latín», cargándose las humanidades [illegible] San Miguel [illegible] decir, el que desciende de la cabeza a los pies [illegible] al fondo de [illegible]

Porque luego tiran de la cadena.

Yo, alternativa sexual

Todo parece indicar que la legislación vigente tiende a favorecer al macho en detrimento de la hembra.

Carmen Rigalt

Cuando la pareja busca desolada-mente alternativas sexuales por los artículos de Carmen Rigalt, las proclamas de las feministas, los cafés de Malasaña y los libelos nazis de Valerie Solanas (que persigue a Andy Warhol por el mundo, con un descorchador en la mano para descorcharle el corazón), y sin saber que él se esconde dentro de una lata cerrada de sopas Campbell), cuando todo esto ocurre en el fin de siglo, la pareja debe reflexionar sobre el hecho de que la alternativa sexual a sí misma es ella misma.

Y no me refiero con esto a ninguna clase de racionalización exhaustiva, agotadora y trasnochada de las relaciones, de cama a cama, sino, sencillamente, a que yo me he descubierto como alternativa sexual de ella, la otra, quien sea. En este país, donde el hombre ha llevado siempre la iniciativa erótica, una iniciativa indiscutida, indiscutible, pero corta, caediza, por lo repentino y mal calculado del empuje, los hombres no encontramos con la ventaja —agotada ya en otras culturas— de que somos la alternativa a la mujer.

Me explico: si durante siglos la mujer ha sido el objeto erótico propiamente dicho, y como tal se ha sentido y la ha sentido y consentido el macho, ahora no hay más que instalarse en la actitud pasiva y dejarlas a ellas que actúen. [illegible] en la cama o en el suelo, medio vestido, medio desnudo, medio revolucionario, medio desencantado, medio radical, y en seguida cobra el prestigio erótico de un Panella. Lo que a la mujer la ha tenido confinada en la pasividad, durante tanto tiempo, ha sido la necia agresividad del macho, que ni siquiera es agresividad sexual, sino una inercia heredada de la caza y de la guerra. Por eso ellas prefieren adolescentes o carrozas, hombres que, por inexpertos o por cansados, se dejan hacer. Entre adolescente y carroza «soy un fue y un será y un es cansado», un Quevedo en diplodocam, y entonces ella, a poca confianza que tenga, comienza a actuar, y es cuando comprendemos con una sonrisa interior que tienen [illegible]

La mujer es mucho más demorada, sensible, sabia, experta, delicada y lujuriosa que el hombre, si se le deja trabajar. La mujer, como Medea, es una vasija llena de un saber que no es suyo, de un rico saber matrilineal y sexual. Soy Andy Warhol dentro de una lata de sopas Campbell, sólo que ella ha abierto la lata.

Con sus dientes de loba joven.

Sabor a mí

Tanto vida yo te di que en tu boca llevarás sabor a mí.

(Bolero[illegible])

Yo y tú conservamos: tú la sopa caliente, yo el espíritu de la botella en frío.

Günter Grass

La felatio es, como su nombre indica, un uso de pueblos muy romanizados. Carlos Barral sostiene que ni los negros ni los vascos ni Jorge Luis Borges han sido romanizados a fondo. Efectivamente, en los *Tristes trópicos* encuentro, así a voleo, pocas descripciones de fellatio. De los vascos no ha escrito nada, o casi, Lévi-Strauss. En cuanto a Jorge Luis Borges, por la

asepsia sexual de sus cuentos morales hay que suponer que ha disfrutado-padecido pocas tardes o noches de fellatio en la Gran Biblioteca de Alejandría, esquina Corrientes.

La fellatio tiene un pasado negativo: era el recurso y desahogo del guerrero para evitar incursiones en zonas más sureñas y quizá contaminadas de la meretriz. Pero la fellatio (humillación profiláctica de/contra la mujer) ha sido recuperada por la mujer como derecho, disfrute, posesión, dominación gustativa de los alimentos terrestres, de modo que hay adolescentes muy crecidiñas gracias a los nutrientes del semen y señoritas que se apañan muy bien con una dieta nada macrobiótica de semen y nesquik (alternativos). De una vieja humillación, la mujer de hoy ha hecho una nueva forma de posesión, una degustación economicista, por lo alimenticia, y fourierista (por el derroche infecundo de gérmenes). Si uno quiere ofrecerse como alternativa sexual de sí mismo a la señora/señorita de sus tardes/noches locas, mejor es que renuncie a toda agresividad y urgencia. Mejor es que aprenda a tenderse y esperar.

El hombre/fuente, el hombre-nutriente, el hombre/polo de vainilla, el hombre priápico/azteca se convierte en un fetiche para la adulta fetichista y en una degustación infantil para la niña que salta a la comba en el interior de toda mujer que no esté absolutamente desinfantilizada por una concejalía centroprogresista.

Porque el macho agresivo y gravitativo no exhibe sino un apéndice sexual de sí mismo, siempre proporcionalmente menguado, ridículo, mientras que el hombre yacente se convierte de inmediato en un dios, es Príapo y pebete, pene y mitología. Su actitud de yacimiento le convierte en derribado arcángel e hipermercado erótico/gustativo. La mujer, así, ya no es el rehén de una sexualidad predadora y urgente, sino la paseante de una mitología vaga, viva, practicable y fluyente. El semen, que en la vagina es devorado por la noche y la biología, invisible e inadvertido, en sus otras formas de consumo resulta visual, real, sustancial, eucarístico, y, desaprovechado para su peligrosa función fecundante, adquiere una connotación lujosa de derroche que deja a la hembra tranquila en cuanto a las consecuencias y halagada por el alarde. El guerrero se ha transformado en fuente, con lo que todo es magia. El hombre también es metafórico, transformable, participa de la condición femenina de la naturaleza y la mujer. Todo es aleatorio y el mundo ya no está adustamente dividido en macho y hembra, víctima y verdugo.

La penetración queda para otro sábado. ■ F. U.

Conversación con Antonio de Senillosa

LA POSIBILIDAD DE LO IMPREVISTO

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

ANTONIO de Senillosa es o ha sido catalán, niño, topo, arrocero, escritor, director teatral, conspirador, guionista, diputado, libertino («libertin d'esprit», que diría Bayle), moralista, joven, preso político, promotor de espectáculos, crítico taurino, cazador, productor de cine, consejero privado del Conde de Barcelona, padre, hijo, acaso espíritu santo, tal vez demonio, articulista de nombre, elegante de renombre y un montón de cosas más. Ni él mismo sabe qué será mañana. Hay que definir a Senillosa, por un lado, como proteico conjunto de esta pasada o presente acumulación de haceres, con lo que Leo Spitzer llamaría «la enumeración caótica». Y, por otro, con una interrogante. Senillosa gusta de citar las frases de su amigo Mario Lacruz en *La tarde*: «Más pronto o más tarde, llega un momento en que sabemos con certeza que la posibilidad de lo imprevisto ya no puede introducirse en nuestra vida; y en este momento comenzamos a envejecer»...

Este caótico enumerado es un enamorado de lo imprevisto y mantiene viva esa posibilidad. Tiene ahora cincuenta y dos años. Fue detenido en 1945, 1947 y 1957. Es presidente del Partido Popular de Cataluña y diputado por Coalición Democrática. Está casado y tiene seis hijos.

La siguiente entrevista es fruto de dos largas sesiones en [illegible] casa madrileña. Una acogedora buhardilla del Madrid antiguo y señorial, cercana al Senado (Senillosa tiene un vago aire de senador sagastino pintado por Asterio Mañanós) y del recuerdo y, recuelo de algunos paseos por los alfombrados pasillos del Congreso, entre votación y votación, mientras algún orador ocupaba [illegible] tribuna donde habló Castelar, pongamos por caso.

—Vamos a empezar por el principio: tu padre y tu madre.

—Mi padre era un ingeniero director de lo que se llamaba entonces la Canadiense. Era un hombre que trabajaba mucho. No era persona que fuera política. Era persona vagamente de derechas, pero que no se metió jamás en política. Monárquico. Mi madre era muy monárquica y más activista. A mi madre le gustaba más la política y pertenecía a Renovación Española, que sería algo parecido, casi creo que parecido a Fuerza Nueva, porque Calvo Sotelo era un hombre de una derecha bastante radical, aunque fuera un hombre muy atractivo, muy simpático. Las circunstancias históricas fueron distintas que ahora.

—Durante la guerra vas a Burgos, como algunos catalanes del lado nacional...

—Creo (y lo digo como disculpa de mis padres) que [illegible] estallar el alzamiento nadie sabía que aquello iba a ser una guerra civil. Y entonces mis padres se fueron con mis dos hermanos mayores y yo y mi otro hermano (yo soy el pequeño) nos quedamos aquí. Tenía siete años. Llegamos tarde a un barco que nos tenía que haber llevado. Mi padre salió en un portaviones inglés que luego hundirían los alemanes. Mi madre y mis dos hermanos mayores en un barco italiano. Llegaron a Génova y los trataron muy bien. Era los españoles que venían huyendo de la República.

Tiene un vago aire de senador sagastino pintado por Asterio Mañanós y es articulista de nombre y elegante de renombre...

—¿Qué fue de [illegible] y de tu hermano?

—Mis padres creían que esto era un pronunciamiento y que iba a durar unos días. Se fueron para ver pasar desde fuera los malos momentos, pues aquí los hubo en los dos bandos y no se puede hacer una idealización de un bando en contra del otro, se cometían barbaridades en los dos, y realmente pues a mi padre le iban a buscar para matarlo. Y, en fin, se fue. Y quedamos abandonados. Lo cual parece monstruoso visto que la guerra duró luego tres años. Yo tenía una especie de muchacha —lo que entonces se llamaba un ama— y el ama me fue llevando de un lado para otro y nadie me quería porque éramos hijos como de unos fascistas que habían huido. Al final unos porteros de una casa que era de mi madre nos recogieron...

—Y de allí a Burgos.

Homenaje a Dionisio Ridruejo en 1976, suspendido. Habla Rodrigo Uría. En la mesa, entre otros, Enterría, Pujol, Laín, García López, Satrústegui, Felipe González, Gil Robles y Antonio de Senillosa.

–No, no. Viví en la portería escondido hasta que me pasaron a casa de unos vagos parientes de mi madre que eran hombres moderados. No tan de derechas como mi familia, que los consideraba mal por ser catalanistas y de la Lliga, que eran para ellos como rojos. Allí estuve escondido, realmente escondido, en una trampa, una especie de túnel de una fábrica de betún para los zapatos.

El señor Piñeiro, ferroviario

–*¿Cuánto tiempo?*

–Estuve hasta que mis padres, cuando vieron que la cosa iba en serio, pudieron hacer un canje con una niña hija de un ferroviario republicano y que estaba muy en el poder, que era muy importante. Se llamaba Piñeiro o algo así y tenía una hija estudiando en Segovia. Entonces se hizo el canje por medio del general Barrera y el general Martínez Anido. Canjearon a la niña por mi hermano y por mí.

–*Dos por una.*

–Mis padres llevaron a la niña a la frontera de Hendaya y a mí un francés (que era de estos maurrasianos, de la Croix de Feu) nos llevó a Perthus, a la frontera de Cataluña.

–*¿Cómo se hacía el canje?*

–Te llevaban de la mano y no te soltaban hasta que no recogían al otro, que yo supongo que si no me hubieran soltado a mí, mi padre no se hubiera comido con patatas a la niña.

–*¿Te acuerdas de ella?*

–Era una niña que tenía mi edad y que para escarnio del pobre hombre éste, el señor Piñeiro, que era ateo ferviente, la llevaban vestida de primera comunión, que era un poco un traje de novia. O sea, que el señor Piñeiro, ferroviario, debió tener un shock traumático tremendo.

–*¿Cuándo fue esto?*

–Yo me pasé escondido, en el sentido vivo, desde julio del treinta y seis, todo el treinta y siete, hasta febrero del treinta y ocho. Yo creo que a mediados de febrero.

–*Fuiste el topo más joven de España.*

–Sí, sí.

–*Eso fue duro.*

–Cogí la época menos mala, porque realmente no llegué a pasar hambre. A veces comía unas cosas que se llamaban pan de marino o pan de barco que era un pan duro, completamente duro, que lo metías en agua y lo tenías veinte minutos o media hora y se reblandecía. Pero hambre canina no pasé.

Los padres, usteados

–*¿Cómo fue el reencuentro con tus padres?*

–Recuerdo que llegué a la España nacional un día que había una cosa que se llamaba «plato único». Pasé la frontera y fui a comer a Pamplona con mis padres a los que yo, claro, después de cerca de dos años de no verles, me resultaban unos seres total y absolutamente extraños. Vamos: ¡Yo los trataba de usted!

–*¿Y con tus hermanos?*

–Mis hermanos mayores estaban avergonzados de mí porque hablaba con un acento catalán tremendo. Había estado más de año y medio encerrado y escondido y casi no sabía hablar. Mi hermano mayor iba vestido como de requeté, porque se vestían todos así; debía de tener pues la edad del pavo, catorce años, y presumía mucho. Me ha contado luego muchas veces que estaba avergonzado. Ten en cuenta que llegaba un niño que no sabía hablar, que era un niño mal vestido, ordinario y con gran acento catalán. En Burgos la gente se coñeaba porque no sabía hablar bien castellano... Luego, como Burgos me sentaba mal, me llevaron a Zaragoza y a San Sebastián hasta el final de la guerra. Cuando vuelvo a Barcelona empiezo a estudiar con los jesuitas de la calle Caspe.

–*Y ahí conoces a Carlos Barral. ¿Cómo era de jovencito?*

–Era una persona brillante, realmente brillante, inteligente, un hombre de gran agilidad mental, más estudioso que yo. Yo iba trampeando. Tenía fama más bien de listorro, pero de listorro vago. En cambio Barral era un brillante que estudiaba. Yo creo que Barral estudiaba por miedo, por miedo a las represalias porque era la época de un militarismo tremebundo, los años cuarenta, dominados los jesuitas por un padre alemán que se llamaba Hans Gumbel, el padre prefecto...

Como en la Home Fleet

–*Y llevabas una bandera inglesa, como un navío de la Home Fleet...*

–Sí; pero no porque fuera anglófilo, sino por molestar al padre Gumbel, que era un nazi. Una de las expulsiones mías fue por poner «Muera Hitler», pero no era por tener tampoco una gran concienciación de lo que era Hitler. A mí me molestaba mucho. Mussolini me molestaba menos. Me parecía un emperador romano. Era un hombre más bonito, un poco ridículo, un poco fantasma. Sí, llevaba la bandera por antipatía a los alemanes. Todo el mundo en aquella época era germanófilo. Carlos, no. Porque en mi familia, por ejemplo, tenían la sensación de que si ganaban la guerra los aliados volverían lo que entonces ellos llamaban los rojos.

–*Tú ya eras culturalmente afrancesado.*

–Pasábamos el verano en una casa de mi familia, cerca de Francia. Yo pasaba mucho a Francia y empecé a leer mucho en francés y a conocer a los escritores franceses cuando aquí se conocían poco o nada. Yo recuerdo, luego, en el café Gijón pues hablar y tal con Buero y Buero decirme «Ah, sí, Albert Camus, ah, sí hay unas traducciones en la editorial Losada de unas obras de él». Nadie había leído a Camus de verdad. Y recuerdo también en la Universidad hablar de Malraux y menos don Luis de Valdeavellano nadie sabía quién era.

–*Don Luis García de Valdeavellano, también fue profesor mío.*

–Fumaba cigarrillos Ideales. Pasá-

bamos por el Paseo de Gracia, con Estapé y Juan Raventós...

—¿Qué tal Estapé?

—Estapé fue realmente allí un oasis, hay que decir la verdad, fue un oasis de civilización: un hombre blasfemo en aquella época, atrevido, representaba la extremísima izquierda.

—Y entras en la oposición...

—Realmente, la oposición al franquismo nace de una parte de los vencedores. ¿Por qué? Pues porque los perdedores están escaqueados y camuflados, escondidos o se han exiliado o los han fusilado. Y la oposición al franquismo en este nivel donde no existe entonces el partido o al menos no teníamos conciencia de ello, pues nace de unos manifiestos en el año cuarenta y cinco y en el cuarenta y siete de don Juan. O sea, que es don Juan el que obliga a los monárquicos que le quieran seguir a ser demócratas. El hizo un manifiesto que yo cogí con gran simpatía.

—Y te peleas con los franquistas.

—Entonces a los monárquicos nos miraban como bichos raros, pero mucha gente se puso al lado nuestro porque representábamos la lucha de una mentalidad liberal contra el totalitarismo. José Agustín Goytisolo se peleó junto conmigo a puñetazo limpio, aparte de por amistad, porque era consciente de eso.

—El gobernador Acedo Colungo te llama entonces «monárquico comunista». O sea, que fuiste el antecedente de Santiago Carrillo.

—Acedo me llamó monárquico-comunista y me metió en la cárcel y dijo que yo era incapaz de la convivencia social y un enemigo público.

Juan Bautista Sánchez, general

—¿Cuándo conoces al capitán general Juan Bautista Sánchez?

—Cuando ya estaba en la Universidad. Era muy buena persona, muy honrado, no un hombre excesivamente culto, era un hombre... en fin, que le gustaba mucho Chamaco. Yo iba a los toros a la barrera y él se metía con todo el mundo que no era chamaquista...

—Esto ya es en los años cincuenta.

—Sí. Yo soy profesor ayudante en la facultad de Derecho.

—Con Estapé.

—Con Estapé.

—¿De qué daba clase Estapé?

—De Historia del Derecho y luego de Economía. El fue primero auxiliar de Valdeavellano.

—Raventós también andaba por allí.

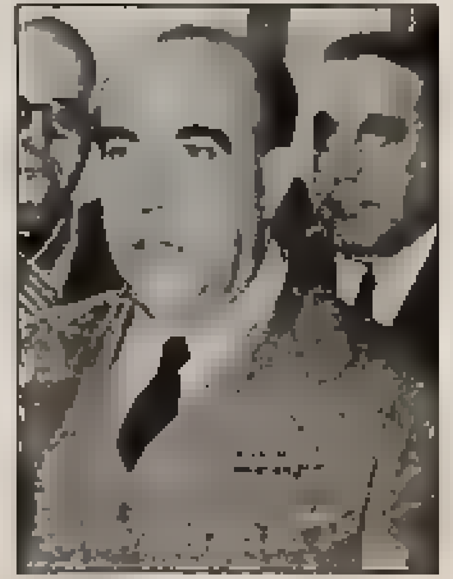
—Raventós también estaba. Más seriamente que yo. Era más profesor ayudante que yo...

—Y más agarrado también. Su tacañería era proverbial.

—Sin duda.

—Y eso que era rico por su casa.

—Era un Raventós Carner y vivían en la calle Anglí, en una casa. Su madre vivía en la parte noble, en la parte baja, y él vivía arriba. Ahora vive en toda la casa, al morir su madre... Y un día me enseñó a mí, pero como una mierdecita de pluma y me dijo «Ves esta pluma: pues mira yo bajaba en el tren de Sarriá y mi madre me daba dinero todo el bachillerato y toda la carrera para que yo fuera en segunda (entonces había segunda y tercera) y yo iba en tercera y ahorraba»... No sé si debía ahorrar diez céntimos en cada viaje de éstos y después de diez años, entre bachillerato y carrera y tal, me decía «ves, el ahorro me ha hecho comprarme esta pluma». Porque si se hubiera comprado un Rolls pues a lo mejor valía la pena ¿no? pero si no sé si valía la pena estar ahorrando tanto...



El gobernador Acedo Colungo le llamó «monárquico comunista». O sea: un antecesor de Santiago Carrillo.

—Y en lo demás, ¿qué tal hombre era?

—Juan era un hombre honrado, decente. Se le quería. No era un hombre de matices; era un hombre de una sola pieza.

—Volvamos a Juan Bautista Sánchez.

—Sostenía que Franco se tenía que ir y que tenía que llegar Don Juan. Esta era la teoría. Yo recuerdo que un día con el barón de Viver que era el jefe de la causa monárquica, fuimos a verle. Recuerdo esta vez porque fue muy emocionante y Viver se emocionó. Y entonces el capitán general dijo nada este Franco se ha de ir, hay que convencerle que se vaya por el puerto, con todos los honores pero que se vaya, se ha de ir y ha de venir don Juan que es el heredero de la corona de España, y se ha de ir Franco con todos los honores, se le puede dar un título, por ejemplo príncipe de la paz, lo cual, claro, no sabía lo de Godoy, pues que le den el título de príncipe de la paz, pero que se vaya y que venga don Juan. Y entonces el barón de Viver estaba entusiasmado, ¡me miraba con unos aires! Y yo entonces le dije «Bueno, general» (porque él siempre decía «Apéenme del tratamiento», era un hombre muy sencillo) «General ¿y si no se quiere ir?». Y entonces él me contestó: «Entonces yo ya sé cuál es mi deber». Y así acabó esta entrevista. Cuando salimos Viver, el barón de Viver, me dijo: «Ya ves, ya está. La monarquía de aquí a unos días. Tenemos la monarquía.» Pero yo le dije: «No lo has entendido. Su deber quiere decir obedecer y no hacer nada más.» Y así fue.

—¿Qué hubo de los extraños rumores de su muerte?

—Después de estas historias yo fui detenido y salí de la cárcel el día que enterraban a Juan Bautista Sánchez. Estuve en el entierro con Juan Raventós y fue una manifestación popular de duelo, porque la gente entendió que le habían matado, lo cual para mí no era cierto.

—¿Cuál es tu versión?

—Mi versión es que le llamó el general Muñoz Grandes cuando iba a salir a unas maniobras a la Cerdaña, a Puigcerdá. Y entonces le dijeron Bautista Sánchez entrega el mando y no vayas a las maniobras. Y él dijo cuando vuelva ya pensaré lo que tengo que hacer, de momento me niego a darlo e hizo una especie de plante. Y yo creo que allí, prácticamente en el teléfono, tuvo un ataque y se murió porque sufría del corazón.

Dionisio en la frontera

—Intervienes también en el llamado «contubernio de Munich».

Yo recibo una llamada de Fernando Alvarez de Miranda y me dice te van a ir a ver unos amigos y que los atendieras y ya. Entonces me llama un señor y me dice «somos los amigos de don Fernando Alvarez de Miranda, podía usted vernos en la calle Calvet». Era una casa de pisos donde

vivían unas señoras que se llamaban Ros que eran —entonces yo no lo sabía— familia de Dionisio. Vamos una era la madre de Gloria, la mujer de Dionisio... Bueno, entonces yo fui allí, todo con un aire muy conspirativo, y la puerta estaba abierta, era una casa de pisos, y entré y salió un señor que yo no conocía y me dijo «Yo me imaginaba que era usted mayor»... Y yo «Pues mire usted, eso con la edad ya se pasa». Y este señor era un novelista que se llamaba Suárez Carreño...

—*Sí, el premio Nadal de «Las últimas horas».*

—Luego llegó Dionisio Ridruejo. Hizo una entrada bonita. Dionisio era un líder político de una gran calidad humana... Hizo una entrada un poco chan-chan-chan y dijo «Ah, es usted»; nos besamos, nos sentamos. Entonces me dijo: «Yo me imaginaba que era usted mucho mayor». Por lo visto yo debía tener más bien cara de niño, no sé. Era un comentario que más bien me halagaba.

—*¿Qué edad tenías?*

—Pues cuando Munich fue el año setenta, así que...

—*No. Fue el sesenta y dos.*

—O sea, que yo tenía treinta y tres o treinta y cuatro años... Entonces me dijo, me han dicho que usted tiene una casa que es la mitad Francia y la mitad Francia y la mitad España, pero

—*¿Una casa o una finca?*

—Una finca... Y que me gustaría ir a Munich... Yo dije esto [illegible] inexacto, yo no tengo ninguna finca que sea la mitad Francia y la mitad España, pero usted lo que quiere es pasar a Francia y yo le pasaré, ya veremos cómo.

—*¿Quiénes venían con Dionisio?*

—Eran Fernando Baeza, Suárez Carreño, en la operación estaba también un personaje que era el documentado y con [illegible] pasaporte que era Pepín Vidal Beneyto, un personaje la verdad... y un chico que se llamaba Villar.

—*Villar ¿qué?*

—No recuerdo. Un tal Villar que era socialista. [illegible] aquel momento estaban los socialistas del interior y los del exterior peleándose a muerte. Rodolfo (Llopis) tenía la patente y el dinero...

—*Entonces ese «tal Villar» es Antonio Villar Massó ¿sabes lo que es este señor ahora?*

—Pues este es un señor que ha desaparecido.

—*No, ¡qué va! Es, de hecho, la persona más importante de la masonería española actual, según el libro de Lera sobre «La Masonería que vuelve». Es Gran Maestre Adjunto del Grande Oriente Español.*

—Antonio Villar Massó ¿alto?

—*Sí, él.*

El capitán general Juan Bautista Sánchez, cuando era coronel habilitado de general de brigada. Su muerte no fue un asesinato.

—Le acusaban allí de ser un poco espía o poco menos. Yo siempre creí que era una vil calumnia, de esas que se lanzaban los socialistas entre ellos y Rodolfo Llopis les insultaba y ellos insultaban a Rodolfo Llopis.

—*¿Cómo fue el paso de los Pirineos?*

—Empezamos a estudiar la operación con mapas y yo le dije a Dionisio cómo quieres que pasemos, tú cómo quieres ir: por tierra, por mar o por aire; en fin, yo hago lo que sea, pido una avioneta y te paso por aire o te paso por barco o te paso por tierra y tal. Después de estudiar mucho la operación los llevé fuera, a una hora de Barcelona, en un sitio de la Plana de Vich que era de mi madre política, de mi suegro, que me dejó la casa. Una casa muy bonita. Y estuvimos allí discutiendo de todo lo divino y de lo humano. Metí también en la operación a un par de personas amigas mías, monárquicas: Francisco Sitjá y José Luis Zurruella y llamé a Juan Raventós. Y Juan Raventós que era un hombre un poco amedrentado que decía «cuidado, que nos siguen, que nos espían» y tal, aportó un señor que conocía la montaña y que era un como hijastro de Julio Coll que era un hombre que escribía de teatro y que hizo cine luego...

—*¿El de «Distrito Quinto» y «Un vaso de whisky»?*

—Este. Y este chico era un hijastro de él.

—*¿Y tan mayor era Julio Coll, entonces?*

—Es que se había casado con una viuda y esa viuda tenía un hijo que se llamaba Estartús o así.

—*No sé qué ha sido de Julio Coll.*

—Yo tampoco. Se portó muy bien en algunos apuros que yo tenía cuando fundé un seminario que se llamaba «Federico García Lorca», dependiente hasta cierto punto del Instituto de Estudios Hispánicos. Había también un seminario de poesía que estaban Barral, Costafreda y Oliart y se llamaba «Boscán». Yo debuté con una lectura en el aula magna de la Universidad con un follón del demonio. La obra era «*Los árboles mueren de pie*», de Alejandro Casona, y consideraban que Casona era un rojo, un español sin pasaporte, nos insultaron, a mí me llamaron a declarar...

Albert Camus protesta

—*Tenías también el Teatro Club.*

—Sí. Ahí nos dejaban hacer una obra como si fuera para socios y para una sola sesión. La hacían actores profesionales y yo hice una obra con Lola Membrives. Hice (para que veas el tono de lo que era prohibido) «*Living-room*», de Graham Greene y la hicieron pues Manuel Dicenta y Laly Soldevilla. Y otras obras de O'Neill con Antonio Gandía, Pepe Franco, Elenita Salvador... Eran actores muy buenos y era admirable porque ensayábamos sin ningunas condiciones, tomando cazalla, y ensayábamos cuando se acababa la obra a lo mejor desde las dos a las seis de la mañana. Y para una sola representación.

—*¿Cuándo conoces a Camus?*

—Entonces yo tenía este teatro con Mario Lacruz, pero antes de estar con él, yo quise hacer una obra que a mí me gustaba mucho y que la había visto en París, que la hacían María Casares y Gerard Philippe y así yo conocí a Camus. Era «*Los justos*».

—*¿Cómo era Albert Camus?*

—Era muy simpático, tímido, seco. No hablaba español. Él había traducido a Calderón, pero hacían esas cosas que hacen en Francia, que hacen la traducción en dos tiempos, entre dos. Su madre era analfabeta y española. Hay una historia preciosa y es que Camus la va a ver a Argelia porque ya está enferma, y le dice «Mamá, ya ves, te vengo a ver y he dejado de ver por verte a ti al presidente, que me recibía hoy». Era el presidente Auriol. Y la madre le contestó «Has hecho bien, hijo mío, esas no son gentes para nosotros»...

—*¿Qué pasó con «Los justos»?*

—Le gustó mucho el montaje que yo pensaba hacer, pero yo le dije que no sabía si pasaría la censura. Y me

dedicó un libro que ponía para Antonio y tal estos justos por encima de toda censura. Y a Laly Soldevila —porque la iban a hacer Adolfo Marsillac y Laly Soldevila— y Laly le puso «Pour» tal, agradeciéndole que haga hablar a Dora en nombre de los justos de todo el mundo. Entonces, nadie habló, nadie dejó hablar a Dora, sino que dijeron esto en un escrito monstruoso, es una apología del terrorismo y lo prohibieron. Y yo le mandé una carta diciéndole lo siento mucho querido Albert pero no nos dejan hacer «Los justos». Entonces él, que era orgulloso, me mandó una carta diciendo te pido permiso para protestar al general Franco de esta prohibición y entonces yo le mandé una carta diciéndole que estaba de acuerdo y luego me mandó una carta, yo creo que muchas de ellas las he perdido a base de tanto esconderlas para que la policía no las cogiera y algún día tendré que llamar a un policía para que las encuentre, porque un profesional las encontraría. Total, al final no se hizo nada.

Juan Bronté Goytisolo

—A Françoise Dorléac la conoces más tarde.

—Sí. En un festival de Cannes al que me invitaron porque yo había ayudado a producir la primera película de Jaime Camino «Los felices sesenta». Entonces un día nos dieron una cena a Camino y a mí, en un molino muy bonito cerca de Cannes, y tenían allí una máquina fotográfica que aquí no había llegado, una cámara como Polaroid y nos sacaban fotos a todos los que estábamos allí. Demy, que estaba casado yo creo con Agnès Varda, Godard, Truffaut, Polanski que se ponía las manos en los bolsillos y contaba chistes verdes... Y eran fotos de muchos colorines y todos decíamos «Los paraguas de Cherburgo» y dos hermanas hermosas, a mí me gustaba mucho más Françoise Dorléac que Catherine Deneuve. Algunos estuvieron luego en mi casa y yo les hice un flamenco y yo recuerdo que, que ay, no sé, te iba a contar algo bastante, bastante... ah, sí, que a mí me sorprendió que toda la gente de la «nouvelle vague» tenían un conocimiento muy pequeño de España y muy relativo.

—¿Por qué?

—A mí me decían todos, me decían «Usted es hermano de Goytisolo», porque ellos conocían a un español que era Juan Goytisolo. Se ve que no debo ser muy distinto, no sé.

—Es que como los hermanos Goytisolo son infinitos.

—Sí. Eran un poco como las hermanas Bronté de la literatura española.

—Bien. Hablemos de religión.

—Yo creo que el tema religioso pertenece a la esfera individual.

—Así es. ¿Y los negocios?

—Soy muy poco hombre de negocios. Hice una explotación de arroz que luego vendí, en una finca que llamaban «El mata» porque mataba todo, porque entraba el mar y la convertí en una finca que producía cuatrocientos mil kilos de arroz y fundé una cooperativa que se llamaba la Cooperativa Arrocera de la zona de Pals.

—¿Y el Boccacio?

—Respondía a la sociedad catalana que es mucho más viva y receptiva, menos estamentada que la de Madrid. Se mezclaba allí el intelectual pues con una señora muy guapa que a lo mejor era modelo de no sé dónde y el torero que iba a torear a Barcelona y había mesas que eran deliciosas porque coincidían Paco Camino con Aranguren y con Miss España y eso tenía un cierto tono de socialización de la diversión. Las fiestas de sociedad entre estamentos muy delimitados son aburridas porque todo el mundo ya se conoce.

—¿Y el de Madrid?

—En Madrid no ha sido nunca el Boccacio como el Boccacio de la primera época en Barcelona. Cuando se hizo el de aquí yo era entonces presidente de Boccacio y aquí se hizo un Boccacio mucho más grande, menos íntimo. En el de Barcelona la calidad estuvo siempre en las mesas de arriba, no en las mesas del baile. Yo no he bailado jamás. Soy absolutamente patoso para toda clase de bailes, para la sardana y para todos.

—También fuiste crítico taurino.

—Sí. Estuve en la «Hoja del Lunes» de Madrid, escribía en «Destino» y en otras publicaciones. Firmaba como «Sene».

—¿Cuál es tu torero?

—A mí me gustó mucho siempre Ordóñez, que era un torero de toreo hondo. Soy muy amigo de todos ellos y jamás escribía cuando me brindaban un toro, porque si le brindan a uno no tiene porque enjuiciar lo que le han ofrecido. Soy muy amigo de Paco Camino.

—Que también lo es de Fraga, ¿es el torero de Coalición Democrática?

—No tiene nada que ver. Pero el hombre está agradecido a Fraga de cuando éste era ministro de Información y Turismo y le tiene un gran aprecio personal. Paco es un hombre inteligente, la cabeza le funciona muy bien. Lo que le ha faltado quizás a Paco es una gran personalidad, desde el punto de vista taurino. Es un hombre que ha cogido unas cosas de todos los toreros, pero no ha sido un torero de gran profundidad.

—¿Y en deportes?

—Soy cazador. Soy una escopeta aceptable. Bueno, diría un poco como dicen las aprendices de vedettes: «¿A qué se dedica usted?» «Pues a natación, a montar a caballo, y sólo me desnudo por exigencias del guión». No he sido un deportista bueno en nada.

—Lo que sí eres es un buen lector. Y escritor de artículos. ¿Libros?

—No he escrito jamás ningún libro.

—Guiones sí.

—Sí. Con Ricardo Bofill, con Gonzalo Suárez y con Joaquín Jordá, quisimos hacer una película y llamamos a un hombre entonces muy poco conocido, que era Néstor Almendros. Era un catalán que había intervenido en la revolución cubana, luego se había desengañado y él era mucho más del otro, ¿cómo se llamaba el otro?

—Darticós. Osvaldo Darticós.

—Yo intervine para que le dejaran ver a su madre, porque no podía volver y tal, y le dije al embajador cubano: este señor no se ha metido jamás en política desde la revolución del 26 de no sé cuándo.

—26 de julio.

—Eso, el 26 de julio. Entonces le llamamos. Era un hombre muy afectado de la vista, como casi toda la gente que se apoya en la cámara. Es curioso que también lo era Luis Cuadrado, con el que yo había cazado patos en la finca esa de los arroces. Es como los cazadores, yo creo que hay cazadores que se quedan sordos por tanto tirar tiros.

Los políticos, ellos

—Esto está lleno de libros, sobre todo franceses («Ici et maintenant», de Mitterrand; «Le système des objets», de Baudrillard, etc. y Benoist, Henry-Lévy, Glucksmann, etc.) Has leído todos los libros y además a los «nuevos filósofos». ¿Los hay en España?

—Yo no los conozco. Una de las cosas que aprendí de Tarradellas es que cuando alguien no le gusta dice «No le conozco». Por ejemplo, el otro día alguien dice: «El señor Roca Junyent», y Tarradellas dice: «¿El señor Roca Junyent? No le conozco».

—¿Y a quién desconoce más Tarradellas, a Roca o a Pujol?

—El conocimiento da una escala de valores muy diversa. Hay muchas maneras de tocar el piano. Y sólo hay una que es no tocar el piano.

Areilza quiso que Santiago Nadal, Valls Taberner y Sentillosa llevaran la causa monárquica en Cataluña. «Yo no le conocía de nada y no le miraba con gran simpatía.»

—Tu amistad con Areilza es antigua.

—No [illegible] tan lejana como la gente se imagina. Areilza, en un momento determinado de la causa monárquica, fue nombrado secretario político del conde de Barcelona y quiso que Santiago Nadal, Félix Valls Taberner y yo nos encargáramos de la secretaría política en Cataluña. Yo no le conocía de nada y no le miraba con una gran simpatía, pues para mí era un señor que había sido embajador en el franquismo; me parecía, sí, un hombre inteligente. Luego le empecé [illegible] conocer y claro es un hombre que tiene una gran cultura, [illegible] un hombre de una gran calidad humana, en fin, es un hombre que está muy por encima de lo que hay y es mucho más progresista de lo que la gente se imagina y al que le interesan mucho las cosas nuevas, las cosas jóvenes, está muy [illegible] día. Creo que mi amistad con Areilza, [illegible] no me ha servido, [illegible] he pretendido yo que me sirviera, para encaramarme en puestos, sí me ha enriquecido; y creo que yo también le he ido bien a él.

—¿Eres amigo de Fraga o sólo aliado coyuntural?

—A Fraga yo [illegible] tengo un respeto en cuanto que es un gran profesional y yo respeto a los profesionales. Hoy le contaba [illegible] Juan Luis Cebrián que fui un día a reírme de Raphael y compré todas las primeras filas para invitar a los amigos y fuimos todos a reírnos y al cabo de media hora yo le aplaudía.

—Porque era profesional.

—Yo el profesionalismo lo respeto mucho. Fraga, también. Creo que [illegible] un hombre que si hacen una guillotina para guillotinarlo y la guillotina está bien hecha, la cuchilla afilada, la madera limpia, dirá: «Admirable guillotina». «Oiga, que es para cortarle a usted la cabeza». «Nada, no importa: hay que reconocer que está muy bien hecha». Tiene algo de «El puente sobre [illegible] río Kwai».

—Y Suárez, ¿es un profesional o un aficionado?

—Partir de la base de que el hombre que está al frente del país es el hombre más inteligente y el más preparado es un error. Es como pensar que un señor porque vende más libros es el mejor novelista. El señor Suárez debe tener unas virtudes para ser presidente de Gobierno. Es muy astuto, es muy simpático. Como yo soy duro con él muchas veces escribiendo, le dije hace poco en una carta, que yo en política no tengo ningún rencor. Me ha costado muchos años tener un corazón sin amargura y sin resentimiento. Tengo una buena memoria, como debemos tener los liberales, una gran memoria histórica, pero también para olvidar, para olvidar los favores que hacemos y para olvidar los agravios que recibimos. Y yo le escribí [illegible] otro día al presidente y le decía: presidente, no hay nada personal en contra tuya, yo creo que has cubierto una etapa importantísima y que en esta segunda etapa puede ser que no seas el hombre más apto y le decía (con esta referencia un poco literaria que a ti te gusta y a mí también, y que a él supongo que no le debe gustar tanto), le decía: yo quería que mi pluma fuera como la lanza de Aquiles, que después de herir curaba.

—Ahora vamos con Felipe.

—Es un hombre listo, simpático. Creo que es un poco endeble, o sea, que le falta fuerza; a mí me recuerda, con todos los respetos, a un maletilla.

—Carrillo.

—A Carrillo hay que hacerle un homenaje por lo que ha hecho en la transición. Ha sido un hombre realmente necesario, con todo el riesgo que tiene el tener un cierto aire de león amaestrado, que pasa por un aro con la bandera española y con el fuego encendido y él salta haciendo volatines. Carrillo ha sido un hombre muy importante y creo que los poderes fácticos —que es como llaman al Ejército los que no tienen agallas para llamarlo por su nombre— tendrían que ser conscientes de que con la legalización del Partido Comunista se legalizaba, más que un pasado a veces cruento, un proyecto de futuro.

—Y acabamos con Tarradellas.

—Un hombre muy conveniente, porque juntaba —yo que soy institucionalista con la institución monárquica— el poder histórico y los derechos históricos, si es que había unos derechos, con el poder de la actual legalidad. Unir lo histórico con lo actual era muy conveniente, es lo que ha sucedido también con el Rey. Este hombre fue una «trouvaille» que todo el mundo se atribuye. Le dijo el otro día a Alfonso Osorio: «Si yo estoy aquí es porque usted me trajo». En fin, Osorio es también de los que le trajo. Sentís estaba muy molesto porque él decía: «Si fui yo». Y Ortínez... En fin, todo el mundo. Todo [illegible] mundo le trajo. Y quien le trajo fue el Rey. Creo que Tarradellas tenía un poder en la calle y todavía lo tiene y no estoy muy seguro de que haya sido bueno desperdiciar antes de tiempo a Tarradellas.

—Claro: todavía es muy joven.

—Sí. Es un hombre que piensa, cuando yo sea mayor y cuando yo sea viejo, ya me retiraré. No olvides que en las épocas de crisis la gente busca un poco al padre, al señor que no comete locuras.

—A propósito de padres, ¿conociste a Franco?

—No. Probablemente hice mal y fue por puritanismo. A estas personas hay que conocerlas. ■ V.M.R.

LA DECADENCIA DE LA PRENSA EN LA CATALUÑA AUTONOMA

MANUEL CAMPO VIDAL

LA agudización de la crisis de la prensa en Cataluña que podría alcanzar niveles de cataclismo en el plazo de un año, es sólo una expresión más de la debilidad económica y orgánica de la burguesía autóctona que cada vez controla parcelas más reducidas del sector industrial y financiero catalán cediendo terreno en favor de la penetración del capital foráneo. Existe un preocupante fenómeno prácticamente silenciado por las fuerzas vivas catalanas por el que, paradójicamente, mientras se llena de competencias la autonomía se reduce la capacidad de decisión en el terreno económico; por decirlo de otro modo, se contrapone el flujo de poder político que entra con el flujo de poder de decisión económico que sale hasta el punto de poder afirmar que la economía catalana es hoy menos catalana que hace cinco años (ver TRIUNFO, número 894 del 15 de marzo de 1980).

La situación de la prensa diaria que se edita en Cataluña refleja también esa grave situación de modo bastante nítido, como demostraría la comparación entre dos fotografías de la distribución del mercado tomadas con cinco o seis años de diferencia. Poco antes de la muerte de Franco la prensa editada en Barcelona gozaba de excelente aceptación popular; de sus páginas se destilaba una firme exigencia de cambio democrático y podían detectarse signos importantes de renovación (por ejemplo, la crítica desde niveles técnicos y desde los barrios a la gestión municipal venía ya de los últimos años del porciolismo, etcétera). Resulta difícil entonces elegir un diario en Barcelona dado su nivel de calidad, solían decir los lectores.

Algunos años después quizá resulte difícil elegir un diario, según los mismos lectores, también por su nivel de calidad, pero en este caso esa afirmación adquiere lamentablemente un carácter completamente distinto, hasta el punto de que se comprueba cómo existe un grupo de lectores que alternativamente trata de encontrar un diario a su gusto saltando de una publicación a otra.

El resultado de esa situación es una crisis de lectores específica en Cataluña que refuerza la crisis de lectores general que endémicamente padece España. Este segmento de lectores en concreto que dejan de leer el diario en Cataluña por lo menos algunos días a la semana respondería pues a una crisis de oferta. Efectivamente, los sectores profesionales catalanes más renovadores manifiestan la necesidad de reconocer que la prensa catalana no supo renovarse en el posfranquismo, sino que mantuvo las [illegible] anteriores de [illegible] del público, mientras el centro de gravedad [illegible] se desplazaba hacia los [illegible] de la transición política primero y hacia la crisis económica después. Entretanto, la prensa de Madrid, que partía de posiciones bastante menos renovadoras e incluso menos democráticas, [illegible] superior [illegible] en las nuevas [illegible] [illegible] probablemente bajo el [illegible] de la [illegible] por la aparición de [illegible] diarios y semanarios.

En este período la situación de la prensa en Cataluña desde el punto de vista industrial [illegible] de [illegible] en la [illegible] de [illegible] de [illegible] en prensa diaria [illegible] con tendencias de [illegible] [illegible]cias. A nivel de diarios han desaparecido «Solidaridad Nacional» y «La Prensa» —antiguos diarios del Movimiento—, «Catalunya Express» y el deportivo «4-2-4» del Grupo Mundo de Sebastián Auger, pero más allá de estas cuatro desapariciones, otros tres diarios practican desde hace meses un resistencialismo a la desesperada («Mundo Diario», «Tele-Express» y «Diario de Barcelona»), mientras otros tres están próximos a situaciones ciertamente difíciles (los deportivos «Dicen» y «Mundo deportivo», además de «El Correo Catalán»). En ese mismo período contemplado —desde 1975 a finales de 1980— ha surgido el diario «Avui», publicado en lengua catalana, y «El Periódico», del grupo Zeta-Interviú, ya consolidado y principal beneficiario a nivel de lectores de la caída del Grupo Mundo. Entretanto, en Gerona aparecía el segundo diario publicado en lengua catalana íntegramente y de distribución básicamente comarcal, «Punt Diari». A nivel de empleo estas remodelaciones suponían en el sector prensa la pérdida de cuatrocientos puestos de trabajo y el peligro de desaparición para otros cuatrocientos.

La dependencia exterior

Sin embargo, aun resultando dramático ese balance, existen todavía aspectos cualitativos más preocupantes: el consumo de prensa en Cataluña entre los niveles de lectores que por su situación profesional toman decisiones o están en condiciones de influir en ellas (de la empresa al sindicato, de la Universidad a la Administración) consolida progresivamente un fenómeno de *dependencia externa* al incrementarse la venta de diarios, semanarios y revistas mensuales editadas fuera de Cataluña. Curiosamente, los políticos catalanes que durante las campañas electorales demuestran sus acreditadas dotes para descubrir sucursalismos incluso donde no los hay, guardan un escrupuloso silencio sobre este importante tema. La llegada a la presidencia de la Generalitat del hombre presumiblemente más sensible por todo tipo de dependencias exteriores de Cataluña no ha supuesto ninguna modificación en la situación, al menos en una primera etapa empleada, eso sí, eficazmente, en la consolidación de un núcleo de fidelidades editoriales.

El problema de la *dependencia exterior* a nivel de consumo de prensa en sectores cualitativos de lectores catalanes es realmente grave no por acción de ningún detector de sucursalismos más o menos absurdos, sino porque conlleva una grave desinformación sobre Cataluña para esos mismos sectores; aunque frecuentemente sea preciso hallar en esos mismos medios noticias sobre Cataluña que escapan a la prensa editada en Barcelona, nunca, por razones obvias, se está en condiciones de atender eficazmente el caudal informativo que un país como Cataluña genera y necesita conocer para disponer de una información suficiente de su propia realidad. Así, es más conocido entre esos sectores catalanes el conflicto de Nervacero que el de Bru, cuando detrás de este último está la clave

para una necesaria remodelación del sector industrial catalán, de la línea blanca de electrodomésticos o se dispone de más información sobre los problemas de la delincuencia en Fuenlabrada que en Badalona y así sucesivamente.

Esta realidad permite la calificación del fenómeno de modo distinto al socorrido diagnóstico de «sucursalismo» que suelen aplicar los doctores políticos del nacionalismo. A partir de la dependencia exterior del consumo de prensa en Cataluña en determinados niveles de lectores, el consumo de prensa producida en Cataluña adquiere cada vez más un carácter de *consumo secundario de prensa local*, junto a otra prensa imprescindible para conocer la marcha de los asuntos del Estado y del Extranjero. Aunque salten los fusibles de la sensibilidad nacionalista de no pocas conciencias, hay que denominar a las cosas por su nombre y calificar el fenómeno no de sucursalismo sino de *subsidialización*. La prensa catalana, editada en castellano o en catalán, vive un proceso de *subsidialización informativa* desde el momento en que no puede retener a sectores cualificados de lectores de su propio país que en todo caso mantienen el consumo de esa prensa con un carácter local.

La responsabilidad de la burguesía catalana

Una situación límite como ésta no suele tener un único culpable a la vista. Hay una responsabilidad de los profesionales que tratar de ocultar resultaría absurdo aunque de algunos profesionales parta la crítica positiva de la situación o la denuncia del estado de cosas. Existe una responsabilidad de los empresarios de prensa catalanes que han oscilado entre un anquilosamiento sin precedentes en los casos en que se partía de una sólida situación hasta un derroche en edificios espectaculares que después albergaban diarios pobres pasando por las inversiones en tecnología desproporcionadas o erróneas.

Pero más allá hay una responsabilidad de la burguesía catalana como clase social que ha vivido de espaldas al hecho informativo aunque sus más cualificados exponentes suelan reconocer en privado su conciencia de culpa. La burguesía catalana ha permitido durante años que sólo personajes muy peculiares salidos de sus filas se aventurasen en el mundo de la información y ni siquiera en los difíciles momentos actuales, a pesar de haber llegado a copar el gobierno autónomo, ofrece síntomas de reacción. Sin duda su actitud hacia la prensa es sólo un reflejo de otras abdicaciones de significada trascendencia.

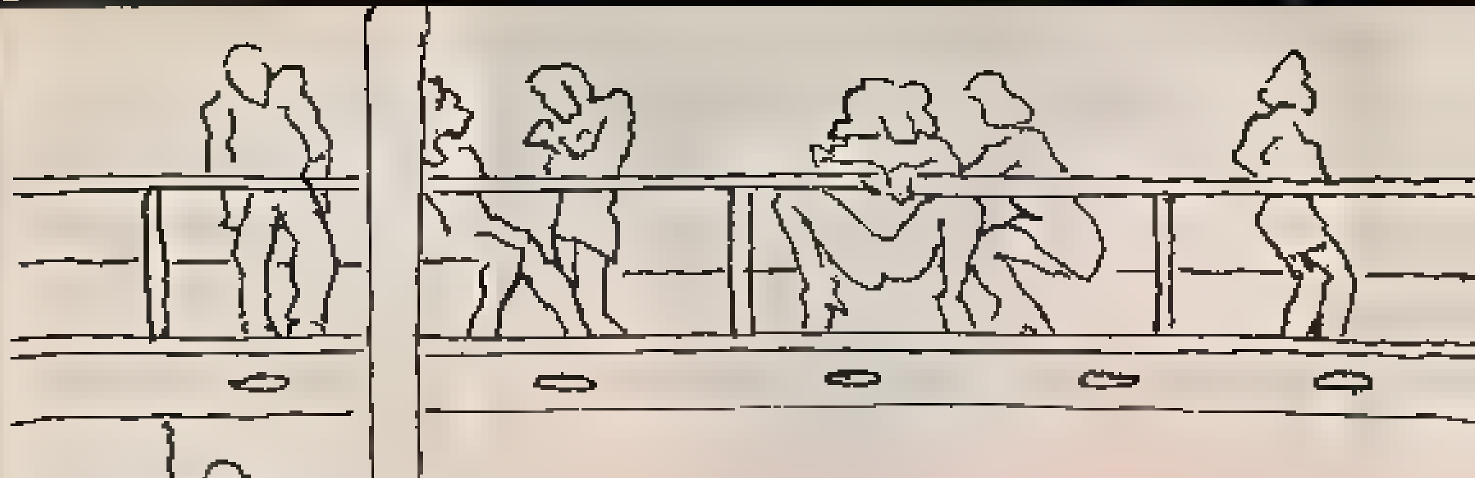
1981: ¿El año de la reacción?

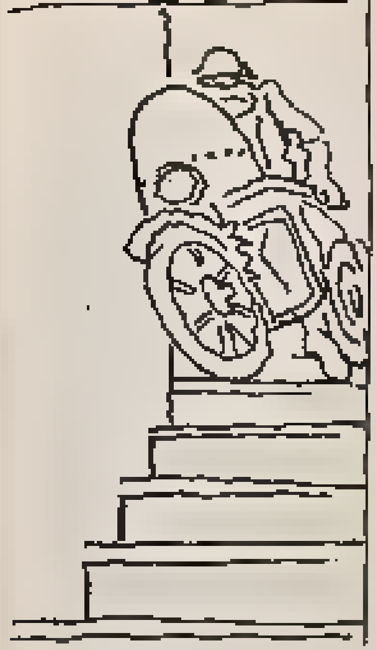
Aún así el año 1981 va a estar caracterizado por el signo de la reacción empresarial y quizá también profesional, con menores posibilidades de que esa voluntad alcance a los niveles institucionales. «La Vanguardia», amenazada su influencia sobre sectores cualitativos de la población por la penetración de «El País», su venta en quioscos por «El Periódico» y su monopolio publicitario por algunas operaciones en marcha como la de «Pequeños anuncios», va a aprovechar el Centenario de su fundación para llevar a cabo, además de los actos propios de una efemérides de tal naturaleza, una jubilación masiva de redactores, una reducción de personal en talleres que podría afectar a trescientos puestos de trabajo y tal vez un relevo en la dirección; el diario «Avui», cuyo presidente del Consejo de Administración es diputado al Parlamento catalán en las listas de Jordi Pujol, introduce una nueva tecnología, concretamente pantallas de vídeo, y pasa a ser editado por «El Correo Catalán» escapando así a las draconianas condiciones de Editorial Mencheta («El Noticiero Universal»); paralelamente en los primeros meses del año debe producirse una clarificación definitiva en los casos de resistencialismo («Mundo Diario», «Tele-Express» y «Diario de Barcelona»), así como decisiones importantes que afectarán al futuro de «Dicen»-«Mundo Deportivo» —ambos propiedad del Grupo Godó y mantenidos por las expectativas del Campeonato Mundial de Fútbol de 1982 y también el caso de «El Correo Catalán» cuya propiedad está a manos de personajes próximos a Jordi Pujol. Una definitiva desaparición de Tele-Express beneficiaría en el mercado de la tarde a «El Noticiero Universal», el diario catalán más favorecido en el caciquil reparto de subvenciones de Josep Meliá (Meliá había preparado su desembarco en Mallorca con subvenciones incluso a publicaciones que todavía no existían pero exigencias de la política le llevaron a realizar un aterrizaje forzoso en una Barcelona cuya prensa no ha ocultado la decepción por algunas de sus declaraciones y actuaciones; quizás de haber sabido su destino, Meliá hubiese regado los periódicos catalanes previamente con subvenciones).

Es muy probable que esa reacción prevista para 1981 en algunos periódicos se haya acelerado por la eventual entrada de «El País» en Cataluña con una redacción y edición descentralizada, elemento que puede contribuir poderosamente a la reestructuración del mercado catalán ya iniciada, reestructuración que puede ser alterada también por la concreción de otros dos diarios cuya edición se prepara en Cataluña con toda discreción.

En cualquier caso, parece fuera de toda duda que la prensa catalana vive y vivirá por un tiempo una efervescente etapa de cambios abierta por la crisis insostenible de algunas empresas del sector, caracterizado por una actitud defensiva ante la progresiva baja de lectores y ante la eventual entrada en el mercado de cualificada competencia. Lo grave de esta etapa de cambios es que no se divisa de antemano su derrotero final, como consecuencia también de que no exista una intervención-dirección en ella de la clase social o del Gobierno que la representa en condiciones de hacerlo. ■

Ilustración de HONORÉ





LA ULTIMA NOCHE DEL "CAROLINA"

ROSA MONTERO

¿Por qué han cerrado el Carolina? Los periódicos dicen que la Policía hizo una redada el viernes, 21 de noviembre, y que en el transcurso de ella se encontraron ilegalidades suficientes. Verbi gratia, la presencia en el local de 25 menores (la edad mínima son los 16), el hecho de que las puertas de urgencia tuvieran la llave echada, o la recolección de un heterogéneo material, a saber: cuatro jeringuillas hipodérmicas, cuatro navajas, doce barras de hachís, librillos de papel de fumar y un destornillador. Total, cierre policial durante un par de meses, amén de 45.000 pesetas de multa mientras tanto. Pues bien, pese a todas estas causas descritas, yo esto del cierre no lo entiendo.

Por si no lo saben, les diré que el Carolina es el local de moda de Madrid. Es muy antiguo, pero antes era un sitio casposo, una discoteca entre para jóvenes parejas en vísperas de matrimonio, y ahora, en cambio, es un sitio caspiano, una discoteca entre para jóvenes sin pareja y en vísperas de la más perfecta nada: es una magnífica adecuación a los tiempos que corren. El Carolina está en Estrecho, barrio popular donde los haya, y ofrece el insólito atractivo de presentar grupos de rock en vivo cada noche por un precio relativamente módico. El Carolina es enorme, tiene osamenta de cine tomado al asalto, con un repecho en plan sillones de entresuelo, pero sin sillones, desde el que las masas pueden otear el horizonte, localizar a los amigos y enemigos de la sala, practicar un voyeurismo inocente sobre los que bailan en la pista —directamente bajo el repecho— o simplemente desfallecer en un territorio neutral, más libre de pies y de gentío. El Carolina tiene un público diverso, muy joven por las tardes, joven moteado de progres carrozas por las noches. Pero, en cualquier caso, es un local razonablemente pacífico en el que ha habido pocos altercados; la agresividad de los carolineros suele limitarse al atuendo, a contorsiones frenéticas en la pista o al acodamiento chulapón en la barra, con un gesto de despectiva y ficticia dureza prendido a los labios. Por eso

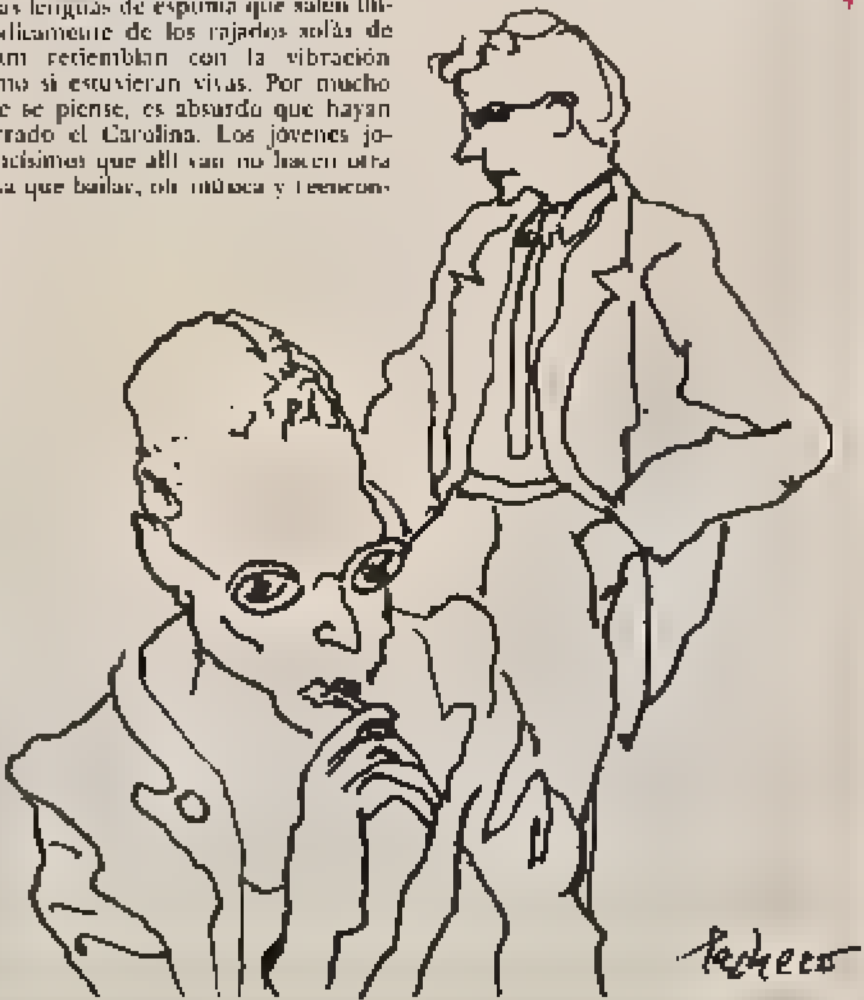
digo que no entiendo el porqué del cierre del local.

(Bien mirado, lo que más me inquieta y aperpleja es el detalle del destornillador, artefacto verdaderamente útil en esta vida que llevamos, que está absolutamente llena de tornillos; yo misma, sin ir más lejos, llevo un destornillador en el coche, y a lo peor eso es causa suficiente para que la Policía me precinte el Citroën por dos meses. Claro que dirán que no es lo mismo llevarlo en una guantera que en el bolsillo del tejano, pero afrontemos por un momento la hipótesis de que el chico-a que portaba tal herramienta tuviera una moto, y que necesitara un destornillador para apretar el tornillo de su vehículo, que algún tornillo tendrá, aunque yo de motos no entiendo ni palabra, y que el chico-a llevara el chisme encima porque no va a dejarlo en la ducati o el vespino, porque ya se sabe que no hay destornillador que mil años dure y que hay mucho chorizo suelto por las calles.)

Ya lo dicen Moncho Alpuente y sus Kwai en la canción que han dedicado al Carolina y que ha hecho verdadero furor: «vamos con toda la basca a la corte monegasca». Moncho, treintañero subido y moderno irredento, es hombre que ha salido de la nada para llegar a la más absoluta miseria. Desde que fue «madre del cordero» en el rock marginal de finales de los sesenta hasta alcanzar esta nueva subterraneidad de los Kwai ha pasado por programas televisivos y secciones críticas en diarios sesudos; ha tenido, en fin, diversas oportunidades de colocarse bien y hacerse un hombre. Pero a Alpuente le pierde su afán de mantenerse fiel a lo que era, y por ello, porque este afán responde a las angustias y necesidades de tantos otros, su grito de guerra es seguido con fervor por legiones de treintañeros tan irredentos como él: vamos con toda la basca a la corte monegasca. De modo que, por las noches, el Carolina se llena de calvos que compiten en contorsiones con la juventud supuestamente arrabalera. «Demasiado cheli para hijo de la Kelly», canta Moncho, y los progres carrozas hablan del Carolina con unción: «es un local que tiene mucha gracia, está lleno de adolescentes del barrio, y llevan los tíos una marcha, cosa fina». Y así pasa lo que pasa, que cuando haces tu descenso triunfal por las escaleras de terrazo que conducen del anfiteatro a la pista del club, puedes observar que de las múltiples cabezas acometidas por los temblores febriles del «ska» (el baile de moda), la mitad por lo menos son de los tuyos, o sea, los de siempre, o sea, los irredentos, o sea, los carrozas, o sea, una misma. Y es que la «cosa fina» quinceañera está siendo tragada por buscadores de sangre joven, por los vampiros de la eterna vitalidad, y a mucha honra. Porque los que no son vampiros ansiosos de mantenerse en la brecha son ejecutivos votantes de UCD, y eso es aún peor. Demasiado rockero para el facha de Rainiero, dice Moncho.

La verdad es que no sé por qué han cerrado el Carolina. El club ofrece selectas actuaciones: La Banda sin Futuro —directamente desde San Sebastián»—, Los Placillos, Los Pick-Up, Los Ejecutivos Agresivos, Geni y los Fénix, Los Flequillos. El escenario tiene el fondo recubierto de un papel de plata todo arrugadito, como si estuviera confeccionado con envolturas de caramelos minuciosamente recolectadas o de pedacitos de albal previamente utilizados para envolver chinas de tate, porque ambas posibilidades cuadran con el ambiente del local, entre cándido y pasota. El sonido distorsiona cantidad, y Los Confiscadores de Polos, que son otro grupo rockero vasco, aumentan el barullo añadiendo a sus canciones un fondo de sirenas policiales, porque se ve que a los pobres les ha imprimido carácter la cosa del terruño. El ruido es terrible y las lenguas de espuma que salen impúdicamente de los rajados sofás de foam retiemblan con la vibración como si estuvieran vivas. Por mucho que se piense, es absurdo que hayan cerrado el Carolina. Los jóvenes jovencísimos que allí van no hacen otra cosa que bailar, oír música y reencontrar a los amigos, son gente legal cuando se les entra legalmente. Pero deben ser demasiado rockeros para el facha del Rainiero.

(Si se piensa bien, el resultado de la redada es decepcionante, porque encontrar cuatro jeringuillas hipodérmicas, cuatro navajas —teniendo en cuenta además que las navajas son utilísimas para cortar el chocolate—, doce barras de hachís, un destornillador —y sopesemos en este punto la razonable hipótesis del motorista— y unos cuantos librillos de papel, no es un bluff realmente espectacular para un viernes por la tarde y con el local repleto. La cosa es que el Carolina es un club pobre, un club adolescente, y las drogas duras y las pistolas son material de costosa adquisición —a no ser que el arma de fuego sea una herencia de familia—, y es de suponer que son más fáciles de encontrar en sitios caros, en clubes exquisitos. Por eso, una redada en algún local de elevada alcurnia y elegante clientela quizá diera resultados sorprendentes, sabrosas recolecciones de ferretería y papelinas, que esas deben ser las redadas que dejan satisfecho al funcionario que las hace, y no esta menudencia del club Carolina.)



EL «CAROLINA»

Están todos, está toda la banca en la corte monegasca: el guitarrero, por ejemplo, ejemplar de la fauna nocturna que abarca diversas edades y viste de forma variopinta, pero que resulta fácilmente reconocible por la característica común que le da el nombre, consistente en su tendencia a atravesar la pista de baile en un paseíllo, agarrado a una guitarra inexistente a la que saca sonidos al parecer supremos por el gesto de dolor placer que pone al rasguear el aire, los ojos cerrados, la boca apretada en un rictus de pasión, las piernas ligeramente flexionadas en las rodillas, de manera que camina a tumbos como si se fuera a caer en el siguiente paso, pero no, no se cae, porque el guitarrero suele ser muy profesional en lo suyo, y sólo da tumbos para fabricar el superéxito del punteo irreal que se está tocando para él sólo. Luego están los Jolivud, que son aquellos especímenes que mamaron sus mitos de la pantalla del cine, mayormente tipos cuarentones y ya cuarentones, que vivieron los primeros rock del circo Price y que hoy se reencuentran consigo mismos al cabo de un decenio que ha parecido un siglo. Son como Robert Mitchum, con cazadora de genuino plástico que imita a cuero como James Dean, pero sin la más remota posibilidad de descubrir el petróleo de «Gigante», porque para petróleos estamos ahora, precisamente. Se menean con gran indolencia cadera. llegan con amigos, pero al entrar al club se separan para que parezca que van solos —los héroes siempre fueron solitarios—, se apalancan en la barra lustrándose despectivamente los clavos de la muñequera. Los Jolivud suelen sufrir mucho porque están empezando a quedarse calvos y el tupé abrillantado ya no es ni sombra de lo que antaño fue, y sufren mucho, además, porque son duros por fuera pero tiernos de corazón, como las nueces. Luego está el intelectual maduro, que suele ser un poco mayor que el Jolivud y que no se disfraza ni de Mitchum ni de nada, aunque se quede con las ganas, con lo que está embarazado [illegible] que conlleve el peso de la intelectualidad. El intelectual maduro usa (como mucho) foulards a su pescuezo y su secreta ambición es la de que la basca del local —demasiado cheli para hija de la Kelly— no advierta sus diferencias sociales y de edad, que le acepte como uno de los suyos. Y luego está la masa verdaderamente indígena, los adolescentes, un si es no es punkeros. Pero la [illegible] de hoy está empeñada en parecer antigua, y se aplican con notable brío a vestir ropas negras, correas y clavos de aroma marcial o pantalones estrechos y corbatines siniestros tipo Beatle; ellas se maquillan muy de trágicas, con sombras amoratadas en los párpados, que parecen [illegible] puñet[illegible] se echan al cuerpo mucho abalorio plástico, mucha fosforescencia, mucha chapita con el nombre o la foto de sus grupos preferidos, y de nuevo el zapato de tacón de aguja y el candado y la minifalda, y los chicos llevan el pelo corto y el grano purulento de la adolescencia bien al aire, porque ya no se llevan las barbas, y se respira mucha nostalgia de boquilla por épocas de las que ellos no pueden tener nostalgia vital, y echan de menos los guateques que nunca bailaron y los años cincuenta que no conocieron y los Estados Unidos como paraíso del neón y de la Coca-Cola. No es casual que sea en el Marquee, el otro club de moda semejante al Carolina, en donde se ha llevado a cabo la presentación de los Sirex. O sea, la re-presentación, porque los Sirex vuelven como plaga babilónica, los Sirex de la escoba vuelven al cabo de los años, provocando que los años parecen querer volver sobre sí mismos, aprovechando que la nostalgia está de moda, aprovechando este miedo a marchar hacia adelante que está sacando a los tejos por el cogote. Y teniendo en cuenta todo esto, parece aún más increíble que hayan cerrado el Carolina.

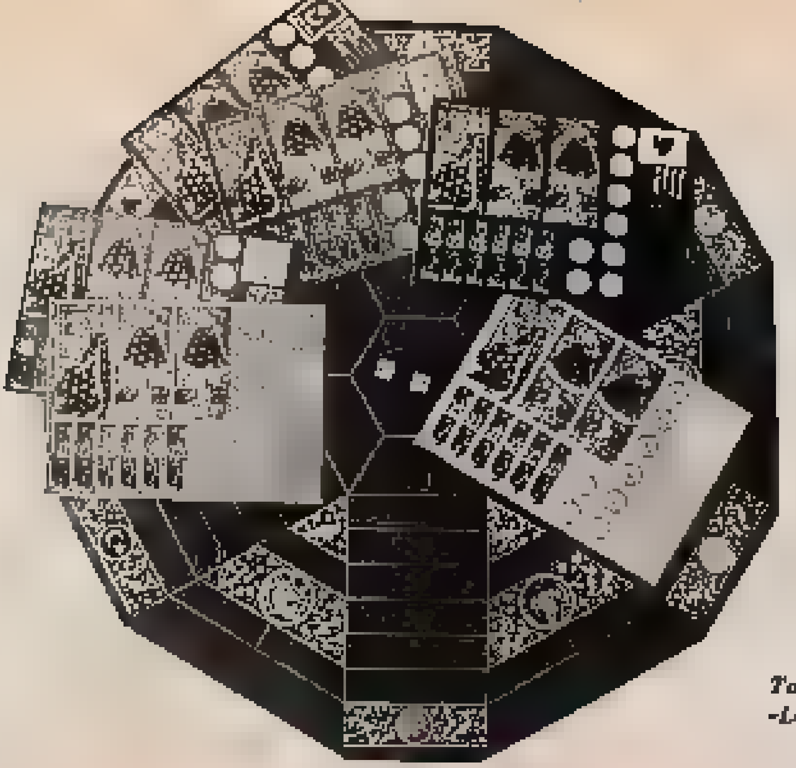
Si te fijas en la vida nocturna de Madrid, en el submundo de la gente del rollo, la cosa está clara: los locales clásicos, como la Manuela, el Ruiz, la Vía Láctea, el Sol de [illegible], siguen manteniendo un público fiel que toma allí su copa. Pero la moda está en los locales que ofrecen actuaciones en directo, aquellos que convocan a la gente joven, que ofrecen savia nueva para el cansado progre: el Sol, por ejemplo. Y, sobre todo, el Carolina y el Marquee. También el Marquee es una discoteca muy antigua, que en su última etapa se llamó Top-Less. Si llegas temprano al club, cuando lo acaban de abrir, puedes advertir un ligero pero tenaz olor a vómito en el aire. Son, de cualquier forma, vómitos con solera, heredados de etapas discotequeras anteriores, vómitos de muchos años de vomiteras. La moqueta conserva el perfil de los chorretones marcado de forma indeleble y son evidentemente chorretones arcaicos, casi un estrago geológico. El Marquee conserva casi todos los muebles que tenía antes, las mismas butaquitas [illegible]

[illegible] moda sean viejos, que estén estropeados, medio rotos: es la consagración [illegible]

[illegible]

[illegible]

Ilustraciones de PACHECO



Tablero y fichas de «Los Médicis».

jugar a la política, jugar a la guerra

RAMIRO CRISTOBAL

LAS reglas están escritas en un papel y el mundo es un tablero de cartón. Nada de caos o incertidumbre: sobre ese pequeño universo pintado es posible mantener la gozosa sensación de poder omnímodo. Jefe de las SS en un campo de exterminio nazi; «condottiero», capitán de mercenarios; candidato a la presidencia de un país imaginario, director de la CIA, general de un ejército de ocupación, plutócrata despiadado... La imaginación de los diseñadores de juegos para adultos no descansa y la dulce tentación al poder de las épocas de crisis, hace el resto. Las luces se encienden, los contendientes toman posiciones alrededor de la mesa y comienza la partida.

Estamos en la Italia del Renacimiento; sobre la mesa, seis ejércitos tratan de eliminarse: el Papa, el Emperador, el rey de España, el rey de Francia, los Médicis y los turcos. Se jugará sucio, tal como se cree que era la política de tal época: Maquiavelo «dixit». Los más ricos podrán comprar mercenarios para reforzar sus tropas o para eliminar los de un contrario; se establecerán alianzas por diplomacia o matrimonio y, con las fuerzas conjuntas, se masacrará a uno de los rivales más débiles; se traicionarán tales pactos de familia, cuando la ocasión sea favorable, para hacer un considerable descalabro en el hasta hace poco amigo y aliado. Durante las dos o tres horas que viene a durar el juego de «Los Médicis» se continuará por la senda de los engaños, la traición y el exterminio. Todo sobre elementos de gran realismo y belleza: las cartas pertenecen al «Tarot» de los Visconti, obra juvenil de Bonifacio Bembo, que hoy se pueden contemplar en la Academia Carrara de Bellas Artes de la ciudad de Bérgamo.

Muy emparentado con este juego, adaptado al gusto contemporáneo, es «El candidato», inventado, al parecer, en Francia, el tumultuoso año de 1968 y lanzado recientemente en España. Se trata, en este caso, de cuatro candidatos a la presidencia que juegan con sus «equipos» correspondientes. Este respaldo del aspirante al poder está formado, nada menos, que por los siguientes arquetipos: un asesino, un agente provocador, un periodista (que también mata), un transportador de muertos o «necromóvil» y varios militantes de base que sirven como carne de cañón y que, para que no les falte nada, son representados en sus fichas correspondientes, con un puño cerrado. También aquí hay alianzas, asesinatos y compra de los equipos rivales: sólo la muerte de todos los demás permite acceder al poder a uno de los candidatos, que, por regla general, alcanza la cúspide acompañado de un maltrecho y reducido grupo de seguidores. La dulzura del mando parece justificar todas las penalidades habidas hasta entonces.

Retengamos, pues, de momento, estas motivaciones, que cada cual puede interpretar como tenga más conveniente: las guerras las ganan los más ricos y los menos escrupulosos; la astucia y el no confiar ni en los mejores amigos, ayudan a obtener la victoria. Filosofía de fondo: los partidos en la democracia son bandas de gangsters enfrentadas y las relaciones internacionales son, en realidad, una pugna por el exterminio de los demás.

Juguemos a nazis

«Fuga de Colditz» es un juego bastante complicado y que suscita excitados estados de ánimo, aun en los más flemáticos. Lo inventó, según dicen, un oficial inglés que logró escapar del campo de exterminio nazi que se encontraba en la citada localidad. Se juega sobre un tablero que reproduce, bastante fielmente, el plano del campo: el patio de concentración de los prisioneros, los barracones de los guardianes, el almacén, la cocina, la oficina de los oficiales, etc. Uno de los presentes debe cargar con la imagen de oficial nazi e impedir, a toda costa, la fuga de uno tan sólo de los prisioneros; varios equipos (polacos, ingle-

[illegible] franceses en colaboración o individualmente, han de escapar, haciéndose primero con una serie de [illegible] necesarios: documentación, alimentos, pases falsos y cosas por el estilo.

El quid de la cuestión está en que a medida que pasan los minutos el oficial nazi se ve obligado, por la propia dinámica del juego, a ser cada vez más duro y hasta cruel con sus prisioneros. De la misma manera la animadversión de estos hacia su guardián, que entorpece su salida, es también cada vez mayor. Resulta curioso cómo esta circunstancia del desarrollo de la partida se va convirtiendo en algo consustancial con los jugadores que acaban casi por autoconvencerse de que deben engañar por cualquier medio a su guardián, cada vez más reliado, y crea en este último el convencimiento de que debe usar todos los medios a su alcance para castigar duramente los intentos de fuga, escarmentando así las [illegible]. Recuerdo unas pocas ocasiones, a lo largo de un juego cualquiera, en las que el apasionamiento llegue a los niveles de este que comentamos.

Para tranquilidad de antinazis —que espero sean la mayoría— diremos que las reglas y la disposición general del juego están realizadas de tal modo que, al final, siempre resulta burlado el nazi. A pesar de todo, se ve imposibilitado de impedir la fuga de sus prisioneros al cabo de un rato suficiente. Aquí las conciencias quedan incólumes y, tras el acaloramiento momentáneo que provoca el participar en el juego, las buenas intenciones quedan colmadas. Como en el cine de Hollywood, la crueldad nazi [illegible] con la astucia angloamericana. Faltaría más.

La concentración capitalista

Sin duda, el rey de los juegos de sociedad, o al menos el más veterano de su camada es el «Palé» o «Monopoly», verdadera denominación del juego, antes de pasar por el obligado afrancesamiento que, parece, deben sufrir los juegos de azar vía Montecarlo. Pero no, en realidad, el «Monopoly» nació en los Estados Unidos, y no por casualidad, en plena era de depresión; su inventor fue un genio casi olvidado, llamado Charles Darrow, ex agente comercial y por aquellos años (1932) reparador de utensilios domésticos en Atlantic City. Este personaje, que parecía capaz de hacer cualquier cosa en la vida, inventó algo que veía todos los días y que a muchos gustaría imitar: el progresivo enriquecimiento de unos pocos, a costa de la miseria de los más.

El «Palé», de haberlo conocido, hubiera hecho las delicias de Carlos Marx, para su comodidad le hubiera ahorrado muchas palabras, así como a Lenin, la trascripción de un montón de estadísticas. En el juego, de forma sencilla pero contundente, aparece la idea central del marxismo, según la cual el capital tiende a monopolizar áreas cada vez más amplias de la producción, acrecentando paralelamente el número de asalariados y desempleados. Lo que probablemente no hubiera gustado tanto a Marx y Lenin, fuera el ver que esta reprobable conducta constituía y constituye para un buen número de personas, una loable manera de actuar y, aun en un juego de sociedad, se esfuerzan alegremente en destacarse en tales prácticas. No les hubiera gustado mucho saber, por ejemplo, que el «Monopoly» se juega actualmente en 46 países y que lo practican —millón más o menos— 250 millones de personas.

Como el «Palé» tiene casi 50 años a las espaldas, goza ya de su pequeña historia y hasta de su leyenda. Para los curiosos del tema ahí van unas pocas anécdotas: por ejemplo, aquellos 54 estudiantes de Denver que jugaron durante 42 días; o aquellos otros dos jóvenes que jugaron metidos en una bañera durante casi tres días, o aquella partida increíble que tuvo lugar en un ascensor, que no cesó de subir y bajar durante casi dos semanas. La NASA tiene una proposición formal para equipar con un juego de estos a sus astronautas y a los hombres que tripulan submarinos nucleares durante largos periodos de tiempo.

Carta de «Los Médicis» que reproducen las ilustraciones del «Tarot» de los Visconti, obra juvenil de Bonifacio Bembo.

Real como la vida misma

Aún podríamos referirnos a otros juegos que he visto en algún lugar de Europa y que deben estar a punto de llegar a nosotros, si es que no lo han hecho ya. Uno de ellos, por ejemplo, trata de la pugna por adueñarse de los pozos de petróleo en Oriente Medio; hay agentes de los servicios secretos por en medio y hay sobornos oportunos a jeques y jefes de Gobierno. Otro es la conquista de continentes, en el más puro y descarnado estilo imperialista, es decir, un ejército ataca y otro defiende. Si el segundo pierde, el primero se hará con un trozo de [illegible] suelo nacional.

Cabría preguntarse si estamos ante un fenómeno nuevo. Algo que los sociólogos y los psicólogos del comportamiento colectivo podrían y deberían explicar. De hecho, los juegos, como actividad lúdica, han mantenido una característica básica que los especialistas llaman «ficticia» porque, en palabras de Roger Caillois, en su «Teoría de los juegos», deben ir acompañados de «una conciencia específica de la realidad segunda o de franca irrealidad en relación a la vida corriente». Y es este mismo ensayista francés el que considera que «toda contaminación con la vida ordinaria corre el riesgo de [illegible] y corromper su misma naturaleza». Si exceptuamos el ajedrez, que tiene un lejano parecido con una batalla ideal, lo cierto es que juegos tan venerables como el parchís —con 2.000 años de vida, procedente de la India— se juega sobre un espacio abstracto en el que queda claramente de relieve la competición y el aspecto lúdico de la partida; no tiene relación con ningún espacio conocido ni comportamiento real de las personas. Lo mismo podría decirse del jardín de las delicias en que se desarrolla el Juego de la Oca, aunque, según dice Luis Pancorbo en su «Guía secreta de Roma», reproduce la famosa intervención de las ocas capitolinas al impedir, con sus graznidos, el silente avance de los «galli senoni», que allá por el 389 a. C.

Caja de «Fuga de Colditz», juego inventado, según dicen, por un oficial inglés que logró escapar de un campo de exterminio nazi.

intentaron pillar a los romanos desprevenidos y vencerlos: el puente, el pozo, la prisión, parece que tienen algo que ver con este episodio semilegendario.

Recordemos, también, que cuando Darrow intentó que la afamada casa de diseñadores y vendedores de juegos, Parker Brothers, le financiara el «Monopoly», este fue rechazado, porque «no seguía las reglas consideradas necesarias para un pasatiempo», es decir, que les resultaba demasiado novedoso en su enfoque realista de la vida, cosa que no había ocurrido hasta entonces, con los juegos que eran clasificados en seis rígidas categorías: de «pista», como el parchís; de formación de palabras; de guerra, como el ajedrez; juegos de suerte, como los dados; de alineación, como las damas o de semiazar, como los naipes. El «Monopoly», consideraron aquellos caballeros, no pertenecía a ninguna de ellas.

Y, sin embargo, de manera creciente, los juegos que aluden a problemas concretos de la vida están teniendo más aceptación, incluso en Inglaterra se están fabricando ya variantes de la Oca, a base de recorridos ecologistas en los que las detenciones y aceleraciones, los premios y castigos tienen mucho que ver con el comportamiento del jugador con respecto al medio ambiente.

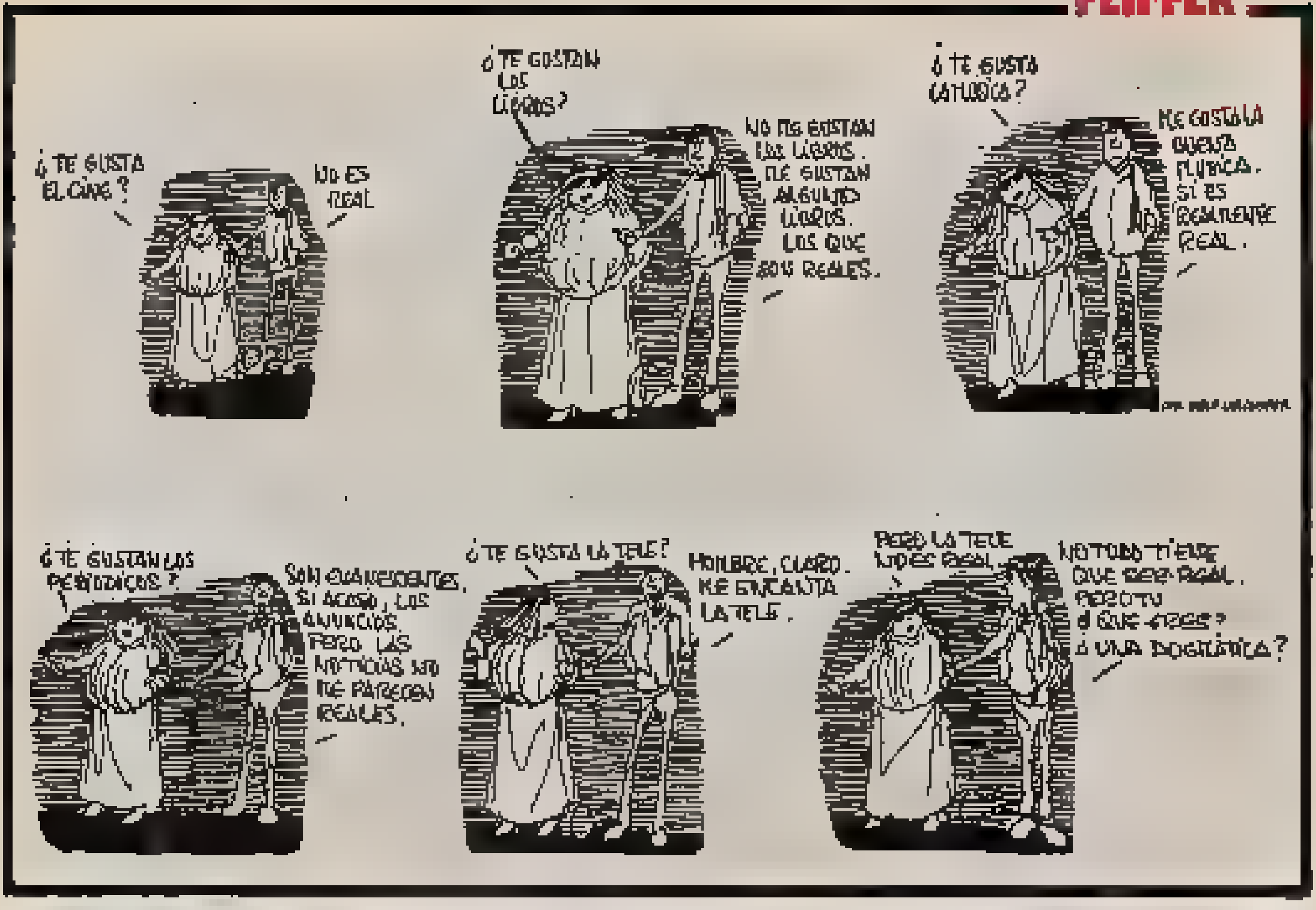
Manejar o ser manejado

Particularmente interesante me parece la explicación dada a este fenómeno por un grupo de sociólogos italianos que creen ver en esta evolución del gusto de los jugadores, un claro exponente de la inseguridad social que padece el hombre de nuestro tiempo. Según esto, resultaría que los jugadores de este tipo, pertenecientes en su mayoría a la clase media, utilizarían el juego como una evasión lúdica sólo en el caso de encontrarse en un sistema y en una sociedad segura a los que, en términos generales, no ponen en duda, ni se sienten particularmente manejados. El hombre de hoy, en cambio, se siente inseguro, zarandeado de alguna manera por poderes que presiente, pero que no comprende. Así tiende, en sus juegos, a racionalizar una situación que en la vida real se le escapa. Es decir simplifica los problemas, los reduce a un simple tablero y luego maneja los resortes para resolverlos en un sentido o en otro.

Ello explicaría la interpretación –a medias revolucionaria y a medias fascista– del funcionamiento de una democracia liberal o de un determinado y complejo momento histórico como fue el Renacimiento. El hombre moderno se siente feliz de interpretar de forma mecanicista, a base de simples líneas de fuerza, de meras cifras y de un poco de malignidad primaria, lo que ocurre a su alrededor. Algo parecido podría decirse de la acción y reacción entre los nazis y sus prisioneros y, de su actuación en la compra de calles e inmuebles y en un atesoramiento de bienes.

Manejar o ser manejado, esta es la cuestión. Hoy por hoy, y probablemente así ha sido siempre, en el juego, el hombre ha recuperado y ha podido mantener una parcela de libertad, de acción propia y creadora frente a la existencia reglamentada e impuesta, que le espera a su llegada a la vida. Una larga serie de pensadores –de Schiller a Huizinga– así lo han avalado. El primero de los dos decía, con su apasionamiento habitual, en la decimoquinta «Carta para la educación estética del hombre»: «Quede bien entendido que el hombre sólo juega en cuanto es plenamente tal y sólo es hombre completo cuando juega». ■ R. C.

FEIFFER



¿TE GUSTA EL CINE?
NO ES REAL
¿TE GUSTAN LOS LIBROS?
NO ME GUSTAN LOS LIBROS. ME GUSTAN ALGUNOS LIBROS. LOS QUE SON REALES.
¿TE GUSTAN LOS PERIÓDICOS?
SON CONVENIENTES. SI ACASO, LOS ANUNCIOS. PERO LAS NOTICIAS NO ME PARECEN REALES.
¿TE GUSTA LA TELE?
HOMBRE, CLARO. ME ENCANTA LA TELE.
PERO LA TELE NO ES REAL
NO TODO TIENE QUE SER REAL. PERO TÚ ¿QUÉ ERES? ¿UNA DOGMÁTICA?

De Príncipe de Asturias a motor del cambio
Juan Antonio Pérez Mateos
JUAN CARLOS
La infancia desconocida de un Rey
Alfonso Osorio
Trayectoria política de un ministro de la Corona
Travesuras y juegos de un niño que ahora es el Rey de todos los españoles.
La transición política de España escrita por un hombre que la vivió desde el poder.
EDITORIAL PLANETA

¿Cómo comprender los cuadros enigmáticos y extraños que nos dejó el Bosco sin haber tenido la delicadeza de acompañarlos de un modo de empleo, o de una clave interpretativa?

EL REINO MILENARIO DE JERONIMO BOSCO

RAMON CHAO

HASTA hace poco se daba por establecido que sus obras, repletas de personajes fantásticos, eran fruto de su imaginación desbordante; se trataba de alegorías católicas edificantes, denunciadoras, por medio de una mezcla abominable de cuerpos desnudos y monstruos repulsivos, de los vicios y excesos de la carne. Se presentaba al Bosco como una simple curiosidad histórica e intelectual, como un «hacedor de diablos». Para explicar sus cuadros se recurría a toda clase de libros sobre los milagros, a la literatura de leyendas, visiones y sueños, y a la tradición flamenca de los miniaturistas. Se escamoteaba la esencia misma del arte del Bosco, la unidad del concepto y de la imagen, fundamento de todo pensamiento simbólico.

Durante décadas solo se disponía de un henchido mamotreto de Lafond (1914) y de un estudio de Tolnay (1937), sobre la dominante erótica en la obra del Bosco, y casi estoy por decir que era más que suficiente. Porque luego, y sobre todo en los últimos lustros han proliferado los análisis e interpretaciones de todo tipo, como esotéricos, psicoanalíticos, mágicos, costumbristas y por supuesto, religiosos. Tal vez el auge popular del Bosco –como así de los Brueghel–, se deba a su reivindicación y ensalzamiento por parte de los surrealistas primero, y después de los psicoanalistas, que fabricaron ambos una pléyade de comentaristas improvisados y de fabricantes de claves simbólicas.

Así, Baltrusaitis (1955) y Lyna (1968), se fueron a buscar el origen de los monstruos bosquianos en las miniaturas de los misales de la época; Gerlach (1966) indagó por las corrientes religiosas y satíricas de finales de la Edad Media. Más recientemente, Combe tiró por la vertiente alquimista del pintor, y Castelli por sus preocupaciones teológicas y moralizadoras.

Pero como algo bueno tiene que salir siempre de las modas, apareció hace unos años el libro del historiador de arte alemán Wilhem Fraenger titulado «El reino milenario de Jerónimo Bosco», que rechaza las interpretaciones habituales del pintor fantástico, católico ortodoxo, y explica por primera vez, analizando detalladamente «El jardín de las delicias» del museo del Prado, el origen de su inspiración, el tema general, el sentido simbólico de su obra. Este libro, que había tenido una gran repercusión entre los críticos y estudiosos, estaba agotado en casi todos los países. Ahora se

Retrato supuesto de «El Bosco». Biblioteca de Arras.

JERONIMO BOSCO

vuelve a editar y a traducir por primera vez en algún idioma —en el italiano—.

Resulta que desde hace cerca de cuatro siglos, cuando en 1599 el fraile jerónimo José de Sigüenza diera explicación ortodoxa del tríptico preferido de Felipe II, estamos equivocados sobre el Bosco: no es, en absoluto, un pintor obsesionado por la impureza de las relaciones carnales, ni por el castigo eterno que merece la concupiscencia.

Dice Fraenger que el equívoco que ha acompañado siempre a la obra del Bosco reside en la aparente analogía que existe entre su obra capital, «El jardín de las delicias», donde se hallan concentradas sus ideas teológicas, y otro tríptico muy importante, que se encuentra también en El Prado: «El carro de heno». El panel central de este retablo es una alegoría de la vanidad de la vida terrenal. Vemos un carro repleto de heno, y los invitados por Dios a la siega (frailes y monjas, toda clase de vagabundos, ladrones, mendigos y buhoneros), disputan ávidamente cada haz de paja. Siguen detrás del carro los más altos dignatarios de [illegible] papas, reyes, emperadores, clero, nobleza, mientras que en lo alto del carro se solaza al son de un laúd una pareja de enamorados. A pesar de que un pro[illegible] predique contra «la vanidad de la carne», nadie se percata de que una horda de personajes repulsivos arrastra al carro hacia el infierno.

«El jardín de las delicias» comporta también una representación del infierno, en el panel derecho (para el espectador), y ahí se ha querido ver, dice Fraengel, una similitud entre los dos retablos, aplicándole a ambos la frase del profeta Isaías que da el título al «Carro de heno»: *Toda carne es heno, y toda su gloria como flor del campo*. Se ha utilizado esa metáfora para explicar también «El jardín de las delicias», y se ha querido ver en sus [illegible] la condena de los placeres.

El jardín de las delicias es un manifiesto

Con una minuciosidad digna de un detective de Scotland Yard —y su libro se lee como un Sherlock Holmes—, Fraenger desmonta todos los argumentos utilizados hasta ahora en favor de un Bosco fanático y católico [illegible]

En el panel central hay una protagonista desnuda y a gatas. Esa imagen basta para demostrar que el tríptico no pudo haberle sido encargado por una congregación religiosa para ponerlo en un altar o en un refectorio. También explica Fraengel que el Bosco ridiculiza en ese cuadro tanto la Iglesia oficial de su época como las aberraciones de algunas sectas ocultas.

Eso lleva al autor del ensayo a buscar el origen de la inspiración del pintor fuera de los medios católicos, en los círculos partidarios de las ideas reformistas, pero hostiles también a los desenfrenos de ciertas sectas.

Con el Bosco aparece un nuevo tipo de postura religiosa para heréticos, lo cual —si pensamos que sus obras realzaban las colecciones de las personalidades más devotas de aquella época, como Margarita de Austria, hermana de Felipe II, en las cámaras del cardenal veneciano Grimani y, sobre todo, en los salones de El Escorial, donde Felipe II reunió los mejores trípticos del Bosco tal vez porque [illegible] la ilustración de su fe, el reflejo de sus obsesiones— nos hace pensar que el designio de las obras crípticas es a [illegible] ha encontrado un libro de cuentas de Jerónimo Van Aken (El Bosco), que data de 1504, en el que figura un adelanto hecho por Felipe el Hermoso al pintor por «un cuadro de pintura que debe representar el Juicio final, con el paraíso y el infierno, que su señoría ha encargado para su muy noble placer». Se supone que ese cuadro es el que se encuentra ahora en Brujas, y en él Jesucristo parece reinar sobre un mundo de larvas y de gnomos. En realidad, ya el Bosco estaba practicando la pintura herética.

Volviendo al libro de Fraenger, dice que descifra «El jardín de las delicias» descomponiéndolo en planos superpuestos, con sus temas yuxtapuestos, en lo que ve su intención [illegible]

Los pocos detalles que se saben de la vida de Jerónimo Bosco son tan oscuros como la simbología de su obra. Para Fraenger, el misterio que rodea la existencia del pintor confirma sus teorías. Aparte del nombre de su pueblo natal, Hertogenbosch, cerca de Amberes, de su boda por intereses, de su participación en la decoración de la catedral de San Juan, y de la fecha de su muerte (1516), lo ignoramos todo. Esta ocultación de datos biográficos y su vida retirada en un pueblecito de provincias se debía, según Fraengel, a que el Bosco pertenecía a la Hermandad del Libre Espíritu.

La salvación por el amor

Examinando las actas de los procesos de la Inquisición, y textos místicos de la Edad Media, Fraenger reconstituye la doctrina de esa secta, que resume así la historia de la humanidad: cuando Adán, ser de Luz y espejo de Dios antes de la creación del mundo, fue precipitado por las fuerzas demoníacas al infierno de la materia, su resplandor celeste se unió a la substancia terrestre, su forma única se separó en dos sexos y de eterno se convirtió en mortal. Para volver a encontrar la luz paradisíaca, el Ser del hombre debe absorber la materia femenina y fundirse ambos en un solo ser. De esa forma el amor se convierte en una celebración mística.

La doctrina de la Hermandad del Libre Espíritu estaba basada en un erotismo espiritual cuyos ejes eran los conceptos de Adán y del paraíso, la desnudez ritual y la expresión del amor inocente. Con esta luz teológica conviene descifrar los cuadros del Bosco, cantos al amor puro y carnal, y no su condena como se creía.

Fraenger aporta cuatro pruebas para invalidar la hipótesis clásica: el panel central del «Jardín de las delicias» no fustiga en absoluto los excesos del pecado carnal. En primer lugar, prolonga plásticamente el panel izquierdo —siempre desde el punto de vista del espectador— que representa el Edén y está separado por una ruptura total del panel derecho en que figura el Infierno. Segunda prueba: los hijos de Adán se aman en el jardín con inocencia total, lejos de toda idea de pecado. No hay allí monstruos ni escenas abominables, y no encontramos luego en el infierno a esos amantes. Tercera: al pintar el Edén, el Bosco ha tenido cuidado en no representar la Caída, como hace en otras partes. Aquí sólo muestra el estado de inocencia primigenia.

Cuarta prueba: en el envés de este tríptico, el Bosco pintó el Universo en forma de esfera. Dentro de ella, en otra esfera más pequeña aparece Dios en su trono, con un libro en las rodillas. Es el símbolo del Verbo, de la voluntad de creación, plasmada por una cita bíblica. El retablo ilustra, en el centro, la realización de esa voluntad, por lo que no puede ser una vida de vicio. En cambio, lo que descubrió Fraenger sobre la doctrina del Libre Espíritu nos aclara que se trata, al contrario, del camino de la salvación a través del Arte de amar.

Acudiendo a la Biblia, al simbo-

Parte central del tríptico «El jardín de las delicias». Museo del Prado (Madrid).

lismo de los autores místicos de la Edad Media, iluminado por la moral de la Hermandad del Libre Espíritu, Fraenger demuestra que cada detalle del cuadro, lejos de ser producto de una imaginación desbordante, lleva una revelación secreta preñada de un sentido preciso, de forma tal que «El jardín de las delicias» es la ilustración de la doctrina del Libre Espíritu.

Jeroglíficos teológicos

La secta del Bosco se movía en un terreno sumamente peligroso. Por una parte, criticando a la Iglesia ortodoxa y a su implacable Inquisición; por otra, las sectas extremistas, enganadas por los ritos mágico-sexuales. A las dos ataca el Bosco en sus cuadros, encontrándose con limitaciones que justifican la oscuridad de su mensaje.

JERONIMO BOSCO

Esa voluntad deliberada de esoterismo de los trípticos es comprensible si tenemos en cuenta que sus jeroglíficos son en realidad criptogramas destinados a iniciados, e impenetrables para la gente que debía ignorar los secretos de la secta.

Hay también gerogíficos doctrinarios en los otros dos grandes trípticos bosquianos, «El carro de heno», y «Las tentaciones de San Antonio», que se encuentra en Lisboa. Pero al lado de estos cuadros llenos de alegorías, hay otros, como el «Retablo de la Epifanía» (Museo del Prado), o «El martirio de Santa Julia», de Venecia, en que el simbolismo es accesorio, y algunos, como «La pasión» y «La adoración de los Reyes Magos», del Prado, donde desaparece completamente. Los primeros esconden una crítica acerva de la Iglesia, siendo los otros temas de meditación y de incitación a la piedad.

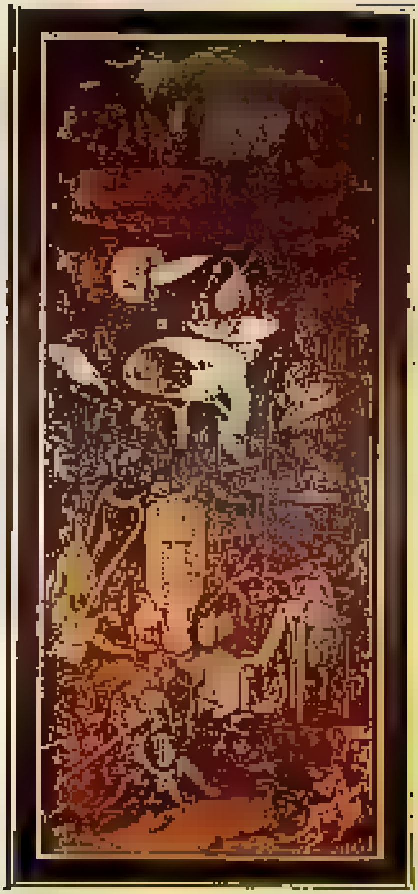
Señala Fraenger que el Bosco estaba obligado a servir a dos amos diferentes y antagónicos. Por una parte, no podía, sin desvelarse, rechazar los encargos de la Iglesia oficial, y por otra, utilizaba la forma tradicional del retablo para verter en él las ideas subversivas de su secta.

Pudiera acusarse al Bosco de carecer de convinciones personales, pero lo defiende Fraenger diciendo que es corriente, en estas épocas de transición como fue el final de la Edad Media, encontrar esa dualidad en las personas. Ciertos monjes ilustrados podían pertenecer a sectas radicales sin abandonar por ello el convento; y también algunos portavoces eclesiásticos perspicaces, partidarios de una reorganización profunda de la Iglesia, podían con la precaución de no provocar escándalos públicos, encargar un retablo a un pintor lo bastante audaz que no ocultara sus ideas reformistas.

Hallamos otro ejemplo de sátira contra la Iglesia en «El carro de heno», grandioso paráfrasis del profeta Isaías. En el lado izquierdo del panel central vemos a un mendigo tendido en el suelo, con la cabeza confortablemente reclinada en el regazo de una monja. Detrás del mendigo, de espaldas, se alza el profeta Isaías, con el brazo levantado semejante a un predicador en el desierto.

El profeta advierte a la cohorte de judíos que se aproximan sobre las vanidades de la carne y el castigo divino que les aguarda. Esta escena, a primera vista secundaria, da la clave de las intenciones del pintor: la monja aprieta a un recién nacido contra su seno. Por este detalle reconoce Fraenger a la profetisa de que nos habla la Biblia, cuando Isaías fue enviado por Jehová para asistir al

Laterales de «El jardín de las delicias». A la izquierda, el paraíso; a la derecha, el infierno.



«El carro de heno», también en el Museo del Prado. El panel central de este retablo es una alegoría de la vanidad de la vida terrenal.

nacimiento, tan lleno de consecuencias, del niño que esperaba:

> «Y me llegué a la profetisa, la cual concibió y dio a luz un hijo. Y me dijo Jehová: Ponle por nombre Maher-salal-hasbaz. Porque antes que el niño sepa decir: Padre mío y Madre mía, será quitada la riqueza de Damasco y los despojos de Samaria delante del rey de Asiria» (Isaías VIII, 3,4).

Este nombre de Maher-salal-hasbaz (esto es, *El despojo se apresura, la presa se precipita*) resume, según Fraenger el tono del cuadro. Las monjas y los frailes forman un gentío de prevaricadores codiciosos. Las monjas se pelean entre ellas por llevar los sacos de heno.

Un monje, de rostro graso y esférico, vigila el suyo, a la par que empina el codo y mira con falsa unción hacia las alturas. Otro monja trata de seducir a un músico por un puñado de heno. De esta forma el Bosco estigmatiza el ascetismo hipócrita, y a través de la profecía bíblica, condena la corrupción moral de los conventos.

Ultimo descubrimiento de Fraenger: el rostro enigmático que figura en la parte superior del panel debajo de un odre de gaita, del infierno, en el «Jardín de las delicias», no es su autorretrato, como se suponía hasta entonces, sino el retrato del judío converso Jacob van Almaigien, miembro de la secta del Libre Espíritu, padre espiritual del pintor, que le dictó la composición y el simbolismo de sus cuadros. ■ R. Ch.

DESOLADO

Claudio dice que ha entrado el terrá. El anciano mata las largas horas de soledad junto a la lumbre, que suple el calor de los hijos que se fueron. Claudio le llama terrá a la emigración. El aire del desierto, el aire del éxodo... El terrá es el viento malo que asola los pueblos de Andalucía. El terrá es el moderno decreto de expulsión que ha vuelto a dejar solos estos pueblos de la Serranía de Ronda, como Júzcar, entre Cartajima y Faraján.
Está lloviendo en Júzcar cuando Claudio dice que le va a contar al viajero curioso la historia del mal viento que sopla por las tierras del Sur y que ha arrasado hasta el fuego de su casa.

R VIENTO DEL SUR

ANTONIO RAMOS ESPEJO

ENTRE usted hombre [illegible] quedar ahí fuera... [illegible] en la [illegible] ¿[illegible]? Arrímese a la candela. La [illegible] estábamos esperando al señor. Y luego... para que... las criaturas están desesperadas. Como que [illegible] pagan a mí el [illegible] de la [illegible]. ¿Y qué voy a hacer? Pues [illegible]. Yo tenía una tierrecilla. [illegible] en el [illegible] ellos pudieron [illegible]. Y me [illegible]. Todos mis hijos se fueron a Francia. Y mi primera mujer, porque esta que ve usted aquí es la segunda, ya se había muerto. Y [illegible] solo tuve que buscarme [illegible]. ¿Le gusta el anís este [illegible] de [illegible] o el aguardiente este que la mujer le ha echado un [illegible] para que esté más suave? [illegible] más que tomar café de ese pucherillo que tiene usted delante... Así es que cuando [illegible] más remedio que [illegible] a un [illegible] de Ronda.

–Una mujer, ¡por Dios!, una mujer...

Y ya me proporcionaron esta mujer que es joya de mujer. Ellos tenían que buscar su vida. El mayor sigue en Francia. [illegible] a Júzcar [illegible] a Ronda. El de aquí se vino de Francia con el dinero que traía se hizo una casa y se quedó [illegible] que [illegible] Francia [illegible] que venir a Júzcar, porque está operado por dos veces y ya allí de esa manera no los quieren. Mi hijo mayor lleva en el extranjero más de doce años. Eso, doce años. El tiempo que llevo casado con esta mujer, que es de Ronda. Yo tengo ya setenta y siete. Setenta y siete, sí señor. Y no he parado de trabajar. Hombre, la vida [illegible] con un pedacito de tierra que ya se la di a mi hijo. [illegible]. Así es que vivimos con las cuatro mil pesetas que me dan por viejo y tres mil que mi hijo me paga por la tierra. ¿Qué al mes? Tres mil pesetas al año. [illegible] no se puede ir por ahí porque está rajado por dos veces. Y a mí me falta también un riñón... Yo estuve muy mal. Sí, señor, muy mal. El riñón me falta por [illegible] de trabajo. [illegible] usted. Nos pusimos a [illegible]. Era de [illegible] abajo [illegible] de Dios, [illegible] que me pilló una. Me quedé despiomado. Yo no hacía más que orinar sangre y aquí, lo que pasa, que ni médicos ni ná. Hasta que mi hijo, el que está en Francia, que le debo la vida... bueno, primero a Dios y después a él, me llevó al sanatorio de Ronda y luego en Málaga me operaron.

Beba, beba otra copita, hombre. ¿Le pongo ahora del más suave? Yo bebo poco; nada, como el otro que dice. Un poquito en la manzanilla. Sí, tenemos la botella porque nos la regaló mi hijo el de Ronda. Si nuestros medios ya los ve usted. Más que las cuatro mil... Y mi mujer con las piernas, que no puede ni *rascarse*. La vida está que no se puede. Como que anoche decía en el velatorio una hija de la difunta:

–Pues yo en Málaga compro el litro de aceite a ciento cincuenta pesetas.

Y yo le pregunto a usted: ¿puede ser eso verdad? La vida como está tan soberbia... ¿es posible? ¿Dónde vamos a parar? Porque el que tenga buena paga, bien..., pero, que la paga se la lleva el mundo este como se ha puesto. Mire usted, yo no tengo derecho a médico, yo no tengo derecho a medicinas... Las cuatro mil pesetas que me dan... ¿Usted se cree? Pues bueno, mi otra mujer, la que se murió, que era de campo, una mujer fuerte, de trabajo, preguntó dónde se arreglan los papeles para la paga.

–¿Qué derecho tiene mi marido?

Y le contestaron:

–Su marido no tiene ningún derecho.

Y ella, como era así, muy de campo, muy sana y viendo tantas injusticias, le dijo al hombre de la oficina pegando un portazo:

–Pues trabajaremos hasta morir.

Ella se había criado con su padre, en el campo, con las vacas y cuatro cochinillos, cabrillas, y esas cosas, sin pagas y sin miedo al trabajo. Luego ella, la pobre, se me puso muy mala, hasta que me quedé sin ella. Trabajó hasta morir. Y esa suerte es la mía.

–Niña, cierra la puerta que entra frío.

Arrímese usted a la candelita. ¡Qué viento!

–Niña, cierra el ventanillo.

En Júzcar parece que ha entrado el *terral*... viento ese del África. Ese viento tan malo. El *terral*... Eso parece que ha entrado en Júzcar. Con el *terral* este tan malo la gente se ha ido. ¡Qué remedio, las criaturas! Nos echan el *terral* este tan malo y tenemos que aguantar o aventarnos. Sí señor, el *terral*... Si yo serví en la guerra de Marruecos, en Larache, en Alcazarquivir..., con Alfonso XIII, el abuelo del Rey este que tenemos ahora. Y tengo dos heridas de guerra, una aquí y otra en semejante sitio, además de un gumiazo, que me dio un moro. Un tiro aquí y otro en semejante sitio. Y luego me dieron una medalla por la guerra de Franco. La medalla de oro de Cisneros. Sí señor, la medalla de oro de Cisneros.

–Niña, enciende la luz que este hombre pueda leer el título.

Sí, señor, la medalla de oro de Cisneros. Ya lee usted, ¿no? «A don Claudio Fernández y Fernández».

Pero, Franco no me pagó na. Me nos medallas y haberle dejado a este hombre siquiera... Es lo que me dice mucha gente y lo que digo yo. Porque cuando el follón bien que se acordaban de nosotros. Pero [illegible]. Ya se lo digo, con Alfonso XIII, con Franco, con el Rey este que tenemos ahora, que era nieto del otro. Y cuatro mil pesetas. Sí, señor, como le digo, cuatro mil pesetas. Sí señor.

–Niña, dale al mosquero.

Estas moscas están atolondrás. Me echaré una chispica de anís. Yo no puedo abusar. Con un riñón... No puedo beber, ni que me dé el frío.

Pero lo peor es el *terral* este que nos ha echado por aquí. El *terral* ese malo... Eso, filigranas es lo que tenemos que hacer. Porque con las cuatro mil pesetas que me dan tenemos que pagar mil novecientas setenta y cinco del sello de la mutualidad de mi mujer, para que a ella no le pase lo que a mí. Nos las tenemos que arreglar. La economía es muy grande. No se va al cine... Porque no lo hay y si lo hubiera sería peor, porque no podríamos ir. Antes, se cogían cuatro castañas y hasta le [illegible] a mi hijo, al que tiene la tierrecilla y me da tres mil pesetas. Pero, ¿usted se cree que yo me puedo tirar al suelo para coger una pulmonía? Pues, no. Pues, no quiero. Pues, no me da la gana. Mi mujer tiene los pies y las manos [illegible]. Cuando se moja en agua fría ya no puede ni andar. Y la [illegible] como la castaña, en ese tiempo malo, es agacharse. Se coge un frío que entra un dolor... Y luego, si enfermamos, como no tenemos ni médico, ni medicinas, ni ná... De las cuatro mil pesetas, sí, señor, de las cuatro mil pesetas sale todo.

VIENTO DEL SUR

—Quita las trébedes de ahí, niña, que le estorban.

¿No le estorban? Pues las dejamos ahí. La candela acompaña, ¿verdad usted? es lo que yo digo. Calienta y acompaña. La mujer dice que forma mucho humo y ensucia. Pero, si no tenemos la lumbre, usted me dirá. Trabajando para eso, sí señor. Desde que me parió mi madre he trabajado. Yo he estado hasta en Medina Sidonia. Trabajando para esto, sí señor. Desde chicos nos sacaban nuestros padres para llevarnos al Arahal, por la parte de Sevilla. De aquí salían bancos enteros. ¿Sabe lo que es un banco o una banquería? Una banquería aquí es una casa de familia. ¿De cuál le echo ahora, del que tiene una poquita azúcar? Está más suave. Yo, un buchito nada más, porque no puedo.

—Niña, saca unas galletitas, que le van bien al anís.

Como le decía, de chiquitos nos echaban fuera. Al Arahal íbamos treinta banquerías de Júzcar. Salíamos del pueblo a Ronda. Por Arriate, llegábamos a Alcalá para hacer noche. Íbamos andando con una burrilla para transportar las cuatro ropillas. Pagaba mi padre la fonda por la mañana y salíamos hacia Pruna, Morón, hasta El Arahal. Nos tirábamos allí dos meses de aceituna. Luego, nos veníamos otra vez al pueblo y nos íbamos por ahí a cavar viñas o a lo que fuera por diez reales o tres pesetas. Comíamos unas malas sopas, con una chispa de aceite que le echaban y si había una naranja, y pare usted de contar. Y también nos largábamos a la siega hasta Medina Sidonia, Arcos de la Frontera, Paterna, Jerez... Por cierto, que hoy ha escuchado mi mujer que han cometido un robo sacrílego en una iglesia de Jerez. ¡Vaya por Dios! En fin, trabajando desde chiquititos, sí señor. La primera vez que yo salí al Arahal me llevaban en los capachos de la burra. Aquello era... ¡Qué cosa más mala! Aquello era el *terra*. Nosotros siempre condenados al *terra*. Con este *terra* de ahora, las criaturas también se van. Aunque va de otra manera. Pero, claro, pa como está el mundo viene a ser igual. Nosotros íbamos andando y ahora los llevan en trenes o en autobuses. *Pal* caso es igual, el *terra*.

—¿Niña, ¿qué hora es?

¿La una y media? Ya no voy al entierro. No importa, si con el tiempecillo que hace... Beba, hombre, beba. Está usted en su casa. ¿Le gusta *atizarse*? Ya veo que se distrae con la lumbre. Da compaña la candela, sí señor. Casi lo que nos queda... ¿le gusta la cántara? Pues para trajinar con ella... No tenemos agua dentro. La tenemos que coger de la fuente. Antes íbamos a la fuente con la burrilla que teníamos, pero el animal, con veintisiete años que ya tenía, se me despeñó dos veces, y ahora vamos a la fuente con una carretilla. Estos pueblos son una lástima... Usted verá esa sierra grande, ¿no? Pues allí, en aquellos riscales, sembrábamos nosotros. En lo alto de los riscales. Donde encontrábamos un pedacito de tierra, así, como le estoy señalando, una tierra que se podía medir con mis manos, nosotros sembrábamos trigo. Y en cachos más chiquitos todavía. ¡Ya era querer la tierra, sí señor! ¡Ya era querer la tierra! Ahora, si no nos pagan la aceituna, ni el trigo... Pues las criaturas se han tenido que aventar a Francia. Mala desgracia es la nuestra. De Júzcar han perdido la vida por esos pueblos de Francia. A uno lo pilló una maquinaria y lo hizo una tortilla; a otro le pilló la pierna por semejante suto; a otro, donde está mi hijo... Las criaturas se han ido y encima han pasado lo suyo. No se crea usted que morirse por ahí también tiene...

Una desgracia muy grande la nuestra. Sufren los que se van y sufrimos los que nos quedamos. Usted se cree que yo... Estamos solos, muy solos. Ya se lo dije un día a mi hijo, el que está en Francia.

—¡Qué lástima, hijo, que se me va a pasar la vida...!

—Usted no se apure padre, cuando yo coja la retreta me vengo.

Pero le quedan casi diez años para la retreta, que le dicen los de ese pueblo que están afuera, a la jubilación, y yo tengo ya setenta y siete años. Setenta y siete, sí, señor. Cuando yo le digo estas cosas, la criatura me dice:

—Padre, ¿usted quiere de verdad que yo me venga a Júzcar?

¿Y cómo voy a querer yo que se venga? Si la criatura tiene allí su vida. Si su hermano está en Júzcar porque está *rajao* por dos veces y a los *rajaos* no los quieren en Francia...

—Echa una poquita candela, niña.

Sí, la leña es lo único que tenemos. El pueblo se queda solo y no tenemos más que candela para calentarnos. Porque el calor de los hijos... Y porque estamos en la sierra, porque en otros pueblos, ni leña ¿verdad usted? En muchos, ni leña. En Júzcar nos ha cogido de lleno el *terra*. El *terrá*, sí señor, el *terrá*. ■ A. R. E.

«Y yo, viudo y solo, tuve que buscarme calor.»

autobiografia

FERNANDO FERNAN GOMEZ

España, donde todo el mundo habla de sí mismo, es país de escasos autobiógrafos, muy parco en memorialistas. Se ha vivido, sin embargo, mucho en las últimas décadas, y la historia ha percutido con fuerza sobre todos nosotros. Poco espacio puede ofrecer una revista para el desarrollo de una autobiografía; pero nosotros creemos que con esa condensación se puede reflexionar sobre lo vivido, y sobre la circunstancia. Esta sección que comienza hoy tiene ese propósito.

EL OLVIDO Y LA MEMORIA

Fernando Fernán Gómez, actor y escritor. Protagonista en el escenario y en la pantalla, y protagonista de una vida de nuestro tiempo. En esta fotografía, intérprete de «A los hombres del futuro, yo, Betolt Brecht», que contenía un alegato contra el nazismo.

ALLA por los lejanísimos años de la posguerra de la primera guerra mundial, una muchacha madrileña, hija de una costurera y de un regente de imprenta, se colocó de mecanógrafa en una tienda, me parece que de máquinas de escribir, que había entre Tribunal y la glorieta de Bilbao. Por dicho establecimiento acertó a pasar el representante de la compañía teatral Guerrero-Díaz de Mendoza, quien, impresionado por la belleza y la buena planta de la muchacha, Carola se llamaba, le hizo una casi deshonesta proposición: que se dedicara al teatro, ingresando en la compañía de mayor prestigio, donde tendría como maestra de su nuevo oficio nada menos que a doña María Guerrero.

Carola, que ya estaba enamorada de Iván Mosjukin y de Rodolfo Valentino y que se partía de risa con las películas del cómico Sandalio —cuyo nombre aplicaba al dueño de la tienda, que le tiraba los tejos— vio el cielo abierto. O, mejor, creyó que el cielo había descendido a la tierra.

Precisamente allí, en el cielo, puso el grito el regente de imprenta cuando se enteró de que su hija quería dedicarse a un oficio tan lleno de peligros para una chica joven y guapa. Pero tomó partido a favor de ella la costurera, ya retirada y convertida en ama de casa, según exigían las costumbres de la época. Eran ambos de armas tomar, y, por lo que ha llegado a mis oídos, las tomaron y no exclusivamente dialécticas. No consta quién venció en la escaramuza, pero

el caso es que la madre y la hija se marcharon de casa, y Carola se dedicó a la escena.

En los primeros meses, doña Carola fue una madre de teatro y acompañó a su hija en una breve gira; pero al año siguiente la compañía debía hacer una gira más larga, por países más distantes, se iba nada menos que a América, y a doña María Guerrero no le parecía bien que las mamás de las actrices acompañasen a las niñas en la excursión. Hubo las pertinentes discusiones, habló con doña Carola el representante de la compañía, habló el mismísimo don Fernando Díaz de Mendoza, y la madre y la hija fueron convencidas supongo que la hija con poco esfuerzo, y Carola partió para las Américas, que habría de recorrer durante un año desde Méjico hasta Argentina, separada de su madre, confiada a la tutela de las personas serias de la compañía. Y, como es natural, nací.

Recuerdo haber leído no sé dónde que no se debe escribir sobre la propia infancia, porque la infancia de todos los hombres es la misma. Efectivamente, yo nací, como todo el mundo, en Lima. Pero no me registraron allí, sino que, como a todos los hombres, me sacaron del Perú casi de contrabando, porque la compañía continuaba su gira, y fui inscrito días después en Buenos Aires. Mi abuela, como las abuelas de todos los demás, tuvo que desplazarse –a sus sesenta años de costurera madrileña– a la ciudad del Plata para hacerse cargo del evento, ya que mi madre se había contratado en otra compañía trashumante y no sabía qué hacer con aquel regalo de la Providencia. Durante algunos meses, también como todos los niños, tuve un ama negra.

Aproximadamente nueve meses después, mi abuela me trasladó a España. Muchas veces me contó aquel viaje en barco, cómo un médico alemán le recomendó que me echara unas gotas de coñac en las papillas y me diera a comer muchas uvas peladas. Guardó siempre una gran admiración y un profundo respeto hacia aquel médico, porque me salvó la vida. –Yo pensaba: si se muere en el barco, le echarán al mar–, contaba después, llorando a las visitas–, operándome de no sé qué dolencia en el cuello o en la garganta. Años más tarde, al considerar mi comportamiento ante algunos empresarios y ante algunas mujeres, he pensado si aquel médico no me operaría de meningitis.

Los primeros años de mi vida transcurrieron en pensiones de cómicos y en casas de amigos. Recuerdo la de Paco, el sastre, en el Pasaje de la Alhambra, quizá la misma casa en la que anduvo dando el tiempo Sotera Lola, espejo oscuro; también la de Aurora, la separada del guardia civil, y la pensión Adame, en la calle de Carretas. En nuestro cuarto de esta pensión, pregunté una tarde:

–Abuela, ¿dónde está mi papá?

–En España –me contestó ella.

La respuesta no me pareció satisfactoria, pero yo a mis cuatro años ya sabía que los niños no debían preguntar demasiado. Y me quedé pensando en España, que para mí entonces era una gran superficie amarilla. Como aún no conocía la meseta castellana, es probable que aquella imagen la sacara de la contemplación de la bandera, a la que, en mi imaginación, había suprimido las dos franjas sangrientas.

Mi abuela me enseñaba a leer, me recortaba largas tiras de muñequitos de papel, me hacía cucuruchos que nos poníamos en los dedos, me duchaba con una regadera, me enseñaba a rezar, me llevaba a paseo desde la calle de Carretas hasta la plaza de Santa Ana, pasando por la calle de Cádiz, en la que compraba –o le regalaban– puntas de colines, y por el callejón del Gato, en el que nos mirábamos en los espejos deformantes. Otras veces, tirábamos para el otro lado, por la calle del Arenal, y nos íbamos por la mañana a Palacio, a ver la parada, que era como se llamaba popularmente al relevo de la guardia.

Para mí, mi abuela era la ternura, el calor, la compañía; mi madre, el misterio, la lejanía, la belleza. Jugaba yo en la plaza de Santa Ana con otros niños desconocidos, comía el bocadillo de carne –que no me gustó nunca, aún lo recuerdo– y después la naranja que mi abuela pelaba tan bien, sacando la cáscara entera como una larga serpentina. Y allí, por el fondo de la plaza, donde está aún Villa Rosa, doblando la esquina, se dibujaba una aparición sonriente, venía hacia mí llena de belleza. Era mi madre. Lo más bello que había en toda la plaza. Me traía besos, abrazos, un regalo, un juego de dominó con las fichas de chocolate, una caja de lápices de colores.

El peor recuerdo de mi infancia es el bachillerato, la aridez de los libros de texto, el terror que me inspiraban algunos profesores, el miedo a los exámenes. Me sentía un niño malvado, injusto, al no estudiar, al no pagar de alguna manera los sacrificios que por mí hacían aquellas dos mujeres. Así me lo reprochaba don Alejandro, el director del colegio. Pero estudiar era imposible, habiendo quioscos llenos de novelas, y condiscípulas tan guapas, y cines, y teniendo toda la calle para jugar.

Ese es, en cambio, mi mejor recuerdo: la calle, el día en que mi abuela, una mañana templada, con sol, me sacó a la calle, buscó un chico con la mirada, le llamó: ¿cómo te llamas?, Vicente, este es mi nieto Fernando, hala, a ver quién corre más. Nos dio sendos empujones, y se marchó a la compra. Vicente, el de la verdulería, fue mi primer amigo de la calle. Mi abuela acababa de hacerme

La calle de Álvarez de Castro en la época de la niñez de Fernando Fernán Gómez

En San Sebastián, con su madre, la actriz Carola Fernán Gómez: una belleza de su tiempo.

el mejor regalo de mi infancia y uno de los mejores que me han hecho nunca. La calle de Alvarez de Castro, con sus dobles filas de acacias frágiles, que hoy ya son robustas, con su suelo de tierra, que nosotros, los chicos de la calle, vimos asfaltar, esa calle con sus solares que se iban poblando, con su verbena del Carmen que se alzaba como un grito de alegría todos los veranos, esa calle que creció al mismo tiempo que yo, con sus golfos, con sus hijos de obreros, con sus hijos de empleados de la clase media, que era tan ancha, tan hermosa, tan tranquila, tan dispuesta para el juego, fue mi paraíso, y es hoy mi paraíso perdido.

Nueve años tenía cuando mi abuela me echó a correr en libertad, y había de tardar muy pocos meses en decidir lo que quería ser. Quería ser dos cosas: el niño actor Jackie Cooper y escritor de novelas de Salgari. Para conseguir lo primero me apunté en el Cuadro Artístico del colegio, en el que todos eran mayores que yo, pero me admitieron por ser hijo de actores y debuté con un papel de camarero en «El padrón municipal», de Vital Aza. Para ayudarme a lo segundo, me compraron una máquina de escribir Corona, portátil, y durante unos meses me dieron clases de mecanografía.

Aparte de las expansiones físicas de los juegos, el fútbol, el rescatado, la toña, pídola..., cuando paseábamos charlando o nos sentábamos alrededor del tronco de un árbol, los dos temas que nos apasionaban a los niños de entonces eran el sexo y la política. Al sexo no lo llamábamos el sexo, lo llamábamos «Las mujeres», pero era lo mismo. De política estábamos todos muy enterados, y fascismo, comunismo, Gil Robles, Prieto, Largo Caballero, Azaña, La CEDA, eran términos que manejábamos con gran soltura y conocimiento. La otra materia nos resultaba más misteriosa, y escuchábamos con gran atención las explicaciones de los que eran un poco mayores, que siempre acababan poniéndonos los dientes largos, valga el eufemismo. Por lo que a mí respecta, en cuanto a política, era liberal, anarquista, católico —éste era un concepto político— y un poco de derechas por parte de madre, aunque nunca conseguí ser monárquico como ella. Mi madre era monárquica porque, en los tiempos en que empezó en el teatro de la Princesa, Alfonso XIII solía ir a un palco a ver las representaciones. En cambio mi abuela se consideraba liberal porque de niña y de joven participó en varias algaradas, y socialista porque su marido tenía el mismo oficio que Pablo Iglesias y le había conocido. Aparte estos motivos circunstanciales, a mí las razones de mi abuela para protestar, siempre me parecieron más válidas que las de mi madre para estar conforme. El caso es que cada una tiraba para su lado y yo, a veces, me veía obligado a comportarme con cierta hipocresía. En algo tenía más claro el problema. Cuando andaba por los trece o catorce años, mi abuela insistía en su tendencia a vestirme de pobre y mi madre era partidaria de disfrazarme de chico rico. En esto, yo estaba con mi madre.

Y, como todos ustedes saben, estalló el glorioso alzamiento nacional y al día siguiente la revolución obrera. No creo que fuera por las discusiones que Vicente el de la verdulería, yo y los otros chicos manteníamos alrededor de los troncos de las acacias.

Los más despabilados se apresuraron a adquirir víveres para cinco o seis días, porque a lo mejor aquello se prolongaba. Se prolongó. El frío, el hambre, el miedo a los obuses de los nacionales, las noticias de los paseos, de las batallas, pronto fueron un componente cotidiano de nuestra vida. Y se les daba aún menos importancia de la que realmente tenían, porque lo cierto es que todas aquellas miserias, aquellos desastres que entonces creímos asumir como hechos sin trascendencia, nos marcarían para siempre.

A pesar de que los acontecimientos históricos dejaban en suspenso la vida del país, yo seguía creciendo, que en esto sí era igual a los demás niños, y aquellas dos mujeres discutían a veces sobre qué podían hacer conmigo. «Un oficio limpio», opinaba mi abuela. «Obrero, de ninguna manera», replicaba mi madre. «Cuando esto pase, que empiece una carrera». La más asequible nos parecía Derecho. A mí me gustaba mucho el modo de actuar de los abogados defensores en las películas americanas, y no tenía nada en contra de esa elección. Pero como en casa no había dinero para comprar lo poco que entonces se podía comprar, y además, era obligatorio trabajar, porque sin «carta de trabajo» no se podía circular por la calle, y ya que mi gran vocación era recitar versos y actuar en el Cuadro Artístico del

colegio, se decidió que en cuanto cumpliese los dieciséis años sacase el carné de actor que, al fin y al cabo, era para lo que había nacido. Hasta que llegase ese día, iría a estudiar declamación con Carmen Seco en una escuela de arte dramático que se acababa de organizar la CNT. Todavía andan por [illegible] años bastantes actores de los que allí [illegible]. A pesar del hambre, del frío y del miedo, lo pasábamos bien allí dando clases de declamación, ensayando funciones, charlando chicos y chicas todos unidos por una misma afición, aunque también hubiera los que acudían sólo por entretenimiento.

Como los actores jóvenes estaban todos en el frente, era fácil encontrar puesto en los teatros y pronto entré de comparsa en el Pavón, especializado en dramas políticos. Mi primera intervención como profesional consistió en levantarme de una butaca y alzar el puño. Inmediatamente pasé ya no como comparsa sino como actor, a una compañía de vodeviles que actuaba en el teatro Eslava. La primera vez que salí como profesional a un escenario no conseguí pronunciar ninguna de las dos frases en que consistía mi papel. Mi interlocutor, actor experimentado, cubrió las lagunas sin darle ninguna importancia [illegible]. A pesar [illegible] siguiente [illegible] pude hablar. Pero mi vocación de [illegible] días. El ambiente del teatro me parecía sórdido, lóbrego, mezquino, estúpida la comedia, necio el público [illegible] de mayores que yo. Estaba deseando [illegible] terminaran, para [illegible] a la escuela y encontrarme de nuevo [illegible] y charlar de teatro y de libros y recitar versos. Algo había chocado [illegible] algo que me hacía ver que aquello era casi lo [illegible] ni Wallace Beery, ni Spencer Tracy, ni Leslie Howard ni nada que se le pareciera.

[illegible] a la puerta de los teatros, causaban desperfectos y se suspendía la representación. En el [illegible] cuentemente le daban a la primera [illegible] si se producían antes de las seis de la tarde. Me despertaba todos los días pensando en esas dos posibilidades. A pesar de los buenos ratos que me ha proporcionado después mi trabajo de [illegible] de que la representación se suspendía y conseguir con eso [illegible] de inesperada libertad [illegible] no se ha borrado nunca de mi cabeza.

[illegible]

[illegible] parado. Guillermo Marín me colocó en otra compañía que se fue al garete. Empecé por tercer [illegible]

[illegible]

los actores españoles que estábamos viniendo al mundo en la posguerra. Gonzalo Delgrás, uno de los directores más prestigiosos del momento, me contrataba para hacer un personaje cómico de joven extranjero en «Cristina Guzmán, profesora de idiomas». Me preguntaron cuánto quería cobrar por aquellos tres meses de trabajo y dije que más de las trescientas pesetas que adeudaba. Me dieron bastantes pesetas más, un abrigo, un esmoquin y un traje gris a rayas; devolví a don Tirso las trescientas, comencé mi trabajo de actor cinematográfico y no me vestí de esqueleto.

A partir de entonces casi toda mi vida profesional ha estado trabada con mi vida con las mujeres, con lo que algunos llaman la vida sentimental. En todos los casos en que he podido elegir, he dado preferencia a esta última. Cuando alguna vez no lo he hecho, ha sido por error, por no haber caído a tiempo en la cuenta, y después me he arrepentido de ello, porque para mí los logros más importantes que se pueden alcanzar, los que pueden ser más auténticamente satisfactorios, están siempre en la vida íntima.

Se ha insistido bastante en que el amor es una enfermedad; para mí la enfermedad es el desamor, y eso que llamamos amor es el remedio, la medicina buscada, y para muchos inexplicable, que nos cure del desamor, del presentimiento de soledad inminente con que el hombre se ve a cada momento amenazado. «Ahí cuanto ellos pueden tener de hospitalario», dijo don Antonio, y nunca mejor expresado lo que algunos buscamos, por medio del amor, en la pareja, aunque al final acaben dándonos con la puerta del hospital en las narices.

En este conseguirlas y ser abandonado, en este múltiple intento de lograr la pareja, una pareja en la que haya algo más que compañía, que convivencia, que recuerdos y proyectos, ese algo más que llamamos amor y que roza las zonas del espíritu, sin que sepamos lo que son ninguna de las dos cosas, en este intento, digo, se me van a uno los años, trabajando, intentando trabar —contra el consejo de muchos— el amor con el trabajo, para que el trabajo no esté falto de amor.

Lo malo es que en ciertos casos, como el mío, cuando uno quiere lograr la pareja a fuerza de insistir en [illegible] que [illegible] gracia a fuerza de variar. Ese recelo, esa desconfianza, que se transforma poco a poco en tremenda agresividad, de muchas mujeres, capaces de originar de un día para otro los mayores

desastres, lo atribuyo a su supuesta indefensión, a su situación de inferioridad, que las lleva a defenderse violentamente, como a ciertos animalitos, de enemigos que no son tales. Y qué terrible facilidad la suya para abandonar la temerosa trinchera y lanzarse a la ofensiva sin cuartel.

Así, de destrozo en destrozo, de derrota en derrota, amable lector, ha ido transcurriendo mi vida sentimental. Así me vi abandonado por otro más guapo, o más viejo, o más alto, o por un guardiamarina, un portugués, un torero, un marqués, un homosexual, un señorito, un negro con ladillas, un francés, un venezolano, un italiano, un pastor... Quizá en mi caso esto ha ocurrido también porque en nuestro ambiente abundan las mujeres que cuando oyen hablar del amor libre toman el rábano por las hojas.

Desde muy pequeño he estado enamorado de Marlene Dietrich. Me creí el mito de una mujer cuyo atractivo era tan inconmensurable que destruía la vida de los hombres. Varias veces he comentado entre amigos que los años que me había tocado vivir eran decepcionantes en ese sentido, porque ya no existían aquellas mujeres fatales de entreguerras de las que nos hablaba la literatura, los periódicos, el cine. Hacia la mitad del camino de mi vida, una mujer bellísima y muy inteligente con la que había tenido escasos días de intimidad, estando sentados en un aguaducho de la Castellana, en un momento en que se creó entre los dos un silencio y yo dejé vagar mi mirada por las hojas de los árboles, por los coches que transitaban por la calzada, apoyó su mano en la mía y me dijo, mirándome con su mirada inolvidable:

—A ti no te te puede destruir, Fernando. Tú ya estás destruido.

En fin, decíamos que ya era actor cinematográfico. Pero actor cinematográfico español, que significaba y significa algo bastante distinto a lo que eran los americanos de la época dorada que tomábamos como ejemplo.

Durante bastantes años creí que en mi oficio, había triunfado muy pronto. Hacía ya tanto tiempo de «Balarrasa», de «Botón de ancla», era yo entonces tan jovencito... Pero un día me di cuenta de que desde que pisé el escenario de Eslava y no pude decir ninguna de las dos frases, hasta que la gente empezó a conocerme por la calle, aunque sin saber mi nombre —me llamaban Balarrasa o «el que se muere en Botón de ancla»—, habían pasado once años. Once años de personajes estúpidos, de películas casi siempre inocuas, de sueldos miserables, de hambre, de largas épocas de

En un Festival de Cannes: los tiempos de «Fuentina».

parada, de momentos —larguísimos momentos, momentos que no deben llamarse así— de desaliento, de desesperanza. Tenía suerte en mi trabajo, sobre todo si me comparaba con otros, pero a veces no las inmensas cantidades de suerte que en este oficio hacen falta para ser algo. Lo mismo que me ayudó Jardiel en el teatro, me ayudó Sáenz de Heredia en el cine. Con este último hice cuatro películas en muy pocos años. Era el director más importante de aquella época como en teatro era el más solicitado Jardiel. Eso fue mi suerte, porque si me hubieran admirado, intentando ayudar, otras personas menos situadas, mi carrera hubiera sido bien distinta.

Hace algunos años, a finales de la era franquista, cuando la mayoría de los españoles eran de izquierdas, quiero decir poco antes de descubrirse que la mayoría eran monárquicos de derechas, muchos periodistas me preguntaban agresivamente qué, dadas mis tendencias, cuál era mi opinión sobre aquel tiempo en que me había especializado en papeles de cura y de militar. Pues bien, pasé algunos años bastante deprimido por no tener aire castrense o aspecto clerical. Los mejores personajes que se repartían solían ser de aquella índole. Tenía la idea de que para alcanzar el éxito lo mejor era que le confiasen a uno un personaje cómico con ribetes de drama, que en una escena se emborrachase y al final se muriera. Si el personaje era cura o militar, miel sobre hojuelas, ya que la película ofrecía más garantías de éxito. Pero tal mezcolanza parecía imposible. Y me ofrecieron un papel de guardiamarina en «Botón de ancla», un personaje cómico que al final se moría. Llegó la popularidad. Y poco después, cosa de magia, me ofrecieron el personaje de un militar juerguista y borracho, alegre, divertido, que se metía a cura y al final también se moría: Balarrasa. Fue la consagración, dentro de lo que cabe.

Siempre he estado muy satisfecho, muy orgulloso, de haber interpretado aquellos papeles de curas y militares.

Al fin estaba colocado. Comencé a comer bien, a hacerme trajes caros, a vivir en hoteles de lujo, a ir por la noche a sitios cubiertos y con música y baile, que hasta entonces lo que hacíamos era pasear por las calles o, todo lo más, tomar café.

Como era rico, me ofrecía en plan de mecenas para el Premio Café Gijón de Novela Corta. Pagaría todos los años mil quinientas pesetas al autor premiado y sufragaría los gastos de la edición. Mi afición a las letras, mi vocación de ser escritor de novelas de Salgari no me había abandonado, aunque el pobre Salgari había quedado atrás y Rubén Darío, Azorín, Cervantes, Saroyan, Gómez de la Serna, los de la generación perdida, los socialistas de entreguerras y quién sabe cuántos más, le habían arrebatado la señal. Mi amigo y compañero de colegio Francisco Loredo, otorrinolaringólogo y poeta, al que tantos actores debemos gratitud, me había llevado años atrás a la tertulia literaria de José García Nieto, de la que nació «Garcilaso (juventud creadora)». Como nos daban envidia los del Nadal, de Barcelona, con sus votaciones a lo Goncourt y sus cenas, fundamos nosotros nuestro premio. Pero pronto García Nieto me aconsejó que lo dejara, ante las conspiraciones, los tejemanejes, los cabildeos que se montaban para presionar a los jurados. Dejamos aquello y continué siendo, como había sido hasta entonces, más bien un miembro oyente de la tertulia.

La aversión que concebí hacia el teatro al iniciarse mi trabajo como profesional, no era hacia el teatro en sí, sino al ambiente de los escenarios, a la representación cotidiana del mismo texto, a la frialdad del público de diario. Pero había una gran diferencia de calidad y de intención entre los textos teatrales que no había dejado de leer y los de las películas medias en las que actuaba. Tuve ocasión de satisfacer lo que aún me quedaba de vocación teatral dirigiendo durante algunos años con Francisco Tomás Comes —ahogado después en los mares de la burocra-

cia— el Teatro de Ensayo del Instituto de Cultura Italiano. Lo pasamos muy bien allí aficionados y profesionales ensayando gratis durante meses y meses para representarlas después un sólo día. Funciones de Maquiavelo, Pirandello, Casona, Valle Inclán, Betti, Fabbri... Era un trabajo marginal [illegible] que contaba como espectadores sólo con un pequeño grupo de académicos [illegible] que [illegible] los que [illegible] nos dedicábamos a él, nos produjo muchos momentos de alegría. También [illegible] primera [illegible] de [illegible] las del neorrealismo italiano, que tanta influencia habían de tener sobre el cine español de aquellos tiempos, sobre todo a través de Bardem y Berlanga.

Contra lo que pudiera parecer lógico y natural, parte de «Balarrasa» mi carrera cinematográfica cayó en [illegible] en un actor bien cotizado al que se le utilizaba para ponerle a la cabecera de los repartos de películas casi siempre mediocres porque con arreglo al sis[illegible]

A Franco le gustaba el cine; además se había creído el hombre aquello de Lenin de que «el cine es el arte de nuestro tiempo». De ahí que se hicieran en aquella época tantas películas, de las que la mayoría —a causa de la indomeñable picaresca española— se hacían para cubrir el expediente. Una buena parte de los insulsos protagonistas de aquellas películas de «estopa mascada», como decía [illegible] lanes de comedieta. Llegué en aquellos años a ser como galán el más feo, [illegible]

El desaliento que esa situación me producía fue una de las razones que [illegible] —con mis escasos ahorros— mis propias películas. Luego, como director, tuve también encargos de otras productoras. A pesar de que mi labor en este [illegible] de veinte películas en treinta años, y de que ninguna de mis películas ha [illegible] decepcionado de la experiencia. De algunos títulos «La vida por delante», «El mundo sigue» y «El extraño viaje» me encuentro incluso satisfecho, aunque la primera tardase ocho años en [illegible] de beneficios, la segunda no llegara a estrenarse jamás en Madrid y la tercera haya quedado como uno de los más claros exponentes del llamado «cine maldito». Pero he obtenido por ellas premios, elogios de críticos y de amigos, y eso es suficiente para satisfacer mi ya modesta vanidad.

En estos larguísimos años de deficiente trabajo como actor de cine, tuve la suerte de que llegaran a mis manos espléndidos textos teatrales. «Mi querido embustero» de Bernard Shaw, «La sonata a Kreutzer» de Tolstoi, «El pensamiento», de Andreiev, y poco después en un cambio radical de género —cosa que siempre me ha tentado— el humor de las comedias de Alonso Millán. Me entregué a ambas tareas con la misma dedicación y el mismo entusiasmo ya se tratara de interpretar la angustia del atormentado Tolstoi o la frivolidad del hedonista Alonso Millán, y ambas me proporcionaron la misma alegría cuando el resultado fue bueno.

En aquel tiempo al ministro de Información, que acababa de pedir diálogo, se le olvidó informarnos a unos cuantos de que no debíamos escribir una carta preguntándole si era cierto que en Asturias se torturaba a los mineros que protestaban. Nosotros escribimos la carta y al día siguiente casi toda la prensa del país se volcó contra los firmantes. A partir de ese momento yo era rojo. Mi madre, encargada de coleccionar mis recortes de prensa, estaba aterrorizada. Yo no sabía qué hacer para destruir antes de que ella lo viese el trabajo de tantos gacetilleros apresurados. Como resultado de aquello, en la Dirección General de Seguridad me pusieron mala nota y durante muchos años, tener en regla mi documentación, salir de España, regresar a ella fue un verdadero martirio. En Radio Nacional y en Televisión prohibieron mi nombre durante algunos años. Como consecuencia de esto tampoco se me podía contratar, hasta que tiempo después Armiñán consiguió que me levantaran el sambenito.

Se rumoreó que a los que habíamos firmado la carta, fuera el que fuera nuestro oficio, nos iba a resultar difícil encontrar trabajo. Recuerdo que entonces Emilio Romero me echó una mano encargándome la dirección de una comedia suya. En fin, todo esto que aún permanece en la memoria, algún día caerá en el olvido.

La década de los 70 fue mi mejor verano, un poco tardío, pues me llegó en pleno otoño. Un día, durante el trabajo, entre los árboles de la Casa de Campo, dentro de un coche de caballos, disfrazada de antigua, encontré a la compañera de mi vida. Era joven, hermosa, alegre, generosa. Le gustaba leer, quería trabajar en el cine, en el teatro, dirigir películas, escribir, cambiar el mundo. Quería ser libre, ser ella, y estaba sola y no quería estar sola. A partir de entonces, compartimos nuestros proyectos, confundimos nuestros recuerdos, trabajamos y esperamos juntos. Llenó la casa de risas, de bromas, de juegos, de amigos. Cuando ella podía tener de hospitalario, me lo entregó procurando, con su gran instinto, restañar viejas heridas, y, con minuciosa delicadeza, no abrir ninguna nueva.

Como si todo hubiera de cambiar con su aparición, mi trabajo mejoró súbitamente. Me ofrecieron estrenar «Un enemigo del pueblo» de Ibsen y, aunque es cierto que amparado en ciertas circunstancias políticas, obtuvimos un gran éxito de crítica y público. Jaime de Armiñán, Víctor Erice, Carlos Saura me solicitaron para actuar en «El amor del capitán Brando», «El espíritu de la colmena», «Ana y los lobos», películas que en la intención y en el logro nada tenían que ver con las que me habían ofrecido y yo había aceptado en la etapa anterior. Es cierto que no todo salía bien en ese espléndido verano —para que pudiésemos apreciar más lo bueno—: un drama isabelino «Los lunáticos», que preparamos con mucho amor aunque conscientes de sus dificultades, no le gustó a casi nadie y fue un fracaso económico; nuestra casa voló por los aires por una explosión de gas. Intercaladas con esas películas que he mencionado aquí haciendo algunas de las otras; pero también obtuve un premio en Nueva Delhi, otro en Praga y el de interpretación en Berlín por «El anacoreta» de Juan Estelrich. Sabiéndola a ella cerca, o lejos, otra en esta casa, o sintiéndola a mi lado, o aguardando que regresase de su trabajo, pero seguro de que había de llegar, escribí un drama «La coartada», que ganó un accésit en el «Lope de Vega», y luego, una comedia «Las bicicletas son para el verano» que obtuvo el premio. Y aunque a los autores agraciados no nos resulta fácil saber si el premio «Lope de Vega» es una gloria o un estigma, cuando a medianoche me comunicaron la noticia —ella cogió el teléfono; nunca había visto tanto gozo en su mirada— descorchamos una botella de champán, recorrimos la casa pasando a grandes zancadas, muertos de risa, saludándonos al cruzarnos, enhorabuena, enhorabuena, llenos los dos de la misma alegría.

Saco a colación esto de los premios aunque sea inmodestia —que lo es—, porque aunque todos sepamos lo que tienen de lotería, de trapicheo, lo

cierto es que contribuyen a aumentar la seguridad en uno mismo, que tanta falta hace en estos menesteres, y les hace sentirse orgullosos a los amigos, que tanto interesa conservar.

Y llegó el año 80 y con él la realización de un antiguo proyecto que había diferido en espera de tener la edad adecuada: interpretar «El alcalde de Zalamea», de Calderón.

Nunca pensé que el hacer una gira teatral, una gira larga, como la que llevé a cabo con dicha obra, pudiera ser algo tan duro, tan trabajoso, incluso tan miserable a ratos. Supongo que, por un factor puramente económico, vivía yo mejor que los demás cómicos, y, sin embargo, se me hacían insoportables la suciedad, el abandono de los camerinos —cuando los había— (recordaba la definición de Jardiel: «Entrada al escenario: catacumbas malolientes»), la inevitable improvisación de los montajes, la asfixiante temperatura de los escenarios, la lucha contra la amenaza de la amnesia repentina, las casi ciento cincuenta entrevistas para la prensa y la radio, necesariamente iguales, los inacabables viajes, miles y miles de kilómetros en avión, en coche, en tren, en autocar, las interminables horas de soledad en el hotel para eludir la pertinacia de los «admiradores» —casi siempre coleccionistas de autógrafos sin álbum, sin papel, sin bolígrafo, sin colección— que acechaban y atacaban en las calles, en las cafeterías, en los cines, en los monumentos, en el camerino, y que si en muchos casos eran agradables, correctos, educados, en otros hacían gala de su impertinencia, rayana a veces en la agresividad, llegando al insulto.

Todos estos esfuerzos, estos dolores, tenían también sus compensaciones. Una de ellas, la que nunca abandona a muchos actores, el misterioso placer de incorporar el personaje, de sentirse invadido por él, en los momentos en que eso se consigue. Es éste quizá el único oficio en el que la alienación puede llegar a producir felicidad. Otra de las compensaciones era la económica. Para mí, en este sentido, el año 80 estaba resultando de vacas gordas. En eso pensaba antes de salir a escena, con eso intentaba estimularme, me decía: «Animo, Fernando, que estás bastante bien pagado. Y tienes que cobrar unos atrasos de trabajos hechos el año pasado, y además te corresponden derechos de autor por haber adaptado la obra, y acabas de firmar una película para hacerla durante el último mes de gira, alternándola con las representaciones. Todo eso es mucho dinero, Fernando. Y faltan pocos meses para terminar la gira —pocas semanas, pocos días, pocas horas—. Y en cuanto llegues a Madrid, unos días de descanso, y luego podrás llevar a tu compañera a Venecia, ese proyecto tan excesivamente aplazado, y al volver, si tienes la suerte de que no os salga a ninguno de los dos otro trabajo y de que las cuentas te hayan salido bien, quizá podáis dar la vuelta al mundo, que a ella le gusta mucho viajar, porque lo de irse a vivir a un chalet en el campo, por bien que se te haya dado el año, no es posible. Cuanto más ganas tú, más caros ponen los chalés. (Hace tiempo caí en la cuenta de cuando me pagaban más por mi trabajo, no era porque hubiese subido mi cotización, sino porque había bajado la de la peseta.) De cualquier forma, Fernando, el dinero de este año es mucho dinero. No hay por qué quejarse». Así me motivaba para animarme a salir a escena, y no como recomienda Stanislawsky, lo confieso. Otra compensación era la ovación final cuando la sentía espontánea, prolongada. Eso siempre gusta. Y otra, quizá la más compensadora, la más entrañable, las cervezas y los whiskys y la charla y la cena apresurada con los compañeros de trabajo, ya fuera en restoranes aceptables o en los tugurios malolientes que nos tocaban a veces y que no había vuelto a pisar desde los años del hambre o desde los tiempos de golfería nocturna.

En el mes de septiembre alterné el trabajo en la película de Gutiérrez Aragón «Maravillas» con las representaciones de «El alcalde de Zalamea» en diversas ciudades.

Y, por fin, terminé la película y terminé la gira.

A la vuelta a Madrid, mi compañera me abandonó.

Aquí termina mi autobiografía.

A partir de ahora empieza la autobiografía de otro señor. Ojalá me lleve bien con él. ■ F. F. G.

En la actualidad.

Señal de un tiempo perdido

EL TEATRO VUELVE AL PASADO

IGNACIO DE LA VARA

ANACLETO se quería divorciar de su esposa en 1932; lo está volviendo a intentar en 1980. Anacleto –zafio, torpe, iletrado; pero no mala persona, evidentemente, porque el pueblo es sano: pero desgraciadamente susceptible de ser engañado– no solamente pretendía divorciarse de su santa esposa –tan limpia, tan decente: eso sí, un poco vieja– sino que también se alzaba contra su patrón. La República, además del divorcio, había producido los comités paritarios, los sindicatos, el derecho a la huelga, ciertas ideas respecto a un reparto distinto de la riqueza entre el capital y el trabajo. Pedro Muñoz Seca, antirrepublicano, de una derecha sin límites, y su colaborador Pérez Fernández, produjeron este personaje, en la comedia «Anacleto se divorcia», como una ridiculización de las nuevas leyes y de la situación social que comenzaba –difícilmente– a emerger. El estreno fue un éxito. Han pasado casi 50 años y la obra, con muy leves y exactos retoques de actualización, está llenando el Teatro Alcázar de Madrid. Es una de las mayores recaudaciones de taquilla. Comparte esta predilección del público con «Los habitantes de la casa deshabitada», de Jardiel Poncela, en el Infanta Isabel (1942), «Doña Rosita la soltera», de Lorca, en el María Guerrero (1935), «La velada en Benicarló», de Azaña (1937); y también, desde luego, con «La vieja señorita del paraíso», contemporánea, de Antonio Gala. Otras obras menores llevan público al teatro: «Homenaje», de Bernard Slade, o «Llámeme señora», interpretada aquélla por Arturo Fernández, ésta por Esperanza Roy. Hay motivos suficientes para decir que esta temporada teatral va bastante mejor que las anteriores.

El dato más curioso es el del regreso al pasado. En otras ocasiones, en otros países, e incluso en España, se ha hablado de la «moda retro». Pero no parece que aquí y ahora se trate exactamente de eso. Lo «retro» –que aparece en el vestido, en el mobiliario y el arte decorativo; florecen otra vez no sólo los anticuarios, sino los chamarileros, los almonedistas– supone una nostalgia de otra época; el descubrimiento de una elegancia perdida en lo que entonces era cotidiano y hasta vulgar. La busca de una solidez que ya no existe. Es, por una parte, una cuestión de gusto; por otra, una cierta protesta de la sociedad en que vivimos y especialmente del consumismo que nos devora día a día. Cuando antes se aspiraba a lo perdurable, a los objetos –y las ideas– que pudieran acompañarle a uno toda una vida, ahora se aspira a aquello que se pueda cambiar rápidamente por algo mejor, o simplemente con otra forma –muchas veces, disfrazando la misma técnica–. Lo «retro» es una protesta. El reconocimiento de que «todo tiempo pasado fue mejor», sin olvidar la parte de espejismo que tiene este movimiento psicológico; y la parte de proyección de que los que éramos mejores éramos nosotros mismos: un cuerpo joven, una mente con esperanzas, un sentido de futuro.

El movimiento retrospectivo de esta temporada teatral de Madrid –ya presente, o iniciado, en otras, con sus Arniches correspondientes– tiene un sentido diametralmente opuesto: el de la constatación de que todo sigue, sensiblemente, igual. O peor. Anacleto podía divorciarse en 1932 (partiendo de los supuestos delirantes de la caricatura de los autores), pero no puede hacerlo, todavía, en 1980. La clase de espectadores que protestaba contra la República en aquella fecha es la que protesta ahora contra la democracia; la que cree que el problema económico está referido a las exigencias de los trabajadores, y que los equivalentes modernos de los comités paritarios y los jurados mixtos conducen al país a la misma situación caótica; quizá a otra guerra civil. La guerra civil que relata Azaña en «La velada en Benicarló» –la adaptación escénica de Gabriel y Galán y José Luis Gómez no altera la esencia del pensamiento, ni siquiera el vocabulario, del lejano y presente autor– está contada con elementos de hoy: las autonomías –generalmente, como un tratamiento crítico–, el papel de las mujeres, los riesgos del extremismo, la posición de los militares, la evaluación del hombre y sus derechos, la negación de la violencia. No es sólo

Estreno de «Juan José» de Joaquín Dicenta, el 29 de octubre de 1895. En la página anterior, la misma escena del drama según la versión que ofreció recientemente Televisión Española en el programa «Encuentros con las letras».

esta obra, sino todo Azaña el que está siendo revaluado. Se venden bien sus libros, hay estudios, conferencias, coloquios, artículos. Todo con el valor de la aproximación. Es un hecho [illegible] sincrónico con otro regreso velocísimo, el de Ortega y Gasset. Tuvo, como Azaña, un doble rechazo: el de una derecha que le consideraba republicano, ateo y disolvente, y el de una izquierda que le catalogaba como enemigo de lo popular, negador del valor de las masas, deshumanizador y hasta precursor del fascismo.

Estas trazas de la sociedad de hoy en las sociedades anteriores nos están dando la señal de lo [illegible]. Aparecen en obras de menor valor político o sociológico. Es indudable que en «Doña Rosita» las mujeres —y los hombres que hacen todo lo posible por aproximarse al problema de la mujer en su soledad, a la dificultad de entrar por sí misma en la sociedad cuando no es de la mano de un hombre, el engaño, la trampa. Como es «Los habitantes» de Jardiel, podría verse, aunque hubiese que hacer un esfuerzo para ello, un señalamiento de la diferencia entre las apariencias y las realidades; y una parodia de un cine de terror y psicología torturada que es, también, una moda de hoy. La burla de [illegible] sigue siendo una burla de ahora. Hasta hace poco se estaba dando en el teatro Fígaro una obra que había sobrevivido a la temporada anterior: «La locura de don Juan», de Arniches. Una comedia de figurón. Un personaje especial para actor melodramático, capaz de graduar ciertos efectos: pasar del hombre bonachón, complaciente, incapaz de negar nada a su familia, al que finge una locura agresiva que le convierte en un autócrata. Pero también algo más mucho más: la pequeña filosofía de que la razón no basta, de que la bondad no medra, es precisa una dictadura, una imposición, una amenaza de castigo para restaurar el orden y la economía. Y, más directamente, el problema de la autoridad del padre de familia que consigue mejor la cohesión de la «célula primaria» e incluso [illegible] fuerte. Lo que veía Arniches en 1923 lo ha visto su espectador en 1980.

No falta en todo esto la colaboración de la televisión. Lejos ya de una memorable versión de «Rosas de otoño» de Benavente (1905) donde se explicaba que el hombre —burgués— tiene que tener ciertos desniveles en su fidelidad conyugal, pero que la mujer —burguesa— debe esperar a que le llegue el otoño y se enclaustre en el hogar donde ella reina, para poder dominarle y poseerle totalmente, se [illegible] cuentros con las letras»— a dar una versión de «Juan José», la obra maldita de Dicenta (1895). Había un gesto de incredulidad y asombro en el director del programa, Carlos Vélez, y en el programador dramático, Vicente Parra (sin relación con el actor del mismo nombre) al ver cómo los jóvenes cuadros de la crítica de la izquierda, Monleón y Bilbatúa, de quienes esperaban considerables elogios por su decisión, se alejaban con ironía y desdén de la obra que valió a Dicenta la irradiación, la persecución y el daño; y hasta el haber sido borrado de la lista de precursores del realismo en las historias de la literatura. Le reprochaban no haber tenido en cuenta el valor auténtico de la mujer, y haberla mantenido en la condición de «objeto»; consideraban que Dicenta no llegó a ser nunca el revolucionario que fue Hauptmann en «Los tejedores», sin intentar situar al alemán dentro del contexto de una sociedad infinitamente más evolucionada industrialmente que la española, y que su teatro llegaba inmediatamente después que el de la «Joven Alemania» (Grabbe, Büchner, Gutzkow) mientras Dicenta operaba en la España de Echegaray y en el contexto del obrero recluido en la taberna, entre vino y analfabetismo. No recordaban «Daniel», ya que Dicenta había llevado al escenario una huelga en el interior de una mina donde las fuerzas del orden descienden, con las [illegible], por el [illegible] (no es lógico que lo recuerden: no hay referencias de la «Historia del teatro español del siglo XX», de Ruiz Ramón; ni en la «Historia social de la literatura española» de Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas, Iris Zavala; se encuentran, en cambio, en la «Enciclopaedia Britannica»).

Incluso en una obra contemporánea como «La vieja señorita del Paraíso» de Antonio Gala —otro de los grandes éxitos de taquilla, vencedor, incluso, de una crítica generalmente adversa— se encuentra esta indecisa cabalgada [illegible] sobre el [illegible] bigüedad entre las formas de sociedad teóricamente pasadas y continuamente presentes: la persecución de la homosexualidad, el amor entre razas, el amor terreno del sacerdote. Aparte del atractivo del autor y de la interpretación, [illegible] representado valores importantes estas relaciones, que a los que [illegible] en una cierta vanguardia del comportamiento y tienen la posibilidad de una ruptura de las leyes sociales les parece anacrónico o arcaico, pero para muchas personas son cárceles reales, formas de persecución enteramente actuales.

¿Habrá que indicar otro salto atrás en [illegible] corto vuelo del gallo»? La obra de Jaime Salom (Teatro Espronceda, [illegible] Madrid) nos devuelve a la infancia [illegible], a la guerra de Franco, al dominio de Franco y a la familia de Franco. Más allá de los trazos biográficos está presente esta otra lucha entre el pensamiento liberal y [illegible] crático. Lucha de hoy.

T[illegible] estas obras de regreso al pasado, que están llevando al público al teatro que había desertado [illegible] un exceso de entusiasmo, indudablemente [illegible] podrían dividirse en dos grandes grupos: aquellas que encierran un pensamiento que podríamos llamar progresista, y las que, como [illegible] «... se divorcia» representan de una manera absoluta lo contrario. Esta división sirve [illegible] trar que el interés del público, como sociedad otra vez dividida, otra vez bipolarizada, está en los mismos temas de los distintos «entonces» y que esos «entonces» sobreviven. Señalemos una vez más la diferencia [illegible] sucede en otros países y con el fondo de la moda «retro»: lo que ha pasado aquí es que se ha congelado el desarrollo de la vida, y que los problemas que se estaban planteando en la época de la República, y aún antes, vuelven a ser problemas hoy después de años de ocultamiento. Son la señal de un tiempo perdido. ■ E. V.

Manual de Urbanidad

TU Y USTED

LUIS CARANDELL

NO acostumbran los tratadistas clásicos a estudiar en sus manuales la importantísima cuestión de a qué personas y en qué situaciones debe darse el tratamiento del tú o el usted. La razón es que para ellos estaba tan clara la regla que no era necesario insistir sobre ella. Sin que en España se hubiese llegado nunca al extremo de exigir que, como en Francia, se usara el usted incluso entre los esposos cuando se hallaban en público, ni se aplicara no sólo por los hijos a sus padres, sino también por los padres a sus hijos, se puede decir que la norma general era el uso del usted, quedando reservado el tú entre personas bien educadas a la intimidad más estricta.

Pero este nuestro siglo, que tantas cosas ha trastocado, ha querido dar un giro copernicano a las normas que rigen el tratamiento. Y no se sorprenda el lector si me rasgo las vestiduras ante lo que hoy se ve y se oye. Es tradición de los tratadistas de Urbanidad lamentarse de los malos modales del presente y poner como ejemplo el comedimiento del pasado.

¿Tú o Usted? En nuestros días, viendo la disipación de las costumbres, se puede llegar a pensar que el tratamiento de tú sea el de respeto mientras el de usted quede confinado al trato con los inferiores o usado como arma arrojadiza contra enemigos o adversarios. De manera que puede afirmarse que el tú es hoy el tratamiento general y el usted se circunscribe sólo a determinadas personas o se usa en situaciones especiales.

Un estudio acerca de la generalización del tuteo en la sociedad española debería comenzar por analizar los posibles orígenes de esta costumbre. Y se puede decir que en España ha llovido en esto varias veces sobre mojado. El tú que hoy oímos emplear tan comúnmente como antes se usaba el usted tiene tres diferentes procedencias. Hay un tú de extracción democrática que tiene su origen en el popular tuteo de las clases que normalmente eran consideradas irredentas por los Manuales de Urbanidad clásica. Hay otro tú de origen aristocrático que en un intento guapeante y a veces zarzuelero de aproximación al pueblo permite hacer compatible la respetabilidad con el hecho de apearle al prójimo el tratamiento. Y a estos dos tuteos se añade el derivado de una cortesía que comenzó siendo de saludo brazo en alto con tuteo «a la romana» y hoy permite seguir tuteando a los herederos de las antiguas «jerarquías».

Así, por decirlo en términos políticos, republicanos, socialistas, monárquicos y falangistas han aportado su grano de arena al universal tuteo español de hoy, sin parangón en las naciones europeas. La clase media, protagonista y destinataria de los manuales de Urbanidad ha recibido estas tres herencias. Y, en resumidas cuentas, hoy, en amplios círculos sociales, puede resultar de pésima educación llamar o empeñarse en llamar de usted a una señora de setenta años, tras la generalizada advertencia de «me haces más vieja de lo que soy». O puede representar, para un ministro, un verdadero desaire que alguien no acepte su magnánima concesión del tuteo.

Entre los diplomáticos, se recurre a fórmulas de origen jerárquico por las que los miembros «de carrera» de una embajada llaman a su jefe con el título de «señor embajador», pero de tú. Llamarle «embajador» a secas es prueba de especial confianza. Pero utilizar con él el usted no añadiría prueba alguna de respeto. Entre los altos funcionarios de los ministerios se ha generalizado igualmente combinar el «ministro» con el «tú». Mientras tanto, el corresponsal de Prensa que habla con el embajador puede perfectamente llamarle por su nombre de pila y los periodistas que trabajan en el Congreso o en el Senado se han acostumbrado a tutear a los personajes que deambulan por estos palacios.

La regla es hoy general, aunque no universal. Tan respetuoso puede ser el tratamiento que se confiere a Fernández Ordóñez, a quien se llama invariablemente Paco, como el que insiste a llamar «señor Fraga» o «Don Manuel» al líder aliancista. El presidente del Gobierno gusta de ser llamado Adolfo por los periodistas o, cuando esto puede resultar excesivo, «presidente» y de tú en conversaciones de pasillo. A Felipe le tutea toda España menos el señor Tierno Galván, que le llama González y de usted.

La conferencia de Prensa exige el usted sin excepción. Y en la Cámara, los parlamentarios se han apeado en buena medida el tratamiento de «su señoría» y se dan el usted en los debates. Cuando salen al pasillo o van al bar, el tú se universaliza como por ensalmo, incluso entre los políticos jóvenes y los de edad. En una costumbre paralela a ésta de cambiar el tratamiento en horas de trabajo, los dueños de algunas cafeterías obligan a sus empleados a llamarse entre sí de usted durante la jornada laboral, quedando libres para el general tuteo a su salida del trabajo.

Hoy no se encontraría apenas un hijo que diese a su padre o madre el usted y menos quien les llamara «señor» o «señora» como antes se solía hacer, bien que los antropólogos podrían aún ilustrar en apartados pueblos la pervivencia de tan respetuosos tratamientos. Desde la hirsuta entrada de «penenes» en la enseñanza, se ha generalizado también el tuteo entre profesores y alumnos, incluso cuando estos alumnos no han traspasado aún o acaban de traspasar la divisoria entre EGB y BUP. Desde que los curas «modernos» tuvieron la ocurrencia de arremangarse la sotana para jugar al fútbol con los muchachos, al cura se le llama hoy de tú sin que esto signifique una demostración de falta de respeto. En la Prensa, en las profesiones liberales que hoy

LO QUE DEBE SER

LO QUE NO DEBE SER

los curas ejercen además de la suya, en las comunidades cristianas el tuteo está garantizado.

Dentro de cada profesión o estamento social reina universalmente el tú en las relaciones interpersonales. Ni siquiera profesiones muy jerarquizadas son excepción en esto. Entre los militares, por ejemplo, sólo las diferencias entre oficiales y jefes por un lado y suboficiales por otro puede hacer imposible el tú entre ambas clases. Fuera de servicio, el tú es posible entre las distintas graduaciones sin implicar desdoro ni falta de respeto. Entre los miembros de la clase médica «comunicativos» aparte se ha generalizado de tal modo el tuteo que ha llegado a saltar incluso la barrera de los enfermeros y otros auxiliares. No se concibe apenas que dos abogados se llamen de usted, salvo por costumbre de antigua urbanidad.

En la Prensa, no sólo es general el abandono del usted, sino que este tratamiento es ya impensable y sería incluso considerado descortés. Hay veces que el usted puede ser ofensivo por discriminatorio teniendo en cuenta el imperio del tú. Me contaron, por ejemplo, la anécdota de que, en una compañía de actores, la única persona a quien se llamaba de usted era a un actor principiante, unos días después de incorporarse a la compañía rogó a los demás que no le hicieran objeto de aquel trato.

Hoy el usted queda reservado en la práctica a algunas personas de edad que no se han dado cuenta de lo mucho que en España «rejuvenece» el tuteamiento, a los extranjeros que se sorprenden de ser tuteados y a los desconocidos con quienes uno habla en la calle. Por lo demás, el tratamiento de Usted se reserva a los inferiores o a los superiores «a la antigua». Y esto tiene también excepciones. Entre los más jóvenes se emplea siempre y en cualquier situación el tú. Y los jóvenes más independizados de la vieja urbanidad tutean a todo el mundo o eluden el empleo del tratamiento. Hay tiendas, especializadas en moda joven o regalos «in», donde los empleados tratan de tú a todo el que entra, sea de la edad que sea. Es el «sello» de la casa. Llamar de tú al camarero es una costumbre de señorito, pero hoy no es raro ver al camarero tratando de tú al cliente.

Hoy ya se tutea hasta al vecino con quien se encuentra uno en el ascensor. Hoy el obrero tutea al capataz, el capataz al ingeniero, el empleado al patrón, la secretaria al jefe, el discípulo al anciano maestro, la mujer al hombre, cualquiera que sea su edad, el hombre a la mujer, cualquiera que sea su condición. Aún quedan muchos españoles que no saben qué es el tú, y no el usted, lo que se estila; que no tienen ni pueden tener acceso al tratamiento que, hoy, al revés de lo que antes sucedía, enaltece en vez de humillar a las personas. Son la reserva municipal de la vieja Urbanidad estos que aún no saben hasta qué punto puede ser insultante el usted y para sí lo reclaman.

He conocido a un gerente de empresa periodística que se disgustó gravemente con un colaborador porque éste le escribió en una ocasión una carta llamándole de usted. ¡Le hizo retirar la colaboración! Si antes pudo ser insultante el tuteo y aún se les aplicaba a veces despreciativamente a los delincuentes, hoy es el «usted» intencionado el mayor de los improperios.

¡Qué cierta está del tú y el usted, con las tres variantes del tuteo democrático, monárquico e imperial que se entrecruzan caprichosamente formando el complicado trabalenguas de los tratamientos! Y tan universal se ha hecho esa suerte de tuteos que empieza a haber ya entre nosotros personas nostálgicas del usted. Entre los periodistas de las Cortes, por ejemplo, hay quienes propugnan crear un «club del usted» para independizar a la Prensa de las servidumbres de una excesiva confianza por parte de los políticos.

Y en las relaciones personales, hay exquisitos que están ya de vuelta y que, golosos de la Urbanidad, empiezan a recomendar el uso del usted para la amistad, para el inicio de una relación sentimental. Tal como están las cosas «oh tempora, oh costumbres», el usted ¡puede llegar a ser tan íntimo! ■ L. C.

GUARDA buena postura y saluda respetuosamente a todos los que los visitan

ALGUNAS INDAGACIONES SOBRE LAS HISTORIAS DE POLICIAS Y LADRONES EN LA LITERATURA ESPAÑOLA Y COMO TRATAR DE INTERPRETAR SUS HUELLAS

R. MUÑOZ SUAY

ENCONTRAR huellas de literatura policíaca o detectivesca en la literatura española es como iniciar un peregrinaje arqueológico en el que siempre la esperanza de encontrar fragmentos significa por lo demás la posibilidad de que a fuerza de trozos recompongamos una *cultura* lo más completa posible. En espera de conseguir un trabajo más amplio, atengámonos a lo que conocemos, pero vayan por delante tres consideraciones previas.

La primera nace de la calificación y los límites del género, cuya última consecuencia es la de preguntarnos hasta qué punto una determinada novela puede considerarse como policíaca (1). La segunda consideración es confesar que cada vez estamos más convencidos de que el género policíaco y la *novela negra* son dos exponentes exclusivos de las literaturas anglosajonas y, en todos los demás países, y en líneas generales, los ejemplos parten de ese tronco común anglosajón, siendo calcos en muchos casos, modificaciones *nacionales* en otros o resultados que al analizarlos nos llevarían a investigaciones sobre la tradición de la novela de intriga en las civilizaciones orientales y sus trasvases al Occidente. La tercera consideración es para recordar el problema del huevo o la gallina en cuanto a sus orígenes, pues la novela popular tiene una tradición de siglos y no menos arcaica que la de los relatos de intriga, si bien una u otra van evolucionando, transformándose y mezclándose finalmente.

A nuestro juicio las «influencias» modernas a las que hay que llegar para configurar la novela policíaca «a la española» tienen durante años una constante: esa de la tradición de la novela popular o de folletín cuya importancia en el siglo XIX alcanza su máximo punto. Es a partir, más o menos, de los años 30 de nuestro siglo cuando la novela policíaca anglosajona invade los mercados españoles

y es en los años 40 cuando la influencia comienza a dar algunos frutos indígenas. Sin embargo, es en nuestra década del 60 cuando, como veremos al final, otra influencia directa, la de «la novela negra», logra unos productos estimables y, en cierta medida, originales. Pero eso es ya otra historia que, como no, y tras el «franquismo puro», se engarza con las exigencias testimoniales.

En un esquema funcional y sin matizar mucho, podemos afirmar que la novela policíaca tal como hoy la conocemos deriva de la novela popular que en su desarrollo genera diversas corrientes (la «novela rosa» es una de ellas, por ejemplo), una de las cuales aborda crímenes, causas judiciales, etc., y se transforma por el influjo de la otra presión (la que nace con Poe y se intelectualiza) en la novela de intriga, policíaca y, en cierto modo, en la «novela negra».

A España llega la novela popular moderna traducida del francés, aunque los argumentos sean asimismo de otros países. Y esa novela popular del siglo XIX deviene «populista» (folletones, narraciones de crímenes famosos, historias que se van perfilando como de policías y ladrones, etc.). Algunos escritores cultos ya se inquietaron por la aceptación popular entre nosotros de ese género y así Larra (2) se pregunta indignado: «¿Será el público el que compra la «Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas» y las poesías de Salas, o el que deja en las librerías las vidas de los españoles célebres y la traducción de la Ilíada». Pero otro intelectual, este un siglo más tarde y mientras vive su interminable cautiverio, dedica horas a analizar la «letteratura popolare» y escribe que «nada impide teóricamente el que pueda existir una literatura popular artística, el ejemplo más evidente es el éxito «popular» de los grandes novelistas rusos, incluso hoy. Pero no existe, de hecho, ni una popularidad de la literatura artística ni una producción lugareña de literatura «popular» porque falta una identidad de concepción del mundo entre «escritores» y «pueblo». O sea, que los sentimientos populares no son vividos como propios por los escritores, ni los escritores tienen una función «educadora nacional», no se han planteado ni se plantean el problema de laborar los sentimientos populares después de haberlos revivido y hecho propios (3). Las novelas populares en Francia se multiplican en el siglo pasado, pues además de las anónimas una serie de escritores reconocidos publican innumerables obras en las que de forma más o menos directa se van configurando las

(1) No está de más citar a Karl Popper: «pero importa el número de cisnes blancos que hayamos podido observar: ello no justifica la conclusión de que todos los cisnes son blancos». («La lógica de la investigación científica». Madrid. «Tecnos», 1965). Y aprovechamos este inciso para salir al paso sobre la justeza o no de la denominación, con Todorov, que dice: «toda la literatura de masa (novelas policiales, folletines, ciencia ficción, etc.) debería exigir la noción del género, que sería inaplicable a los textos específicamente literarios». («Introducción a la literatura fantástica». Buenos Aires, «Tiempo Contemporáneo», 1972).

(2) M. J. de Larra: «El pobrecito hablador». (Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1979. Página 20 de la edición facsímil).

(3) A. Gramsci: «Letteratura e vita nazionale». (Ed. Einaudi. Turín, 1952. Página 103).

narraciones de intriga. Eugenio Sué, Xavier de Montepin, Paul Féval, Ponson de Terrail, etc. Parten casi todos de un antecedente significativo, François Eugène Vidocq, que de presidiario llega a ser jefe de policía y cuyas «memorias» (1828-29) logran convertirse en un «best-seller» de aquella época. Es más, ese personaje real sirve de modelo a Eugène Sué y a tantos otros, incluso a Victor Hugo, que en «Los miserables» reelabora literariamente el folletín populista. Y es precisamente el éxito editorial de «los misterios», («Los misterios de París», de Sué, y los de Londres, de Féval) lo que permite la difusión en España de un libro sintomático «La Policía y sus misterios» (4), que se publica entre nosotros ampliado con nuevos capítulos escritos por «Don Francisco Luque de la Peña, abogado de los tribunales del Reino» y dedicados a conocidos crímenes cometidos en Madrid y en Barcelona, descritos en forma novelesca que ya configura una literatura de intriga y deducción. Literatura que a caballo de los dos siglos prolifera en España, abundando colecciones del género, más elaboradas que la literatura «de cordel» y de cartelones de feria de esa época (5). Sin embargo, esta corriente en Francia se enriquece con algunas obras notables como «Un asunto tenebroso» (Balzac, 1841) y con Emile Gaboriau (ya este en la incipiente versión del «roman enquête») entre otros. En Gran Bretaña son Dickens y Collins, etc., los impulsores, pero entre nosotros hay que «rescatar» a una novela pobretona y nada imaginativa como es «El clavo» de P. A. de Alarcón (1853). Pues si bien en España la novela popular criminal extranjera tiene mucha aceptación, nuestros autores no se deciden a escribir argumentos del género y ni, por otra parte, destacan escritores especializados. ¿Se debe la popularidad del género venido de Francia a las mismas causas apuntadas por Gramsci y referidas a Italia? (6). Ya este hecho presagia la posterior carencia de novelas españolas propiamente policíacas, género «inventado» por Poe y que como dice Borges (7) al crearse el personaje Augusto Dupin se inventa «el primer detective de la historia de la literatura» y sobre todo «el hecho de un misterio descubierto por obra de la inteligencia, por una operación intelectual». Los autores españoles ni son atraídos por la novela popular, ni menos todavía por la policíaca que parte de Poe y que se despega de toda la tradición realista, porque Poe «no quería que el género policial fuera un género realista, quería que fuera un género intelectual, un género fantástico si ustedes quieren, pero un género fantástico de la inteligencia, no de la imaginación solamente» (Borges, obra citada). Y nuestros novelistas, salvo algunas excepciones, no destacan precisamente por su imaginación ni por sus preocupaciones intelectuales.

Ya a fines del siglo XIX y en los inicios del XX, la novela policíaca, sobre todo y muy por encima la

anglosajona, se populariza mundialmente. Entre nuestros novelistas naturalistas y como un poso populista todavía encontramos tibios argumentos de intriga (en la Pardo Bazán, en «Víctor Catalá» —según Pla—, en ese Galdós cronista de crímenes, como también lo fue más tarde Gide, aunque en este último [illegible] su posterior admiración por la «novela negra».)

[illegible] pura arqueología. Como las referidas a [illegible] de novelas «galantes» en las que aparecen relatos de crímenes pasionales y de intrigas eróticas. Y eso que en esos años los *detectives* ya son famosos, así como sus correspondientes ladrones (Arsenio Lupin, Raffles, Sherlock Holmes —que nace en 1887—, Fantomas, Rouletabille, etc.). Es en la década de los 30 cuando las novelas policíacas «ortodoxas» logran una gran difusión en España. Edgard Wallace, S. A. Van Dine son los escritores más populares, pero también Chesterton consigue una aceptación más elitista y otros como Agatha Christie, Ellery Queen, Leslie Charteris inician su popularidad entre nosotros. [illegible] Hammett se publica en Madrid en 1933 («El halcón del Rey de España», edición «Dédalo»). Pero no surge ningún escritor del género. Paradójicamente es en la postguerra civil cuando aparecen las novelas policíacas españolas, aunque su presencia desde el punto de vista de la creación es modesta, no así el eco popular que [illegible].

En esos años de dureza franquista y de dificultades económicas populares, muchos escritores y periodistas, republicanos en su mayoría, no tienen otro remedio (por necesidades económicas o por represalias políticas) que nutrir las colecciones populares semanales de «novelitas» policíacas, todas o casi todas escenificadas en Norteamérica. Eduardo Guzmán («Edwards Goodman»), Arnaldo Visconti, Jordi [illegible], Carlos Clarimón («Red Lowel»), Alfonso Manzanares («Alf Manz»), etc., destacan en ese período. Entre estos autores sobresale José Mallorquí que, aunque famoso por «El Coyote», también escribió muchas novelas policíacas, siendo la primera «El primer fracaso del comisario Martínez», que no pudo publicar en 1947 porque no gustó y que transformada en una historia norteamericana y firmada con el pseudónimo «Sherman Kyles» alcanza más tarde cierta notoriedad. (Mallorquí, como tantos otros, inició sus actividades como traductor de novelas policíacas, en especial para la célebre «Editorial Molino», especializada antes y después de nuestra guerra en el género.)

Años más tarde y no ajena la difusión de las «novelitas» de gángsters y *detectives*, de la proliferación de traducciones y, sobre todo, gracias a la popularidad de Simenon, que durante esos años franquistas era autor de moda y nada conflictivo para la

(4) [illegible] Barcelona, 1887. Dos volúmenes [illegible] La parte ampliada, española, comprende los capítulos [illegible] a 106.

(5) [illegible]

[illegible] Marina.

(6) «La clase culta», con su actividad intelectual está separada del pueblo-nación, no porque el pueblo-nación [illegible] página 108).

(7) J. L. Borges: «El cuento policial», páginas 71 y ss. de «Borges Oral». Ed. Bruguera. Barcelona, [illegible]

HISTORIAS DE POLICIAS Y LADRONES

censura (8), algunos escritores como [illegible] catalán («Joc Brut» y «Mossegar-se la cua») se destacan por la recreación [illegible] novelista belga-francés, pero incluso [illegible]

[illegible] que hacía todavía más difícil ese género entre nosotros. Las novelas de [illegible] nos escritores como Noel Clarasó, los hermanos Baylos, Jorge Campos, Santiago Loren, Darío Fernández Flórez, [illegible] etcétera), pese a que el modelo se desenvolvía en un lenguaje ñoño y en [illegible]

[illegible] aparecen dos novelas destacables, es- [illegible] llenas de fuerza y violencia [illegible] despegan del tema («Alone del foc», 1971 y «De mica en mica s'omple la pica», 1972). Y por esa misma época otros autores apreciados publican algunas novelas que tangencialmente pueden considerarse como influidas por el género Alfonso Grosso («La buena muerte» y más reciente «Los invitados») Gonzalo Suárez, que en muchas narraciones utiliza la técnica del relato policíaco y cuya «De cuerpo presente» parodia la novela negra, aunque su preocupación radica más en el absurdo Faustino González Aller va en nuestros días y más limitado a la coyuntura histórica y el reportaje («Operación Guernika»), etc.

Y sin embargo, a juicio nuestro Eduardo Mendoza es el escritor más original en esta fase Su estupenda novela «La verdad sobre el caso Savolta» es el resultado de una fusión de la narrativa policíaca con la exposición del contexto histórico de la Barcelona agitada por los conflictos obreros en la segunda década de nuestro siglo. En su segunda novela, «El misterio de la cripta embrujada» todavía pervive la atracción por los antecedentes narrativos pero confundidos en forma de pastiche poco que imprime sarcasmo literario pero que se aleja de la dinámica de la intriga. En cierta forma Mendoza (su primera novela es de 1975) forma parte del florecimiento de un género nuevo en España, el de la novela negra «a la española»

Con vocación y necesidad testimoniales de la España real contemporánea aparece Manuel Vázquez Montalbán, que inicia con titubeos en 1972 la andadura del «privado» Pepe Carvalho («Yo maté a Kennedy») y que en 1974 con «Tatuaje» se entronca en muchos sentidos con la tradición norteamericana. No es mera casualidad el que sea precisamente Vázquez Montalbán el iniciador de un ciclo que puede suponer un enriquecimiento de la narrativa española. Sus fuentes literarias (Hammett y Chandler), su inquietud crítico-política y su gran experiencia periodística, configuran la bondad de sus novelas (con las ya citadas, estas otras dos, «La soledad del mánager» y «Los mares del Sur»). Vázquez Montalbán siente la necesidad de manejar el relato policíaco como testimonio de unos hechos transformados en tramas policíacas cuyos soportes se encuentran en la novela negra norteamericana, de la que se separa —y juzgo este hecho como un defecto— por el distanciamiento que imprime a sus relatos la sorna autocrítica, residuo vergonzante [illegible] buen escritor «empeñado» y autodefensa ante la crítica bien pensante. Pero Vázquez Montalbán, pese a ello, describe la violencia de una sociedad semidesarrollada y semi-industrial que [illegible] pciones [illegible] en la que se dan la mano los navajeros y los [illegible]

[illegible] Manuel Vázquez Montalbán han aparecido [illegible] propo[illegible] Jorge Martín Reverte publica «Demasiado para Gálvez» (1979), e Isaac [illegible] has obras se incide en la denuncia no sólo revestida de novela policíaca, sino [illegible] del género. Es evidente que Vázquez [illegible]

[illegible] «pira su intriga hacia los límites que el conocimiento [illegible] ricos orígenes del género lo que se está tratando es un retrato de las covachuelas de la sociedad urbana» (11)

Tal vez estemos en ese momento en [illegible] otra parte por la carencia [illegible] novelística contemporánea y directa [illegible] como en otros papeles hemos escrito (12), las nov[illegible] españolas del género [illegible]

■ [illegible]

---

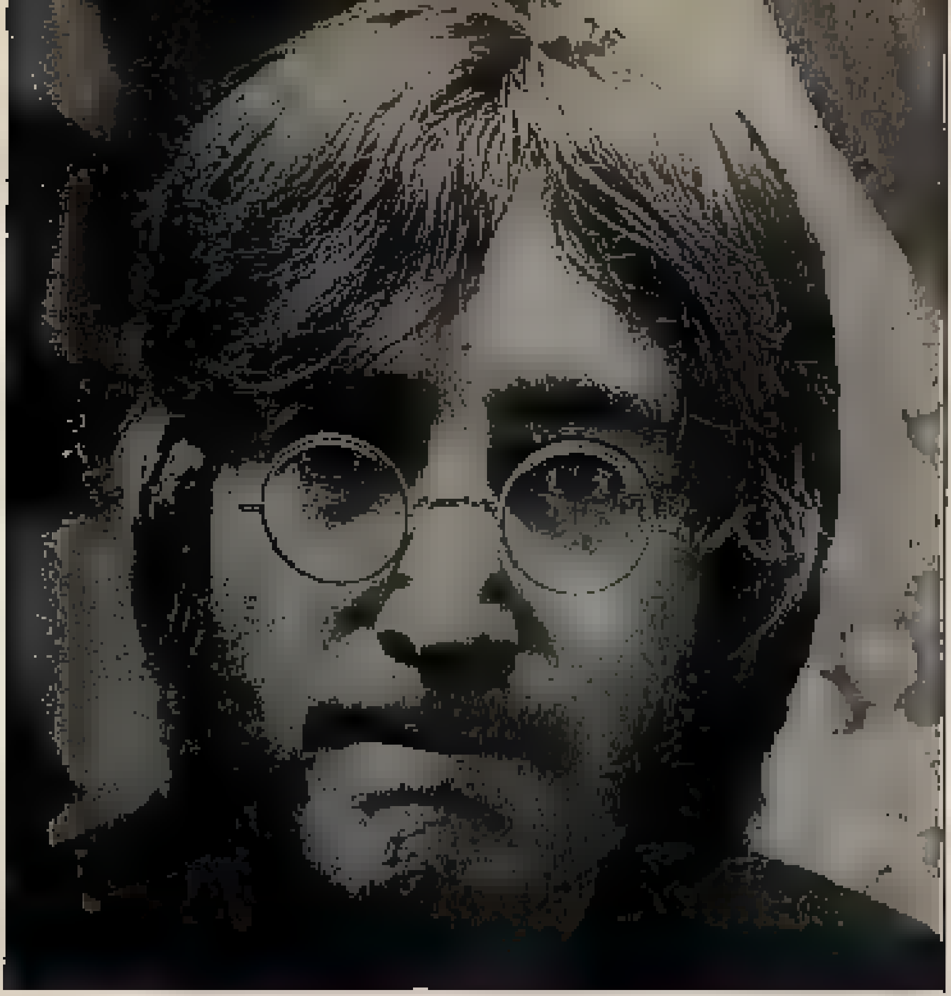
(8) [illegible]

(9) [illegible]

(10) [illegible] negra a la española» [illegible]

(11) Resumen de [illegible] entrevista con Isaac Montero en «Encuentros con las letras», de TVE, el 3 de junio de 1980, y publicada el mismo día en «El País» de Madrid.

(12) [illegible] «Triunfo», [illegible]



DE JOHN LENNON A SID VICIOUS

EUGENIO HARO

«Diario 16, por favor». «No, no me queda». «Bueno, entonces cualquier otro». «De la tarde», añado. «Se ha muerto el bitel ese, ¿no?», me dice el quiosquero.

Sí, es martes, nueve de diciembre, y habían acribillado a balazos a John Lennon. Junto con la noticia de su muerte aparecen en todos los diarios los comentarios de la Warner, su última casa discográfica: le compara a Beethoven, lo califica como «uno de los grandes genios del siglo XX». «Es el crimen más importante desde el asesinato de Kennedy», se llega a decir. Los periódicos agotan sus ediciones, de su último disco no quedan ya ejemplares. Los discos antiguos de los *Beatles* se venden a precios astronómicos y la «EMI» se prepara a reeditar todo el material de que dispone. Millones de fans en todo el mundo llora; aunque, claro, es una pena, podrían haber llorado más si se hubiera filmado el crimen y lo pasaran de vez en cuando por la TV, como ocurrió con Kennedy.

Todo el mundo sabe, o debería saber, que los Beatles eran cuatro chicos muy simpáticos de Liverpool –sobre todo Ringo–, que a principio de los sesenta formaron un grupillo musical con ideas geniales –sobre todo de Brian Epstein–, que desde su primer *single* ocuparon el número 1 en las listas. Mientras Elvis Presley engordaba después de acabar su «mili» y lloraba baladas en lujosos escenarios de Las Vegas ante damas enjoyadas, estos chicos empezaban a ventilar el ambiente musical desde el otro lado del Océano. Su música era una mezcla de agresividad desatada, agresividad del marginado negro-quinceañero-proletario, y de espíritu melódico, suave, romántico, propio del satisfecho-blanco-trabajador-quinceañero. Eran buenos chicos y malos chicos. Tenían el pelo muy largo. ¿Serían maricas? Su música, desde luego, horripilante, («horrendous»)..., pero no parecían malos del todo. Por lo menos iban bien peinados... y eran tan simpáticos. Y ocurrió algo curioso: las jóvenes –teddy boys, rockers, greasies, mods–, enloquecían en sus conciertos. Les adoraban. Las chicas, la mayoría de las cuales no se había acostado todavía con ninguno de sus amigos, experimentaban extrañas sensaciones durante la actuación. Era la «Beatlemanía».

Edison y la ovejita

[illegible] hacer yoga, leer «Dios [illegible] de la [illegible] llegaba a San Francisco el auto que los había recogido en la Autopista 66, que [illegible] sugerían [illegible] Otra que demanda tan enorme de inconfor- [illegible] una foto hecha por Andy Warhol? [illegible] calculados [illegible] los alquimistas de la m- [illegible] chicos se pusieran [illegible]

[illegible]

¡Dios salve a la reina!

Y mientras Elvis Presley seguía engordando kilos y más kilos la Reina de Inglaterra eleva al rango de «sires» a los cuatro chicos tan simpáticos de Liverpool. Uno de ellos —llamado John Lennon, por cierto— el más [illegible] gente del grupo, algún tiempo más tarde le devuelve el título: Su Majestad la Reina. ¡Dios salve a la reina!

Todo estaba tranquilo ahora. El mundo (Occidente, que es el mundo que importa) está lleno de chicos con melena hasta la cintura y sucios que no saben hablar [illegible] vestirse, que sufren mucho y no dicen nada, que solamente son violentos cuando tienen [illegible] marrí- en sus [illegible] manos llevan metralletas o saltando hasta caer exhaustos en las pistas de baile. Algunos aparecerán en España [illegible] no era mundo pues [illegible] a Julio Iglesias, y sigue sin serlo pues se sigue oyendo a Julio Iglesias— Me refiero a hace unos cuatro o cinco años. Mientras los hijos de las flores empiezan a desplegar sus pétalos coloridos a la primavera «democrática» española, estas las flores están ya marchitas por allí fuera. La frase es cursi pero vale.

Los hippies tienen ya aspecto triste y aunque siguen vistiéndose de colorines han pasado a tener el aspecto de putas baratas, viejas bajo kilos de maquillaje y minifaldas con botas altas. Patéticos. Han hecho el amor libre en sus comunas, y las mujeres no han tomado la píldora porque parir es algo natural y una experiencia tan increíble (*groovie*) y también por lo que muchos padres —por perpeto— su especie. Y sin embargo, les han salido unos hijos muy raros. No les gusta Pink Floyd, lo mismo que los hijos de médico no quieren serlo generalmente; o los de abogado etc. El mundo es ya un desastre total y tomar LSD no va a arreglarlo. Lo único para lo que sirve el ácido es para abrir las «puertas de la percepción» pero para lo que hay que percibir... Lo que piden estos «enfants terribles» es cosas que produzcan el efecto contrario: el de insensibilizarse. ¿Es extraño que se ponga de «moda» la heroína. O el alcohol? «Mis papás se ponían guapos: pañuelos en tecnicolor al cuello y chaquetas lila. Hacían yoga para mantener sano el espíritu y comían lechuga para mantener el cuerpo en forma. Fumaban hasch para oír una supermúsica y leer «El Señor de los Anillos». Ahora mi papá es del Gurú Majarashi y mi mamá se quedó colgada en un viaje de peyote y un discípulo de Laing viene a verla de vez en cuando. ¿De qué les han servido entonces sus melenas? De nada. Me voy a rapar el pelo, voy a hacer jirones mi ropa, un imperdible en la boca y la cruz gamada en el pecho. Voy a beber litros de alcohol y a pincharme gramos de heroína. ¿Y la música? Guitarras, voz y batería a todo volumen. No para

Sid Vicious. Tema «De John Lennon...»

personas sensibles. No. Para borrachos.» Esto lo pensaban —y lo piensan— muchos. Y uno de ellos se llamaba Sid. Eran los «punks», la «basura».

Había una vez un grupo de rock llamado «Sex Pistols», que vivía en Inglaterra, formado por cuatro chicos. Ninguno era de Liverpool y no se podía decir que fueran *realmente* muy simpáticos. Eran bastante brutos, aunque menos de lo que suele pensarse y filmarse, aunque tenían algunas ideas geniales. Sobre todo Malcom McLaren, su *manager*. De los cuatro había dos que destacaban en especial del resto: el cantante, Johnny Rotten («el Podrido»), y Sid Vicious, que aporreaba el bajo a veces y otras aporreaba con el bajo a algún espectador cercano (1). Formaban una pareja formidable. Muchos decían que el tandem Rotten/Vicious igualaba a otros también famosos, como el de Jagger/Richards, o incluso el de Lennon/McCartney. Bueno, tampoco eran muchos los que lo decían. En fin, esta gente puso de moda en el mundo civilizado el «punk», entre otras cosas porque el día del aniversario de la coronación de la Reina de Inglaterra, día en que miles y miles de británicos acuden a Londres a ver los fuegos artificiales y a comprar ceniceros con la efigie de la reina, sacaron a la venta un single cuya carpeta era un retrato de Su Majestad y el título de la canción era «God Save the Queen». Toda la edición se agotó en el día. Llegó a número 1 en las listas de ventas porque miles de honorables familias británicas lo compraron inmediatamente. Y cundió el pánico cuando lo colocaron en sus «pick ups» y escucharon la serie de barbaridades (que en realidad no eran para tanto, pero los ingleses ya se sabe) que se decía sobre su Reina y su País. Pero lo peor no fue eso, sino que las emisoras de radio tenían el tema colocado en el número uno de las «supercuotas». Inmediatamente se prohibió su radiodifusión. Al menos durante ese día, lo cual daba lugar a que el locutor de turno tuviera que advertir que no se podía radiar el disco porque las autoridades bla, bla, blá.

Por otro lado, el Parlamento había prohibido expresamente con anterioridad al grupo «Sex Pistols» que actuara en suelo británico durante ese día. «Bueno», pensó Malcom McLaren, «el suelo británico no es lo mismo que el agua británica, de modo que una embarcación que se deslice suavemente por el Támesis, con los Pistols dentro y un buen equipo de sonido, hasta llegar justo ante el Palacio, y tocar allí el «Dios Salve a la Reina» no puede estar prohibido, ¿verdad?» Y lo hicieron.

La «nueva ola»

Toda esta larguísima anécdota viene a cuento de que a partir de un grupo como los Sex Pistols y otros muchos que le siguieron, la historia del rock y de la vida de millones de jóvenes que nacieron cuando los Beatles ya no existían —y exagero un poco— sufrió un cambio tan enorme que todavía está en desarrollo y seguirá estándolo aún durante algún tiempo. Que toda la llamada «nueva ola» o «new wave», procede directa o indirectamente de esa explosión punk de hace algunos años, aunque, claro está, con influencia de grupos anteriores, de John Cage, de Stravinsky, Beethoven y Chuck Berry. Y, finalmente, que ahora, mientras tanto, comienzan a tener éxito en Madrid los imitadores de los Rolling Stones y de los Beatles —y eso si no se han quedado en imitadores de los Brincos. Y es que mientras en este país, España, no se pueda editar un «Dios Salve a la Reina» en versión hispana sin acabar en Burgos, ni siquiera ir al estreno de la película de los Sex Pistols, donde la policía detuvo a las primera filas de espectadores, aquí no habrá revolución musical ninguna. No hemos llegado siquiera a la francesa...

Ahora John Lennon ha muerto asesinado. Ni musical ni socialmente tenía ya nada que hacer. «Era un padre y un marido responsable. Hacía años que no fumaba ni un sólo cigarrillo de marihuana», dice también un ejecutivo de la Warner. No he oído su último elepé, pero sé que no va a cambiar el mundo ni la estética musical, como hizo Beethoven.

Y Sid Vicious murió hace más de un año, suicidándose después de haber asesinado a su chica, con una sobredosis de heroína. Como Lennon, tampoco tenía ya nada que hacer. Los Sex Pistols ya no existían. Ni los Beatles cuando lo de John Lennon. Pero las diferencias entre uno y otro, tanto por las circunstancias de sus muertes respectivas, como por sus estilos de vida, son abismales. Son cuestión de tiempo; de generación. De época. ■ E. H.

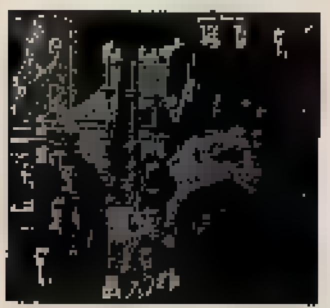
(1) O al menos eso es lo que se veía en la película «The Great Rock and Roll Swindle» («El gran Timo del Rock and Roll»), aquí «Dios Salve a la Reina», estrenada hace poco.

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

NOVIEMBRE

20

¡Hace cinco años, ya! Parece a veces que fue ayer, y otras que ocurrió hace dos mil años. Hay quien cree también que no ha ocurrido nunca. ¡Cinco años! Los jovencitos nostálgicos de no se sabe qué van a celebrarlo hoy con palos y cadenas por las calles de Madrid acompañados de ese señor mayor de cuarenta años que siempre va con ellos. Y Radio Santander interrumpirá su emisión para decir: «El domingo, todos a Madrid. ¡Viva el fascio!». Ya están en Madrid: entre otras muestras, hay hoy la de la Facultad de Geografía e Historia, donde han apaleado a unos estudiantes.



Hace ya cinco años.

Por otra parte, tirotean en Zaragoza a un coronel de aviación y matan en La Coruña a un Guardia Civil.

Casi como por encanto, me sale una verruga casual, onomástica, inoportuna. El extraño ácido que me receta el dermatólogo no aparece en ninguno de esos supermercados de cremas bronceadoras que son ahora las farmacias. ■ increíble. Los licenciados y licenciadas cuyos nombres aparecen espléndidos en las puertas de sus tiendas se disculpan con una sonrisita: ya no se dedican a fabricar cosas; ahora sólo venden cajitas envueltas. Mi verruga, fea y sentimental, les parece una provocación. Ahora resulta que el culpable soy yo. ■

21

Se tiene un poco la impresión de que hemos enloquecido. En Benalmádena un grupo de ecologistas quiere traer gatos indios para acabar con las ratas. Y en Madrid, destacan en portadas de periódicos la alusión que en juicio contra una cadena de prostitución ha hecho una acusada contra las famosas Susana Estrada y Verónica Luján. La gente aún se preocupa por estas cosas. Quien no tiene verruga se la busca. ■

22

O se la buscó hace tiempo y ya no tienen forma de quitársela. Los casados, por ejemplo, que sueñan ahora con la posibilidad del divorcio. Quienes se reunieron en una facultad madrileña para hablar sobre él, se han encontrado con un cóctel Molotov que un grupo ultraderechista ha lanzado contra ellos: cuatro asistentes tienen quemaduras serias.

En Zaragoza se lanzan a la calle para protestar contra el terrorismo, pero hoy es en Ibarra donde matan a un guardia civil. La locura es progresiva. Lo comenta, como siempre, Pedro, el parado (que ahora trabaja de camarero por horas): «Ha sido mucho, tío. Es poco cinco años y dos días para ser normales. ■

23

Da la impresión de que ha sido aún mucho menos tiempo contemplando al locutor Zurro Tello cuando en el miniteldiario de hoy domingo dedica gran parte de su escaso tiempo a valorar la manifestación de siempre en la Plaza de Oriente de toda la vida. Trata de objetivar la cuestión diciendo que «Fuerza Nueva» asegura que llegó al millón el número de nostálgicos mientras que el Ayuntamiento cuenta que no superaron a los 250.000. Pero la objetividad no es siempre cuestión de números. La cantidad de locos que uno va encontrando en cines, bares o calles sí puede serlo, en cambio: sería gracioso relatar aquí la cantidad de teorías que la gente es capaz de hacer por una verruga. Tengo la impresión de llevar encima un espejo: «eso sale por la carne congelada», «es la soledad, tío», «vigila el hígado», «por algún lado nos tiene que aparecer lo que está pasando»… Yo estoy convencido de que es por la televisión, por la sensación de imbécil que tienes cuando tratas de entender lo que te cuentan: no hay manera de saber qué están explicando cuando hablan de la respuesta del PNV al proyecto de «Frente para la paz». Como UCD está cabreada con Garaikoetxea, el locutor de turno frunce el entrecejo poniendo método stanislawskiano donde sólo debía haber información. ■

Carlos Garaikoetxea.

24

Parece que el PNV piensa que en Madrid no entienden ■ problema del terrorismo vasco. Para ilustrarlo ocurre hoy ese incidente fronterizo con los tres pasajeros de un coche

Mae West.

que rompen barreras, son detenidos y puestos luego en libertad sin que nadie sepa quiénes son. Los franceses aseguran que son los responsables del atentado en el bar de Hendaya donde han muerto dos jugadores de mus y han sido heridos diez curiosos.

Es una historia de locos, motivo único de charlas en el bar del parado; la gente va del estupor a la carcajada. Carcajadas negras.

Los mitómanos de antes de ayer, recibimos hoy también una mala noticia: ha muerto Mae West, viejísima, gordísima, llena toda-

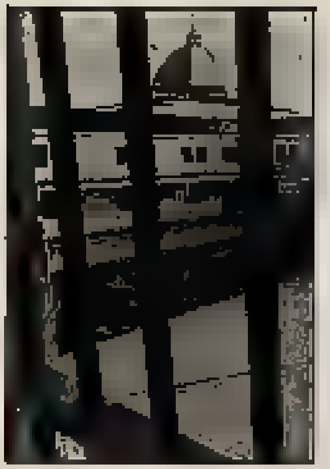
vía de lucidez. Ha vivido más que quienes le impidieron hacer cine, como siempre pasa. El censor es tan miserable como efímero. Lo malo es que tiene siempre miles de herederos. ■

25

Como las que debe haber en Argentina y Chile, países donde no se respetan los derechos humanos, según dice ahora la OEA: tardan siempre mucho los denunciantes legales en enterarse de lo que el mundo sabe hace tiempo. Aunque hay cosas que no acaban de saberse con claridad; por ejemplo, qué pasó exactamente en la frontera hispano-francesa: el silencio oficial es total mientras los periódicos se preguntan qué protección están recibiendo los comandos del Batallón Vasco Español, responsable del atentado de Hendaya. Es de locos, esto, como se sabe. Están confusas estas cosas pero no sólo para quienes se limitan a ver la televisión. En San Sebastián, un coche de la policía —camuflado— levantó sospechas en la Guardia Civil y comenzó un tiroteo entre ellos: una mujer que pasaba por allí es una de las heridas. ■

26

Parece que eran franceses los tres lanceros precipitados de la frontera. Vieron sus pasaportes, claro, pero sólo recuerdan el acento que tenían al hablar. Han destituido al subcomisario de fronteras por este incidente. Comunistas y socialistas reclaman claridad en



Herrera de la Mancha.

el caso de los presuntos asesinos voladores. Pero les contestan, que los asesinos no eran ellos, que se trataba sólo de tres franceses que pedían refugio político.

Tardan mucho en aclararse las cosas: ahora se procesa a cinco funcionarios de Herrera de la Mancha. «Esto no ha hecho más que empezar», dicen los abogados. Empezar no es mucho. ■

27

La verruga no es Carmela, digan lo que digan. Aunque puede que colabore a crearla con sus líos —todavía— con el seguro médico, con la huelga de profesores que está siguiendo, paso a paso, con su afán de creer que nada de lo que pasa interfiere la vida privada. Le cuento que el embajador de España en París ha sido convocado por el ministro de Exteriores en Francia para que explique lo sucedido en la frontera y se me queda mirando con aire alelado como si yo hablara chino. Tampoco sabe nada del juicio de Pekín contra su operación Galaxia. Realmente, esta Carmela no sabe nada. Ni cómo se quitan las verrugas. ■

28

Quien sí lo sabe es —por fin— un viejo boticario amigo de un amigo de un amigo, que habla con entusiasmo de «La velada de Benicarló» y los tiempos de Azaña. Es otro nostálgico que, a su manera, está también a punto de enloquecer, se ha inventado el mundo y habla, por ejemplo, del divorcio como algo que ya existiera. No le discuto demasiado para que termine de una vez la fabricación de ese ácido antiverruguil con el que tan torpemente he decorado este final de mes. Pero claro, le digo que ni Herrero de Miñón ni el Opus están dispuestos a dejar que la ley sobre el divorcio continúe bien: «Eso no cuenta —dice exaltado—; es el pueblo el que manda. Y el pueblo ha hecho siempre lo que ha querido.»

Ingenuo boticario; en Canarias se quemó hace unos días «a lo bonzo» un

«La velada de Benicarló», de Azaña.

hombre que no podía soportar más su situación matrimonial. El divorcio que viene, si es que viene, llegará tarde para muchos.

Muchas cosas llegarán tarde. Joan Báez está hoy en Madrid. Tarde también. Y tarde le llegó a Angel Campos la expropiación de sus tierras: enloqueció y se lió a tiros con los vecinos. Mató a seis de ellos. Le buscan doscientos guardias civiles por las montañas de Santander. ■

29

Hay quien me asegura otra vez que la verruga es cosa de la alimentación. Como hoy hay 117 intoxicados en la residencia sanitaria de Murcia por haber comido ensaladilla, me pregunta qué he comido yo en los últimos días. Y hace chistes tontos y antiguos sobre la ensaladilla en cuestión relacionándola con la amenaza soviética de intervenir —aún— en Polonia como los sindicatos no enmudezcan de nuevo.

Enmudecer es lo que quieren los presos de la cárcel de Oviedo que habían enviado una carta al presidente del Consejo Regional protestando por el mal estado de la cárcel. Han sido represaliados: les han requisado los hornillos para calentarse, les han quitado cristales de las ventanas...

Hay bastante locura en el ambiente. La verruga, sin embargo, mejora. Ya casi no hay. ■

30

Aunque no sé por qué, ácido farmacéutico aparte. Ahora dicen que los tres

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

extraños pasajeros de Hendaya fueron plenamente identificados y que pertenecen a la Comisaría General de Información, y que comprobaron su personalidad llamando por teléfono a Madrid. Francia quiere saber quiénes son. Los demás, también. ■

DICIEMBRE

1

Se está acabando el año como todo el mundo sabe. Habrá que hacer algo para que se note que algo se acaba. No sé qué. Seguir como en una radionovela (por cierto, emiten una en la SER sobre las drogas y la juventud que no hay forma de creerse) las explicaciones de Rosón sobre el incidente de Hendaya (todo cada día más contradictorio, más confuso, más sorprendente), observar el duelo Tamames-Carrillo cuyo resultado se verá ya en la próxima década, averiguar cuántos hay todavía en España como ese concejal de Vigo que «interrogaba hábilmente» a los bañistas que no iban vestidos como él quería, seguir atentamente como en «La jauría humana» la huida del asesino de Santander aún oculto en las montañas, hacer una tesina sobre las verrugas colectivas, observar cómo manipulan políticamente el horroroso terremoto habido en Italia... Los optimistas dicen que sí, que hay cosas que están acabando. ■

Juan José Rosón.

2

Y lo demuestran con el resultado de las elecciones uruguayas donde los dictadores han recibido una de las más curiosas bofetadas de los últimos tiempos, con la noticia de que el huido de Santander se ha suicidado, con el informe que Amnistía Internacional ha hecho sobre el ejercicio actual de la tortura en España, sobre el que tampoco se ha pronunciado el Gobierno, sobre la importancia de la interpelación de Bandrés sobre lo sucedido en Hendaya... Los optimistas siempre tienen algo a lo que agarrarse para demostrar su vitalidad. Es otra forma de locura. Cuando acaban de hablarte apasionadamente, te invitan a «vivir la vida» en la discoteca de siempre que ahora se llama de otra forma (no es, por supuesto, la «Carolina», de Madrid, que ha sido cerrada por orden gubernativa, igual que toda la vida), la discoteca donde trabaja el ex parado con un sueldo de risa, sin Seguridad Social ni nada que se le parezca, mientras espera el divorcio ese que no será por mutuo acuerdo sino por extrañas, complejas y abracadabrantes razones. Deberían ampliar esa ley y prohibir igualmente que [illegible] matrimonio fuera por mutuo acuerdo. Dado que las incompatibilidades no [illegible] han estudiado en la Ley de Presupuestos, UCD podría pluriemplear a muchos de sus parlamentarios dedicándoles a la confección [illegible]cional de las parejas: saldrían españolitos rubios y centristas y los matrimonios no se separarían nunca siguiendo las altas consignas. Quizás así tampoco se torturarían a más niños. 4.000 dicen las estadísticas que han sido los atendidos este año por malos tratos. Nunca cuentan a los mayores. ■

4

Y el optimismo sigue con el nombramiento de Francisco Bustelo como rector de la Complutense y con el reconocimiento de Rosón de que los de Hendaya eran policías y con el estreno de «¡Viva la muerte!» de Arrabal, diez años después de su realización. Incluso ha venido Arrabal a presentar esa tan discutible obra que ya en el festival de Cannes del 71 dividió a muchos españoles del resto de los informadores extranjeros que creían, devotamente que «¡Viva la muerte!» era una crónica exacta de la España que vivíamos. Y no nos entendían cuando asegurábamos que, a pesar de la censura esa crónica se estaba haciendo desde dentro, en el cine que, con los problemas de siempre, realizaban Saura, Berlanga, Patino y muchos otros. Arrabal decía enseguida que éramos del PCE, pero eso tampoco era verdad. Sigue con esa obsesión como ha demostrado en la rueda de prensa madrileña y como continuó demostrando al querer averiguar policialmente el partido al que pertenecían los entrevistadores que le habían pedido cita. ■

«Viva la muerte», de F. Arrabal.

5

Cientos de coches hacen largas colas en las gasolineras para abastecerse antes de que entre en vigor la subida de tres pesetas por litro. Gastan mucho más en la espera. La locura colectiva. Es el mismo día en que se celebra una manifestación contra el divorcio «en defensa de la familia», que es justamente lo que Berlanga ataca con ferocidad y talento en «¡Vivan los novios!», que hoy TVE emite con la prudencia pacata del segundo canal, mientras la misma TVE no tiene el menor reparo en emitir por la Primera los más atormentadores productos de la cinematografía española del franquismo. ■

Nueva subida del precio de la gasolina.

6

Cuando los optimistas explican que la presencia en Madrid de Lluís Llach es ya algo normal y que el estreno teatral ▶

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

de Francisco Nieva, «Señora tártara» es también un buen ejemplo de la nueva mentalidad de los empresarios. La noti-

Lluís Llach.

cia de que Pilar Miró tiene que solicitar que el «caso» de «El crimen de Cuenca» pase a la jurisdicción civil porque es el único que ha quedado retenido por la militar, les deja un poco perplejos. Raros ejemplares estos optimistas del mal menor. Tras la muerte de Sa Carneiro, confían en la victoria de Eanes. Tras el asesinato de cuatro monjas norteamericanas en El Salvador (olvidados ya los cinco dirigentes de izquierda estrangulados y acribillados la pasada semana), confían en la reacción estadounidense. Tras las discusiones en torno a la ley de Autonomía Universitaria o al llamado «Estatuto de las Libertades» (siempre se cita lo que desaparece), confían en una definitiva escisión de UCD. Son raros. Y pocos. ■

8

Son los que van [illegible] oír a Marco Panella, que regresa para publicitar su Partido Radical. ■

9

¡Qué absurdo es todo esto! ¡Qué disparate! Un loco ha matado a John Lennon. Un loco que no quería crecer; nos ha envejecido a todos de golpe. Ahora sí somos ya carrozas. Definitivamente quedó atrás la «década prodigiosa». John Lennon nos había enseñado [illegible] ver las cosas mejor: era fácil entenderlo, era apetecible tratar de imitarlo porque él había visto bastante claro qué era lo que queríamos todos. Fue una explosión maravillosa. Pero se asustaron los de siempre cuando vieron que ya no queríamos ser honestos y respetables. Que ya no veíamos películas americanas. Se asustaron y empezaron a fabricar locos, nos enloquecieron a todos. La cadena de locuras ha matado ahora a John Lennon. Da vértigo la noticia. ■

John Lennon.

10

Hay frío en [illegible] ambiente. Dicen que [illegible] un otoño especial. Sensación de hielo. No impresiona nada el buen intento de Oliart de abrir una investigación parlamentaria sobre presuntas irregularidades sanitarias. No interesa demasiado [illegible] frialdad con que se ha acogido a Suárez en el País Vasco. Ni siquiera divierte «La bella Lola» en TVE. Todo tan antiguo, tan conocido, tan machacado. ■

11

Sagaseta, vehemente y arriesgado, pide que se declaren ilegales los partidos fascistas. Lo han hecho por algún país de ahí afuera. Aquí, le dicen que no. ■

12

Se dice mucho que no. A diez familias del barrio madrileño de San Blas, por ejemplo, les han dicho que no, que no tienen casa, y viven a la intemperie, sin nada, como [illegible] fuera de otro tiempo la cosa. Porque parece todo de otro tiempo ¿o no? Todavía resulta arriesgado que el Ayuntamiento de Madrid investigue las condiciones sanitarias de bares y hoteles. O que en el Parlamento se denuncien presuntas torturas de la Guardia Civil en el País Vasco. O que los abogados del «caso» de Herrera de la Mancha soliciten el procesamiento del director de la cárcel y de 27 funcionarios más. ■

13

Hay alborotos en Madrid promovidos por la ultraderecha. Han asesinado a Juan Ignacio González Ramírez, secretario nacional del Frente de Juventud, partido legal surgido de «Fuerza Nueva». No hay testigos, no hay datos. Pero aparecen ya carteles que hablan otra vez del marxismo, y el editorial de «El Alcázar» dice: «La juventud de España, la que hace sólo unos días inundó en júbilo sin igual humano la Plaza de Oriente de Madrid y alzó en sus brazos, fuertes y recios, la bandera roja y gualda, sabe que ha perdido a un camarada, a un hermano en los sagrados ideales que justifican la eterna existencia de España como portadora de los mejores valores universales». No hay lugar para el optimismo, digan lo que digan los demás. ■

14

A Luis María Ansón le dan el Nacional de periodismo con carné. Y Oliart dice que la reforma sanitaria no podrá ser posible hasta dentro de diez años (¿Cuántas verrugas hasta entonces?) Siguen los alborotos callejeros en Madrid (con la irrupción de un grupo de ultras en [illegible] Facultad de Derecho) pero de lo que hablan en el bar de la esquina es de un futbolista que se ha ido a bailar: un millón de pesetas le ha costado la noche porque el Real Madrid se lo quitó.

Todo esto es cada día más disparatado. ■

16

Ayer volvió la verruga a su lugar de origen. Mala cosa. Porque los farmacéuticos (esos que no tienen lo que les combate) quieren cobrar 200 pesetas más por cada artículo com-

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

Onetti, premio Cervantes.

prado durante la noche. Que vamos mucho a las farmacias, dicen. Decido dejar crecer la verruga hasta los límites que quiero. Puede que no sea una verruga sino el espejo de Dorian Gray. A Onetti le dan el Premio Nacional de Literatura. Compro los libros del mes —el de Tuñón, el de Maruja Laguinecha, el de Juan Luis Cebrián— y a casita. ¿Y a Onetti? ¿He leído yo todo lo de Onetti? Supongo que no. A Ansón sí que le he leído. ■

17

Hay 24 ultraderechistas a disposición judicial por los alborotos de estos días. Pero la gente está inquieta por la nueva subida del petróleo y cosas de esas.

No ha quedado aún claro lo de Hendaya ni va a aclararse lo del divorcio (en abril dicen que habrá algo parecido), ni qué va a pasar definitivamente con los pubços, ni qué va a ser de UCD lejos de casa con ese raro combate interno que veíamos venir hace años pero que sólo ahora parece que va a resultar. Tampoco se sabe qué va a ocurrir con Xavier Vinader, el periodista de «Interviú» que tuvo que exiliarse por la acusación de «asesinato por inducción» que Fanjul dictaminó contra él a raíz de un reportaje en su revista, y que ahora ha vuelto voluntariamente a que hagan de él lo que quieran. ■

18

Sí se sabe, en cambio, que han liberado a los pescadores del «Garmoman» y que no van a dejar que las farmacias entren estas astronómicas cifras nocturnas. Cuidaré la verruga para empezar el año con la sonrisa postiza de siempre. ■

Llegada a Barajas de los pescadores liberados por el Frente Polisario.

20

Estrenan multitud de películas supuestamente infantiles o «familiares». Pocos explican que una clasificación oficial de película «especial para la infancia» supone un importante descuento de impuestos. Es ésta la razón del «boom». Y, naturalmente, ■ que los americanos no están dispuestos a que las películas españolas se mantengan en cartel durante los días de Navidad. Han quitado hasta «Opera prima», éxito inesperado y amplio de este nuevo, raro y pobre cine español.

Mejor seguir leyendo. Si no a Alberti, que no fue finalmente el «Miguel de Cervantes» de este año (dicen que por ser rojo español), la última novela de Manuel Puig, tan espléndida y divertida como las anteriores. ■

21

Y Supermán». Tenemos nuestro nuevo Supermán, ingeniosa mitificación-desmitificación de Richard Lester. Cuando los mitos han muerto, la industria de Hollywood inventa una nueva fórmula de continuarlos vivos. Encima, tenemos que reconocer que no lo hacen mal. Con más medios y posibilidades que en España, por supuesto. Los yanquis (a los que Fidel Castro amenaza como intenten asomar sus narices por la isla), tienen las ideas más claras: aquí, hasta los de UCD se vuelven contra sí mismos, diciendo ahora que quieren democratizarse. Acabamos el año en un ambiente de ciencia-ficción. Y de terror: también Kubrick en su película «El resplandor» habla de crímenes y suspense: los viejos asesinos de siempre vuelven otra vez. Su película es una clara advertencia para todos.

Los gallegos, sin embargo, se abstienen en su referéndum para el Estatuto. Hay cansancio, ilusia, escepticismo. Los pocos que han escrito su papeleta han dicho fundamentalmente que sí, que quieren Estatuto. Y todo seguirá igual. Con los personajes de Kubrick en la sombra. Hace ahora cinco años y un mes. ■

Fidel Castro.

22

La gente piensa en su lotería navideña, en los millones posibles que la saquen del mal rollo. Se los llevan los valencianos. El resto, tendrá que seguir pendiente de su divorcio legal, del ahorro para comprar en las farmacias (que ahora dicen que vale, que no cobrarán más por las noches), leyendo las extravagancias del juicio contra la banda de los cuatro que no hay forma de entender desde nuestra perspectiva y, como entretenimiento, pendientes también del estreno de Evita», esa absurda y aburrida obra que dicen que es el acontecimiento de la década que ahora acaba, y que en España hacen con el esplendor técnico que ya se va aprendiendo a utilizar pero también con el subdesarrollo de la imitación.

A veces nos imitan de fuera. Si este es el país donde más se capitaliza a los muertos (hay «graffitis» por Madrid que dicen «Juan Ignacio. Presente» o «Juan Ignacio, Venganza»), la viuda de John Lennon, junto a las multinacionales del disco, sacan partido del asesinato.

Hay cosas, sin embargo, que parecen arreglarse: han sobreseído el sumario contra el periodista Miguel Angel Aguilar y han dejado en libertad provisional a Xavier Vinader, el de «Interviú». Pilar Miró, no obstante, seguirá pendiente de que hagan con ella algo parecido. Veremos qué pasa. ■

BOLETIN DE SUSCRIPCION

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A

CEMPRO FUENCARRAL, 96. TELS.: 221 29 04 y 05 - Madrid-4

(Por favor, escriban con letras mayúsculas)

Nombre .... Apellidos ....
Domicilio .... Teléfono ....
Población .... D. Postal ....
Provincia .... País ....

Suscríbanme a TRIUNFO a partir del primer número del próximo mes de ....

Deseo recibir los ejemplares por correo ....

Señalo con una cruz ☒ el período de suscripción y la forma de pago que deseo.

☐ Un año (12 números)

☐ Dos años (24 números)

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TRIUNFO.

☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)

☐ He enviado giro postal n.º .... a «TRIUNFO, c/c postal n.º 74.174 Estafeta Oficial - Madrid».

Sr. director Banco / Caja de Ahorros (táchese lo que no corresponda)

....

Domicilio de la Agencia ....

.... Población ....

Titular de la cuenta ....

....

Número de la cuenta ....

Sírvanse tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TRIUNFO.

Fecha ....

Envíennos también este boletín a CEMPRO. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

Atentamente (firma)

TARIFAS DE SUSCRIPCION

		Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	1 año	1.750	1.954	1.822
	2 años	3.225	3.639	3.369
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS Y TUNEZ	1 año	2.990	3.470	3.434
	2 años	5.450	6.410	6.338
AMERICA Y AFRICA	1 año	2.990	3.470	4.214
	2 años	5.450	6.410	7.898
ASIA Y OCEANIA	1 año	2.990	3.470	4.260
	2 años	5.450	6.410	9.050

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba el último ejemplar de la revista que haya recibido.
TRIUNFO no mantiene acuerdo alguno con ninguna gestora de suscripciones a revistas —ninguna con OPEC, S. A., de Madrid—, por lo que se debe rechazar cualquier oferta de visitantes a domicilio. La única forma de suscribirse o renovar suscripciones a TRIUNFO es mediante contacto directo por correo con la Administración de la revista o a través de OPEC o de librerías con establecimiento abierto al público.

«LES POETES IBÉRO-AMÉRICAINS ET LA GUERRE CIVILE ESPAGNOLE» (1936-1939)

Antología poética bilingüe a cuenta de autor
por Josette y Georges COLOMER

Homenaje poético e ilustrado a la República Española

Volumen (20,5 × 20,5) de unas 653 páginas. Tapas de varios colores.

180 dibujos de la época sacados de «El Mono Azul», «Hora de España», «Milicia Popular: diario del 5.º Regimiento», «Madrid: cuadernos de la Casa de la Cultura»...

+ 3 grabados en madera, de Manolo VALIENTE, + [illegible] dibujos originales de Josep CASTELL.

Prefacio de Jean CASSOU.

Introducción de Claude COUFFON.

48 poetas: 35 castellanos e hispanoamericanos, 7 catalanes, 4 portugueses y 2 gallegos.

167 poemas: 130 en castellano, 8 en catalán, 11 en portugués y 9 en gallego.

Corta bio-bibliografía para cada poeta.

Cronología de la Guerra Civil.

Filmografía por el especialista Marcel OMS.

Discografía.

Bibliografía general.

Indice.

PRECIO: 185 F. + 25 F. *(Gastos de envío+embalaje).* 2.500 ptas. + 350 pts.

* * *

Nuestra dirección:
Josette et Georges COLOMER.
Profesores - traductor jurado.
12/14 Rue Bernadette.
93160 NOISY-LE-GRAND-FRANCIA.

P.D.: Aceptamos los talones bancarios.

RELACIONES PUBLICAS

ZAMBRA, UNA COLONIA JOVEN

Hoy se vuelve a sentir con fuerza y profundidad. Por eso no es extraño que ZAMBRA sea la nueva Eau de Toilette que recoja ese nuevo palpitar. Con una fragancia bañada en maderas, cueros, especias, plantas aromáticas y exóticos tabacos. Una fra-

gancia única e intensa. Joven y viva. ZAMBRA, un Eau de Toilette que PUIG ha creado para la mujer presenta en un frasco tecolado, elegante, sobrio y decorativo.

CID, S. A. PUBLICIDAD: MEMORIA Y BALANCE DE 1979

El Consejo de Administración de la Sociedad, presidido por don José Miguel Garrigues Walker, decidió en 1978 hacer público su Balance anual, iniciando una información que de ser secundada por otras empresas cubrirá la de una importante área como es la inversión publicitaria, factor determinante de la financiación de los Medios de Información y Comunicación y expresión de la oferta de bienes y servicios en nuestro país. La Memoria de 1979 incluye una exposición de la inversión publicitaria en España en dicho año, comparada con la de 1978, por Medios y Sectores, y de la estructura de mercado, con más de 15.000 marcas concurrentes.

El Balance de CID refleja un desarrollo armónico, habiéndose cubierto los objetivos establecidos en el Presupuesto Anual y en su Plan Financiero. Su cifra de facturación en 1979 fue de 1.840 millones de pesetas, con una explotación bruta de 271,5 millones y neta de 17,2 millones. Los Fondos Propios, después de amortizaciones, impuestos y dividendos, ascienden a 32,5 millones.

CID, S. A., con 38 años de experiencia, se mantiene a la cabeza del ranking de Agencias de Publicidad españolas sin participación de capital extranjero.

«COMPTON» ELIGE A «PUZZLE»

Para dar mejor servicio a sus clientes y, como un primer paso en sus planes de expansión, «Compton Española» extiende sus actividades a Barcelona.

Después de varios meses de charlas con una selección de las agencias más interesantes, «Compton» ha elegido a «Puzzle», una agencia totalmente catalana, joven, agresiva, que lleva el impulso de crecimiento y creatividad que constituye la base de la filosofía de «Compton Española».

En la actualidad, «Puzzle» está trabajando para Kelme, Mallorica, Aliera Marsa, Princesa (S. A. Sant), I. Q. Perrot, etc. y «Compton Española» cuenta entre sus clientes a Bankinter, M. G. Ginebra, La Toja, Planters (Alora Marsol), Finlandia Vocka, A. G., Editorial Andina-Harlequín, Arias-Dengrain, Europ Assistance, John Deere, Dupont, etc.

El único objetivo de «Compton», al buscar este acuerdo, ha sido reforzar sus servicios en Barcelona, tanto para sus clientes actuales, como para los futuros. Y el de «Puzzle» ha sido extender sus servicios hacia Madrid y, más especialmente, tener acceso a una gran red internacional, la de «Compton Internacional», que cuenta con agencias en los 5 continentes y ocupa el 8.° puesto en el ranking europeo de agencias.

NUEVAS FORMAS DE REGALAR AGUA BRAVA

Los frascos de AGUA BRAVA se han vestido de Navidad. Nuevos estuches, prácticos regalos de elegante diseño conteniendo su fragancia favorita. Regale AGUA BRAVA rodeada de piel, madera, lona o cuero.

LA REVISTA «BOUQUET»

La revista BOUQUET, «Guía de los vinos», por su temática puede considerarse como la primera revista del sector de carácter divulgativo. El acto se celebró en el restaurante Basque de Madrid. La revista BOUQUET se propone informar al gran público de un sector de evidente actualidad y gran relevancia económica.

En la foto: José Peñín, director de la revista, Fermín Gallego, editor, Enrique Peribáñez, presidente.

GISPERT CONSIGUE LA OFICINA CON «EFICIENCIA TOTAL»

Con un vistoso stand, GISPERT ha participado en la edición 1980 del Salón Monográfico de Oficina e Informática (SIMO).

En esta importante muestra madrileña, GISPERT ha presentado un abanico de las múltiples posibilidades que sus marcas representadas ofrecen a las empresas españolas para la automatización de oficinas.

Cabe destacar la disposición de varios de los más importantes equipos para tratamiento de datos, escritura, cálculo, reprografía y comunicación empresarial, dispuestos racionalmente en el entorno de una oficina auténtica, que ocupaba un lugar destacado en el stand.

ACUERDO INTERALAS-D'ARCY McMANUS & MASIUS

Los presidentes de INTERALAS, Tomás de la Cruz y D'ARCY McMANUS & MASIUS, Anthony Abrahams, en la firma del contrato por el que D'ARCY McMANUS & MASIUS adquiere el 25 por ciento de las acciones de INTERALAS, en presencia de los consejeros señores Francisco Calatayud, Peter Rosell, José Antonio García Crespo, Antonio Aguilar y Ramiro Nieto. D'ARCY McMANUS & MASIUS, con 42 agencias en 22 países, alcanzará, en 1980, 1.000 millones de dólares de facturación. INTERALAS, con sus oficinas de Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao, facturará 1.600 millones de pesetas en el mismo año.

CAPTAIN LLEGA A ESPAÑA

La línea de perfumería masculina «Captain» creada en 1978 por Molyneux de París, llega por fin a España. Se trata de un nuevo concepto perfumístico, ya que por primera vez se aúnan frescor y persistencia, dinamismo y refinamiento. La línea «Captain» se presenta en colonia, after shave, jabón, desodorante y crema de afeitar.

A la singular calidad de aroma, se une la belleza recia y elegante de su envase, justamente premiado con el Oscar del Embalaje.

AUTOMOVILISMO: VICTORIAS SEAT EN CAMPEONATOS NACIONALES

SEAT ha conquistado, en 1980, el más codiciado galardón, consistente en el título de «Campeona de España de Marcas en Rallyes».

El Campeonato de España de Promoción Pilotos de Rallyes (P.P.R.) ha sido ganado por «YOLANDA», con un RITMO-75. Es el primer año que se han instituido este Campeonato.

Finalizado el Campeonato de España de Velocidad en Circuitos, SEAT también en esta especialidad ha conseguido el título de «Campeona de España de Marcas».

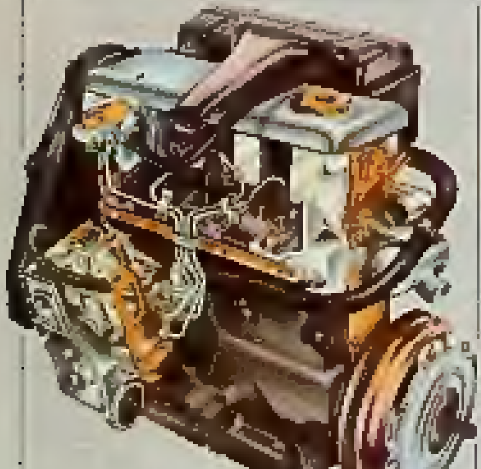
El Subcampeonato de España de Velocidad, con Turismos Especiales, ha sido conquistado por Salvador Cañellas, con un SEAT 131/2100.

Todos estos resultados, como se ve, son expresión de la aceptación de los SEAT como coches válidos para cualquier actividad, incluida la competición; y ello, tanto en carretera como en circuitos, demuestra una vez más los márgenes de fiabilidad de los vehículos SEAT, que hace que sean los preferidos para quienes practican en España el automovilismo deportivo.

RITMO DIESEL

Una nueva generación de Diesel.

Seat acaba de lanzar el primer Diesel del segmento medio en España: el Ritmo Diesel. Un coche rápido, silencioso y familiar. Un coche que hará cambiar todo lo que usted pensaba sobre los Diesel. Este nuevo modelo viene a sumarse a los últimos lanzamientos de Seat. Coches que responden a un nuevo concepto y que logran un bajo consumo, como exigen las condiciones económicas de los años 80.



Un motor a la medida.

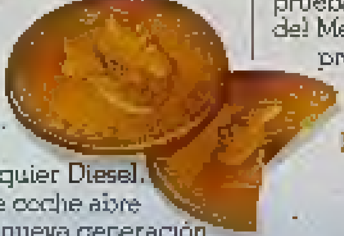
El motor del Ritmo Diesel, de 1.714 cc., ha sido diseñado y construido específicamente para este coche. A su vez, el Ritmo fue concebido pensando que un día llevaría también motor Diesel. El motor es de aleación ligera e incorpora los más modernos adelantos de la tecnología Diesel. El resultado es un motor potente, silencioso, de poco consumo y de una gran solidez.

Al alcance de su bolsillo.

Todo se ha pensado en el Ritmo Diesel con el mayor cuidado. Incluso el precio, que rompe con la imagen de coche caro que siempre han tenido los Diesel. Porque este Diesel, el único que existe en el segmento medio, tiene un precio ajustado, sin renunciar a un alto nivel de confort ni a un completo acabado interior. Todo ello hace del Ritmo Diesel el coche familiar que los tiempos que vivimos demandan.

Un gasto mínimo.

Hablemos de números. Un Ritmo Diesel consume 5,6 litros de gas-oil cada 100 kilómetros*, es decir, 1,68 ptas. por kilómetro. Menos que cualquier Diesel.

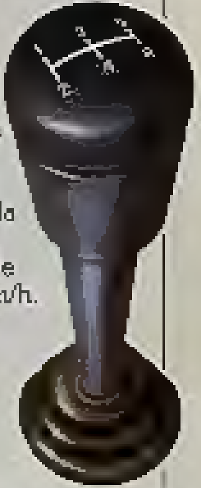


Y es que este coche abre el camino a una nueva generación de Diesel.

* Consumo medido según normas A-70

Un Diesel con quinta velocidad.

El Ritmo Diesel incorpora una quinta velocidad de serie. Para que usted gaste menos. Y el coche vaya más descansado. En quinta, el Ritmo Diesel alcanza cómodamente la velocidad de 140 km/h. Y tiene un reprise que le permite ir de 0 a 100 km/h. en sólo 19,1 segundos.



Con toda la solidez de un Diesel.

La dureza y la resistencia del motor es lo único que el Ritmo tiene en común con otros Diesel. En pruebas realizadas en países del Mercado Común, este motor no presentó señales de desgaste después de recorrer 100.000 Km., demostrando la robustez de su mecánica.

Ritmo Diesel

SEAT